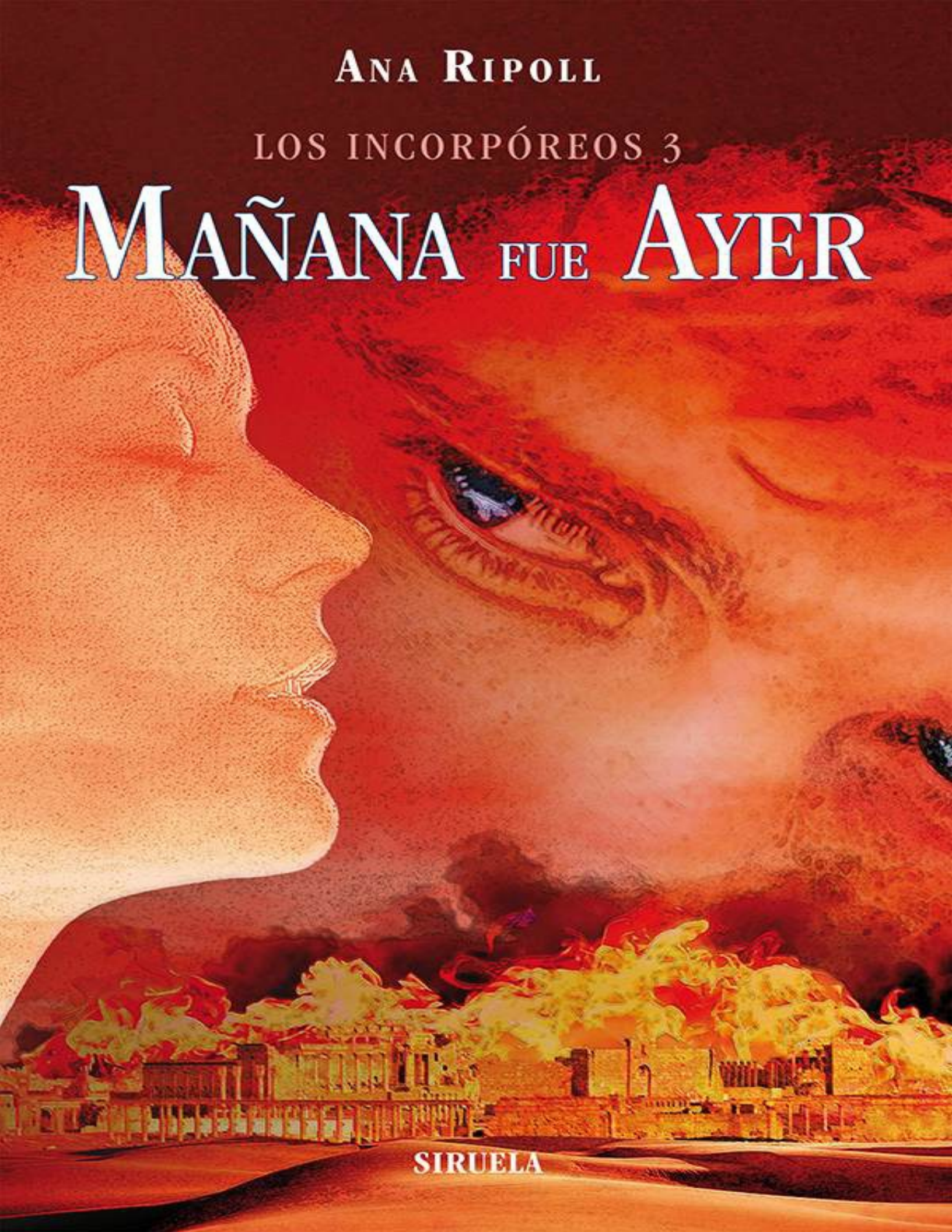


ANA RIPOLL

LOS INCORPÓREOS 3

MAÑANA FUE AYER



SIRUELA

Los Incorpóreos 3

MAÑANA FUE AYER

ANA RIPOLL

 **Siruela**

Las Tres Edades

Índice

Cubierta

Portadilla

Prefacio

Parte primera. Fin

1. La Sociedad
2. Luna aparece
3. Soy Amelia
4. Apariciones y desapariciones
5. Kumiko presente
6. El laberinto de Luna
7. Laine sueña con ella
8. Lyuba señala el Espejo
9. Las piedras no vuelan
10. Busca a Wozniak
11. Nibieski królowej
12. Juego con Kostya
13. Orlando no recuerda
14. El Barón sabe de magia
15. La necesidad de salvar a Elisa
16. La niebla que nos rodea
17. A solas, de nuevo
18. La cueva de Raiña
19. El secreto de Mateo
20. De besos inesperados y deseados
21. Raiña vuela
22. Los asuntos pendientes de Cala
23. ¡Elisa, Elisa!
24. El regalo del Tártaro
25. Preparando equipaje
26. Kostya lleva flores en el pelo
27. Noah se reúne con su madre
28. Elisa regresa a casa

Parte segunda. Mañana fue ayer

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Inicio

Créditos

A Nacho y Charly

Prefacio

No estoy sola, Luna me acompaña. No sé qué hago aquí. Ella parece tener las claves. Como siempre. El entrenamiento es muy duro. Me duele cada fibra y célula de mi cuerpo. Pero lo que más me preocupa es la cordura, no sé cómo mantenerla a salvo. Luna y Amelia pueden enseñarme todas las tácticas, todas las habilidades que necesite en la batalla que se acerca, pero no cómo evitar volverme loca. Y creo que Gabriel también lo percibe así. Sé que está preocupado. Tiene esa mirada...

Y aquí estamos, Luna y yo, esta noche, ante esta puerta, como cualquier otra, en un momento tan elástico como todos aquellos en los que está involucrada Luna. Nos hemos detenido frente a la última habitación del pasillo, la única con la puerta cerrada. Abro y enciendo la luz. Es el dormitorio de un chico, ordenado, no hay nada que llame la atención. Podría haber sido el mío, tantos años atrás. Entramos Luna y yo, pero la mujer se queda fuera. Parece verdaderamente asustada.

—¿Lo percibes? —pregunta Luna. No sé a qué se refiere, pero el vello de mis brazos se ha erizado, porque, pese a que no percibo nada extraño, la pregunta de Luna significa que algo no marcha bien. Luna apaga y deja la habitación en penumbra, solo iluminada por la luz que entra del pasillo y que proyecta un rectángulo blanquecino sobre el suelo.

—Se moverán si los dejamos a solas —dice.

Salimos al pasillo y Luna cierra discretamente la puerta, pero su mano no abandona el picaporte. La mujer se excusa nerviosa y nos deja. Estoy esperando algo, una señal, pero no se oye ningún ruido. Todo está en calma. Una calma muerta.

Cuando Luna abre la puerta y enciende, se hace un vacío en mi estómago, la sangre se retira de mis venas. La habitación está poseída. Todos los muebles han cambiado de lugar, algunos de ellos se han movido varios metros, aunque no han producido el menor sonido. La cama está ahora en posición vertical, apoyada sobre el cabecero, en el centro del cuarto. Las dos puertas del armario se han descolgado de sus bisagras y flotan en paralelo al suelo. Todo lo que había sobre la mesa forma una columna altísima. La silla cuelga de la pared, las cortinas se arrastran por el techo como gusanos. Es lo único que permanece en movimiento, todo lo demás se ha detenido con nuestra irrupción en el cuarto.

—¿Los ves ahora? —pregunta Luna, pero niego aterrorizada—. Concéntrate y mira de nuevo —ordena, impaciente.

Cierro los ojos. Los latidos retumban como tambores de guerra en mis oídos.

Busco en la oscuridad de mis párpados una senda que me guíe a través de los dos mundos por los que me muevo. Cuando abro los ojos, lo veo. Los veo.

La habitación no está vacía. Está inundada de occisos. Muchos de ellos están arracimados en las esquinas del techo y sobre las superficies de los muebles, como si fueran colonias de moho. Esta vez sí doy un paso hacia atrás. Sobrecoyida, porque tal vez haya más de veinte. Es como un nido, como si hubiéramos dado con una de las puertas de entrada. Y todos y cada uno de ellos nos han visto y aguardan.

–¿Qué hacemos? –susurro, con la voz congelada por el pánico.

–Retornarlos adonde deberían estar.

La miro sin poder creer lo que acaba de decir.

–Luna, no puedo, es imposible, son demasiados.

Apenas consigo respirar. Esto no puede estar pasando, no estoy preparada aún, es una locura, un suicidio.

–Tienes otro problema, además de su número –susurra Luna, segundos antes de disolverse en el aire–: te han reconocido.

Los miro, al borde del ataque de pánico.

Tiene razón. Vienen a por mí.

PARTE PRIMERA

FIN

Esta es la crónica de una batalla.
Se acerca el final.
Mi tiempo se agota.

1. La Sociedad

El intruso se movía con dificultad entre los escombros en uno de los patios interiores del hospital. El complejo sanitario había sido abandonado cincuenta años atrás y la herrumbre y el vandalismo se habían apropiado de las ruinas, de manera lenta pero sistemática. A través de los vanos de las puertas y ventanas, se veían habitaciones expoliadas en cuyas paredes habían pintado obscenidades y símbolos ocultistas. Estos últimos provocaban sonrisas en el intruso. De vez en cuando, por debajo de los cascotes, asomaban objetos perdidos en el tiempo: una percha de goteo, una bacinilla con la pintura oxidada, informes médicos a medio quemar. Momentos antes, había descubierto un grupo de somieres oxidados y retorcidos. Unos cuantos gatos, vegetación salvaje, restos de un lavabo o de un retrete. Algunas paredes conservaban restos de los azulejos blancos originales. No existía prácticamente ningún techo en esta parte del hospital. Sin embargo, en el ala este todavía se podía subir al piso superior, aunque las escaleras no eran estables.

Percibió un destello dorado a su derecha y vio a la niña desaparecer fugazmente por el otro extremo del patio. El hombre resopló y echó a correr tras ella, después de acomodar la pistola en la cartuchera interior. Sus pasos creaban una estela de crujidos amplificadas y repetidos por el eco. La iba llamando, pero todo lo que obtenía a cambio era una risa lejana.

—¡Espera! ¡No te vayas! ¡Solo quiero jugar contigo! ¡Espérame!

Entró en uno de los edificios y enseguida percibió una corriente de aire frío. Allí dentro, la temperatura era al menos diez o quince grados más baja que en el exterior. Olía a una extraña mezcla de paredes quemadas, sustancias químicas, el lejano recuerdo de los desinfectantes. Todas las puertas de las habitaciones que daban al pasillo estaban abiertas, invitando a entrar. Era fácil imaginarse a los pacientes, curiosos, alargando el cuello desde la cama para ver pasar al extraño. Tal vez lo estaban haciendo, pensó el hombre, en aquel mismo instante pero en otra dimensión, una en la que los muertos no se morían del todo.

En una de las habitaciones había una vieja silla de ruedas volcada. Pasó junto a un cuarto de baño común, con una hilera mellada de lavabos colgados de la pared en la que aún se mantenían a salvo los azulejos. Continuó avanzando por el pasillo, cada vez más oscuro, más lúgubre. El techo mostraba señales de un incendio. No veía a la niña por ningún sitio. Se detuvo, aguzando el oído. El viento ululó a través de las ventanas sin cristales. Un crujido que vino desde el final del pasillo le puso alerta. Se dirigió hacia aquel punto.

Entró en una sala amplia que aún conservaba un mostrador alargado. La antigua

cafetería para visitantes. Tirada en un rincón, descubrió la caja registradora, blanquecina por el polvo y las telarañas. Por el mirador sin cristales se divisaba el limpio perfil de la sierra. Se estaba preguntando por el valor urbanístico de aquellos terrenos abandonados y fantaseando con la posibilidad de construir algún hotel sobre los posos de la mole destrozada, cuando sintió que estaba siendo observado.

–Escucha, no quiero hacerte daño –mintió–. Solo quiero enseñarte una cosita.

La niña pasó como una exhalación a su lado, rozándole. Intentó agarrarla pero solo apresó los restos de su risa, que cosió el aire con un hilo invisible. Cansado y malhumorado, soltó una retahíla de palabras obscenas y volvió sobre sus pasos, de nuevo corriendo. Tropezó con una loseta y cayó al suelo. Se levantó furioso:

–¡Ahora sí que te vas a enterar cuando te coja, mocosa de mierda!

Su vocecilla resonó en el pasillo:

–¿Mocosa de mierda? ¿Es que ya no quieres jugar más?

Inmediatamente después, una piedra golpeó el cuello del hombre. Brotó algo de sangre, que fue saludada por una risa ligera al fondo. El hombre se dio la vuelta, con una mano en la cartuchera de la pistola y la otra cubriéndose la herida del cuello. Respiró hondo antes de hablar:

–Mira, estoy cansado y solo quiero que me dejes tocarte. Nada más.

–Pero yo quiero seguir jugando.

El hombre esquivó en el último segundo otra piedra, que se estrelló ruidosamente tras él. Esta era considerablemente mayor que la anterior.

–¿Qué vas a tirarme ahora? –gritó al pasillo desierto–. ¿Un váter?

Hubo unos segundos de silencio hueco, hasta que sonó la voz infantil:

–Acepto tu idea.

Antes de que sonara el primer azulejo quebrado, el hombre se había ocultado en una de las habitaciones. A través de la ventana, saltó al patio interior y se acercó a la ventana del cuarto de baño común que había visto antes, desde donde procedía el ruido.

Vio a la niña en el momento en que levantaba el retrete por encima de su cabecita. A su mente le costó comprender la imagen grotesca. La niña, de tirabuzones rubios y grandes ojos oscuros, con un vestido azul celeste y zapatos blancos, se detuvo, sorprendida por la aparición del hombre en un lugar inesperado. Enseguida reaccionó y, cogiendo impulso, le lanzó el retrete, que reventó contra la pared, a escasos centímetros de la ventana. El hombre se agachó para protegerse de la avalancha de fragmentos. Cuando volvió a mirar, la niña permanecía en el mismo sitio. Pero esta vez lo contemplaba con la cabeza ladeada. Solo habían cambiado sus ojos.

–Fin del juego. Tengo hambre –dijo con otra voz. Y a la velocidad de la luz, derribó al hombre de un salto y se sentó sobre su pecho. Al caer, el hombre se golpeó la cabeza contra una piedra y quedó aturdido. La niña le arrancó la pistola

sin ningún esfuerzo y la tiró lejos. Después hundió sus dedos índice y medio en el pecho del hombre, que lanzó un grito. Cuando los sacó, la niña chupó la sangre. El dolor había despejado momentáneamente al hombre, que intentó zafarse de la niña, pero esta le asestó un golpe brutal en la cara con el puño cerrado y lo dejó sin sentido.

Lyuba utilizó sus piernas para inmovilizar los brazos del hombre y colocó su cara a escasos centímetros de la de él. Con un movimiento brusco, le desencajó la mandíbula para abrirle la boca. Luego comenzó a absorber su hálito vital.

Un sonido restalló en las paredes del hospital y Lyuba se desplomó, los rizos rubios enmarcando el rostro del hombre sin vida. De la nuca de Lyuba comenzó a manar sangre, como una gruesa trenza carmesí, y comenzó a encharcarse en el suelo, sobre los ladrillos rotos.

Varios hombres aparecieron en el patio del hospital y se acercaron en silencio a los dos cuerpos. El más bajito del grupo, que ocultaba sus ojos tras unas gafas de sol, apremió:

–Probablemente esté solo atontada. Tenemos que llevárnosla de aquí rápido, antes de que reaccione.

–¿Y él? –preguntó otro de los hombres, señalando al que yacía bajo el cuerpo de Lyuba.

–¡Ah, este! Sí, no podemos dejarlo aquí. Cogedlo también y vámonos.

Dio media vuelta y regresó a la furgoneta, dejando a su espalda a los otros cuatro hombres cargando los dos cuerpos.

2. Luna aparece

–No vendrá.

–Sí que lo hará.

Miré impaciente mi reloj. Me apoyé en su hombro y él me besó en la frente.

–¿Y cómo es?

–Nunca la he visto. Es un mito.

Mientras estés aquí, estarás segura, no habrá posibilidad de ataque por parte de ninguna bruja, albina o no, susurró Gabriel sin palabras, desde el contacto de su mano con la mía. No estoy preocupada por eso, si vienen ya sabré cuidarme, es que no sé qué es lo que tengo que aprender aquí. Un entrenamiento, ya te lo explicó Ulla, no has de temer nada. Eso no es verdad, hay muchas cosas a las que temer, la reválida final no será un simple examen, será una batalla contra los occisos de Iskender y no sé si seré capaz de lograrlo, Gabriel. Sí, claro que lo serás, y también sabes que no estarás sola, que estaremos todos allí y...

Retiré mi mano.

–No nos escucha nadie, podemos hablar como si fuéramos normales.

–Como si fuéramos normales –repitió él, pensativo.

–Pero no lo somos –acabé la frase en su lugar. Puse un gesto de fastidio y me sonrió.

–Perdona.

–No pasa nada.

Nos quedamos callados, observando el cielo cambiante. Estábamos a finales de mayo y los días se alargaban sobre el horizonte bello y anaranjado. La primavera se había asentado en todas y cada una de las hojas, brotes y tallos que nos rodeaban. Zumbaban insectos, cantaban pájaros y estábamos viviendo en un tramo plano, tranquilo, después de varias subidas y bajadas vertiginosas a lo largo del último año. Aun así, podía ver, delante de mis narices, la siguiente caída. Me sentía como en esos breves instantes de calma tensa que encuentras justo en la cima de la montaña rusa, justo antes de tirarte raíles abajo.

Una mariposa naranja y azul se posó sobre la rodilla de Gabriel.

–¿Te acuerdas de Huan en la fiesta? –dijo, de pronto, animado.

Reímos, cómo no recordarla. El último día del año quise celebrarlo con una fiesta y elegí Río de Janeiro. Para nuestra sorpresa, se unieron a la fiesta Orlando, Nui, Solomon y Huan. Fue una noche estupenda, divertida, pero el punto álgido fue el momento en que Huan reapareció con un disfraz de mariposa, cuyas gigantescas alas de seda iban barriendo las mesas a su paso, como un huracán.

Aquella noche fue mi paréntesis personal en medio de las semanas que la precedieron y la siguieron, inmersa en el epicentro de una batalla en la que debía tomar parte. Durante muchas noches, diferentes incorpóreos aparecían en el piso del Retiro, para comentar los últimos movimientos de Iskender, de los occisos, de los posibles aliados que estuviera reuniendo. Mientras hablaban, me observaban. Algunos de reojo, otros sin disimulo. Planificaban, discutían la conveniencia de solicitar una audiencia con La Araña («La Araña ha creado este tablero de ajedrez; no nos va a prestar a nosotros más ayuda de la que les prestaría a ellos», decía siempre Ulla, tajante, siniestra). Había voces muy críticas –y escandalosamente altas– con mi presencia en todo aquello; aseguraban que no estaba preparada para ser la Reina Azul y que, si todo esto se debía a un error, estábamos perdidos. Cuando Gabriel escuchaba aquellas opiniones, me defendía con vehemencia. Les preguntaba si alguna vez La Araña había actuado sin prever sus siguientes movimientos, a lo que todos callaban, y declaraba que eso era la prueba de que yo era la Reina Azul y que mi entrenamiento comenzaría en breve y sería capaz de cerrarles a todos la boca. Pero ese mismo argumento me dejaba a mí sin ellos. Que yo fuera capaz de cumplir con mi cometido solo porque así lo había dispuesto La Araña, en lugar de afirmar y defender mi valía, me dejaba tocada. En otras ocasiones, las discusiones alcanzaban tal estrépito que Gabriel y yo nos escabullíamos sin que se dieran cuenta, y nos íbamos a pasear por El Retiro, abrazados, como cualquier otra pareja.

Luego, a solas, Gabriel me confesaba que habría dado su vida a cambio de que todo fuera un error. «Mañana nos iremos tú y yo a cenar antes de que comiencen a aparecer todos esos exaltados, para no escuchar ni una sola de sus palabras», me decía entonces. Pero resultó que, a medida que avanzaban los días, el nerviosismo fue prendiendo entre ellos como la pólvora, y cada vez aparecían antes en nuestro piso. Recuerdo una mañana en que, al salir de la ducha, me encontré a Lila sentada en mi cama. Se encogió de hombros y me dijo que había tanta gente en la biblioteca y en la cocina que no sabía dónde meterse. Era como vivir en una comuna multitudinaria donde las puertas no servían de nada. La situación se volvió insoportable. Una noche, poco después de la irrupción de Lila en mi habitación, el piso se hallaba atestado de incorpóreos, que discutían acaloradamente todo lo relativo al enfrentamiento. Gabriel se encontraba en un extremo de la biblioteca, y yo en el centro de la discusión. Cuando cruzamos nuestras miradas, se puso en marcha. Sorteando a los numerosos asistentes, me cogió de la mano y salimos. Ni uno solo se dio cuenta, enfrascados como estaban en su acalorada disputa. Decidimos poner tierra y mar de por medio. Para evitar que detectaran nuestra migración, y contando con la ayuda de Nadir, el edecán de Gabriel, cogimos un avión y volamos hasta Nueva York, la ciudad del millón de luces. Allí nos instalamos en un apartamento cercano a Central Park y le comunicamos a Ulla

nuestra decisión de mantenernos alejados de aquel maremágnum de presencias. Lo entendió y nos apoyó cuando le exigimos que no les permitiera invadir nuestro pequeño oasis.

Durante unas semanas, conseguimos aislarnos del caos de los incorpóreos. Fuimos felices. Hablábamos cuando queríamos y disfrutábamos de un silencio tan maravilloso después que ninguno de los dos quería romperlo. Le conté que quería buscar a la sirena cuando regresara a Madrid, porque aquel ser inmortal, la última de su especie, me había dicho que tenía cosas que narrarme de mi pasado. Iríamos a buscarla a casa de Mamá Blanca. A ese sótano siniestro donde mantenía esclavos, prisioneros en celdas.

Desde el sofá blanco del pequeño salón del piso disfrutábamos de unas vistas inmejorables del este de la ciudad. Tenía unas enormes cortinas color vainilla, y el edredón de la cama de la única habitación estaba decorado con fresas gigantes. Gabriel comenzó a cocinar para nosotros dos y, al poco tiempo de mudarnos, aquel piso ya se había convertido en nuestro acogedor hogar.

Fuimos muy felices allí. Al menos los dos meses que duró aquella calma.

Todo cambió una tarde de típica tormenta primaveral: esquivas de agua furiosa se estrellaban contra el cristal y el cielo oscuro parecía estar a punto de sucumbir ante la gravedad de las nubes. Gabriel estaba atareado en la cocina con un pastel de ciruela y yo estaba leyendo un libro de Irène Némirovsky. Había puesto la música de Nina Simone y sonaba «Wild is the wind», tan sobrecogedora que me obligó a levantar la mirada del libro. No escuché a Gabriel salir de la cocina ni acercarse a mí. Me abrazó por encima del respaldo del sofá y apoyó su barbilla en mi hombro. Los dos asistimos sin prisa a la tormenta de fuera y a las dulces palabras de amor de Nina Simone, que Gabriel fue susurrando en mi oído, como si fuera el elixir más dulce que hubiera probado en mi vida:

Love me, love me, love me, say you do / Let me fly away with you / For my love is like the wind / And wild is the wind / Give me more than one caress / Satisfy this hungriness / Let the wind blow through your heart / For wild is the wind.

La voz de Nina Simone dio paso a su interpretación al piano, mientras el eco de sus últimas palabras resonaban en mi cabeza: porque somos criaturas del viento y el viento es salvaje...

Justo en ese momento sonó el timbre. Gabriel suspiró, me besó en el cuello y fue a abrir. Desde la puerta, me llegó una voz, inconfundible:

–Como veis, respeto vuestro requerimiento de aislamiento. Por eso he llamado a la puerta, en lugar de aparecer sin más.

–Por supuesto. Adelante, Ulla –respondió Gabriel con evidente desgana.

Unos segundos después, estábamos los tres sentados en el sofá, contemplando

los últimos jirones de la tormenta. Me levanté para apagar el reproductor de música. No tenía sentido malgastar un solo gramo de la magia que había creado Nina Simone. Ulla esperó a que se hubiera detenido la música para soltar la bomba:

–Bien, queridos, espero que hayáis descansado estos días. Fin de las vacaciones. Perséfone, niña, tu entrenamiento está a punto de comenzar. Mañana irás adonde te indique y esperarás a Luna.

–¿A quién? –quise saber.

Ulla repitió su nombre: Luna.

Gabriel me cogió la mano.

–Te acompañaré.

–No, Luna no aparecerá si te ve –contestó tajante Ulla–. Irá ella sola.

–Oh, muy bien, Ulla –dijo Gabriel, con una apenas perceptible elevación de tono en la primera sílaba que me dijo a mí, y solo a mí, todo lo contrario: «Iré contigo».

–¿Se sabe algo más del traidor?

Ulla negó con la cabeza, apesadumbrada. Si había un punto en el que coincidían todos era que la entrada masiva de occisos en este plano solo podía deberse a la labor secreta de una sombra, de un traidor, que les estaba facilitando el acceso, colaborando con Iskender. Una idea perversa y aterradora.

–No tenemos ninguna pista. Además, la incertidumbre está haciendo estragos entre los grupos mayoritarios de incorpóreos, todos sospechan de todos. La inquietud está dejando paso a la paranoia. He asistido ya a varios violentos enfrentamientos entre algunos que llevaban las últimas décadas instalados en la inactividad más complaciente. Nunca había vivido este estado de terror entre los nuestros. Se comportan como niños asustados ante la llegada del ogro.

–Ninguno de vosotros encajaría en el perfil del niño –susurré–, más bien en el del ogro.

Ulla me lanzó una mirada recriminatoria, pero no dijo nada.

–Tenemos otro problema más grave, en cualquier caso.

Ulla calló unos segundos antes de continuar:

–La certeza de que Mamá Blanca y su corte de monstruos se han unido a la causa de Iskender. No lo entiendo. Siempre hemos sido respetuosos con ellos, les hemos permitido la existencia con una única condición: que no se hicieran visibles a los ojos humanos. ¿Y así nos lo pagan? Cuando esto acabe, esa vieja albina perderá todos sus privilegios. Me encargaré yo personalmente de eliminarlos, uno a uno. Estoy furiosa con su traición.

–Pero –intervino Gabriel–, si la bruja blanca se atreve a enfrentarse a nosotros, sería un suicidio por su parte.

Ulla negó con un gesto cansado.

–No es eso. Te recuerdo que puede utilizar su magia negra contra la naturaleza humana de Perséfone.

Ah, claro, yo estoy viva. Ellos no. Genial.

—¿Y cómo podemos evitar eso?

—Poniéndote, querida, en manos de otro brujo, que te proteja. Hemos contactado con él. Por ahora no quiere tomar partido, aunque sé que no nos defraudará. Pero lo primero —dijo, dándose una palmada en sus rodillas y levantándose enérgicamente— es lo primero. Tu entrenamiento comenzará mañana. Eso rebajará la tensión.

Antes de salir por la puerta, como haría un ser humano, me informó:

—Al atardecer, en el Monasterio. Sé que Gabriel no te dejará sola, y acepto que te conduzca allí, pero luego tiene que desaparecer. De lo contrario, Luna no aparecerá. Adiós.

Tras la marcha de Ulla, el silencio se instaló de nuevo. Podíamos haber recuperado a Nina Simone, pero me sentí de pronto muy cansada. Había dejado de llover y el cielo parecía un damero desordenado de claros y oscuros. Gabriel se levantó y abrió la doble ventana. Un remolino de aire frío y olor a lluvia inundó el salón. Regresó con una manta y nos tapamos los dos, atornillados el uno al otro, adheridos, como pedía en su canción la Simone a alguien desconocido. Gabriel me abrazó con fuerza hasta que me dormí en sus brazos.

Al día siguiente, regresamos.

Condujimos hasta entrar en la provincia de Ávila. Dejamos el coche aparcado junto a los históricos Toros de Guisando e hicimos un trayecto a pie por una cañada, ascendiendo por la ladera de un monte entre arces, olmos, maleza baja. La subida fue áspera pero mereció la pena: tras un recodo, aparecieron dos viejos arcos de piedra, escondidos bajo hiedra salvaje, que flanqueaban una verja metálica de entrada. Más allá había una antigua casa de legos, rectangular, de una única planta, con un porche que se sostenía sobre carcomidas pilastras de madera. Gabriel rodeó la casa y bajó por una suave pendiente del terreno que conducía a un antiguo jardín, abandonado a la salvaje espesura de la naturaleza. En las cuatro esquinas de la antigua planta del jardín, unos setos de boj ocultaban unas viejísimas vasijas de piedra que debieron albergar bonitos árboles decorativos. Parecían pequeñas jorobas del terreno, ya de por sí salvaje. Frente a nosotros vi una cascada vegetal, en uno de cuyos extremos se podía adivinar la silueta de una pequeña puerta. Se trataba de un muro de dimensiones colosales, absolutamente devorado por plantas trepadoras. Diseminadas sin orden alguno, por aquí y por allá, delicadas columnas. A la derecha, un arco de piedra. A través de él se veía el horizonte.

Todo el conjunto de lo que había a la vista transmitía una belleza serena y cierta compasión por el tiempo pasado, por los ecos de otras risas, juegos y músicas que puede que una vez sonaran entre las columnas.

—Una mujer compró el monasterio y estas tierras hace más de un siglo, y lo convirtió en su casa-palacio —me informó Gabriel—. Pero tras un incendio, a finales

de la década de los setenta, fue abandonado a su suerte. Esperaremos aquí a Luna y mañana te enseñaré el resto del lugar.

Sentados a los pies del arco, permanecemos en silencio por espacio de varios minutos, sobrecogidos por la majestuosidad de la belleza melancólica, frágil y decadente que nos rodeaba.

El sol comenzó a ocultarse tras el pico más elevado del horizonte. No había señales de movimiento alguno a nuestro alrededor. Sabía que Gabriel no me dejaría sola, pero si Ulla estaba en lo cierto, tal vez su presencia estaba alertando a Luna. Estaba considerando la opción de pedirle que se marchara, cuando una suave voz como un hilo de seda sonó a nuestras espaldas:

—¿Quiénes sois?

Nos levantamos a la vez para descubrir una extraña criatura, como surgida de una leyenda medieval, o más bien de un sueño. Era una figura menuda, de piel tan blanca que parecía de plata. También su pelo parecía metálico, cortado por debajo de las orejas, y sus ojos eran de un color extraño que, al principio, tomé por ámbar, pero con el transcurso de los días averigüé que eran realmente de color amarillo, oro. Llevaba un extraño vestido de mangas tan largas que ocultaban sus manos y lo arrastraba al caminar.

Se había detenido frente a nosotros y miraba fijamente a Gabriel.

—He dicho que quiénes sois.

—Nosotros... —comenzó a explicar un sorprendido Gabriel, pero aquella figura levantó una mano, alargada, y le interrumpió.

—A ella la conozco. Me refiero a vos.

—A ella ya la conoces —repitió Gabriel—. Bien, yo soy Gabriel.

La extraña figura inclinó suavemente la cabeza, asintiendo complacida a las palabras de Gabriel:

—Yo soy Kuu.

Estupendo, no era la persona que esperábamos. Decepcionada, miré a Gabriel, pero él se echó a reír.

—Kuu, claro —dijo. Se inclinó hacia mí y susurró—: Kuu es «luna» en finlandés. Te presento a tu entrenadora, Luna.

Kuu, o Luna, caminó despacio hacia nosotros y nos observó con detenimiento. De cerca era aún más increíble, muy hermosa, y parecía delicada como la mirada de un niño, porque había algo en su aspecto que sugería que se desvanecería si la tocaban. Por fin, Luna hizo una leve inclinación de cabeza hacia Gabriel y nos dio la espalda.

—Aquí es cuando me voy —me susurró Gabriel—. ¡Suerte!

Se abrió la brecha negra de sus ojos y desapareció por ella.

Luna había comenzado a bordear el edificio en dirección a la entrada, sin decir palabra, así que la seguí. Estaba oscureciendo rápidamente. Los ruidos del bosque,

que con Gabriel a mi lado me habían parecido armónicos, ahora sonaban más fríos y amenazadores. Siguiendo a Luna, caminamos por un estrecho pasadizo que discurría entre el monasterio y un muro de piedra. Al final del muro surgía una senda escarpada que escalaba la ladera del monte, entre arbustos y piedras. Luna comenzó a subir por ella sin ninguna dificultad, pese a que era un camino de difícil paso y que la escasez de luz lo complicaba aún más. Tenía que agarrarme, tanteando, a las ramas y troncos de los árboles que tenía al alcance. Luna no se giró una sola vez para comprobar si la seguía, pero tampoco era necesario: mientras su escalada era absolutamente silenciosa, como si caminara en el aire, yo iba provocando una pequeña sinfonía de ruidos a mi paso.

Por fin, justo antes de que la noche hiciera invisible el camino, llegamos a la entrada de una cueva en una explanada de piedra, desde la que pude ver que estábamos a unos veinte metros por encima de la casa-palacio. Y que el muro descomunal junto al que habíamos pasado pertenecía a la imponente iglesia. Podría visitarlo al día siguiente.

Luna se sentó en la piedra llana y cruzó las piernas. Yo la imité, aunque no me dirigió ni una mirada. Ninguna rompió el silencio.

El cielo se ennegreció a una velocidad de vértigo. Pequeños racimos de luces diseminados a lo largo de la manta negra en que se había convertido la tierra mostraban las urbanizaciones y pueblos de la zona. Un pequeño cable serpenteante de luces allí abajo debía de ser la carretera. De vez en cuando, miraba de reojo a la extraña figura para comprobar que seguía sentada a mi lado. No se había movido. Apenas parpadeaba. Comencé a estrujarme las manos y tuve que cambiar de posición varias veces, porque las rodillas acusaban la inmovilidad. La noche era cálida y ahora silenciosa. Por encima de nuestras cabezas, un magnífico paisaje de estrellas inundó el cielo y me hizo recordar otras muchas noches, incluso de tiempos anteriores a Gabriel. Y entonces abrí un ancho sendero de recuerdos, de rostros y momentos pasados, por el que circulé sin prisa. Pensé en mi padre y María, regresando de China con Kumiko, si todo les había ido bien, y en mi pobre hermano muerto, en Mateo, al que no podrían abrazar como seguro que María estaba haciendo con Kumiko. Mis ojos se llenaron de lágrimas porque vi claramente la nuca de Mateo, como si pudiera alargar la mano y tocarlo. Lo vi en la cocina del Blue Bay, con un delantal del color de la nieve sucia que le había prestado el Cocinero. Max estaría en esos momentos tras la barra. Elisa cenando con su familia y Alberto. Y así, las vidas de todos aquellos que tuvieron relación conmigo alguna vez continuaban ondulándose y alejándose de mí.

Y mi nueva familia, la que me había adoptado, también estaría siguiendo unas rutinas en esos momentos. Huan estaría comprobando algo a través de la puerta de cristal de un horno, Noah estaría jugando en la biblioteca, Orlando... imposible saberlo. Orlando, que bien podría ser el hermano de Luna.

Me giré a mirarla y tuve que agarrarme a mis piernas para no caer de costado por la impresión. Porque, pese a que la oscuridad era de tal calibre que me impedía ver mis propias manos, a Luna se la podía ver porque brillaba. Refulgía en la oscuridad, como una de esas pegatinas a las que se adhiere la luz. Despedía una luminosidad blanquecina, algo metálica. Era inquietante.

No había cambiado su postura ni un centímetro, pero estaba segura de que llevábamos allí más de una hora. No me había llevado reloj. Pensé en preguntarle a Luna qué estábamos haciendo y cuánto tiempo más duraría aquella espera. No hizo falta.

Luna me miró de forma inexpresiva:

–Hemos acabado por hoy.

Se levantó suavemente. A mí me costó poner en marcha mis articulaciones, que me dolían como si estuvieran al rojo vivo.

–¿Qué has aprendido hoy? –quiso saber.

Su pregunta me desanimó por completo. No tenía ni idea de a qué podría referirse. Si me había dado algún tipo de lección sutil, esta se me había escapado. No sé qué esperaba de mí, pero ahora estaba segura de que la decepcionaría.

–¿Que no eres de mucha conversación?

Me miró como si acabara de descubrirme. Luego emitió un largo suspiro que me supo a derrota y desapareció. Como los trucos de los magos, se convirtió en una ligera nube, como un aliento que brilló en la oscuridad uno o dos segundos. En cuanto me quedé sola, la noche se llenó de ruidos amenazantes y de un súbito frío que no había sentido antes.

Migré.

3. Soy Amelia

Gabriel me estuvo esperando aquella primera noche de entrenamiento al borde de la ansiedad. En cuanto nos reunimos, me pidió que le diera todo lujo de detalles. Lo hice, pero ninguno de los dos supo entender las palabras de Luna. Gabriel estaba desorientado. No sabía qué esperar, me confesó, pero no eso. Le pregunté si sabía algo de este tipo de entrenamientos, pero me dijo que Luna era una leyenda entre ellos, una figura que no era incorpórea ni mortal, de origen desconocido. Que nunca antes la había visto y probablemente, de todos ellos, solo Ulla había tenido contacto con ella anteriormente. Que tal vez era la entrenadora oficial de la Reina Azul, fuera lo que fuera lo que aquello significaba.

La Reina Azul. Esas tres palabras que pesaban como una condena sin posibilidad de redención para ninguno de nosotros.

–Pero si no lo fuera, ¿estaríamos aquí juntos ahora mismo? –pensé en voz alta.

Gabriel surcaba con sus dedos la piel de mi brazo.

–Siempre.

–Quiero decir si nos habríamos conocido. Sabes que podría ser que no.

Sonrió.

–Bueno, supongo que en estos casos es más fácil echar mano del concepto clásico del destino, algo tipo «tú y yo estábamos destinados a encontrarnos, pequeña» –dijo, impostando la voz–. Pero eso es solo una excusa, una forma de escamotear tu propia responsabilidad...

–Vale, déjalo.

Y rompimos a reír. Más tarde, ya con las luces apagadas, le pregunté cuándo tendría que volver.

–Mañana. Al atardecer.

–Qué bien. Bueno, iré sola, no hace falta que me acompañes esta vez.

Y allí estuve, al atardecer, esperando bajo el arco abandonado el regreso de aquella figura enigmática. La noche cayó de golpe sin que Luna diera señales. Reinaba un silencio tan espeso como inhóspito y no me sentía cómoda. De pronto, un crujido a mi espalda rebotó en todos los recovecos del monasterio. Me levanté de un salto para ver, con la garganta seca y las manos frías, dos pequeños puntos rojos, casi a ras del suelo, entre los arbustos a unos metros de mí. Aquellos ojos me observaron unos instantes y luego desaparecieron, tras un rumor de hojarasca que se alejó colina arriba. Entonces descubrí a alguien bajando por el desnivel que conducía al jardín. Pero no era Luna. De hecho, la anciana que se acercaba era lo más opuesto a Luna que se podía esperar. Su cara era un conjunto de facciones que

más que repulsivas eran hostiles, como si ninguna de sus partes quisiera realmente estar allí, reunidas en aquel rostro. Sus labios se curvaban tanto hacia abajo que sus comisuras casi rozaban la barbilla, en una mueca de perpetuo asco. Parecía hecha de cartón, áspero y feo, como esas cajas de embalaje abandonadas en la calle que la lluvia ha reblandecido y oscurecido. Aquella extraña figura vino hacia mí, con las manos cruzadas. Sus uñas eran grises y repulsivas. Caminaba arrastrando los pies, aplastando las pequeñas florecillas silvestres a su paso. Vestía con ropas holgadas, oscuras, sucias. Cuando estaba a menos de dos metros de mí, me di cuenta de que sus dos pequeños ojos estaban iluminados desde dentro por una brillante luz rojiza. Se me puso la piel de gallina.

—¿Tú eres Perséfone? —graznó. Su voz era tan desagradable como su aspecto.

Asentí.

—Estoy esperando a Luna...

Señaló con un dedo flaco hacia el cielo.

—¿Tú ves alguna luna hoy? ¿Eh? ¿Es que no sabes mirar hacia arriba? ¡Niñatos! ¡Hoy no hay luna!

Si no hubiera sido porque sabía mi nombre, hubiera pensado que era una chiflada.

—No tengo ni idea de si hoy hay luna o no, porque tampoco me fijé ayer. Lo que quería decir es que estoy esperando a una... persona que se llama Lu...

—Sí, sí, ya sé qué quieres decir —movió impaciente la mano—. No soy sorda, ¿sabes? Hoy te entrenaré yo. Me llamo Amelia.

¿Amelia? ¿Entrenarme ella?

—¿Por qué? ¿Es que Luna ya no va a continuar?

Me miró sin comprender. Luego frunció el ceño y se alejó de mí, musitando palabras. Antes de desaparecer por detrás del muro del monasterio me gritó que la siguiera. Dudé si hacerle caso o regresar y hablar con Ulla para ver qué había ocurrido con Luna, pero un nuevo graznido de aquel ser tan desagradable me enfadó y decidí arreglarlo yo sola.

Cuando giré tras la casa de legos, me cayó encima una lluvia de piedras. Me protegí la cara con los brazos y corrí a ocultarme tras el grueso tronco de un árbol. Cuando paró, me asomé para espiar. Sobre un promontorio bastante alto estaba esa mujer, con los brazos en jarras, mirándome. Sonreía y así era aún más espantosa.

—Menuda guerrera estás hecha. Voy a tener mucho trabajo contigo.

—¿Cómo has subido hasta ahí... en tan poco tiempo?

—¿Que cómo?

Súbitamente, se encorvó para coger impulso y saltó hasta el árbol que me servía de parapeto, un salto de no menos de diez metros. Se agarró ágilmente a la corteza del árbol con las manos y los pies —descubrí así que iba descalza y que sus pies tenían aspecto de garra animal—, y descendió por el tronco como un insecto.

Cuando tocó suelo, se enderezó y me miró desafiante. Me señaló la frente. Me toqué justo donde más me dolía y comprobé que tenía un hilillo de sangre.

–Pero ¿qué haces? ¿Estás loca? –grité, enfurecida–. ¡Eso podía haber dolido!

Rompió a reír. Su aliento apestaba.

–¿Es que no te ha dolido? Entonces he fallado. La próxima acertaré y dolerá más. Tendrás que aprender que el dolor es parte de ti. Venga, camina, vamos a la cueva. Yo te sigo. A no ser que todos se hayan equivocado contigo y yo sea la única que te he juzgado bien.

¿Qué se había creído esa vieja loca? No iba a dejar que me pillara la próxima vez. Comencé a subir el escarpado camino que había tomado ayer tras Luna, pensando en hablar seriamente con Ulla cuando regresara. Entonces me pareció escuchar un sonido a mi espalda, una especie de pequeño crujido de piedra. De forma intuitiva, migré justo cuando notaba que algo me rozaba el hombro. Aparecí tras la mujer, que se giró sorprendida. Aún pude ver cómo el pedrusco, del tamaño de mi cabeza, se estrellaba contra el suelo en el sitio en que había estado un segundo atrás. Eso no eran pequeñas piedras. Mi paciencia se desvaneció.

–¡Se acabó! –grité–. ¡Menuda mierda de entrenamiento!

Para mi asombro, la mujercilla se acercó con actitud pacificadora, con las manos levantadas hacia mí.

–No, no, tienes que entenderlo. Necesitaba comprender cuáles eran tus aptitudes, eso era todo, te prometo que no te tiraré más cosas, pero tienes que confiar en mí. Estoy aquí por mandato de quien tú ya sabes –dijo, dulcificando un poco la voz; parecía convincente–, y mi misión es entrenarte. Con la otra aprenderás cosas que serán útiles, pero mi tarea es hacerte fuerte.

Me crucé de brazos, dándole otra oportunidad para que continuara:

–Entiéndelo: de tus manos van a depender muchas vidas. Y tú eres la mejor arma de las sombras. No hablo solo de velocidad, de fuerza, de poder, de resistencia. Eres la tercera Reina Azul que se enfrentará a Iskender. Esta vez no puede ganar él.

Se tapó la boca con ambas manos, los ojos abiertos. Pero era tarde, la había escuchado perfectamente. La agarré del brazo:

–¿Cómo que la tercera? ¿Qué estás diciendo? ¿Que ha habido otras dos batallas y ha ganado él?

La mujer retorció el brazo hasta que se zafó de mi mano y retrocedió unos pasos. Apretaba los labios con fuerza y negaba con la cabeza.

–¡Háblame! ¿Qué has querido decir con eso? –insistí.

–Bueno –confesó, bajando mucho la voz, como si pudieran escucharnos–, muy sencillo. Hubo otras dos antes que tú.

Tensé los hombros, impactada por esa noticia. ¿Iskender había vencido a dos reinas azules anteriores y nadie me lo había dicho? ¿Cuándo pensaban hacerlo? Miré alrededor, sin ver nada, imaginándome dos mujeres que habían fallado cuando

ocuparon mi lugar. ¿Tan poderoso era? Y aquel nuevo giro de las cosas, ¿qué posibilidades me dejaba a mí?

La mujer se acercó más.

–Pero tú eres distinta –susurró, para insuflarme valor, supuse. Entonces alargó la mano huesuda y fea y me rozó el cabello–. Las otras dos eran rubias.

Ah, un gran cambio, sí. ¡Menuda idiotez! La miré con rabia.

–¿Alguna otra inutilidad? –le espeté.

La mujer se encogió de hombros.

–Sí, ya que insistes: ninguna de las otras dos se enfrentó jamás a mí como has hecho tú hoy.

Enarqué las cejas, con más asombro aún.

–Mañana a la misma hora –ordenó y dio media vuelta. Descendió por el bosque, sorteando los árboles, hasta que la perdí de vista.

Me quedé sola, rodeada por la naturaleza desbocada y mágica de aquel sitio, y por la noche, que había ido ocupando su posición lentamente. Efectivamente, no vi la luna por ningún sitio en el firmamento. Me encontraba demasiado abatida como para regresar con Gabriel, así que se me ocurrió ascender a la explanada de piedra del día anterior con Luna. Esta vez subí con menos dificultad. Me senté allí, contemplando la línea del horizonte, que aún podía distinguir. Y lo que vino a continuación pareció una coreografía de danza: primero un tropel de dudas, acerca de mi valía para la misión, seguido por nubarrones de oscuros presentimientos. Cerraba la marcha el miedo a perder a Gabriel, o a perderlo todo. Luego me mantuve en el nivel más bajo de autoconfianza unos instantes más, para después comenzar a salir del pozo negro, cogiendo impulso para subir a la superficie a respirar aire limpio otra vez. Así, fueron reapareciendo en fila india mi amor por él, el convencimiento de que todavía tenía por descubrir muchas más facultades, y de que todas ellas me convertían por derecho propio en la Reina Azul. Más aún: en la Reina Azul que derrotaría a Iskender. Me daba igual lo de las otras dos. Si Iskender seguía vivo, era evidente que las otras dos habían fallado. Yo lo lograría. Aprendería cuantas lecciones quisieran darme Luna y Amelia y, cuando llegara el momento, me enfrentaría a ese occiso o lo que viniera detrás.

Liberada de mis angustias, y más fuerte que cuando había llegado, regresé junto a Gabriel. Se lo conté todo, pero no sabía prácticamente nada de las otras dos. Que había oído que existieron, pero no sabía nada, nadie recordaba nada, se desvanecieron en la bruma de los tiempos. Así de fácil. Decidí que ya investigaría más sobre ese punto.

Al día siguiente, fue Amelia quien me recibió de nuevo en el monasterio. Bastante menos antipática que la jornada anterior, me explicó que mi entrenamiento con ella consistiría en fortalecer mis habilidades y en descubrir otras nuevas. Le pregunté si me enseñaría el manejo de armas, pero respondió que no

eran de mucha utilidad contra los occisos. Tenía razón. Pero eso sí: necesitaba mejorar mi resistencia física.

Había limpiado de maleza una de las vasijas de piedra del patio de las columnas. Desnuda, al descubierto, y pese a su deterioro, seguía siendo un ornamento precioso. Estaba colocada sobre un pedestal tan gastado por la intemperie, que las esquinas aparecían redondeadas. Amelia y yo nos situamos a unos veinte metros de distancia de la vasija. Ella cogió varias piedrecitas del suelo y me las pasó.

–Destrúyela con esto.

Miré las piedras en la palma de mi mano. La mayor tenía el tamaño de una nuez.

–¿Cómo? Aunque lograra darle, son tan pequeñas que no le harían ni un rasguño.

Amelia resopló.

–¡Está bien! Comencemos por el principio: dale.

Eso sí podía hacerlo. Me preparé y tiré la primera piedra, que pasó un metro por encima. Lo intenté de nuevo. Fallé. De hecho, erré con todas las piedras. Amelia me miraba en silencio.

–Estaba segura de que le daría.

–¿Sabes por qué estás fallando?

–¿Porque no tengo puntería?

Me cogió del brazo y me acercó a la vasija. Ahora la distancia era solamente de unos pasos.

–Prueba –me dijo.

–A esta distancia es imposible fallar.

–¡Hazlo! –gritó.

–¡Oye! ¡Vamos a tener que trabajar tus modales! –me revolví.

Ella levantó las manos y me pidió perdón con un gesto. Luego me señaló la vasija. Levanté la mano y tiré suavemente la piedrecita. Para mi sorpresa, mi proyectil se desvió de su trayectoria, como si hubiera dado con un escudo invisible.

–¿Lo entiendes ahora? –me dijo la mujer–. Olvídate de lanzar la piedra con la mano y hazlo con tu mente. Si yo no quiero, no le darás nunca.

–¡No sé mover objetos con la mente!

–Bueno, te he visto desplazarte en el espacio de una forma poco natural. Si eres capaz de hacer una migración, sabrás hacer eso. Concéntrate.

Lo intenté algunas veces más, pero el resultado era idéntico. Sin decir nada, Amelia se alejó de la vasija, recogió una piedrecita diminuta y la lanzó sin hacer esfuerzo. La piedrecita voló con rapidez y se estrelló contra la vasija, reventándola en mil pedazos que salieron por los aires. Cuando la lluvia de fragmentos cesó, bajé los brazos y la miré atónita. La mujer se acercó a mí.

–Todas esas facultades residen en la frontera entre este mundo y el otro, tú solo tienes que arrancarlas de su regazo, como si metieras la mano en un estanque para

coger una piedra del fondo. ¿Lo entiendes? Eres el barquero, mete la mano en el río y recoge su agua.

Para ratificar sus palabras, levantó los brazos y el aire comenzó a moverse en círculos a nuestro alrededor, cada vez más furiosamente, doblando los troncos de los árboles y creando un remolino colérico de hojarasca, polvo y ramas quebradas que nos envolvía. Lentamente bajó los brazos y la tormenta se deshizo. Durante unos instantes, ningún animal o insecto, ni siquiera la más pequeña de las hojas, se atrevió a romper el silencio. Al poco, los grillos comenzaron de nuevo a cantar.

Aquello me hizo recordar a Rebeca, la bruja retorcida, el monstruo que intentó ser mi amiga y que estuvo a punto de ocasionar la muerte de Elisa.

–¿Eres una bruja?

Se echó a reír.

–¿Bruja? ¡Bah! ¡Qué sabrán ellas! Deberían comer de tu mano. Tú eres mucho más poderosa. ¡Apréndetelo de una vez!

Se agachó para coger más piedrecitas que volvió a colocar en la palma de mi mano.

–Comencemos de nuevo. Destruye el siguiente jarrón.

Busqué otro de los promontorios de vegetación salvaje, bajo el cual imaginé que se encontraba otra vasija abandonada. Sopesando una de las piedrecitas en la mano, me concentré. Cerré los ojos.

Pensé en Pandemónium. No quería hacer una migración, solo quería ver la ciudad de los muertos, recordar su tacto, su color, trasladarme allí en un plano puramente mental, que no me hiciera abandonar este mundo, buscar esa frontera de la que había hablado Amelia. Y en lo más profundo de mi alma se abrió una luz ambarina que no podía ser otra cosa que Pandemónium. Vi de nuevo el río Styx, el que cruzaba en la mitología el barquero Caronte para llevar a las almas al reino de los muertos, y supe que el río, alejado de las murallas de la ciudad, era territorio de La Araña. Podía sentir su presencia, helando mi piel, síntoma de que no había abandonado aún mi corporeidad, aunque estaba al borde de hacerlo. Era como si me estuviera inclinando tanto para ver mi reflejo en la superficie de un lago que, de un momento a otro, pudiera caer, pero continué hasta que extendí la mano en mis recuerdos para reclamar lo que me pertenecía por derecho, esa fuente inagotable de deberes y responsabilidades que aparejaba mi condición de, ¿cómo lo llamó aquella vez la bruja?, ¿híbrido?...

Abrí los ojos y la piedra salió despedida desde mi mano hacia el promontorio. Como si hubiera sido un proyectil de fuego del infierno, nada más tocar el bulto vegetal, este explotó por los aires, un amasijo de piedras y hojas ardiendo que voló en todas las direcciones. Lo mejor de todo fue que no hubo sonido alguno. En Pandemónium no existía el sonido.

Luego tuve que hacer un esfuerzo para distanciarme de la frontera entre ambos

mundos. Cuando lo conseguí, me senté, mareada y exhausta.

Amelia sonrió.

–Bien hecho. Mañana te veré de nuevo.

–Espera, antes quería preguntarte por eso que dijiste ayer sobre las otras dos reinas azules, quiero saber más...

–No hablaré contigo de eso.

–Pero...

–¡No! –zanjó la discusión–. Mañana seguiremos.

Me crucé de brazos.

–Entonces me tomo el día libre.

–Pero...

–Que descanses.

La dejé con la palabra en la boca y desaparecí.

4. Apariciones y desapariciones

–¿Os habéis enterado? Lyuba ha desaparecido.

Gabriel y yo nos giramos hacia Nui. Se había sentado en el único sitio libre del banco, entre una anciana que tiraba migas de pan a las palomas y yo.

–¿Qué quieres decir?

–Dicen que está retenida, pero no saben dónde. Ni aquí ni... –miró por encima de su hombro a la mujer y bajó su tono de voz– en Pandemónium. Ha desaparecido, simplemente.

–¿Creéis que Iskender ha tenido algo que ver? –quise saber.

Gabriel cerró los ojos por un instante.

–Podría ser... ¿Su cuerpo tampoco aparece?

–No. Ni ella ni su cuerpo. Es muy raro.

Los tres nos quedamos en silencio, contemplando el ajetreo del paseo en Central Park. Estábamos sentados frente al lago Belvedere. Tras él se alzaba, como de cartón piedra, el castillo Belvedere, escenario de tantas películas. Una pequeña ardilla rodeó nuestras piernas, cruzó el paseo y trepó por un chopo hasta desaparecer de nuestra vista.

–Recuerdo la última vez que devoró una de esas –dijo Nui–. Estoy preocupado por esa pequeña. Deberíamos hablar con Ulla.

–Sí.

La anciana, de la que nos habíamos olvidado por completo, se levantó del banco apresuradamente, sin dejar de mirarnos de reojo, y se alejó a toda prisa, paseo abajo. Nui se encogió de hombros y los tres nos levantamos para ir al refugio de Ulla.

Ulla, seguida por la corte principal de los incorpóreos, se había alojado en el castillo de Thornbury, al oeste de Inglaterra. Rodeado de prados, la enorme mole granítica del siglo dieciséis brillaba en todo su esplendor. En ese ambiente, recién desempolvado del paso de los siglos, la gran matriarca de los incorpóreos, como la llamaba privadamente, se movía a sus anchas. Tal vez entre los muros de piedra y hiedra del viejo castillo encontraba ecos de su niñez.

–Mañana –me prometió Gabriel– te llevaré a ese campanario de ahí, el de la iglesia de Saint Mary the Virgin, para que disfrutes de una perspectiva distinta del castillo. Incluso si llueve, te gustará. Hay días en los que la niebla se posa directamente en el suelo y solo se ven del castillo sus chimeneas.

La explanada frente a la fachada principal del castillo estaba llena de vehículos, más o menos lujosos. Tras la puerta de roble macizo, entramos en una sala repleta

de armaduras y viejísimos tapices y alfombras. El edecán de Ulla nos recibió y nos guió al salón de lectura. Allí, apoyados en las paredes forradas de paneles de madera, pequeños círculos de incorpóreos discutían los últimos movimientos de Iskender. En cuanto Ulla nos vio entrar, se dirigió hacia nosotros:

–Bueno, bueno, ¿qué tal ese entrenamiento? –sus palabras atrajeron la atención de todos los presentes.

–Muy lento, creo. Vamos a necesitar muchísimos meses. No sé si estaré lista a tiempo para la batalla.

Vi de reojo cómo Nui y Gabriel esbozaban una sonrisa, pero me divirtió mucho más ver el revuelo que provoqué. Muchos se removieron incómodos y crearon nuevos conciliábulos para, estaba segura, comentar el estado de preparación de la híbrido. La única que siguió mirándome fijamente fue Ulla. Era obvio que esperaba una aclaración por mi parte. No me hice de rogar:

–Sí, sí, era una broma estúpida. Pero no me hablaste de Amelia.

Asintió lentamente, repitiendo con los labios el nombre que acababa de pronunciar.

–Tiene esa mirada tan inquietante... –dijo más para sí misma que para los que la escuchábamos–. Venid conmigo –y abrió una doble puerta de cristal que conducía al jardín trasero del castillo.

Allí había dos o tres mesas blancas de hierro forjado, desperdigadas sobre el césped. Ulla se dirigió a la más alejada. Las ventanas de arcos ojivales de la sala de lecturas daban al jardín y por ellas se asomaron varios rostros inquietos, sin perdersenos de vista.

Dorian, el incorpóreo que aún vestía como si continuara en la época de Oscar Wilde y cuyo espantoso pasatiempo consistía en coleccionar los últimos recuerdos de los vivos, ocupaba una de las mesas junto a la que pasamos y, en cuanto me vio, se levantó. Ya me había engañado al principio de conocerle, cuando me pidió que le cogiera las manos y lo que hizo fue comunicarme, a través del contacto, el último segundo de vida de un chico que saltó del balcón de su habitación de hotel. Desde entonces, me daba escalofríos solo verle y lo evitaba como podía.

–Querida –dijo de manera untuosa–, creo que debería enseñarte algo.

–Ahora no, Dorian –interrumpió Ulla–. Más tarde.

–Pero...

–A la hora de cenar te buscaré –le aseguré–, pero te advierto: si se trata de otro de esos recuerdos miserables y asquerosos que guardas, te lo puedes quedar para ti solito.

Se detuvo en seco, con una extraña luz en sus ojos.

–Es que creo que este sí deberías realmente...

Levanté una mano.

–No.

–Escucha, yo...

Lo dejé con el resto de la frase colgando de sus labios de una manera poco elegante y me reuní con Gabriel y Ulla. Al sentarme, descubrí que Dorian se había marchado. No lo buscaría, no quería tener otra experiencia desagradable, de chicos suicidas o cosas parecidas.

En aquella parte del jardín solo se escuchaba el viento removiendo las copas de los árboles.

–Se acerca tormenta –anunció Ulla. Los tres volvimos el rostro al cielo, que se había encapotado. Ahora era de color gris cemento. Y el aire olía a lluvia. Pero no teníamos prisa ninguno de los tres por guarecernos. Esperamos tranquilamente a que Ulla hablase:

–Por cierto, sabíamos que las brujas despechadas harían de las suyas. Ya lo hemos averiguado.

Cuando Ulla supo que Rebeca y Berenice se habían aliado con Iskender e intentado acabar con mi vida, las castigó. Prohibió a las vampiras venderles su piel muerta. Sin ese ingrediente, las brujas no podían comerciar ni fabricar lo que fuera que las mantenía inhumanamente jóvenes a través de los años. Gabriel me confesó después que estaba seguro de que se vengarían de las sombras... y de mí.

Ulla aguantó la respuesta unos instantes. ¡Cómo le gustaba crear tensión dramática a esta mujer!

–La sirena de Mamá Blanca. La asesinaron. Estamos seguros de que fueron ellas, en represalia contra todos nosotros.

Pegué un bote en la silla. Me sentí como si alguien me hubiera tirado un cubo de agua helada por la espalda.

–¡No! ¡NO! Pero ¿por qué?, ¿por qué ella? ¿Qué les había hecho la sirena?

Miré a Gabriel angustiada. No era justo.

–No sabía que la conocieras –comentó Ulla.

–Sí. La escuché cantar una vez. El canto más hermoso que he oído en mi vida. Luego me dijo que tenía cosas que contarme. Me confundía con la Perséfone mitológica.

–Pues nunca sabremos qué era aquello.

–¿Y cómo... la mataron? –temblaba cuando lo pregunté.

–De una forma miserable. La dejaron secarse hasta morir en un bosque de encinas. La encontró un hombre. Hemos tenido que mover muchos hilos para que se borrara todo lo sucedido.

Sentí que alguien había apagado una luz en mi interior y me había dejado a oscuras, perdida ya toda esperanza. Pobre sirena. Recordé cómo su canto mágico había derribado todas las fronteras de mi conciencia para establecer una delicada y fugaz conexión con ella. ¡Maldita Rebeca! ¡La estrangularía!

–Bueno –dijo Ulla, cambiando de postura y dando a entender que zanjaba el

tema de la sirena—. Quiero que me cuentes todo de Luna y Amelia. No es mi intención apremiarte, pero es necesario que comprendas la magnitud de todo lo que te rodea últimamente.

Oh, vaya, no estaba de humor para aguantar otra charla sobre mi papel y, en lugar de responder, le pregunté directamente por Lyuba. Ulla no puso objeciones al cambio de tema y, para nuestra sorpresa, sí tenía más información.

—La Sociedad.

Gabriel enarcó las cejas con sorpresa. Sin embargo, yo no había escuchado ese nombre anteriormente.

—Sí, la Sociedad —repitió—. Es lo que me ha asegurado Lyuba.

—Así que la habéis visto —dije.

Ulla asintió con gravedad.

—Sí, pero hemos preferido no hacerlo público. Ellos tienen el cuerpo de Lyuba retenido en algún sitio.

—¿Retenido? No entiendo, se supone que vuestro cuerpo físico os sigue cuando migráis..., ¿no?

—En este caso no ha sido así. La hirieron gravemente y, en consecuencia, se encuentra ahora mismo en la frontera entre ambos mundos.

—¿Como una especie de limbo?

—Más o menos.

—¿Y cómo sabéis que ha sido la Sociedad? —inquirió Gabriel.

—Porque ha visto la entrada del Espejo de Almas.

—En tal caso no hay duda de que se trata de ellos. La Sociedad —me informó Gabriel— es un grupo de humanos que nos sigue la pista desde hace muchas generaciones. Se van sucediendo unos a otros, convencidos como están de nuestra existencia. De vez en cuando merodean cerca y nos ocasionan leves molestias, pero es la primera vez que se aproximan tanto.

—¿Y por qué simplemente no vais a recuperar vosotros el cuerpo de Lyuba? ¿O lo hace ella misma?

—Porque no es el momento. Tenemos que concentrarnos en Iskender. No quiero perder tiempo y efectivos buscándolo. Y Lyuba no puede acercarse si tienen el Espejo de Almas.

—Supongo que ese espejo no es buena señal, ¿me equivoco?

Ambos negaron con la cabeza.

—Es un arma muy antigua. Algo capaz de atrapar a una sombra o a un occiso. Con el Espejo de Almas podrían capturarla si intentara habitar su cuerpo de nuevo. Ellos simplemente estarán esperando a que se acerque.

—Lyuba o cualquiera de nosotros, supongo —dijo Gabriel.

—Exacto. Por ese motivo, y porque no es el momento de enmendar los errores de

esa niña traviesa, Lyuba tendrá que esperar. Tenemos peores problemas ahora mismo.

Una bandada de aves voló por encima del castillo. Nos habíamos quedado solos en el jardín. Un animal removió unos setos cercanos. No pude verlo, pero aposté a que nos había estado vigilando. Se trataría solo de un animalillo...

–Gabriel –dijo Ulla–, necesito que prestes tu ayuda en un asunto trascendental mientras Perséfone continúa con su entrenamiento. Solo puedo pedirte a ti, no confío en nadie más.

Volví a escuchar el roce de hojarasca tras el arbusto. Ulla también se había percatado y bajó la voz a un susurro apenas perceptible:

–Es imprescindible que desenmascaremos al traidor que está facilitando la entrada de occisos en este plano.

–¿Hay alguna pista?

La mujer negó con la cabeza y suspiró pesadamente.

–No, podría ser cualquiera de nosotros. Yo misma me descubro dudando de todos. Por algunos seguiría poniendo la mano en el fuego, pero estoy muy desconcertada. Ha de tratarse de un incorpóreo muy poderoso, que se esté moviendo en la sombra. He hablado de este tema con Solomon, pero tampoco él tiene una idea clara. Lo único que sabemos es que el traidor está ayudando a que Iskender reúna el mayor ejército de occisos en este plano que se ha visto jamás.

–Además de la ayuda que obtiene de las brujas –añadí.

Ulla movió la mano.

–¡Principiantes! Ya te dije que esta batalla no afectaría solamente a incorpóreos y occisos. Más se unirán a uno y a otro bando.

–¿Has hablado con Constanza? –preguntó Gabriel.

Fue escuchar ese nombre y removerse algo junto a mi corazón, cuando recordé su visión y todo lo que desencadenó.

–Sí. Ella personalmente se encargará de reclutar al resto de vampiros. Serán un aliado importante. Pero no es la única ayuda sorprendente que tenemos –hizo una pausa algo desconcertante–. Kostya está ayudándonos también. ¡Quién lo hubiera pensado! El salvaje solitario. No sé a qué se ha debido el cambio.

Yo sí lo sabía. Y Gabriel también.

–Kostya hará lo que sea por proteger a Perséfone. Y no tengo más remedio que estarle agradecido por ello.

–Como sea, es bienvenido, desde luego –zanjó Ulla la conversación.

Se levantó de la mesa y nos preguntó si entrábamos con ella, pero ambos preferíamos quedarnos a solas un rato más en el jardín, antes de que la tormenta se desencadenara.

–Como queráis –dijo, y se marchó.

Cuando estuvimos solos, Gabriel agarró mi mano y me besó.

–Mañana iré a ver a mi padre y a María. Les prometí que nos veríamos en cuanto estuvieran de regreso en casa con la niña.

–Supongo que estás deseando conocerla.

Asentí. Días atrás, mi padre me había enviado a través del móvil un vídeo de Kumiko en brazos de María y no pude evitar emocionarme.

–Te acompañaré –se ofreció Gabriel. Pero no era una buena idea.

–Prefiero alejarme durante un rato de todo esto, centrarme en ellos. Si estás conmigo, me distraeré, no dejaré de ser Reina Azul ni por ese rato. ¿Lo entiendes, verdad?

Besó delicadamente el dorso de mi mano.

–Por supuesto. Estaré con Ulla mientras tanto.

Justo entonces, dos gruesas gotas aterrizaron sobre la mesa blanca. Un minuto después, desde la biblioteca vimos caer la tormenta en todo su esplendor. El muro de agua era tan tupido y espeso que apenas se distinguía el jardín.

Más tarde, cuando la tormenta hubo amainado, estaba en nuestra habitación, contemplando el verde salvajemente brillante de la campiña, cuando reparé en un zorro, de pelo tan rojizo que destacaba como el fuego sobre la hierba, sentado sobre sus patas traseras junto a la mesa que habíamos ocupado Gabriel, Ulla y yo. Miraba hacia mi ventana. Bajé a toda prisa al piso inferior y salí corriendo al jardín, pero se había marchado. Me sentí como una tonta. Pero esa noche, Rebeca paseó por varios de mis sueños.

5. Kumiko presente

Había quedado con mi padre y María en el paseo marítimo de su ciudad, de *mi* antigua ciudad. No eran todavía las diez de la mañana y la temperatura era muy agradable. Me quité la chaqueta blanca que llevaba y la coloqué sobre mis rodillas. Estaba sentada en un banco de madera, frente al mar. El inmenso azul estaba en calma y el sol lo coloreaba con miles de puntitos danzarines. Algunos barcos cruzaban la bahía, tan lentamente que parecían no moverse. Todo parecía inmóvil alrededor. Estábamos en temporada baja todavía y en el paseo había poca actividad. Me estiré en el banco y cerré los ojos.

–Hola.

Una voz conocida me sacó de mis ensoñaciones. Me levanté para abrazar a mi padre. Venía solo. Arqueeé las cejas, pero se limitó a encogerse de hombros.

–Todavía nos estamos habituando todos a todos en casa. Vendrán enseguida, en cuanto haya desayunado.

Nos sentamos en el banco. El horizonte nos contempló en silencio.

–Me alegro de que pudieras encontrar billete tan rápidamente para venir.

–Sí. Además el avión es tan rápido...

–Pero ¿no me dijiste que venías en tren?

–Eeh... bueno, lo importante es que ya estoy aquí. Y cuéntame, ¿cómo ha sido todo el proceso? Quiero saberlo todo.

Mi padre siempre había tenido el defecto de ser demasiado conciso en los asuntos que más detalles requerían. Me resumió tanto la última parte del proceso de adopción de Kumiko que decidí esperar a que llegara María para que le diera color al relato.

–¿No habéis llorado?

Se encogió de hombros. ¡Qué parco en palabras era! Nos volvimos a sumir en el silencio, uno sin prisas ni presión. Un par de parejas saludaron brevemente a mi padre.

Por fin, aparecieron María y Kumiko. Ella era una muñequita, diminuta, con un color extraño de piel, entre pálido y gris. Era una niña preciosa y lo sería más cuando se borrarán las ojeras que ensombrecían su rostro. Llevaba un vestido azul celeste y una chaquetita a juego. Su pelo era muy corto, pero María le había colocado una vistosa horquilla con una estrella azul brillante. Abrazaba con fuerza a María y de su manita derecha colgaba un pequeño perro canela de lana.

Me adelanté para abrazar a las dos, pero Kumiko no quiso separarse ni un centímetro del cuello de María. Apenas me miró. Intentamos ablandarla con

palabras dulces, pero continuó con la cara enterrada en el hombro de María durante un buen rato.

Mientras paseábamos, María sí me contó con más detalle cómo fue la última parte de la adopción, habló del país y de la provincia china donde se encontraba el orfanato, de los problemas de comunicación en una región donde no se hablaba apenas inglés, de la ayuda que les brindó desde el primer momento una monja española. Y cuando narró cómo fue su primer encuentro con Kumiko, la emoción me hizo un nudo en el estómago.

Nos sentamos en una terraza, a pocos metros de la playa. María intentó que Kumiko probase una horchata. Por fin pude contemplar detenidamente a mi hermanita. Me fijé en las ojeras. Les pregunté si estaba enferma y me dijeron que sí, pero nada grave.

–Pero las visitas a la pediatra siguen siendo complicadas. Tal y como la ves, en la consulta es igual. No se separa de mí ni un instante. No sabes cómo sufre la doctora para auscultarla –comentó entre risas María.

Pese a que se la veía feliz, ese poso de amargura y tristeza, grabado a la fuerza en sus facciones desde la muerte de Mateo, no la abandonaría nunca, me temí. Mi padre, que también había adelgazado, parecía más sereno y miraba embobado a su mujer y a su hija adoptiva.

Pasó junto a nosotros un vendedor de globos infantiles que brillaban al sol, y a Kumiko se le fueron los ojos tras ellos, así que le compré uno, el más grande que llevaba el hombre. Cuando se lo di, dudé de que no fuera a salir volando, de lo pequeña que se la veía. Aquella fue la primera vez que me miró a los ojos y me sonrió. Era preciosa. Pero hizo algo más que mirarme: extendió los brazos hacia mí y me dejó cogerla, ante el asombro de María y de mi padre. La niña me abrazó con fuerza. Luego levantó mi mano a la altura de su rostro y contempló fijamente la quemadura que me había provocado un occiso, tiempo atrás, como si hubiera un mensaje oculto en ella que solo Kumiko podía leer. Luego me acarició el rostro con su mano diminuta. Había algo en su forma de mirarme, con aquellos ojos negros tan profundos, sin rastro de miedo o cansancio, como miraría un anciano sabio, con una serenidad que me transmitió paz, una clase de consuelo que ni siquiera sabía que hubiera necesitado, como si Kumiko supiera más de la vida y de este mundo de lo que yo, en mis viajes, hubiera podido averiguar. Pero no tuve la sensación en ningún momento de que me encontrara ante una futura incorpórea, sino más bien ante alguien que poseía un hondo conocimiento del sentido de la vida.

Esa conexión tan profunda y espiritual duró lo que el contacto de su mano en mi piel. Luego, simplemente, quiso regresar a los brazos de María. Ni ella ni mi padre se habían percatado de nada. Pero yo pensaría en ello mucho tiempo después. Llegué a la conclusión de que mis sentidos, afinados últimamente, habían detectado

en Kumiko, en su cuerpecito de niña de dos años, a un espíritu o, tal vez, los vestigios de un alma vieja que pronto lo olvidaría todo para renacer en una nueva vida, despojándose de todo lo anterior. Nos habíamos reconocido la una a la otra como dos viajeras en un momento y un lugar específico de la larga travesía que era el tiempo. Tal vez nos estábamos reencontrando desde alguna otra vida. Me alegré porque Kumiko estuviese junto a mis padres. Ellos no podrían estar en mejores manos.

Después de la horchata, María nos anunció que ella y Kumiko se acercarían a una tienda cercana, pero que no hacía falta que las acompañáramos.

–Os veis tan poco... Quedaos aquí los dos. Volvemos enseguida.

Cuando se alejaban, Kumiko asomó su cara por encima del hombro de María y me lanzó un beso.

–Ya nos ha adoptado a todos –comentó mi padre.

Nada en el ambiente, tan calmado como el mar, me hizo presagiar lo que vendría a continuación. Mi padre me estaba contando algunos detalles más del viaje. En el vuelo de ida, habían conocido a dos matrimonios españoles que iban a recoger a sus hijas adoptadas y habían intercambiado impresiones, esperanzas y sus direcciones, para poder seguir en contacto. Contó que María y él llevaban un año y medio siguiendo un curso de chino, para poder comunicarse con Kumiko, pero que habían descubierto que era ella la que no quería hablar. Que el psicólogo les había avisado de esto. Y que solamente necesitaban tiempo y tranquilidad.

–Papá, estoy tan feliz por vosotros... Y por Kumiko. Es una niña muy especial.

–Sí, yo también he sentido una conexión muy especial con ella. Tienes que ver su habitación, en casa. No caben más juguetes. Podías quedarte unos días aquí. Te has separado tanto de nosotros... –se lamentó.

–Lo sé, he estado... atareada, últimamente.

–Lo entiendo, pero me gustaría conocerle.

Me pilló por sorpresa y casi me atraganto.

–Eeh... bueno, veré lo que puedo hacer, ¿vale? En cuanto os hayáis normalizado con Kumiko, vendremos de visita.

–Me alegra oír eso.

Permanecimos callados. No era un silencio ligero, al menos por mi parte, porque sabía lo alejada que me encontraba de él, lo poco que sabía de mi vida. De hecho, a su lado me sentía como si interpretase un viejo papel, pero también como si fuera un refugio al que regresar porque me aportaba algo de serenidad. La Perséfone de antes, ignorante de su futuro, era más fácil de interpretar.

–Tienes la misma vena viajera que tu madre.

–¿Sí? No sabía que a mamá le hubiera gustado tanto viajar.

Mi padre me miró fijamente y se cruzó de brazos.

–Dime una cosa, hija, ¿qué sabes de tu madre?

Que de su alma emana una luz brillante y cálida como pocas otras que haya visto en la Ciudad Roja, me hubiera gustado decirle. Por supuesto, me callé.

—Pues... no mucho, la verdad. Siempre ha sido un poco tabú en casa, ya lo sabes. No hace falta que te diga que descubrí hace muy poco cómo murió realmente, después de que me lo hubierais ocultado durante mucho tiempo.

No buscaba pelea, pero no pude evitar que las palabras me brotaran con cierta dureza.

—Lo siento mucho, solo intenté protegerte. Probablemente en unos años nos veremos María y yo en la necesidad de contar también a Kumiko cuál es su verdadero origen. Pero debo comenzar contigo, ¿no crees?

Enderecé la espalda y me puse alerta. Ese tipo de confesiones familiares acababan dejándome molida.

—¿Qué origen?

Mi padre tomó aire y habló con cuidado. La historia que me contó superó con creces mis expectativas.

—Tu madre, Helena, en realidad no se apellidaba Miró. Su verdadero apellido fue Mirosz. O al menos con ese apellido entró en España, cuando tenía tres años. Nació en una región del centro de Polonia. Vino aquí con su madre, a la que nunca conocí, que se llamaba Bogdana. No me preguntes por su apellido, porque no te lo podría ni deletrear, pero lo tengo en casa. Tu madre me contó su historia cuando éramos novios, pero luego no se refirió a ella mucho más. Una vez le pedí que anotara en mi agenda todos aquellos nombres y lugares de los que me habló, porque no me fiaba de mi memoria, y así lo hizo. Cuando llegue a casa y tenga un momento, lo buscaré y te lo haré llegar.

»Solo sé que tu abuela, Bogdana, dejó la casa de sus padres para ir a vivir a una ciudad más grande llamada Lublin, y allí conoció a un joven. Se casaron enseguida, enamorados, y nació tu madre. Pero su historia de amor se deshizo pronto, con las borracheras de él. Te hablo de malos tratos. Un día, siguiendo a unos emigrantes valencianos, tu abuela cogió a tu madre, que tenía por entonces tres años, y huyeron a España. De alguna forma, tu abuela consiguió papeles y en ellos ya había transformado el apellido de Mirosz por el de Miró. Pero ya venía muy enferma y murió al poco tiempo. La familia con la que vinieron a España acogió a tu madre y cuidaron de ella. Helena nunca quiso regresar a su país ni saber nada de sus raíces. Cuando yo le preguntaba, me decía que, por lo que le había contado su familia de acogida, su padre había sido un auténtico animal. Ella siempre decía que su nacimiento en Polonia había sido un mero accidente geográfico, porque aquí estaba su hogar.

Cuando se calló, tenía un nudo en la garganta. Me sentía estafada y muy enfadada. Y verle sentado, tan tranquilo después de haber soltado una nueva bomba, pudo más que mi deseo de que hubiera calma.

–¡Perfecto! ¿Y cuándo considerabas necesario informarme de todo esto?

Se removió incómodo en el banco.

–Bueno, ahora te lo estoy contando. Sé que hubiera debido hacerlo antes y te pido perdón por eso, pero...

–¡A veces pedir perdón no soluciona las cosas! Joder, papá, tengo 23 años y todavía no conozco a mi madre porque tú, y nadie más que tú, me está ocultando siempre información sobre ella. ¿No te parece que pedir perdón no es suficiente?

–Desgraciadamente tu madre nos dejó hace mucho tiempo, y esto que te acabo de contar no va a cambiar nada. Por mucho que me grites.

Me levanté enfurecida.

–¡Esto es el colmo! ¿Te importaría dejar de decidir por mí qué cosas necesito saber en mi vida y cuáles no?

Justo cuando él se levantaba, María y Kumiko llegaron. Los dos nos callamos al instante, pero María se dio cuenta inmediatamente de que habíamos discutido.

–¿Qué está ocurriendo aquí?

Mi padre negó con la cabeza, ¡qué otra cosa iba a hacer, si no era negar la realidad! Pero a mí se me habían terminado las ganas de continuar a su lado.

–Y... –intenté aparentar cinismo en lugar de enfado–, ¿crees que hay algo más que deba saber?

–No. Si nos acompañas a casa, te daré la agenda en la que anoté todo lo que me contó tu madre.

–No, gracias. Creo que mi visita se acaba aquí.

María inició una protesta, pero algo en la mirada de mi padre o en mi rostro le hizo cambiar de opinión y se calló. Le di un beso en la mejilla y otro a Kumiko y le susurré al oído:

–Espero que tú tengas más suerte con él.

Miré a mi padre un segundo y él a mí, pero ninguno de los dos hicimos un solo gesto de acercamiento, así que levanté la mano a modo de despedida y me fui. Furiosa.

6. El laberinto de Luna

Brillante, casi fosforescente en medio de la oscuridad, aquella aparición que llamaban Luna intentaba explicarme los senderos que aportarían luz en mi búsqueda de la verdad. Llevaba un rato hablando, en un tono monocorde, con expresiones y conceptos tan abstractos que apenas podía mantener la concentración.

Estábamos sentadas en la misma plataforma de piedra que la otra vez, solo que enfrentadas, ambas con las piernas cruzadas y mirándonos a los ojos. Los suyos, de color oro líquido. De nuevo vestía de blanco, con una especie de sayo, y, a medida que había ido anocheciendo, su cuerpo, su pelo, su ropa, toda ella, había comenzado a irradiar una suave luminiscencia plateada. Ahora era imposible no fijarse en ella. Era un faro en medio de una tormenta.

—... De esa forma, la espiritualidad que emana de cualquier ser corpóreo podría ser el puente, la llave que abriera la senda que se abre entre los mundos, tantos como elecciones posibles tiene el ser humano...

No le había contado a Gabriel la pelea con mi padre. Todavía me escocía. Hubo un momento esa mañana que intenté recordar los datos que me había dado sobre Helena, nombres, una ciudad de Polonia, pero no había prestado atención a esos detalles cuando me los contó. Solo me había concentrado en el hecho de que me había estado ocultando información vital sobre mi madre. Ahora me arrepentía de haberme dejado llevar por el enfado. Un estéril y ridículo... ¿silencio? Luna se había callado y me miraba.

—Perdona. Te prometo que no volveré a distraerme —me disculpé—. Sigue.

—No. ¿Podrías repetirme lo último que te he dicho?

—Eeh... Algo de un puente.

Suspiró con fastidio.

—Cierra los ojos —me ordenó.

La obedecí y noté una ligera ráfaga de aire en el rostro, como si alguien me soplara o se moviera con rapidez. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba a mi espalda:

—Te decía, y no abras aún los ojos, que para encontrar la salida solo tienes que ponerte en movimiento. Si continúas inmóvil, te descubrirán ellos primero.

—¿Ellos? ¿Quieres decir los occisos? —sentí escalofríos en la espalda—. ¿Estás... hablando en sentido figurado, no?

Hubo una pausa. Luego añadió:

—Por supuesto.

Pero su voz tenía un deje de ironía y me dio mala espina. Abrí los ojos.

No estábamos en la plataforma. De alguna forma, Luna me había trasladado de sitio. Ahora estaba sentada sobre hierba, rodeada por altos setos recortados cuidadosamente como si fueran muros vegetales. La única luz que iluminaba la zona provenía de una alta farola situada tras un seto a mi izquierda. Me giré en redondo, buscando a Luna, pero había desaparecido. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Era una alucinación?

La llamé a gritos, pero no escuché respuesta. Ni un susurro. De hecho, el silencio era tan grave que me puso los pelos de punta. Decidí sentarme y esperar a que apareciera, pero enseguida regresó a mi memoria su última frase, algo acerca de la salida. Que se encontraba solo si te ponías en movimiento. Miré con más detenimiento alrededor. Lo comprendí en ese instante.

Estaba en un laberinto, de esos formados por altos setos, como uno que vi tiempo atrás en... ¿No sería ese mismo? El laberinto de la casa del Escorial. Sí, era el mismo, reconocí la farola. Era un truco de Luna, probablemente me estaba poniendo a prueba o castigando por mi falta de atención. Me puse en marcha, tenía que salir de allí. Primero tenía que orientarme y para ello me sería muy útil localizar la casa. Pero los setos eran demasiado altos, ni saltando logré vislumbrar ni un solo pico del tejado de la casa. Busqué alguna posición de las estrellas que me guiaran, esa constelación que marcaba el norte, ¿cómo se llamaba? Y lo que era peor: ¿cómo era? Desistí, no tenía ni idea de constelaciones. Me concentré en los sonidos, por si captaba algún ruido de la carretera que pasaba bordeando la finca. Todo estaba en silencio. Todo, excepto un crujido a mi izquierda, tras el muro, que rompió la quietud de la noche y aceleró mi corazón. Algo en mi interior me dijo que no se trataba de Luna, así que eché a correr de manera instintiva, por la primera bifurcación que encontré a la derecha. Durante un rato estuve corriendo como un ratón ciego, a derecha e izquierda aleatoriamente. Cada vez que daba a un callejón sin salida, me desesperaba. Pero era peor cuando, para recuperar aire o porque intentaba hacer un plano mental del laberinto, me detenía. Entonces un pequeño enjambre de ruidos, pasos, gravilla pisada, ramas quebradas, se acercaba a mí. Saltaba hacia delante, con el corazón tamborileando en mi cabeza frenéticamente, y echaba a correr a la desesperada. Había algo allí y mi intuición me decía que era hostil. Un nuevo muro vegetal cortando el camino, mi perseguidor se acercaba más, estaba ahora justo detrás, volvía sobre mis pasos mirando sobre mi hombro, pero aún no lo veía, seguía corriendo. Me detuve a coger aire y entonces apareció.

Atravesó el seto como si fuera de mantequilla. O mejor dicho, como si no estuviera allí. Dio un paso y se paró frente a mí, los brazos en jarra, la sonrisa de chacal.

Oh, no, no, no, él no... Pero ¿qué era aquello? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era

parte de la ilusión?

–Creo que esta vez no podrá venir a salvarte –rugió.

¿Por qué seguía persiguiéndome Isaak?

–Pero ¿yo qué te he hecho? –le grité. Por toda respuesta, se rió de una manera escalofriante. Tenía que largarme de allí.

Antes incluso de que hubiera decidido migrar, él ya se había movido velozmente. Pasó como un rayo junto a mí y descargó un puñetazo en mi costado derecho, tan fuerte que me lanzó varios metros. El impacto me dejó sin respiración y el dolor se propagó rápidamente por mi cuerpo como si fuera veneno. Me quedé en el suelo, inmóvil, apretándome el costado con ambas manos. Dolía tanto que no podía concentrarme siquiera para hacer una migración y desaparecer de allí. Estaba intentándolo cuando su voz sonó demasiado cerca:

–Esta vez te voy a aplastar como el miserable gusano que eres –susurró en mi oído. Noté su aliento en mi cuello e intenté moverme de allí, pero me agarró de la muñeca y tiró de mí con tal fuerza que salí volando de nuevo por los aires. Pasé por encima de varios setos y aterricé en el suelo. En la caída me golpeé el hombro y el brazo izquierdos, y creo que me doblé la muñeca derecha, con la que intenté amortiguar el golpe. El dolor me hizo gritar. Casi no podía respirar, pero me giré como pude para ver por dónde podía aparecer de nuevo Isaak. No lo veía de momento y me arrastré de espaldas hasta apoyarme en el tronco de un seto. Sus ramas se clavaron como agujas en mi cuello desnudo y no podía mover la muñeca sin sufrir una nueva descarga de dolor. Tenía que aprovechar esos segundos antes de que Isaak diera conmigo para migrar de allí, así que cerré los ojos con fuerza.

Pero hubo algo que desarmó mi concentración, un olor penetrante y hediondo que llegó hasta mí y me obligó a taparme la nariz. Maldiciendo, abrí los ojos.

Hubiera debido esperarlo. Anticiparme. Si estaba viviendo una pesadilla de terror, ¿qué mejor maestro de ceremonias para aquella atrocidad monstruosa que el ser más espeluznante de todos? ¿Quién, sino él?

Iskender.

Una figura mucho más pequeña que el anterior gigante, como de un niño de doce o trece años, con una sudadera oscura cuya capucha ocultaba su cabeza. Los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, unos pantalones vaqueros raídos a la altura de los tobillos y sus pies descalzos, pero había algo extraño en ellos, aunque no podía verlo con claridad. Precisamente su quietud fue lo que más me asustó. Me contemplaba, solamente miraba, como si esperara que yo hiciera el primer movimiento. Pero estaba tan paralizada por el terror como por el dolor insoportable del golpe.

De pronto cambió de idea y comenzó a moverse, arrastrando el pie derecho al hacerlo. Centímetro a centímetro fue acortando la distancia que nos separaba. Con él, el hedor se acercó también, olor a carne en putrefacción que provocó que mis

ojos se llenaran de lágrimas. No podía apartar la mirada del interior negro de su capucha, como si fuera una cueva de la que fuera a salir de un momento a otro el animal más peligroso del mundo.

Pero aún no estaba preparada para enfrentarme a él, no había concluido mi entrenamiento. Me entró pánico y aquello no contribuyó a calmar el dolor, más bien lo aumentó. Apoyándome en la mano izquierda, intenté ponerme de pie, pero sentí como si me hubieran golpeado de nuevo en las costillas, así que volví a derrumbarme sobre la hierba. Comencé a respirar por la boca, como un pez que se ahoga, para evitar la pestilencia que salía de Iskender, que seguía arrastrando el pie a medida que se acercaba. Yo intenté retroceder un poco, pero las ramas del seto se clavaron con más fuerza en mi espalda.

Y en mi cabeza se estaba produciendo una batalla entre la parte de mi raciocinio que me decía que aquello no podía ser real, que era alguna especie de truco de Luna o simplemente una pesadilla, y la otra parte de mi cerebro, la que recibía todas las señales nerviosas que indicaban dolor y más dolor y que aseguraba que estaba bien despierta.

Tan despierta que pude ver, cuando estaba a un metro de distancia de mí, que los pies desnudos de Iskender estaban deformados porque les faltaban... partes. No tenía piel ni tendones y varios dedos estaban amputados o pudriéndose, y pude ver que el derecho, el que arrastraba, era el que estaba en estado más avanzado de putrefacción. Grité con toda mi fuerza hasta vaciar de aire los pulmones. Y cogí aire de nuevo para chillar todavía más fuerte cuando vi que Iskender se llevaba las manos a la capucha para bajarla y no quería ver lo que había dentro, aún no estaba preparada para eso, y grité y grité...

Cuando dejé de hacerlo y abrí los ojos, había regresado la oscuridad a mi alrededor y el único punto de luz era la figura blanca que estaba sentada frente a mí. Luna me miraba, tal vez con curiosidad.

—¿Eran... reales? —susurré sin fuerzas.

No contestó, pero juraría que negó suavemente. La cabeza comenzó a darme vueltas. Me dolían el hombro y el costado, y en la muñeca notaba las pulsaciones, así que me tumbé en la piedra fría, miles de puntos blancos bailando en mi cabeza, pero no sabía si eran estrellas o si estaba a punto de perder el conocimiento, y entonces una voz sin entonación alguna dijo a mi lado: «Descansa. Vete a casa», y la obedecí y me evaporé de allí.

7. Laine sueña con ella

Laine se sienta sobresaltada en la cama. Está sudando, los rizos negros aplastados en su frente, sienes y nuca como si acabara de emerger de una piscina. Acaba de salir de un elemento que no es el suyo, el fondo del mar, donde toneladas de agua le impedían respirar, y alguien agarraba sus brazos y piernas para obligarla a mirar.

Dobla las piernas y quita la sábana de un manotazo. La persiana filtra algo de luz de la calle, que cae fría sobre los muebles de la habitación. Respira aire a bocanadas desesperadas. En su sueño llovía, escuchaba el repiqueteo de gotas contra un cristal, pero ahora no escucha nada.

Le arden la cara y el cuello. Se levanta de la cama, sube la persiana y abre la ventana de par en par. Siente una ligera brisa que huele a lluvia y la reconforta. Por eso, piensa, soñaba que se estaba ahogando en el fondo del mar. Porque ha llovido. Apoya las dos manos en el borde de la ventana y descarga todo su peso en ellas. Así, con la cabeza echada hacia atrás, su cuello se refresca también.

De pronto sube hasta ella un ligero olor a basura y su estómago se contrae hasta la náusea al recordar el hedor del encapuchado. Se marea y regresa a la cama.

Los ha visto de nuevo en sueños. Esos fantasmas de carne y hueso y esa chica a la que acosan, pero a la que ayudan también. Sin embargo, no se siente en peligro. Deben de tener la misma edad. Esa chica del sueño está aprendiendo a luchar.

Hace tiempo que no se pregunta por qué sueña con ella, o de dónde surgen esos personajes que construye su subconsciente. Ha decidido que el origen de su problema, de esos sueños y de los anteriores, yace en algún tipo de brote psicótico, que tiene que estar sufriendo un trastorno, aunque ella, que es cajera en un supermercado, no es capaz de saber por qué.

La respuesta a la pregunta de por qué se está volviendo loca, por qué siente algunas noches esa conexión tan extraordinaria, tan vívida, tan real, con una chica que no ha visto jamás en la vida real. Con una chica, está segura, que no existe. Porque nada de lo que sueña puede existir. Esos fantasmas de carne y hueso, el encapuchado que se descompone, las sombras negras que todo lo queman, nada de eso existe, salvo en su imaginación y en sus sueños.

Así que necesita ayuda para sacar de su cabeza esas ideas que la están matando, esos sueños, esos personajes de terror. Tiene que acabar con las pesadillas. Hace tanto tiempo que no puede dormir bien... Y en el trabajo se lo han notado ya. ¡Cómo no lo van a notar, si mete la pata una y otra vez! Está siempre cansada, siempre de mal humor, siempre asustada.

Cuando apareció la primera pesadilla, no hizo mucho caso. Pensó que la había

olvidado hasta que soñó de nuevo con ellos. Eran muchos y todos diferentes. Dejó de ver la televisión antes de acostarse, tal vez había visto algo en un programa que le inducía las pesadillas.

Con el tercer sueño comenzó a preocuparse seriamente. Dejó de leer libros, quitó los cuadros y fotos que decoraban las paredes de su cuarto, comenzó a cerrar las persianas. Con los siguientes, el caos fue en aumento. Algunas noches no bajaba la persiana; otras, la cerraba a cal y canto y dejaba la luz encendida toda la noche. Pero nada de eso ahuyentaba las pesadillas. Sus horas de sueño se redujeron drásticamente. Durante el día, escudriñaba el rostro de todo aquel que pasaba por su caja, buscando alguno que coincidiera con los de las pesadillas. Cuando aceptó que no existían, que no había molde para sus fantasmas de pesadilla, abandonó toda esperanza. Comenzó a tantear otras salidas, a la desesperada. La parroquia de su barrio, un psicólogo, ansiolíticos, antidepresivos.

Nada los detuvo.

Esconde la cabeza entre sus manos y se mira la muñeca derecha. Ahí es donde se ha hecho daño la chica del sueño. ¿Pero por qué le ocurren a ella esas cosas? ¿Por qué tiene esas pesadillas? ¿Por qué no puede contar con nadie para que la ayude? Al principio se lo contó a Mirta, hasta que se dio cuenta de que ya no la escuchaba. ¿Es un castigo? Señor, ayúdame a superarlo, implora.

8. Lyuba señala el Espejo

Me despertó Gabriel, sin pretenderlo. Estaba acariciando mi pelo, tumbado a mi lado, pero yo soñaba en ese momento con una desconocida que lloraba sentada en una cama a oscuras, y eran tales su pena y su miedo que subí a toda velocidad hacia las capas menos profundas del sueño, y así noté los dedos de Gabriel sobre mi frente.

Nos sonreímos en silencio. Él cogió mi mano derecha y la besó.

—¿Qué tal ayer?

Solté un silbido.

—El horror. Son un par de sádicas. Luna provocó una especie de... Espera un momento...

Me incorporé y levanté parte de mi camiseta. En mi costado derecho, a la altura de las costillas inferiores, tenía la huella de un golpe bastante fuerte, de colores amarillento y ocre.

—¿Cuándo te has hecho eso? —preguntó alarmado Gabriel.

—Ayer —contesté. Me miró con sorna.

—Imposible. Esa señal tiene varias semanas.

Negué con la cabeza.

—Es del entrenamiento de ayer, me lo hizo Isaak.

Gabriel se puso en guardia.

—¿Isaak? ¡Maldito sea!

—Tranquilo, no duele apenas. Además, no fue lo peor de la noche. No sabes cómo grité cuando vi a Iskender.

Gabriel congeló su respiración al oírme.

—¿Quieres decir que... ayer...? Pers, no volveré a dejarte sola en ningún momento... Pero ¿cómo pudo dar contigo? Estás en peligro, hemos de suspender inmediatamente...

—No te preocupes —le interrumpí—, creo que no fue real. O, bueno, no lo sé, la verdad. Creo que fue parte del entrenamiento. Como una alucinación. De todas formas, creo que estoy aprendiendo las técnicas de esas dos brujas. La próxima vez les va a costar más pillarme desprevenida.

Gabriel me escuchaba con desaprobación:

—Esto ha ido demasiado lejos. Tiene que haber otra forma de entrenarte, lo consultaré con Ulla.

—Gabriel —le cogí de la mano con suavidad—, así tiene que ser. ¿Cómo quieres que me prepare para lo que viene?

Intentó protestar, pero lo acallé con un beso. Sería más fácil si dejara que me protegiera, pensé, si me abandonara en su abrazo, pero eso sería en otra vida. Para esta, ya era demasiado tarde. La suerte ya estaba echada y era yo quien debía defenderle. Lo haría, incluso a costa de mi propia vida. Sonreí al pensar en los cuentos que leía de pequeña, de princesas rescatadas una y otra vez por sus apuestos príncipes. Ahora los papeles se habían invertido.

Salí de la cama, con multitud de dolores repartidos por el cuerpo. Mi piel, mis huesos, cada músculo de mi cuerpo recordaba los golpes e impactos de la noche anterior, con una memoria exquisita en los detalles.

Sin embargo no fueron las dolencias lo que me ausentó del café, lo que hizo que desayunara distraída, apenas prestando atención a Gabriel y lo que me decía. Fue el extraño sueño que había tenido justo antes de despertar. Aquella chica, asustada, tan sola, en medio de la oscuridad. Guardaba cierto parecido con la pesadilla que sufrí recurrentemente durante muchos años de mi vida, en la que buscaba con desesperación a Helena por una casa-laberinto. La angustia que percibí en la chica del sueño, su fragilidad y vulnerabilidad, me habían transportado de inmediato, como un golpe, y ese sí que dolía, a otra persona, ausente ya de mi vida. A Mateo. Entonces sentí la urgencia irrevocable de encontrarle, de rastrear su alma en la Ciudad Roja y poder contemplarle, un poco siquiera, unos segundos. O tal vez, quién sabía, intentar acariciar su estela luminosa para revivir algún recuerdo de su vida. Mateo, Mateo, cómo le echaba de menos. Dónde estás, Mateo. Iré a buscarte, me dije.

Y lo hice enseguida. Me transporté al inframundo de los muertos, a Pandemónium. Tiempo atrás, cuando era una novata en esto, Orlando me había enseñando una técnica para hacer el viaje más rápidamente, gracias al fuego y al agua, a la negación de la vida y a la vida misma. Pero ya no lo necesitaba. Era capaz de transportarme allí en una fracción de segundo, como quien parpadea. Parecía que habían transcurrido siglos desde que Orlando me explicó cómo utilizar aquel truco. Tal vez es que yo me sentía siglos más vieja.

Cerré los ojos. Inspiré aire cuidadosamente y extendí la mano... para toparme con la muralla de adobe de la Ciudad Roja. Salté las piedras del muro derribado y caminé entre callejuelas, observando la actividad que me rodeaba. Las almas estaban inquietas. Tal vez presintieran algo. Se movían errabundas, algunas más nerviosas que otras. Las fui esquivando porque si las tocaba me distraería con facilidad y sabía que el cronómetro de mi estancia allí había comenzado la cuenta atrás. Sabía adónde me dirigía. Pasé junto a una alta y estrecha torre circular que quiso decirme algo, aunque no lo recordé muy bien. A lo lejos, el reflejo de un sol inexistente sobre un pomo blanco comenzó a llamarme. Sí, ese era mi destino. Allí encontraría a Helena y, seguramente, a Mateo.

Pero cuando abrí la puerta, si es que tuviera que definir de alguna forma mis

movimientos, no hallé nada. Me giré, desilusionada, para descubrir que las calles se habían quedado desiertas, como si todos hubieran corrido a ocultarse. Noté, por primera vez, una sensación de malestar, acuciante, cosquilleando. Pero lo peor fue la luz: se transformó, se volvió gélida, casi tangible, como si una espesa niebla hubiera aterrizado en la Ciudad Roja y nos envolviera a todos en una sustancia pegajosa que escondiera un monstruo acechante...

Nunca había vivido algo semejante en Pandemónium. Asustada, me encerré dentro del refugio de Helena. Por dentro, la puerta no tenía ese pomo de caracola blanca, así que me limité a empujar con la mano.

Entonces el suelo comenzó a temblar a causa de unos golpes que retumbaban en todas las superficies posibles y que tenían la cadencia de los pasos de algo monstruoso, un ente o tal vez un animal del inframundo que se había introducido en la Ciudad Roja y la estuviera atravesando. Comencé a sufrir un desdoblamiento inédito. Por una parte, estaba aterrorizada y, además, me sentía una extraña en aquel mundo. Una extraña no querida. Alguien que no debería estar allí. Pero por otra parte mi conciencia empezó gradualmente a desaparecer, a desvanecerse en las brumas de la memoria que era lo primero que atacaba Pandemónium, para deshacer todo rastro de humanidad de las almas. Fagocitando mis propios recuerdos, cada vez más laxa, más apática ante lo que pudiera ocurrir, como si me hubiera dividido en dos mitades irreconciliables, la una gritaba a la otra, presa del pánico, que el monstruo podía haber entrado en la ciudad, pero la otra contemplaba con desidia los gritos de la primera. Y la separación entre ambas mitades fue haciéndose mayor, más insalvable.

Me hubiera vuelto loca de remate, además de haberme quedado atrapada para siempre allí, si no hubiera sido por Lyuba. Su pequeña luz apareció a mi lado, nunca sabré cómo, y se puso de parte de mi mitad aún viva. Me dijo, en esa comunicación imposible que se daba en Pandemónium, que tenía que seguirla. Me sacaría de allí porque necesitaba que viera algo. Se coló por la rendija de la puerta que mantenía atrancada con el peso de mi propia conciencia. Entonces, mi yo asustado reaccionó y arrastró consigo mi yo muerto tras Lyuba, en una carrera frenética por las callejuelas. La bruma se había vuelto tan oscura y tenebrosa que me recordó que una vez me había movido en el interior de un monstruo gigantesco y deforme.

Lyuba me sacó de Pandemónium y nos alejamos de la Ciudad Roja, que ahora apenas se distinguía. Una sola vez me volví para mirar atrás y alcancé a ver un increíble ser de pesadilla sin forma abatiéndose sobre la ciudad al completo. No quise saber qué era aquello. Seguí a Lyuba, que se dirigía concentrada hacia un punto. A medida que nos alejábamos de Pandemónium, íbamos adentrándonos más en el reino de La Araña. De hecho, podía sentir su presencia escalofriante, vigilando.

Por fin, Lyuba se detuvo en lo alto de una loma de piedra afilada. A nuestra espalda había quedado un pequeño punto en el páramo, la Ciudad Roja. Delante, la nada, surcada por un lejano río que serpenteaba. Pero no era el río Aqueronte, aquel a cuyo mando me había situado una vez La Araña. Tal vez fuera otro.

–Es el Lete, el río del olvido –susurró Lyuba, convertida en esa amalgama algodonosa de luz en que se transformaban los incorpóreos a este lado del espejo.

–¿Qué querías que viera? –le pregunté. En ese momento, un estallido, como si la tierra se desgarrara, sonó por debajo. Supe que La Araña se estaba acomodando para escucharnos mejor–. ¿Qué era eso? –la apremié.

–Se nos acaba el tiempo. Aquello, mira aquel reflejo.

En la dirección que quería Lyuba que mirara descubrí un brillo blanquecino, donde la superficie reverberaba.

–¿Qué es? –pregunté.

–Tienes que ir a verlo. Sígueme.

Era una sima, pequeña, pero profunda, con una superficie luminiscente, casi plateada. Parecía una superficie de agua, un espejo que se podía atravesar con los dedos. Pero no nos reflejaba a nosotras, sino el interior de una habitación parecida a una cueva, iluminada tenuemente. Vi jeroglíficos egipcios, un extraño suelo, sombras que se movían alrededor de una especie de mesa alargada sobre la que yacía un cuerpo, el cuerpo de...

–Tienes que decírselo a Ulla, rápido.

–Sí, pero antes necesito encontrar a Mateo, no puedo dejarlo en la Ciudad Roja, a merced de la amenaza.

–No hay amenaza alguna, compruébalo tú misma –en la lejanía, los perfiles de Pandemónium estaban libres de la sombra–. Vete ahora.

–No, mi hermano...

–¡Por favor, ayúdame!

Finalmente asentí y me concentré para llenar de aire mis pulmones.

Entré a la carrera en nuestra habitación y le conté a un Gabriel atónito todo lo que había visto en Pandemónium, el ente que había planeado sobre la ciudad de los muertos, el miedo y la sensación inequívoca de amenaza. Y mi encuentro con Lyuba, cómo me había guiado hasta una especie de puerta que comunicaba las dos dimensiones, algo que no sabía que existía, y cómo, al otro lado, descubrí el pequeño cuerpo inmóvil de la niña, más vulnerable que nunca, con la cabeza manchada de sangre. Gabriel me escuchó atentamente y luego desvió su mirada aguamarina, como si estuviera recogiendo todos los fragmentos de mi narración atropellada para buscar la explicación.

–¿Estás segura de que era el cuerpo de Lyuba lo que aparecía?

–No tengo ninguna duda. Era el suyo.

–Eso confirma lo que nos contó Ulla en Inglaterra. Viste el cuerpo de Lyuba a

través del Espejo de Almas. Pero por ahora no podemos hacer nada. De hecho, deberíamos reunirnos con Ulla. Respecto a la sombra que viste sobre Pandemónium, no sé qué pudo ser.

Con un par de llamadas averiguamos dónde se encontraba Ulla, porque rastrearla se había convertido en una tarea complicada. Con la agitación que sacudía a los incorpóreos por entonces, no permanecía en la misma residencia más de dos días seguidos. Se reunía con unos y otros, en todas las esquinas del planeta, asegurando alianzas, recabando información del enemigo, calibrando su poder y el alcance de su ejército. Pero las noticias eran desalentadoras. Iskender no solo había logrado introducir en este mundo el mayor número de occisos que jamás había cruzado la frontera, sino que seguían entrando sin que ningún incorpóreo pudiera detectarlos. Pese a la red de espías que habían desplegado por todos los confines del mundo, gracias a los edecanes, que también se encontraban movilizados, no se obtenía ninguna pista acerca de dónde mantenía ocultos a los occisos. Ulla estaba segura de que había no solo una, sino varias puertas de entrada desde el inframundo, que los occisos franqueaban con total impunidad, como una hemorragia imparable. Luego, dirigidos por Iskender, se encaminaban hacia unas coordenadas secretas, donde se escondían, esperando el momento de atacar. Momento que tampoco conocían los incorpóreos. Y este era un punto que ponía especialmente nerviosa a Ulla. Tenía razón: nadie sabía si teníamos dos días o doscientos antes de que los occisos atacaran. Nadie podía decirme con seguridad cuánto podría prolongar mi entrenamiento, porque nadie lo sabía. En cualquier momento, tal vez mañana al atardecer, o tal vez dentro de un año, cuando los muertos de Iskender superaran en número a los seres humanos vivos, la tempestad se abatiría sobre nosotros. El Ragnarok, lo llamaba Nui, un adicto a las mitologías antiguas. El Ragnarok, la destrucción del mundo según la mitología nórdica, que vendría precedida de terremotos, el sol ocultándose tras gigantescas bocanadas de humo que soltarían los ríos de lava que lo destruirían todo a su paso, el cielo transformado en espirales de fuego y ceniza..., un panorama desolador.

En cualquier caso, yo estaba convencida de que no quedaba mucho tiempo. En ese momento recibimos una llamada de Ulla, conminándonos a regresar a Madrid, donde estaba agrupando a todas las sombras.

9. Las piedras no vuelan

Con el objetivo de concentrar toda la acción, participantes, planes, ideas y discusiones, y poder gobernarlos a todos de una manera más eficaz, Ulla decidió crear una especie de base de operaciones militares en un palacete de uno de los barrios más elegantes de la ciudad que llevaba deshabitado varias décadas. Desde el castillo de Thornbury, Ulla había dado instrucciones precisas para la rehabilitación del palacio, que era más cálido y menos húmedo y frío que el castillo inglés. En un tiempo récord las obras habían concluido y entonces la enorme masa de incorpóreos, que ya convivía bajo el mismo techo, se trasladó en cuestión de un segundo al centro de Madrid. Más tiempo llevó la mudanza de equipajes, objetos, muebles, librerías, guardarropa y mil objetos de anticuario con que se rodeaban muchos de ellos. Y, por último, como la cola de un cometa fantasmal y nocturno, se instalaron en el palacio la bruma de edecanes, cocineros, personal de limpieza y de seguridad, una masa humana que, o bien vivía, o bien solo trabajaba en el palacio. Todos ellos, por supuesto, a excepción de los edecanes, en la más absoluta ignorancia de la verdadera naturaleza de aquellos para los que trabajaban. Una tarde le pregunté, casi de manera casual, a Solomon si estaban bajo algún tipo de hipnosis. Me parecía imposible que ninguno de ellos descubriera a un incorpóreo en plena migración o que sus extraños comportamientos y apariencias (¡Ranjiv y Chandrika, u Orlando, sin ir más lejos!) no los espantara y les hiciera salir aullando de pánico. Por toda respuesta, Solomon me guiñó un ojo, con su media sonrisa intrigante.

La primera vez que crucé la imponente verja de hierro, coronada por un escudo de iniciales doradas, estaba atardeciendo. Cuando las dos hojas del portón se cerraron tras dejar pasar el Aston Martin, con una agilidad sorprendente para lo que debían pesar, el cielo se coloreaba de rojo y naranja, entre una cúpula vegetal increíble, de tantas tonalidades verdes como árboles poblaban el exuberante jardín, que tenía más de bosque encantado, en el centro de la ciudad, que de cuidado jardín minimalista. Sauces, chopos, castaños, olmos, abetos, cedros, pinos, madroños, plátanos y otras tantas especies que desconocía, todos en aparente desorden, pero creando un caleidoscopio de colores imposible de imaginar desde el exterior, al otro lado de los altísimos muros de piedra. El mundo real quedaba, una vez más, excluido de la vida de los incorpóreos. Allí dentro no había más sonidos que los que el jardín quería ofrecer.

Circulamos despacio por un camino de grava que desembocó en un lateral del palacio. Aunque desde donde me encontraba no tenía una perspectiva completa, se

trataba de un edificio de tres alturas, más una planta abuhardillada bajo un tejado de pizarra gris oscuro. Detuvimos el coche en una entrada para carruajes y de inmediato apareció un chico de mi edad, que se encargó del coche. Gabriel le saludó por su nombre, y el chico contestó tímido con una respuesta rápida. Luego entró en el Aston Martin y lo condujo hacia el aparcamiento, supuse, mientras nosotros subíamos la escalera hacia un recibidor cuadrado del que nacía una doble escalera. Todos los materiales indicaban una riqueza extraordinaria en los detalles, desde el mármol del suelo, hasta las delicadas vidrieras de los altísimos ventanales.

El interior del palacio colmaría las expectativas más estrictas de un especialista. Ébanos, brocados en los cortinajes, vidrieras emplomadas representando bellísimos dibujos de inspiración art déco, molduras artesanales resiguiendo los marcos de puertas, ventanas e incluso los rodapiés... Atravesamos en línea recta una sucesión de salones, comunicados entre sí por altas puertas de doble hoja. En paralelo, un pasillo, igualmente ornamentado, al que daban puertas por las que pude ver una cocina (gigantesca), aseos y una habitación repleta de cámaras de seguridad que un hombre trajeado cerró a nuestro paso.

En las dos plantas superiores, me explicó Gabriel, se encontraban los dormitorios. Cerca de un centenar de ellos.

—¿Cuántos dices que hay?

—Los dormitorios originales se reformaron para dar cabida a un mayor número de huéspedes. Pero esta reforma no la hicimos nosotros, fue realizada a principios del siglo veinte, cuando estuvo a punto de ser transformado en un hotel.

—¿A punto? ¿Qué ocurrió?

—La Guerra Civil paralizó el proyecto. Algunos de nosotros buscamos refugio aquí una noche de noviembre de 1936, durante el bombardeo. El palacio ya había sido destruido por los obuses, estaba arruinado. Pero Ulla quedó prendada de él y tiempo después logró adquirirlo.

—Lo que no entiendo es por qué simplemente no migrasteis. Vosotros no necesitáis refugio alguno.

—Íbamos acompañados por mortales que desconocían quiénes éramos. Además, ninguno de nosotros quería dejarlos abandonados.

Una punzada de... ¿celos? me atravesó. Clavé la mirada en el suelo, para no delatarme, pero no lo logré, porque Gabriel soltó una carcajada.

—Eran un músico y su mujer. Hubiera sido uno de los grandes, si no hubiera muerto meses después. Fue una lástima. Intentábamos sacarlos de la ciudad. No lo logramos.

Alivio y malestar, mezclados. De todas formas, reflexioné, si hubiera sido una amante de Gabriel, ¿qué importancia tenía?

—Nunca me habías mostrado este sitio —protesté con un mohín, para quitarme de la cabeza esa línea de pensamientos.

–Lleva más de tres décadas sin ser ocupado. Era demasiado vistoso, pero como nueva residencia no está mal, ¿no te parece?

Sin darme cuenta llegamos a la que sin duda había sido la entrada principal durante el apogeo del edificio: un recibidor circular abrumador, coronado por una cúpula de cristal a más de veinte metros de altura. Las puertas daban a una terraza poblada de columnas que se abría al jardín. Este, que seguía siendo bellísimo, acusaba sin embargo el deterioro provocado por la falta de cuidados, pese a la docena de jardineros que estaban trabajando.

–Voy a encargarme de que hayan trasladado nuestras maletas y a informar a Ulla de que hemos llegado. ¿Vienes conmigo?

–Prefiero pasear por el jardín. Luego te veo.

Nos despedimos con un beso y bajé las escaleras, para explorar el paraíso que tenía ante mis ojos. El casi pequeño bosque estaba surcado por numerosos paseos, cuyos bordillos habían sido devorados por la vegetación. Los trazados de los paseos giraban, se cruzaban, ascendían y se perdían de vista, como peonzas locas girando sin control. Caminaba por uno escogido al azar cuando llegué a un precioso templete acristalado que se alzaba sobre un promontorio, tan cubierto de árboles que podía haber pasado junto a él sin descubrirlo. Lo rodeaba una terraza octagonal, con mesas y sillas de hierro forjado. Lo anoté en mi cabeza para venir más tarde con Gabriel. Unas escaleras descendían del templete. Pasé junto a unas esfinges de mármol vigilantes, que parecían contemplar absortas unos rosales macizos que crecían frente a ellas. Unos instantes después, descubrí otro de los secretos de aquel tesoro. Se trataba de una piscina que simulaba ser una laguna natural, de aguas turquesas, brillantes y transparentes. En el centro, navegaba un gran cisne blanco, totalmente ajeno a mi presencia. Rodeando un extremo de la piscina había una especie de gruta con tres grandes arcos como ojos.

Me senté en una de las tumbonas a la entrada de la gruta. Si el lento y cuidadoso movimiento del cisne hubiera provocado algún sonido, ese hubiera sido el único ruido. Las palmeras se inclinaban sobre su reflejo en el agua. Grandes flores de color rojo se abrían en racimos exuberantes. Estaba preguntándome por la temperatura del agua cuando sonó una voz a mi espalda.

–Esto no será parte de tu entrenamiento, ¿verdad?

La reconocí sin moverme siquiera para ver su rostro:

–No. Solo reflexionaba acerca de tu contribución a la batalla que se avecina.

–Bueno, fui yo quien dio contigo, ¿no? De hecho –escuché cómo Lila se acomodaba en otra de las tumbonas–, creo que sí merezco un premio. Al fin y al cabo, soy la descubridora de la nueva Reina Azul. Sin mi contribución, estarían todos ellos perdidos.

Me incorporé y le dediqué una sonrisa. Lila llevaba un vestido negro de mangas transparentes. La piel de porcelana de su rostro se recortaba nítidamente contra el

color verde oscuro de la tela del cojín de la tumbona y el negro del cuello de su vestido. El conjunto hacía resaltar más sus ojos violetas. Me miraba con descaro, las manos cruzadas sobre su regazo.

–¿Todos ellos? ¿Tú no?

Suspiró.

–¿Sabes cuántos años llevaba aburriéndome? Descubrirte fue lo más interesante que me había ocurrido en mucho tiempo.

Regresó a mi memoria, con la fuerza de un rayo de luz, la primera vez que la vi, en el bar de Max. Con su aparición fugaz comenzó todo.

–Por cierto, tengo otra pregunta que hacerte.

–Adelante, niña.

–Siempre he querido saber cómo estabas tan segura de que aceptaría ir a Nueva York. Podría haber rechazado la invitación de Max.

–No estaba segura. Nunca lo estuve. Era simplemente la primera de varias alternativas que barajé en cuanto supe quién eras y dónde vivías. Si hubieras rechazado la amable invitación de ese chico tan guapo –continuó con sorna–, habría pasado al plan B.

–Y ¿por qué Nueva York?

–Porque en aquellos momentos Gabriel y Ulla se encontraban allí.

–Pero mi encuentro con él fue fortuito, ¿no? –aquella pirámide de copas de champán cayendo sobre mí como una tromba de proporciones bíblicas aún me sonrojaba.

–Sí, aquello fue fortuito... aunque no afortunado –sentenció, ahogando una risa–. De todas formas, había preparado una extensa red de encuentros casuales con él a lo largo de toda la ciudad. En Nueva York y, por si no cuajaba la cosa, en París, Venecia, Madrid... Te habría conducido allí donde se encontrara él, para colocarte en su camino una y otra vez, fuera cual fuera el escenario o la situación.

–Como una marioneta –repliqué, incómoda.

–Sin embargo –cortó de manera brusca, levantándose de la tumbona–, nunca se me hubiera ocurrido pensar que tú eras la nueva Reina Azul. ¿Quién lo habría dicho? La niñita que encontré en aquel bar, tan indefensa e insegura. Y mírate ahora. Has cambiado tanto por dentro y por fuera, que a veces creo que eres otra.

Me dio un beso ligero en la frente.

–Cuesta reconocerte. Sigue así. Ahora no hubiera podido manejar los hilos como aquella vez. No dejes que nadie vuelva a hacerlo.

Se marchó y cuando el último eco de sus tacones se desvaneció en el aire, regresó un silencio aletargado. Estaba algo confusa y también irritada. Claro, me dije, es muy fácil jugar con la gente si eres tú quien impone las reglas, quien tiene toda la información.

Estuve un rato más disfrutando de una soledad que no volvió a interrumpir

nadie, ni siquiera el cisne que, en un momento dado, desapareció de mi vista. Luego regresé tranquilamente en busca de Gabriel. Esa noche tenía entrenamiento y quería estar a solas con él un rato antes de ir.

Cuando aparecí en el monasterio, las uñas de cartón mojado de Amelia tamborileaban sobre la piedra, visiblemente molesta por mi retraso. Antes de que pudiera disculparme, me dio la espalda y se encaminó por el estrecho pasaje que separaba el muro del monasterio de la ladera del cerro. La seguí sin decir palabra. A saber qué nueva sesión de sadomasoquismo me esperaba hoy.

Ascendimos por la misma ruta que me había mostrado Luna. Ya conocía el camino y no resultó difícil subir, pese a la escasa luz. Recordaba qué piedras del camino estaban flojas y podían hacerme caer y en qué punto las ramas más retorcidas podían arañarme. Pero cuando creí que habíamos llegado a nuestro destino, a la misma plataforma en la que nos sentábamos Luna y yo, Amelia, por el contrario, siguió ascendiendo por un camino más escarpado y peligroso aún. Ahora sí que era complicado seguirla; no conocía ese tramo y el camino era apenas una huella entre ramas tronchadas de arbustos, sin ningún punto seguro de apoyo. No es que Amelia subiera con la misma facilidad de Luna, que siempre parecía flotar, pero no se detuvo ni una sola vez. Por el contrario, yo me las vi y me las deseé. En un par de ocasiones, tropecé y caí de rodillas sobre el suelo, me arañé la cara y las palmas de las manos. Pero lo que más me preocupaba era perderla de vista, porque alrededor todo se había vuelto oscuro y compacto, y no había ninguna luz que pudiera servirme de guía.

Supe que habíamos llegado a nuestro destino cuando choqué contra su espalda inmóvil, casi invisible en la oscuridad reinante. Delante de Amelia había un círculo de luz en el suelo. Llevaba una linterna en la mano, con la que, sin duda, había ido alumbrándose el camino.

–Tramposa –dije, o más bien susurré.

Si me miró, o se dio por aludida, no lo sé. Se limitó a levantar el haz de luz para mostrarme lo que teníamos delante. Una pequeña construcción cuadrada, semiderruida, de mampostería, comida por la vegetación. Seguro que a la luz del día tenía un halo de romanticismo; de noche, era solo siniestra y tétrica.

–Es la antigua ermita –dijo Amelia.

Su voz llegaba hasta mí algodonosa, como si hubiera algo en el aire que atrapara el sonido. Me di cuenta entonces de que no había ruidos a nuestro alrededor. ¡A saber!, pensé.

Amelia movió la linterna y me mostró la entrada de la ermita, con un dintel cuadrado de piedra. A la derecha, la montaña ascendía en forma de muro escarpado. Pero a la izquierda de la ermita se extendía una superficie de piedra pulida, que caía en vertical hacia el vacío. Aunque la linterna no podía alumbrar el final de la explanada, supuse que estábamos más de una docena de metros por

encima de la plataforma en la que me sentaba con Luna. Eso sumaba una caída espectacular.

Habíamos tardado más de media hora en escalar todo el camino y ahora el horizonte era el negro e indivisible del cielo. Los racimos de luces en la lejanía brillaban estáticos y, de vez en cuando, los faros de un vehículo en movimiento trazaban un recorrido sinuoso y breve.

Por el movimiento de la linterna deduje que Amelia se había agachado y vuelto a incorporar. Alumbró una piedra pequeña en la palma rugosa de su mano. Cerró el puño, arqueó el brazo y la lanzó al vacío. No la vi volar pero chocó contra el suelo allá a lo lejos. Muy lejos.

—No vuelan —dijo Amelia, rompiendo el mágico silencio—. Las piedras no vuelan.

Estaba dudando entre encogerme de hombros o asegurarle que eso había oído, que las piedras no volaban, cuando me ordenó que la siguiera. Estaba loca, no tenía ya ninguna duda.

Enfocando con la linterna el paso entre arbustos, Amelia rodeó la ermita y se encaramó a la explanada de piedra, donde un paso en falso nos precipitaría hacia el vacío. Amelia caminó unos pasos y se detuvo a esperarme. Con pasos cortos y precavidos, caminé hacia donde se encontraba. La piedra era suave, recta, oscura, fría. Al menos no estaba resbaladiza, lo que hubiera podido ser fatal. Pegué la espalda a la ermita y descubrí que en el centro de la pared había una ventana, en cuyo alféizar me senté.

La voz de Amelia rasgó la noche con una sencilla pregunta de complicada resolución:

—¿Tú eres una piedra?

Un segundo después, cogió mi brazo y me tiró al vacío sin dudarlo, con tanta fuerza que describí una amplia parábola en el aire, antes de precipitarme hacia abajo. No resulta fácil identificar las sensaciones cuando se está cayendo en la más absoluta oscuridad. Primero, porque los ojos no pueden ver, así que el temor del impacto es insoportable desde el inicio. Segundo, porque prácticamente lo único que se percibe es la velocidad de la caída, y el frío que te golpea la piel. No sabes, por supuesto, si estás cayendo de pie, o boca abajo, o si has dado una o mil vueltas de campana.

Pero lo peor son las contracciones musculares del corazón, que te golpea en el pecho con tanta fuerza que crees..., no, sabes que vas a morir a causa de un infarto antes que por el impacto contra el suelo.

Cuando esa noche intenté explicarle a Gabriel lo que sentí en la caída, me resultó imposible contestar a la sencilla pregunta de cuánto tiempo tardé en hacer la migración. No sé si migré tras diez segundos de caída, o solo dos, o si migré a escasos centímetros del suelo, en el último segundo, o si lo hice nada más empujarme Amelia.

El día siguiente lo pasé con Gabriel, que me estaba enseñando técnicas de lucha cuerpo a cuerpo. Defensa personal y otras disciplinas de nombre complicado. No se trataba de aprender a dar patadas, yo carecía por completo de experiencia o forma física para aprenderlo de repente, sino más bien cómo evitar cualquier tipo de ataque físico. Pero tenía que admitir que estar tan cerca nos distraía a ambos. Cuando se situaba a mi espalda, para mostrarme cómo evitar un bloqueo, y me abrazaba, sujetando mis muñecas, yo no movía un músculo. Me dejaba llevar por la agradable sensación de estar apoyada en su pecho, por su olor, por notar su respiración junto a mi cuello. He de decir que él también se dejaba llevar. Al final de la mañana me dijo que era el peor profesor que podría tener y que le pediría a Nui que le relevara. Rechacé su propuesta y le prometí que me portaría bien y sería aplicada. Le dije que deberíamos tomárnoslo en serio; él me acarició la cara y me dijo que no podría concentrarse tan cerca de mí.

Esa noche, de vuelta a mi entrenamiento, me alegré al comprobar que era Luna quien aparecía.

–Se acerca la hora final. Hemos de apresurarnos.

Echó a andar colina abajo, alejándose del monasterio. La alcancé enseguida.

–¿Adónde vamos? ¿Qué quieres decir?

–Que nos saltaremos algunos capítulos.

–No estoy segura de que eso sea una buena idea...

Ni siquiera me miró. Siguió caminando en silencio. Al final de la senda que conducía a la carretera, nos esperaba un coche oscuro, largo. Un joven con turbante nos abrió ceremoniosamente la puerta. Luna se deslizó casi flotando en el interior, sin rozar siquiera la puerta, y yo la seguí.

El coche condujo de vuelta a la ciudad. Durante el largo trayecto, ni ella ni el conductor dijeron una sola palabra. Cuando le pregunté si podríamos al menos encender la radio, me señaló con el dedo el hueco donde debía haber estado.

Atravesamos un enjambre de luces y coches, de peatones y escaparates, de farolas y ventanas iluminadas. Ingresamos en una antigua colonia de casas al norte de la ciudad. El coche se detuvo en una callecita estrecha que dibujaba una curva suave. Había otros coches aparcados, pero ningún movimiento. Nos dirigimos a la puerta negra de uno de los muros altos que nos rodeaban. Luna llamó al telefonillo. Una voz femenina con acento extranjero preguntó qué queríamos. Luna contestó que nos esperaba la señora.

–Venimos de la agencia –añadió enigmáticamente.

Tras unos instantes de espera silenciosa, un zumbido metálico abrió la puerta. Subimos una escalera de piedra que conducía a la entrada principal de la casa, porticada y rodeada de altos setos. Una mujer de pelo negro recogido en un moño nos esperaba y nos pidió que la siguiéramos. En lugar de entrar, rodeó la casa y nos condujo al jardín trasero. En medio de una amplia explanada de césped había una

piscina con forma de ocho, iluminada desde el interior. Junto a ella, un porche abierto, con muebles de mimbre y vistosos cojines. Al otro lado, en la terraza de la vivienda, una mujer rubia sentada en un sillón también de mimbre nos vio acercarnos. Tenía aspecto elegante, con el pelo pulcramente peinado. Llevaba un vestido blanco con grandes flores anaranjadas y un grueso cinturón a juego. Fumaba nerviosa y en cuanto llegamos hasta ella se levantó de un salto. Aplastó el cigarrillo en un cenicero repleto de colillas y extendió la mano para saludarnos, pero Luna dejó las suyas a su espalda y no hizo ningún amago de responder a su saludo. La mujer se sorprendió, pero enseguida decidió pasarlo por alto.

—Yo... no estaba segura... nunca he hecho esto antes... no me gusta, pero no sé a quién acudir...

Se ajustó el cinturón con un gesto mecánico y nos pidió que entráramos.

La doble puerta de cristal del salón estaba abierta de par en par. Era un salón enorme, que daba sensación de vacío pese a los muebles antiguos y oscuros. Sobre un pie metálico había una jaula gigantesca en la que un loro se balanceaba sobre un trapecio. Cuadros oscuros, de complicados marcos, mostraban retratos familiares. Allí dentro, el aire estaba viciado y olía a madera vieja.

Luna caminaba delante de mí y se giraba para hablarme en susurros:

—Contactó con nosotros a través de una página web. Cree que somos una agrupación que estudia fenómenos paranormales. No sabe que *somos* paranormales —y ahogó una risilla. Le pedí silencio con un gesto; la mujer podía escucharnos.

La seguimos por un pasillo al que daban varias puertas, la mayoría abiertas. Un despacho con una librería de madera tras una mesa, una habitación de matrimonio con pesados cortinajes, que la mujer se apresuró a cerrar a nuestro paso, una habitación pequeña donde planchaba la mujer que nos abrió. Nos miró al pasar. Un pequeño transistor tras ella emitía música suave.

La mujer se paró ante una puerta cerrada. Estaba muy nerviosa, se retorció las manos.

—El servicio está asustado. Mi hijo está estudiando en Estados Unidos, pero regresará dentro de un par de semanas. Él no sabe lo que está ocurriendo aquí —y remarcó el «aquí» con un fugaz movimiento de su mano izquierda—. Mi marido tampoco. Él no sabe que he contactado con ustedes. Por favor, les ruego que recuerden que la discreción es fundamental para mí.

Luna asintió.

—¿Podemos entrar?

La mujer se adelantó y cogió el pomo, pero retiró la mano como si se hubiese quemado.

—Yo... francamente, estoy asustada... Por favor, hagan algo rápido... Esta situación es insostenible...

Me adelanté y abrí yo. El cuarto estaba a oscuras, así que encendí la luz. Era un

cuarto juvenil, ordenado, en reposo. La cama estaba cubierta con un edredón blanco de finos cuadros azul marino. Una larga mesa situada bajo la ventana, que tenía la persiana bajada, soportaba el ordenador, una impresora, una lámpara y una pila de libros. Estanterías en la pared, con cuadros, más libros, una videoconsola, enseñas de un equipo de fútbol, un par de marcos con retratos de un grupo de chicos, una colección de latas de cerveza perfectamente alineadas. En una esquina una barra de pesas y una cinta de correr. En la pared, unos carteles con escenas de esquí y montañas nevadas de fondo. Una bicicleta apoyada contra el armario.

No había nada extraño. Pero la mujer se había quedado en el pasillo. Me encogí de hombros y miré a Luna.

—¿Lo ves? —me preguntó.

Su pregunta me puso en guardia. No veía nada anormal, nada fuera de sitio, todo perfectamente ordenado, aguardando al dueño de la habitación.

—No veo nada, Luna, no sé qué se supone que debo ver.

Pero tenía encendido el piloto de alarma. Las dos sabíamos que no habríamos venido aquí si no ocurriera algo, algo que pasara desapercibido a simple vista. La quietud de la habitación me ponía los pelos de punta. Luna apagó el interruptor y dejó la habitación únicamente iluminada por la luz que provenía del pasillo.

—Se moverán si los dejamos a solas.

El corazón comenzó a latirme con violencia. Salimos al pasillo y Luna cerró suavemente la puerta, pero no soltó el picaporte. La mujer nos miraba con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Yo... tengo que dejarles..., tengo que...

Sin acabar la frase, se alejó precipitadamente. Nos quedamos en silencio. Podía escuchar a lo lejos el vapor de la plancha y, muy tenue, la emisora de radio. Nada más.

Luna abrió la puerta y deslizó la mano para encender el interruptor. Fue entonces cuando el miedo coaguló mi sangre y me paralizó. Mi estómago y mis piernas se congelaron en el instante en que comprobé que la habitación estaba poseída. Todos los muebles habían cobrado vida de la manera más terrorífica imaginable. La mayoría de ellos se había desplazado varios metros por la habitación, como la cama, que estaba ahora de pie en mitad del cuarto y apoyada sobre su cabecero. Todo lo que había sobre la mesa se había agrupado y formaba una columna que llegaba hasta el techo: ordenador, libros, impresora... La silla tenía las patas apoyadas en la pared y estaba en paralelo al suelo. Incluso las cortinas habían adquirido vida propia y reptaban por el techo como un gusano retorcido. Las latas de cerveza rodaban por el techo, como si alguien les hubiera propinado una patada. Los pósters de las paredes estaban ennegrecidos, como si se hubieran quemado. Pero lo que más me impresionó fue ver las dos puertas del

armario, descolgadas de todas las bisagras, flotando en paralelo al suelo. Y en medio de aquel caos infernal, la voz de Luna, diciendo:

–¿Los ves ahora?

Ver ¿qué?, me hubiera gustado gritar, bloqueada por el horror de lo que estaba presenciando. Ver muebles que habían cobrado vida, ver que los habitantes de la casa estaban conviviendo con el terror. ¿Qué era lo que quería Luna que viese?

–Concéntrate y mira de nuevo. Usa tu mirada cómo tú sabes hacerlo –me ordenó.

Podría haber pasado siglos contemplando, fascinada y aterrorizada, el espectáculo dantesco que se desarrollaba ante nosotras. Entendí que la dueña de la casa no pudiera soportarlo. En ese momento escuchamos un grito a nuestras espaldas. La mujer que estaba planchando antes se había acercado sin que nos diésemos cuenta y acababa de descubrir lo que ocurría en la habitación. Corrió, aterrorizada, pasillo abajo, chillando. Luna me hizo un gesto para que entráramos en la habitación y cerró tras nosotras.

–¡Vamos! –me apremió Luna.

Tenía razón, no había tiempo que perder. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en la oscuridad de mis párpados. Sabía cómo tenía que hacerlo, dónde estaba el punto que separaba los dos mundos entre los que me movía, los dos mundos a los que pertenecía, la frontera que los dividía, y cogí algo de ambos mundos. Cuando abrí los ojos, estaban ante mí, al descubierto. Eran occisos, formando nidos a lo largo y ancho de la habitación. Habíamos dado con una de las puertas de acceso al inframundo, por donde se colaban los occisos, sin que supiéramos todavía quién o qué los guiaba hasta aquí. En las esquinas del techo, sobre la mesa como manchas de moho negro, estaban inertes. Nos contemplaban a las dos.

–¿Qué hacemos? –susurré, intentando controlar el pánico. Estos seres podían oler el miedo.

Luna habló sin afectación alguna:

–Hacerles regresar a donde deberían estar.

Me giré en redondo a mirarla, boquiabierta.

–Pero ¿qué dices? ¿Estás loca? Luna, no puedo, es imposible, son demasiados.

Los occisos seguían inmóviles, acechantes, como si estuvieran preparándose para algo. De fuera nos llegaron las voces de la dueña de la casa y la mujer de antes.

–Tienes otro problema, además de su número: te han reconocido.

Un segundo después, Luna se disolvió en el aire, de la misma manera en que la luna llena se esconde tras una nube. Me quedé paralizada. Las voces se acercaron más. Miré hacia arriba. Luna tenía razón: los occisos se habían puesto en movimiento, se estaban reagrupando. Iban a atacarme. Pero en mi vida solo había arrastrado una vez a un occiso, solo a uno, no a más de veinte a la vez.

Claro, que el problema de cómo cogerlos a todos se solucionó en el momento en que ellos se abalanzaron a por mí. Un calor intenso se propagó por mi cuerpo y se transformó en un dolor sutil que fue aumentando de intensidad de manera rápida. Comprendí que los tenía encima, adheridos a mi cuerpo, y en una fracción de segundo los abracé mentalmente y tiré de ellos hacia el inframundo. Me convertí en agua del río y los apresé del mismo modo que el agua rodea al cuerpo caído en el río. Y, cuando consideré que estábamos suficientemente cerca de las murallas rotas de la Ciudad Roja, aquieté mi mano para convertir mi aliento en una piedra que lancé lejos. Los occisos, como hienas juguetonas, la persiguieron. Entonces pude regresar.

En ese viaje descubrí varios aspectos nuevos acerca de mi relación con los occisos: que tenía el poder de arrastrar conmigo a más de uno sin que opusieran resistencia. Y que sí, la respuesta a la pregunta de Amelia era que también podía ser piedra.

10. Busca a Wozniak

Mi padre cumplió su palabra y me mandó un correo electrónico con la información que guardaba de mi madre. Un apellido y un pueblo de Polonia que me sonaban a chino. Me invadió esa sensación tan familiar en mi vida de abandono y desorientación cada vez que descubría que lo desconocía todo acerca de mi madre. No encontré fuerzas para enfrentarme a aquello en ese momento, así que apagué el ordenador. Me asomé a la ventana; era un día anormalmente cálido para la época en la que estábamos, calculé que rondando los treinta grados, así que tuve una idea, más luminosa que el oscuro túnel que suponía enfrentarme a nuevos secretos de mi madre.

Directa hacia la piscina, con el bañador puesto y una toalla colgando del brazo, me crucé con Orlando, que sostenía un pájaro en la mano. Se estaba convirtiendo rápidamente en una ninfa asexuada, alguien de difícil definición. Pero nada en él resultaba amenazador o desagradable; al contrario, su aspecto, de un blanco inmaculado, hacía pensar en bosques vírgenes, en la pureza de un niño, en el rocío de una bella mañana primaveral y en otras tantas imágenes que transmitían serenidad y belleza. Resultaba difícil imaginarlo arrancando el corazón de uno de los esclavos de Mamá Blanca. Pero aquella vez, el contraste entre la sangre roja del muerto y su piel de nácar había creado una imagen tan explícita como hipnótica.

Más tarde, sumergida en el agua templada de la piscina y envuelta en los sonidos del jardín, dejé de sentirme aturullada, perseguida, atronada, espiada, controlada. Incluso el propio Gabriel me miraba inquisitivo, como si guardara las distancias últimamente. Tal vez había comenzado a protegerse ante los efectos devastadores de un resultado terrible e inevitable.

Cerré los ojos y presioné las sienes con las yemas de los dedos. La temperatura era tan similar a la del cuerpo humano que notaba cómo mis músculos flotaban como pequeñas flores blancas sobre un río manso. Entre mi cuerpo, allí dentro, y el mundo exterior había un muro impenetrable. Estaba a salvo.

¿Lo estaba?

No, había un monstruo flotando conmigo, contemplándome con sarcasmo y cinismo, en silencio, esperando a ver cómo me desmoronaba. Esa amenaza, invisible pero muy real para mí, era la inmensa soledad que sentía. Podía maquillarlo de mil formas, mentirme, mirar hacia otro lado; pero hiciese lo que hiciese, aquel demonio seguía allí. Era otra de las cosas que había descubierto cuando me enfrenté al enjambre de occisos de aquella habitación: que Luna había

desaparecido. Que me había dejado sola allí, porque sola tenía que enfrentarme a mi destino.

Por supuesto, podía refugiarme en el abrazo infinitamente cálido de Gabriel. Pero llegaría un día, muy pronto, en que tendría que encarar mi destino y lo haría yo sola.

Me asaltó la necesidad de buscar a Mateo, de dar con él, una sola vez, solo para tocar la estela plateada de su alma y poder revivir los preciosos momentos que vivimos juntos. No sabía si Mateo era la clave, pero sí que necesitaba volver a verlo. Lo echaba de menos.

Cuando un leve murmullo de agua me hizo regresar a la realidad, me sorprendí al ver una cabeza emergiendo del agua. Chandrika, la mitad femenina de los hermanos siameses hindúes. Sonrió al verme.

—¿Estás... sola? —extremo este imposible, si formaba un único cuerpo con su hermano siamés Ranjiv.

Como si respondiera a mis palabras, emergió al instante la cabeza de Ranjiv. Chandrika soltó una carcajada.

—No podemos cambiar quienes somos, ¿verdad? —dijo cuando terminó de reír—. Nosotros utilizamos agua y tanques sensoriales para simular durante unos segundos cómo serían nuestras vidas si fuésemos uno solo.

—Pero —intervino su hermano— solo unos segundos. Somos así y nada puede cambiarlo. Tú también eres quien eres. Nada puede cambiarlo.

Un instante después, Chandrika llenó sus pulmones de aire y se sumergió.

Cuando un rato después entré en mi habitación, el móvil estaba vibrando sobre la cama. Era Elisa. No me dio tiempo a contestar antes de que ella colgara. La llamé inmediatamente, pero comunicaba. Conté hasta diez y volví a marcar. Nada, comunicando. Mi móvil me avisó entonces de que tenía una entrada en el buzón de voz. Elisa, claro. Era un mensaje un poco vago. Quería saber cómo estaba yo. Ella, decía, estaba bien. Pero había algo en su voz, o tal vez fue en el segundo de más que intermedió entre el «yo estoy» y el «bien» lo que me inquietó. Volví a marcar. Fuera de cobertura. Lo intentaría más tarde.

Sentada en la cama, contemplé el jardín. Estaría sola el resto de la tarde, porque Gabriel estaba con Ulla. Las palabras de Ranjiv sobrevolaron mi cabeza: tú también eres quien eres. Recordé el mensaje de mi padre. El nombre de un pueblo o ciudad polaco.

¿Por qué no?

Ni siquiera iba a estar un día completo, era solo cuestión de horas. Lo que se dice un viaje relámpago. Solo quería ver con mis ojos fragmentos del pasado de mi madre, de su historia, para incorporarlos a mis recuerdos. Como si eso pudiera acercarnos más.

El primer nombre del correo de mi padre era Lublin. Allí había nacido Helena,

mi madre. Por allí comenzaría mi búsqueda. Di en Google con una bonita foto de una plaza, me concentré en la imagen y viajé hacia allá, hacia mi pasado.

Lublin era una bonita y pequeña ciudad polaca, a 130 kilómetros al sudeste de Varsovia. Tenía un casco histórico bastante interesante, según pude ver, y varios centros turísticos de interés, como el Castillo del Rey o el antiguo cementerio judío.

Entré en el barrio antiguo por la Puerta de Cracovia, que fue durante siglos el único acceso a través de las murallas fortificadas que protegían la ciudad. Una calle empedrada ascendía hacia el centro de la ciudad. Algunas fachadas de edificios seguían sin ser restauradas, pero aun así, viejas y decrepitas, eran encantadoras. Mientras subía, llamé a Nadir. Le expliqué dónde me encontraba y le pregunté por incorpóreos o edecanes que hubiera por aquí o fueran polacos y pudieran servirme de guía. Dado que no tenía ninguna pista por la que comenzar, estaba claro que solo me quedaba pasear por las calles como otro visitante más. Llevaba en el bolso la hoja impresa con el correo electrónico de mi padre, pero era solo una colección de nombres y fechas vagas. No tenía la menor idea de cómo podía ayudarme eso en mi búsqueda. Nadir me dijo que me llamaría enseguida con la información que necesitaba.

Desde la monumental plaza Zamkowy partía la escalinata que conducía al imponente castillo blanco de Lublin. La entrada principal parecía una cara, con dos ventanas redondas y una entrada bajo un arco ojival, que asemejaba una boca bostezando. El castillo se encontraba sobre una colina que dominaba toda la ciudad. Allí corría una brisa fresca. Me alegré de haber cogido un jersey. Había visto el lateral del castillo desde la plaza Po Farce, donde estaban todavía los cimientos de la más antigua iglesia de Lublin, unos cuadrados de piedra diseminados a lo largo y ancho de la plaza, como si fueran las piezas gigantes de un extraño y abandonado juego de niños.

Estaba admirando en un escaparate unas blusas bordadas de nombre impronunciable, cuando sonó mi móvil. Nadir.

—Tengo lo que buscas. Vete a un restaurante llamado Ceska Pivnice. Está a medio camino entre la plaza Zamkowy, esa ovalada frente al castillo, y la plaza Po Farce. Allí pregunta por un hombre, Radek.

—¿Radek? ¿Es humano o sombra?

—Humano. Pero nos conoce. Sabe mucho. Pregúntale a él. Tal vez a él sí quieras revelarle qué haces allí.

Me eché a reír.

—Ni yo lo sé. Si lo supiera, te lo diría.

—Bueno, como quieras.

Iba a despedirme cuando una voz más fuerte de Nadir me detuvo.

—¿Qué?

—Aunque estoy seguro de que Gabriel se enfadará conmigo por haberte dejado sola, sé que te desenvolverás perfectamente allí. De todas formas, si me necesitas iré volando. Buena suerte.

Colgué.

El restaurante Ceska Pivnice estaba en la planta baja de un pintoresco edificio gris. La calle era empinada, así que tuve que salvar dos escalones para abrir su pequeña puerta de madera. El local estaba bastante concurrido, sobre todo por gente de mi edad. Recordé entonces que Lublin era un importante centro universitario. Había mucho ruido, jolgorio, conversaciones, risas y algo de música entremezclándose en el ambiente. Fui al único hueco libre que vi en la barra y esperé a que la mujer que la atendía se acercara a mí con una amplia sonrisa.

Ni idea de polaco, así que probé en inglés. Le dije que buscaba a un tal Radek, pero la mujer, además de llevarse la mano a la oreja para decirme que apenas me oía, resultó que no hablaba inglés. Sin embargo, se acercó a una pareja de chicos que estaban bebiendo cerveza al otro lado de la barra y les dijo algo mientras me señalaba. Uno de ellos, con el pelo rubio muy corto, se levantó del taburete y se acercó a mí. Llevaba unos vaqueros rotos a la altura de la rodilla y una sudadera con el nombre de una famosa universidad británica. Se acodó a mi lado en la barra, sin dejar de sonreír. Una sonrisa simpática, a juego con unos bonitos ojos azules.

—Estoy buscando —le dije, en inglés— a un hombre llamado Radek. ¿Sabes si está aquí?

Asintió. Hablaba inglés, precario, pero suficiente para comunicarnos. Me señaló una de las mesas más alejadas de la barra, pequeña y redonda. Estaba ocupada por un hombre que parecía dormido, con los dos brazos apoyados sobre la mesa. Tenía delante una botella y un solo vaso.

—No es recomendable que te acerques a él. *Pijany*. Él... *pijany*...

Como no entendía lo que me quería decir, me indicó por señas que el hombre de la mesa estaba borracho. Entonces recordó la palabra inglesa:

—¡*Drunk!* *Pijany*. *Zwariowany*. *Crazy* —y remarcó su traducción tocándose la sien con el índice.

Asentí y le di las gracias. Me senté en la misma mesa del borracho, pero el tal Radek ni siquiera me miró. Solo veía de él una calva oblicua en su coronilla, rodeada por pelos blancos sucios y disparados en todas las direcciones. Llevaba un jersey oscuro, con las coderas muy desgastadas, y se agarraba una mano con la otra. Manos grandes, rojas como berenjenas. Ni siquiera sabía si estaba dormido.

—Radek —dije suavemente. Ni un leve movimiento delató que me hubiera oído. Probé más fuerte, con idéntico resultado.

En ese momento, un grupo de chicos y chicas formaron una algarabía repentina, cuando uno de los chicos resbaló de su taburete y cayó al suelo, lo que provocó las carcajadas del grupo. Aquel ruido sí logró que Radek levantara la cabeza y mirara

en su dirección. Tenía el rostro abotargado por el alcohol y una barba de varios días. Estaba sucio, borracho, con los párpados medio caídos y no creo que pudiera ni siquiera hablar.

Estaba considerando la opción de llamar a Nadir y pedirle una auténtica pista, no una falsa, cuando el hombre reparó en mí. Me miró guiñando los ojos, como cuando se mira en dirección al sol. Acercó su cara un poco, unos centímetros, los suficientes para inundarme con una vaharada de alcohol rancio y apestoso. Entonces hizo algo sorprendente: abrió los ojos de par en par para mirarme de frente y se levantó de golpe, tirando la silla al suelo con su impulso. Señalándome con el dedo, comenzó a gritar algo que sonaba como «chin», una y otra vez, enloquecido, retrocediendo hasta que chocó con la pared. Cuando había atraído la atención de todo el bar, el chico rubio de los pantalones rotos se acercó y me preguntó si estaba bien. Asentí. Por alguna razón, aquel loco no me daba miedo. Era al revés: él estaba asustado de mí. No paraba de repetir aquella palabra, «chin», en medio de una jerga incomprensible. El chico me rogó que lo dejara en paz y me uniera a ellos, que me invitaba a tomar una cerveza, pero no estaba segura de querer dejar al borracho solo. Le pregunté qué significaba aquella palabra que no paraba de repetir. Tenía que habérmelo imaginado.

–Mmm... *shadow. He says you are a shadow. He is crazy, zwariowany, forget him please and come.*

Zwariowany. La forma en que lo pronunciaba era suave y tenía un deje poético. Sonaba como *esvariovane*. No, él no está *zwariowany*, hubiera querido decirle. Pero se ha equivocado conmigo. No soy una sombra, aunque viva en su mundo.

Le expliqué que quería intentar preguntarle una cosa, y que si no lograba una respuesta coherente de Radek, dejaría que me invitara a esa cerveza. El chico regresó a ocupar su sitio en la barra, sin quitarme la vista de encima. Por fortuna, la atención que había atraído Radek se había disuelto ya y nadie nos miraba.

Radek se había dejado caer al suelo y se abrazaba las dos rodillas. Llevaba puestas unas pantuflas raídas y con una costra tan compacta de suciedad que juraría que hubieran rebotado contra el suelo si alguien las tirara. Murmuraba algo en tono lastimero, como un perro apaleado.

Me acerqué muy despacio a él. Para mi sorpresa, no se movió ni comenzó a gritar. Solo señaló el suelo a mi lado. Luego extendió los dedos en dirección a mi rostro. Retrocedí bruscamente, pero él me pidió calma con un gesto. Retiró los dedos y pareció concentrarse en lo que iba a decir a continuación. Dijo unas palabras en polaco. Esperó un asentimiento por mi parte, para darle a entender que le había comprendido, pero negué con la cabeza. Él repitió, o tal vez dijo otra cosa. Yo volví a negar. Entonces pareció rebuscar en el interior de su cabeza.

–En... *glisb?* –preguntó dubitativo.

Asentí con firmeza:

–Sí, *yes, english*.

Volvió a señalar al suelo a mi lado:

–*Your shadow is there...*

Señalaba la sombra que estaba proyectando mi cuerpo sobre el suelo de madera. Asentí.

–Sí, mi sombra está ahí –le dije en inglés–. ¿Dónde va a estar si no?

Radek se incorporó a medias sobre sus rodillas y se acercó mucho a mí. Bajó el tono de voz, como si nos espíaran:

–Ellos no proyectan sombra –susurró despacio en un inglés más que correcto–. Tú sí la proyectas, así que no eres uno de ellos, pero no entiendo qué eres.

–Te equivocas, ellos sí proyectan sombra.

¿Sí? ¿Estaba realmente segura de eso? ¿Me había fijado alguna vez?

–Radek –dije, cogiéndole del brazo para ayudarlo a regresar a su silla, que tuve que levantar. Luego me senté frente a él–, necesito que me ayudes a encontrar a alguien. Alguien que vivió aquí hace mucho tiempo.

Parecía procesar mis palabras una a una, con lentitud. Luego afirmó con la cabeza y me ofreció un trago de la botella semivacía que quedaba sobre la mesa.

–¿Tú quieres? Es miód pitny. Sabe a miel. Pruébala.

Negué con un gesto y él aprovechó para beberse directamente de la botella lo que quedaba.

–Radek, escúchame, ¿me ayudarás?

Se abrió la puerta del bar y entró un grupo bastante ruidoso, que alteró al instante el precario equilibrio sonoro del bar. Radek me cogió del brazo y me pidió que saliéramos de allí. Justo antes de salir, siguiendo al borracho, el chico rubio me miró consternado.

–Busco a una persona, un hombre. Se llama Andrej Wozniak. Ayúdame a encontrarlo.

Radek me hizo señas de no haberme entendido y supe que mi pronunciación nefasta de polaco no ayudaría, así que saqué un bolígrafo de mi bolso y anoté en la palma de mi mano el nombre. Tras leerlo, soltó un «Aahhhh» exageradísimo y me hizo señas de que lo siguiera. Echó a caminar a grandes zancadas.

Con el corazón en un puño lo seguí por la calle Grodzka y luego por una bocacalle a la izquierda, otra más a la izquierda y se detuvo por fin frente a la puerta de un bar. Entró y me hizo una señal para que lo siguiera. Mi corazón se desbocó. Tal vez estaba en ese bar la única persona que podría hablarme de Helena, aparte de mi padre. El bar, contemporáneo, sin ningún rastro turístico, estaba completamente vacío, salvo por el camarero, que contemplaba con atención el partido de fútbol que emitía un pequeño televisor situado en la esquina más alejada de la puerta de entrada. Puso un gesto de fastidio al ver a Radek, que se acomodó rápidamente en un taburete de la barra y le pidió algo. El camarero discutió con él,

pero Radek no hacía más que señalarme. Al final, el camarero resopló, colocó dos vasos ante nosotros y los llenó con un líquido ambarino. Radek se bebió el suyo de un trago y me instó a que hiciera lo mismo. En cuanto mojé los labios en la bebida, me ardieron. Aquello debía de tener cien grados de alcohol por lo menos. Me preguntó si no pensaba bebérmelo. Su inglés se había hecho más fluido. Le dije que no y quiso saber si podía bebérselo él. No esperó mi respuesta. Luego eructó. El camarero ni siquiera lo miró.

Le pregunté dónde estaba Andrezej Wozniak y empezó a desvariar, hablando en polaco y gesticulando con fuerza. No sé si me hablaba a mí, al aire o al camarero. Probablemente ni él lo sabía. Era una pérdida de tiempo. No me había llevado allí para que conociera a mi abuelo. Solo quería seguir bebiendo.

Me levanté de un salto y salí del bar. Enseguida escuché un jaleo del interior y supuse que Radek había querido seguirme, sin pagar las bebidas, lo que había hecho salir de su mutismo al camarero. Probablemente, Radek no llevaba ni una moneda encima. Como yo, que no había tenido la precaución de coger ni un zloty polaco. Solo tenía encima algunos billetes de euros.

Estaba enfurecida cuando al final Radek salió del bar. Me cogió de la mano y me obligó a mirarle. Para mi sorpresa, como si hubiera activado un oculto resorte de su cabeza, comenzó a utilizar un inglés fluido y culto:

–Una vez conocí a un cura que intentó practicar un exorcismo a una sombra. Era una niña rubia. Estaba convencido de que el diablo vivía dentro del cuerpo de la niña. Pero la niña se esfumó en el aire, así –Radek chasqueó los dedos–, me contó el cura. Entonces él colgó los hábitos. Dejó de creer en Dios. Decía que le había engañado. Nadie le creía. Pero yo sí.

Por algún motivo, se había producido un cambio increíble en aquel hombre. Ya no veía un borracho de frases inconexas, medio loco, sino un hombre de ojillos vivos y despiertos, al que lastraba un pasado posiblemente oscuro. El azul de sus ojos era casi blanquecino a la luz del día.

Me contempló en silencio.

–Dime qué eres y te llevaré a ver a Wozniak.

Negué con la cabeza.

–Llévame a ver a Wozniak primero y contestaré tus preguntas.

Reflexionó unos instantes y al final asintió.

–Sígueme –me dijo con un gesto.

Nos dirigimos al norte de Lublin. Abandonamos el centro turístico, las tiendas de blusas de bonitos bordados y los turistas en las terrazas, y nos dirigimos hacia otro Lublin, el soviético, el obrero. Rodeamos unos edificios de hormigón de viviendas austeras y bajamos por una escalera ondulante que tenía a un lado una rampa para que los carritos pudieran salvar los distintos tramos. Ante nosotros

apareció un modesto cementerio, de sencillas lápidas de granito gris y pequeñas cruces sin adornos, sin grandes lamentos.

—El cementerio católico —dijo Radek con un amplio movimiento de su mano—. Aquí está Wozniak.

Sus palabras me hundieron. La última pista posible estaba enterrada en Lublin.

—¿No quieres ver dónde está enterrado?

Me senté en un escalón. Tenía ganas de llorar. No sé qué esperaba encontrarme allí. Me di cuenta de que había creado castillos en el aire, albergando las ridículas esperanzas de encontrar con vida a un fantasma de la vida de mi madre, alguien que posiblemente había dejado de existir varias décadas atrás. Radek se sentó a mi lado. Estuvimos un rato callados, mirando el horizonte. Una mujer que parecía tener más de cien años, con un pañuelo negro en la cabeza, pasó junto a nosotros, mirándonos desconfiada.

Entonces Radek sacó una pequeña petaca mugrienta del interior de un bolsillo de su andrajoso pantalón y me la ofreció.

—No quiero beber nada. Déjame. Creo que debería irme ya, no tiene sentido que me quede más tiempo aquí.

Me dio unos golpecitos en el brazo con la petaca.

—Haz caso al viejo Radek. Bebe. Esto te abrirá los ojos. Podrás ver las cosas con otros ojos.

Lo rechacé, pero él no se dio por vencido.

—Bebe. Solo un trago. Luego sigue las cuerdas. Eso es todo. El viejo Radek dijo que te llevaría a ver a Wozniak y te llevó a ver a Wozniak, ahora cumple tu parte del trato y dime quién eres.

—¿Para qué? ¿De qué sirve todo esto?

El hombre me contempló en silencio y luego dio dos largos tragos a la petaca.

—Para el cura. Vive prisionero aquí —y se tocó el pecho a la altura del corazón con la punta de sus dedos sucios—. No quería creer, así que lo encerré. Necesita verlo con sus ojos. Necesitamos verlo los dos.

Eché la cabeza hacia atrás. El cielo estaba blanquecino, como cuando en invierno anuncia nieves. Pero no hacía frío. No era una primavera agradable por aquellos lares, pero no era el frío lo que me provocaba escalofríos. Ni el entorno inhóspito, tan a la deriva como mi acompañante. Como yo. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Soy la Reina Azul. Supongo que no sabes qué significa eso. Si te digo la verdad, creo que ni yo lo comprendo. Por eso quería hablar con ese hombre. Es mi abuelo. Lo he sabido hace poco. Todo esto es nuevo para mí. ¡Mírame! Estoy aquí, sentada con un borracho, en una ciudad desconocida, desconsolada porque he llegado tarde a conocer a alguien que ni siquiera supo que yo existo. Alguien de quien huyó mi abuela cuando mi madre era casi un bebé. Y yo vengo hasta aquí... ¿para qué? ¿Eh? ¿Me lo puedes decir? ¡Bah!, ¿qué sabrás tú?

Radek me miraba de la misma forma en que puedes contemplar las hojas de un árbol que se mecen al viento. Me di cuenta entonces de que había estado hablando en español. No había entendido nada. Daba igual. Me iría a casa ahora mismo. Gabriel se estaría preguntando dónde estaba.

Radek me colocó la petaca en la mano.

—Hay leyendas de otras anteriores a ti —dijo lentamente en inglés—. Bebe y deja que Wozniak te las cuente. Sigue las cuerdas.

—¿Qué has dicho? ¿Me has entendido?

Se encogió de hombros.

—No recuerdo esas leyendas. Pero si has venido hasta aquí buscando respuestas, deja que ellas te encuentren a ti —señaló la petaca—. Sigue las cuerdas.

¿Otras? ¿Anteriores? Puede que Radek no estuviese loco. La única forma de averiguarlo era haciéndole caso. Abrí la petaca y traté de limpiar el gollete con la manga de mi jersey. Olí el interior. Era una mezcla de miel y hierbas, como olor a bosque húmedo y fresco. Probé una gota. Era dulce. Radek me insistió, así que aguanté el asco y pegué un buen trago. Cerré los ojos mientras bebía.

Cuando los abrí... *me encontraba en un bosque de árboles gráciles y esbeltos, de troncos finos y corteza blanquecina. El suelo estaba cubierto por grandes helechos que desplegaban sus hojas a varios niveles por encima del suelo húmedo. Hay pájaros trinando allá en lo alto, a la altura de las grandes copas. Suenan lejanos, metálicos. El cielo está blanquecino, dónde lo he visto así, pero a pesar de la luz fría, el verde del follaje es vivo y brillante. Huele a vida y a refugio. A hojas húmedas.*

Sigo la senda marcada por una larga cinta blanca que alguien ha ido atando entre los árboles. Paso la yema de los dedos sobre la superficie satinada de la cinta mientras me desplazo con la atención puesta en el suelo irregular. Paso por encima de grandes piedras, desniveles, una mochila abandonada, pequeñas ciénagas de las que sobresalen las ramas de árboles caídos, un muñeco colgado de un tronco, persigo la cinta, que gira a derecha e izquierda caprichosamente. Veo mi reflejo en un pequeño espejo de mujer que alguien ha clavado sobre la corteza de un árbol; no me reconozco pero ese descubrimiento no me causa sorpresa.

Continúo avanzando sin prisa. Soy el bosque, formo parte de él, de los que entran y nunca salen, parte de la vida que se desarrolla aquí abajo o allá arriba, todos estamos interconectados. Si pierdo la cinta, si alejo mis dedos de ella, perderé el rumbo y debo seguir adelante.

Entonces me desdoble. Ya no soy la imagen reflejada en aquel diminuto espejo de mujer. Vuelvo a ser yo y la imagen me contempla ahora, detenida delante de mí. Es un hombre, de cuello grueso como un toro y rasgos torpes y groseros. Me mira con curiosidad, me contempla, pero calla. Me da la espalda y prosigue el camino. Lo sigo.

Es él, es Andrzej Wozniak, el padre de Helena, mi abuelo, al que nunca había

visto. Del que ni siquiera conocía el nombre hasta unas horas atrás. Me pregunto si esta historia parte de él, la que me convierte en la Reina Azul.

Abandonamos el bosque y salimos a las afueras de un pueblo. Hay una casa antigua con la fachada blanca, una torre-cisterna puntiaguda que se alza por encima de los tejados. Calles vacías que se dirigen al centro de la localidad, donde emergen edificios más altos y modernos, aunque austeros. Pasamos junto a un apeadero de tren, desnudo. Cuelgan letreros con el nombre de la estación y, deduzco, del pueblo. Minsk Mazowiecki. Andrzej me hace señas para que lo siga. Llegamos a una calle arbolada, en cuyas orillas veo viejas casas de madera y tejados a dos aguas. Esas vistas despiertan recuerdos en mí que no sabía que tenía, recuerdos congénitos de mis predecesores por esta tierra. La madre de Helena nació en este pueblo. Me detengo frente a un solar vacío. A su derecha, un edificio de dos plantas alberga un supermercado y una autoescuela. Aquí nació Bogdana. De aquí se marchó en cuanto pudo, con destino a Lublin para no perecer en este pueblo ahogada por la miseria y los sueños incumplidos.

En Lublin, me está contando Andrzej, se conocieron. Y de él huyó, llevándose a la pequeña Helena, siguiendo la ayuda desinteresada de unos emigrantes valencianos que regresaban a su tierra.

Bogdana nunca regresó a su ciudad natal, temerosa de que Andrzej la encontrara de nuevo. Yo lo he hecho por ella, y me encuentro ahora aquí varada ante este espacio vacío, yermo, muerto, donde estuvo el cuarto que compartió con sus padres, y la cocina, y toda la miseria que les acompañó durante la Segunda Gran Guerra, hasta que murieron primero el padre y luego la madre de Bogdana. Y ella, sola, no tenía nada que perder abandonando su viejo pueblo destruido, en busca de tiempos mejores.

Andrzej me mira con cara lastimosa. Parece arrepentido por algo que ocurriera en el pasado, pero no me corresponde a mí juzgarlo ni ayudarlo. Será en la Ciudad Roja donde excave con sus manos en busca del perdón. Él se acerca más a mí, implorando, con lágrimas, que interceda ante Bogdana y ante Helena; quiere ser admitido en la Ciudad Roja, pero yo no puedo lograr eso que me está pidiendo.

Y hay otra cosa más. Si Andrzej no puede entrar en la Ciudad Roja, significa que es un alma en pena, uno de los que rondan las murallas, uno de los que podrían conformar el ejército de Iskender.

La idea me hace estremecer y siento un frío mortal que trepa por mis piernas y mi espalda hasta anidar en mi corazón, y sé que necesito despertar de eso...

... que me había tenido atrapada durante una especie de alucinación. En mi sueño-alucinación-pesadilla era de día, aunque el sol brillaba monótono y apático. Pero, mientras yo soñaba, había anochecido y la oscuridad me sorprendió. Seguía sentada en la misma rampa de acceso al cementerio. Me dolían todos los huesos del cuerpo y tiritaba tan fuertemente que tardé unos minutos en darme cuenta de que

Radek estaba a mi lado, completamente dormido y borracho. Miré al cielo. No había ni rastro de nubes y miles de estrellas brillaban sobre un fondo negro.

Minsk Mazowiecki. Allí iría en busca de alguna pista más.

De momento, aprovechando el estado cercano a la inconsciencia de mi compañero, migraría en busca de una habitación cálida y una bañera rebosante de agua caliente.

11. Nibieski królowej

Gabriel me estaba esperando, preocupado. Le conté mi visita a Lublin y mi más que extraño viaje al pueblo donde nació mi abuela, todo lo que pude averiguar de aquella especie de alucinación que me provocó el brebaje de Radek. Le propuse regresar al día siguiente para continuar con las investigaciones. Al igual que yo, estaba convencido de que tenía que haber algo en mi pasado y en mis ancestros que guardara alguna vinculación con mi presente. Algo que me hubiera conducido al punto en el que nos encontrábamos. Tal vez, le comenté, la solución pasaba por buscar a Bogdana en Pandemónium, pero incluso antes de que Gabriel se opusiera rotundamente a que yo hiciera ese viaje, ya sabía que era una imprudencia.

Por su parte, él había estado rondando los alrededores de Pandemónium, con Nui, pero no habían dado con nada anormal, salvo la circunstancia de que no había occisos. Ya no quedaba ninguno. Tampoco se había topado con Lyuba que, por lo que sabíamos, seguía retenida al otro lado del espejo, esperando que liberasen su pequeño y malherido cuerpo mortal para regresar a él. Algo que Ulla nos había prohibido a todos. No quería que nos inmiscuyéramos ahora en el camino de La Sociedad. Con que estuvieran implicados todos los monstruos de la naturaleza era suficiente, me dijo, nadie quería encima a unos cuantos humanos enloquecidos y armados.

Fuimos a cenar a un restaurante encaramado en lo alto de una de las torres elefantiásicas del final del paseo de la Castellana.

–Pactemos una tregua –me dijo Gabriel cuando me propuso la cena–; hagamos por un rato como si nada de esto estuviera ocurriendo y fuésemos una pareja normal.

–De acuerdo.

Me esmeré en ponerme guapa. Me puse un vestido de seda de color metálico que se apoyaba en mis hombros lo justo para no deslizarse cuerpo abajo. Gabriel llevaba un traje oscuro y una camisa celeste. Estaba tan guapo que dolía solo de mirarle. Cuando íbamos a salir, me detuvo suavemente y se colocó a mi espalda. Dejó una cajita roja sobre la consola junto a la entrada y me colocó un colgante en el cuello. Fui a mirarme al espejo. De la cadena de oro colgaba una libélula con el cuerpo de mujer y las alas de lapislázuli desplegadas. Era delicada y hermosa.

–Durante la cena te contaré en qué cuellos famosos ha descansado este collar –me dijo, guiñándome un ojo–. Pero ninguno tan bello como el tuyo.

La casi totalidad de los clientes del restaurante nos miraron al entrar, abiertamente o con disimulo. En las miradas masculinas no me fijé, me lo

comentaría después, divertido, Gabriel. Reparé en las femeninas, en todos los ojos de mujer que se clavaron en mi acompañante, larguísimas pestañas maquilladas siguiendo el recorrido de su perfecta cara, cuello y hombros. Y luego, evaluándome como la acompañante de un hombre así. Curiosidad, supongo. Y cuando Gabriel movió galantemente la silla para que me sentara y luego me besó en el cuello, juro que oí suspiros.

Comenzamos la cena hablando de cualquier cosa que no supusiera una vinculación con nuestro presente. Cosas frívolas o interesantes. Gabriel me contó anécdotas de su pasado. De cuando estuvo en tal o cual sitio, en el siglo pasado o el anterior. Pero, aunque los dos hicimos un esfuerzo, la conversación acabó virando hacia los occisos. Le propuse ir al día siguiente a visitar el pueblo de Bogdana. No le entusiasmó la idea. Le preocupaba que me distrajera del entrenamiento.

—Si fueras una joven normal, eso sería como estar ante los exámenes finales. No puedes desconectar ahora.

—¡Pues menudos exámenes!

Tenía razón, lo sabíamos ambos. Pero le pedí un día más, solo uno. Necesitaba averiguar algo más, cualquier cosa, lo que fuera. Aceptó a regañadientes y luego hizo una llamada a Nadir.

—¿La has visto? Quiero decir si has visto alguna vez una foto de tu abuela.

Negué con un gesto.

—Ni idea de cómo era. De qué color era su pelo o sus ojos. Nada.

—¿Te pesa no tener anclaje con tu pasado? No sé, para los seres humanos corrientes es normal tener algún tipo de recuerdo de sus antepasados.

Me encogí de hombros.

—Puede. Pero todo esto es demasiado... grave, como para reparar en esos asuntillos. Ya lo pensaré más adelante, cuando salgamos de este lío.

Miré por la ventana, hacia el horizonte resplandeciente de la ciudad. La Castellana era un río de luces, rojas a un lado y blancas a otro.

—¿Y si no?

—No te entiendo.

—¿Y si no salimos de este lío? ¿Y si no soy capaz de vencer a Iskender?

Gabriel abrió la boca para decir algo, pero le pedí silencio con un gesto. Luego levanté mi copa de vino tinto para un brindis.

—Por el hoy, porque no estoy segura de que haya un mañana.

No puedo decir que el brindis fuera alegre, pero sí que amé a ese hombre que me miró con una pena tan profunda y desesperada ante la posibilidad de perderme, que me hizo temblar de los pies a la cabeza.

Cuando regresamos al palacio, tuvimos una visita inesperada.

Gabriel había dejado el coche a uno de los guardaespaldas que custodiaban la casa. Nunca supe muy bien qué clase de ataque temían: si esperaban uno

encabezado por Iskender, los humanos de poco servirían; si uno dirigido por La Sociedad, ninguna sombra necesitaba a un humano para defenderse. Probablemente fuera otra técnica de Ulla para difundir una sensación de seguridad a los incorpóreos más atemorizados. Al menos, un sucedáneo de seguridad.

El recibidor estaba en silencio y en penumbra. Gabriel aguzó el oído, pero me dijo que no le llegaban sonidos de ninguna de las plantas. Era tarde, tal vez la explicación de que se hubieran ido a dormir era plausible.

Comenzamos a subir la colosal escalinata de mármol y yo iba fijándome en las contrahuellas, que estaban decoradas con antiguos azulejos de cerámica, cuando escuché un ligero revuelo a nuestras espaldas. Gabriel fue el primero en girarse. De pronto, una sombra oscura aleteó sobre nosotros y nos cubrió de negrura por unos segundos. Gabriel se abalanzó sobre mí, protegiéndome con su cuerpo al tiempo que nos agachábamos. Una fracción de segundo después, la sombra se alejó de nosotros. Gabriel me preguntó en un susurro si estaba preparada para migrar, pasara lo que pasara. Antes de que pudiera asentir, escuchamos su voz, esa voz que tenía ya tan poco de humana y tanto de animal o serpiente.

–He atisbado vuestra llegada y quería saludaros.

Constanza nos contemplaba desde la cúspide de la escalera. Pese a la escasa iluminación, pude contemplarla de cerca. Tenía aún sus alas desplegadas, inmensas, como un monstruo sobrenatural de pesadilla. Su cuerpo era agusanado, gigante pero oscuro, sin que pudiera reconocer ningún rastro de fisiología humana. Plegó las alas lentamente hasta envolver su cuerpo con ellas. Por eso las confundí con ropas la primera vez que la vi. Solo quedaron a la vista sus extraños pies, esos dedos que eran largas garras afiladas. Y su rostro, blanco como el papel, de ojos alargados y desproporcionados, pero no exento de cierta belleza.

Esperó sin moverse a que nos hubiéramos levantado. Vi con alivio que Gabriel no mostraba ningún signo de alarma, más bien al contrario, le sonreía:

–Constanza, no es de buena educación asaltar a uno en su propia casa.

La vampira asintió.

–Cierto. Lamento el sobresalto.

Gabriel y yo subimos un par de peldaños en su dirección, aunque no pude evitar un estremecimiento por acercarme más a ella.

–¿Puedo preguntarte qué te ha hecho abandonar tu escondite de los últimos cien años?

Constanza desplegó una de sus alas y levantó su largo brazo para señalarme.

–La batalla se avecina, Gabriel, y todos hemos de tomar partido. Yo ya he elegido y vine a comunicárselo personalmente a Ulla. Mis hermanas también viajan ahora mismo hacia aquí. Ulla nos ha proporcionado cobijo y asilo aquí.

–¿Por qué aquí? –quise saber. La idea de compartir techo con un vampiro era... ¿insostenible?

–Pronto las calles no serán un lugar seguro en las noches.

Gabriel la miró con los ojos entrecerrados un momento.

–¿Hay más especies acercándose, Constanza?

La vampira asintió y se acercó más a nosotros. Yo estuve a punto de perder el equilibrio por echarme hacia atrás.

–Todas las razas malditas estamos convocadas para luchar contra el ejército de las tinieblas de Iskender. Quería comprobar que la Reina Azul sigue entre nosotros...

Entonces desvió sus ojos terroríficos hacia Gabriel.

–... acompañada del mejor guerrero de todos nosotros. Me retiro. Huelo el amanecer. Nos veremos.

Desplegó sus alas y se convirtió en una mancha oscura informe que sobrevoló la oscura cúpula del palacio, para desaparecer después por uno de los recovecos del patio. Gabriel y yo nos miramos desconcertados.

–¿Quieres que nos mudemos? –quiso saber.

Negué con la cabeza.

–¿Solo por un vampiro?

–Bueno, técnicamente por más de uno...

Negué con la cabeza. Pero esa noche cerré nuestra habitación con llave.

A la mañana siguiente, Gabriel y yo aparecimos temprano en Minsk Mazowiecki. Había una ligera bruma cubriendo el bosque, enlazada entre los árboles. Estábamos en el mismo punto por el que salí del bosque siguiendo a Andrzej Wozniak en mi alucinación. Era real, todo lo que vi en mi sueño existía. Incluso el olor a bosque húmedo y frío era real. Podía ver la torre puntiaguda, que parecía un antiguo depósito de agua, junto a un bloque contemporáneo de oficinas. Caminamos junto a las vías del tren y las cruzamos por un paso elevado, en dirección al apeadero que había visto en mi ensoñación. Allí estaba, exactamente igual. Gabriel me dijo que Nadir nos estaba esperando en la biblioteca.

En una calle con poco tránsito, entre edificios de distinta factura, había uno de dos alturas, con grandes ventanales rectangulares, cada piso pintado en una tonalidad de rosa. Era la biblioteca municipal del distrito. Nadir, que había volado por la noche hacia Polonia, siguiendo instrucciones de Gabriel, nos saludó con la mano en cuanto nos vio. Junto a él había una chica menuda, de pelo rizado castaño y hoyuelos en las mejillas. Nadir nos presentó.

–Esta es Patryzja –dijo en inglés y pronunciando el nombre de forma que lo hizo sonar como «Patrizzia»–. ¿Lo he dicho bien? –le preguntó a la chica, que asintió sonriendo.

–Me ha contado Nadir –dijo entonces ella, con un inglés dificultoso– que estáis buscando leyendas de la zona, ¿cierto?

–Sobre todo una en particular.

La chica asintió. Cuando sonreía, los hoyuelos de sus mejillas eran encantadores.

–Sí. *Nibieski królowej*. Buscáis las leyendas de las reinas azules. *Nibieski królowej*.

La entonación de la chica era mucho más dulce que el oscuro secreto que escondían las palabras. Se hizo un silencio muy pesado, al menos para mí. Gabriel me apretó la mano.

Dentro, en la sala de consulta, bastante más cálida que la calle, sentados en una mesa alargada, Patryzja nos estuvo mostrando varios libros de escritores comarcales que recogían cuentos y leyendas conocidos por los vecinos, pero ninguna con entidad suficiente para alcanzar fama y gloria, ni siquiera a nivel nacional. Por eso no era conocida la leyenda de las dos *nibieski królowej*.

–Aquí –señalaba Patryzja una página de un libro de nombre impronunciable, como el de su autor– el escritor habla de una historia local de fantasmas, *duchy*, hum... Espíritus, creo que se dice. Tiene un par de siglos. Habla de una joven que tenía encomendada la misión de luchar contra *duchy*, contra los espíritus. Se adentró en el bosque de Tomaszow, pero la historia cuenta que nunca llegó a enfrentarse a ellos porque le tendieron una trampa y ella, desesperada, decidió quitarse la vida utilizando una cinta blanca que adornaba su vestido. Se ahorcó de la rama de un bosque. Lo que más le interesa al autor es cómo se repite esa historia, una variante de la misma leyenda, un siglo después. También habla de *duchy* y de otra joven. De una lucha contra el rey de los muertos, *martwy król*; no creo que se refiera a vampiros. Y de cómo ella vuelve a perder, porque no se atreve a enfrentarse y prefiere disolverse en la luz para siempre. En ambos casos, hay una idea que se repite, la de *nibieski krolówej*, más como una maldición que como una bendición. La Reina Azul, esa es la traducción.

Cuando acabó su relato, noté una opresión en el pecho y en el cuello. El único sonido en la sala era el de las páginas de libros pasadas por los escasos estudiantes que había a esa hora tan temprana en la biblioteca. Patryzja nos miró en silencio, aguardando alguna reacción por nuestra parte, pero yo no podía apartar los ojos del libro.

Bueno, al fin había encontrado lo que venía buscando. Dos reinas azules me precedieron en la tarea titánica que tenía que llevar a cabo y ninguna de las dos se había atrevido a enfrentarse a Iskender.

Salí de la biblioteca con la cabeza dándome vueltas. Me detuve en la puerta de entrada y miré al cielo. Las brumas habían dado paso a un cielo de un azul tan celeste que parecía líquido. Líquido congelado. Unas líneas blancas que se deshacían por momentos, rastros del vuelo de algún avión, surcaban el cielo en varias direcciones. Algunas formaban gigantes equis, como las que localizan el tesoro en un mapa. Dónde estaba el tesoro ahora, me pregunté.

Gabriel y Nadir se unieron a mí en silencio. Al cabo de un rato, Nadir nos dijo que había acordado con Patryzja que le tradujera los dos cuentos y se los enviara

por correo electrónico. Ahora regresaría a Madrid en un vuelo y nos vería allí. Se despidió de mí con un beso en la mejilla.

Nosotros dos deshicimos el camino y nos internamos en el bosque. Tampoco quedaba bruma allí y descubrí un bosque precioso, de un verde brillante, que no había podido ver antes.

Caminaba varios pasos delante de Gabriel, todavía bajo el efecto tenebroso de lo que acabábamos de descubrir cuando me di cuenta de que no me seguía. Se había detenido y me miraba desde la distancia. Cuando me acerqué a él, se apoyó en el tronco de un árbol altísimo y me contempló con esos ojos aguamarina que envolvían cada día de mi vida desde hacía dos años. Estaba preocupado, deduje que por las palabras de la bibliotecaria. Hablé yo antes que él:

–No puedes permitir que esas historias del pasado te hundan.

Me miró sorprendido.

–Iba a decirte eso mismo yo... ¿Es cierto? ¿Lo piensas de veras?

Me coloqué a su lado en el tronco.

–No. La verdad es que me parece una mierda. Lo único en lo que pienso ahora mismo es que me gustaría echarme a la cara a quien me colocó esta responsabilidad sobre los hombros. ¿Por qué yo? ¿Podía haberme preguntado primero!

Gabriel se separó del árbol y se colocó frente a mí.

–¿Preguntado primero? ¡Preguntado primero! ¿Y a mí? ¿Crees que a alguno de nosotros se nos da a elegir? –su reacción me pilló desprevenida y él aprovechó la ventaja–. Además, ¿qué importa eso ahora? Lo que de verdad marcará la diferencia será lo que decidas hacer con lo que eres. Qué vas a hacer, Perséfone, con tus limitaciones y tus poderes. Con tu responsabilidad. ¿Asumirla?

–¡Gabriel! –pegué un ligero manotazo con la palma abierta en el tronco, de lo que me arrepentí al instante, porque me raspé–. ¡No me hables de responsabilidad! No creo que esté escondiendo la cabeza como un avestruz, precisamente, ¿no? ¿NO? Estoy haciendo todo lo que me decís, obedientemente. Si fuera por mí, te cogería de la mano y desapareceríamos de aquí. Y que se pudrieran todos.

–No es verdad. No piensas eso realmente.

Nos quedamos en silencio, y como no tenía sentido seguir utilizando las palabras, simplemente me abrazó con fuerza.

–Esas historias solo demuestran que La Araña se ha equivocado dos veces y que tenía que esperar a que nacieras tú para equilibrar el juego. Donde ellas han fallado, tú lo harás bien, mi amor.

Se apartó de mí y sujetó mi cara entre sus manos.

–Te necesitamos. Todos. Yo. Si alguna vez te rindieras, no podría soportarlo. Mi vida entera se hundiría sin ti. Si utilizaras una cinta blanca como la Reina Azul de la historia de antes, esa cinta nos ahogaría a los dos, me arrastraría contigo a un mundo sin luz.

–Pero, Gabriel, sabes que hay muchas posibilidades de que no sobreviva a ese ataque...

Me colocó el dedo índice sobre los labios y luego me besó.

–Entonces no sobreviviremos ninguno de los dos. Pers, la vida perdería todo su sentido si tú no estuvieras conmigo.

Llevábamos dos años juntos, día a día, excepto esporádicas separaciones. Era increíble cómo seguía amándole, cómo seguía fascinándome su precioso rostro, cómo seguía necesítándole a mi lado, cómo me seguía sintiendo cuando me miraba así...

12. Juego con Kostya

Aquella tarde fue la primera vez que escuché el nombre del Barón. No tenía ningún significado para mí, pero para Ulla y Gabriel era muy importante que se uniera a nuestra causa. Estaban discutiendo acerca del mejor momento para hablar con él cuando me acerqué. No necesité pensarlo dos veces.

–Iré con vosotros. ¿Dónde os encontraréis con él?

–¿No tienes hoy entrenamiento? –me espetó Ulla.

–Necesito un respiro. Cuanto más cansada estoy, más probabilidades tengo de que sea esa sádica de Amelia la que me esté esperando, en lugar de Luna.

–No existe ninguna relación causa-efecto como la que sugieres, querida. Probablemente se deba a que necesites más entrenamiento físico.

Solté un bufido apagado y fue Gabriel quien zanjó la discusión.

–Me parece bien. ¿Has estado alguna vez en la ópera?

–No. ¿Cómo habéis dicho que se llama ese hombre?

–El Barón. *Madama Butterfly* es la ópera de esta noche. Puccini es su compositor favorito. No fallará. Sabemos que está en la ciudad, así que el único sitio donde se puede dar con él es en el Teatro Real.

Lancé un silbido.

–Pues tendremos que buscar bien.

–No será necesario. Ocupará su palco. Y, en cualquier caso, siempre busca un anonimato imposible de conseguir con su aspecto.

Más tarde, el coche condujo por la calle Arenal y nos dejó en la plaza de Isabel II. Nos bajamos Gabriel, Ulla, Orlando y yo. Caminar sobre adoquines con tacones era complicado. Ulla, con un bonito vestido de seda azul eléctrico, caminaba del brazo de Orlando, que se había vestido, o convertido, para la ocasión en *él*. Llevaba un traje gris oscuro y el pelo recogido en una coleta que le caía, como si fuera un grueso hilo de plata, sobre la espalda del traje. Parecía un niño disfrazado de adulto disfrazado de niño. Bastante inquietante. Detrás íbamos Gabriel y yo. Me había puesto un vestido negro que dejaba mi hombro derecho al descubierto, con el pelo recogido en un moño, y llevaba dos pendientes largos de color verde jade. Uno de ellos me hacía cosquillas sobre el hombro desnudo al caminar.

Ocupamos cuatro de las cinco butacas rojas de nuestro palco, a la derecha del escenario, en la segunda planta. La vista era fantástica, tanto sobre lo que fuera a representarse en el escenario como sobre lo que se representaba en la platea, ese movimiento incesante, nervioso pero también pausado, bastante hipnótico. Ulla

sacó de un bolsito negro con un vistoso cierre unos binoculares diminutos de madreperla. Yo lamenté no haber tenido la misma ocurrencia. Había metido el móvil en el bolso y poco más. Claro que nunca había tenido binoculares.

Pocos minutos antes de las ocho, el público se acomodó en sus butacas y se silenció educadamente, aguardando a que diera comienzo la representación. Cuando las luces se desvanecieron lánguidamente y la sala quedó en penumbra, la gran cortina roja que ocultaba el escenario se abrió en dos mitades y comenzó *Madama Butterfly*. Todo lo que vi y escuché me pareció tan intenso que casi se me saltaron las lágrimas en el aria de la segunda parte, cuando la protagonista de la ópera espera la llegada de su amado al puerto. «Un bello día veremos levantarse un hilo de humo en el extremo del mar y después aparecerá la nave», fue traduciendo Gabriel, tan emocionado como yo con la música. Me besó el dorso de la mano.

En ese momento, Orlando reclamó suavemente mi atención y me señaló un palco en el primer piso, enfrente del nuestro. Estaba ocupado por un solo hombre que parecía un gigante en comparación con las personas de los palcos que rodeaban al suyo. No podía distinguir mucho sin los binoculares de Ulla, salvo que iba vestido de blanco y era de raza negra.

En cuanto ese segundo acto concluyó, el público se activó como por un resorte oculto. La mayoría de los palcos se quedaron desiertos y de la platea se agruparon en ordenadas filas por los pasillos, seguramente en dirección a los aseos y el bar. Ulla también se puso en pie y salió acompañada de Orlando. Unos instantes después de su marcha, un camarero nos trajo una bandeja con una botella de champán y cuatro copas talladas. Gabriel llenó una copa para mí y otra para él, y el camarero depositó la bandeja en una mesita junto a la pared. Brindamos y bebí un pequeño sorbo. No entiendo nada de champanes, pero aquel, con un precioso brillo rosado, sabía delicioso.

—Ya están hablando con él.

Miré en la dirección que señalaba Gabriel. En el palco del extraño hombre alto se encontraban ahora Ulla y Orlando. Simultáneamente, los tres miraron hacia nosotros. Gabriel saludó brevemente con una inclinación de la cabeza y el hombre alto respondió con el mismo gesto. Estuvieron allí por espacio de varios minutos y regresaron a nuestro palco segundos antes de que las luces se apagaran para dar paso al tercer y último acto de la ópera.

—Dice que prefiere quedarse a observar en la retaguardia —susurró Ulla a Gabriel mientras se sentaba, aunque lo suficientemente alto como para que yo también pudiera oírlo—. Al menos no se ha unido a ellos.

En el tercer acto, cio cio san, la madama Butterfly del título, se da cuenta del error que ha cometido al creer que su amado Pinkerton volvería a buscarla. Cuando el oficial norteamericano regresa, lo hace con una esposa norteamericana, dispuesto a llevarse al hijo que ha tenido con cio cio san. Ella lo acepta

mansamente, pero una vez a solas se despide de su hijo para siempre. A continuación se quita la vida.

Cuando comencé a hilvanar la soledad de madama Butterfly con la que debió de sentir la Reina Azul que se ahorcó en el bosque, y con la mía propia, se me llenaron los ojos de lágrimas, sin duda en parte debido a la honda impresión que acababa de causar la música en mi ánimo. Sin recordar que llevaba bastante maquillaje, me limpié los ojos con un pañuelo de papel. Al instante me di cuenta de mi error, así que justo cuando la representación musical finalizó, en esos breves segundos que intermediaron entre el profundo silencio del público, aún embrujado por la música, y el estallido de aplausos, aproveché para escabullirme del palco, en dirección al aseo. Necesitaba llegar antes de que se formara cola y arreglarme la cara ante un espejo. Todavía resonaba alrededor la ovación cuando alcancé el cuarto de baño. Por fortuna, vacío.

Me coloqué delante del espejo más alejado de la entrada. No había ocurrido ningún gran desastre con el rímel, afortunadamente. Cuando terminé, me di cuenta de que ya no estaba sola. Dos lavabos más allá del mío había una mujer rubia de pelo corto y un vestido rojo bastante estridente, poniéndose pintalabios. Al pasar junto a ella, hacia la salida, noté una presión en la espalda, como si alguien hubiera apoyado algo en mi zona lumbar, al final de la espalda. Me giré, pero una mano me sujetó fuertemente del brazo y me obligó a quedarme quieta. En el espejo vi la imagen de la mujer rubia. Lo que apretaba contra mis costillas era una pistola pequeña. Había visto esa imagen tantas veces en películas que me pareció irreal. Por ese motivo, supongo, no sentí miedo alguno.

—Si te mueves, te disparo. Lo juro. Quiero que me lleves hasta tus amigos.

No llegarás a hacerlo, pensé, si migro antes. Pero en ese preciso instante, se abrió la puerta y entraron en tromba varias mujeres, hablando y riendo. Nos rodearon sin apenas mirarnos y en ese momento empujé el codo con toda mi fuerza hacia atrás, echando todo mi peso sobre la mujer rubia. Eso hizo que ambas perdiéramos el equilibrio. Yo no llegué a caer porque logré agarrarme a una mujer que pasaba en ese momento y que me miró sobresaltada cuando me colgué de su brazo. La mujer de la pistola soltó un chillido sofocado al chocar contra el suelo. Al instante, varias de las que habían entrado se apresuraron a ayudarla, preguntando, todas al mismo tiempo, si se encontraba bien, o necesitaba algo, o qué había ocurrido. Ninguna pareció fijarse en el pequeño objeto metálico que había ido a parar a los pies de uno de los lavabos. No esperé más y salí corriendo.

Subiendo las escaleras que llevaban al segundo piso, me quité los zapatos y los llevé en la mano, sorteando las personas que ya iban camino de la salida. Llegué a toda velocidad al palco y abrí de un tirón... para encontrármelo vacío. De pronto, como si hubieran obedecido a una orden misteriosa, todo el público, absolutamente todo, comenzó a abandonar sus asientos. Las puertas de los palcos

se abrieron al unísono y el pasillo se llenó de mujeres y hombres, de distinta factura y distinta edad, algunos niños, que me sorprendió ver, un barullo rítmico en el que el nivel de voces se elevó hasta colapsar el espacio. Yo lo veía todo de manera algo ralentizada, bloqueada porque no hubiera nadie en el palco, comenzando a sentir los agujijones del miedo subiendo por mi espalda. Me giré varias veces, intentando ver por encima de las cabezas alguna señal de Gabriel. Con dificultad, entre la gente que pasaba junto a mí, logré ponerme de nuevo los tacones, con lo que subí diez centímetros, y entonces pude verle, saliendo del recodo más alejado del pasillo, buscándome.

Esta vez no fue la mano enguantada lo que noté, sino unas uñas en mi antebrazo y algo puntiagudo clavándose con fiereza entre las costillas. La rubia me escupió una serie de insultos soeces al oído y me ordenó que la acompañara. Esta vez no tenía que mirar para saber que volvía a apuntarme con el arma. Para dar más veracidad a sus palabras, me la hundió dolorosamente en las costillas. La violencia de la embestida hizo que arqueara la espalda y soltara un pequeño grito. Gabriel se apresuró a llegar.

—Vuestros amigos están abajo, con mi gente —dijo la mujer, con una sorprendente voz masculina—. Vamos hacia el vestíbulo y no quiero sorpresas. Con la gente que hay aquí, tardarían un rato en darse cuenta de que le he disparado.

Gabriel no necesitó más información:

—Está bien, pero, por favor, la pistola se te puede disparar accidentalmente...

—Baja delante —ordenó la rubia por toda respuesta.

Nos pusimos en marcha torpemente. El ruido que nos rodeaba, los cientos de caras y voces, todo se mezclaba alrededor. Me dolía bastante el punto donde seguía teniendo la pistola que, ahora comprendía con total nitidez, podría matarme segundos antes de que iniciase una migración. Encaramos, Gabriel caminando delante, luego yo y por último la mujer rubia, la escalera que descendía al vestíbulo. Allí abajo se había congregado todo el mundo. No había un solo centímetro libre y el ruido subió como una masa pegajosa hasta envolvernos y aplastarnos. Distinguí la cabeza blanca de Orlando y la rubia de Ulla, que nos miraban, con una expresión muy extraña. Algo les estaba ocurriendo a ellos también. Bajando uno a uno los peldaños, tanteando con el pie porque había demasiada gente, la mujer estuvo a punto de perder el equilibrio en una ocasión. Se agarró a mí y por una fracción de segundo pareció que el arma se dispararía. Afortunadamente, enseguida se recuperó.

—Oye —dirigía sus palabras directamente a mi oreja—, no sé quién eres y ni me importa. Eres apenas una cría. No sé qué haces con ellos, ni si sabes quiénes son, pero me da igual, nos sirves. Baja con todo el cuidado del mundo porque, si no, esto va a terminar mal.

A medida que nos fuimos abriendo paso entre la gente en dirección a Ulla y

Orlando, me di cuenta de lo que había percibido desde lo alto de la escalera. Alrededor de ellos dos había cinco hombres, mirándolos de frente, como si estuvieran formando un círculo protector en torno a Ulla y Orlando. Todos ellos tenían un móvil en la mano apuntando en dirección a los dos incorpóreos. Los estaban grabando en vídeo.

Por eso no habían migrado.

Cuando llegamos hasta ellos, los cinco hombres, más la mujer, abrieron el perímetro para permitir que Gabriel y yo entráramos en el círculo. Vi fugazmente cómo uno de los hombres, el más bajito del grupo, recogía la pistola de la mano de la mujer y la ocultaba debajo de su chaqueta. Fue él quien habló, forzando su voz por encima del ruido atronador:

—Salgamos todos juntos, por favor. Pongan mucho cuidado en lo que hacen.

Ulla lo miraba con una ira que apenas se molestaba en ocultar. Orlando, por su parte, contemplaba uno de los móviles con bastante curiosidad. Era como si todo aquello no fuera con él. Probablemente tenía las habilidades tan desarrolladas que era capaz de desvanecerse y llevarse el alma de todos los que nos rodeaban antes incluso de que ninguno de ellos parpadeara. Me pregunté por qué no lo hacía.

Gabriel pudo por fin cogerme de la mano y apretarme con fuerza. La situación se había complicado. No era solo que yo fuera el eslabón más débil, alguien a quien el disparo de una pistola podría matar, sino que ellos no se atreverían a migrar siendo grabados por las cámaras de unos móviles.

Salimos del teatro y nos dirigimos hacia la oscura plaza de Oriente. Era noche cerrada, pero no brillaban las estrellas. Estaba nublado y el cielo parecía una manta de plomo grisáceo en el que se reflejaba la luminiscencia de la ciudad. La gente se dispersaba en cuanto abandonaba el teatro y varios grupos siguieron nuestro mismo camino, aunque nos adelantaron enseguida. No sabría decir quién ralentizaba el ritmo de nuestro grupo, pero la verdad era que avanzábamos despacio. Éramos una estampa algo ridícula, porque los dos primeros hombres caminaban de espaldas, para no dejar de apuntarnos con sus móviles ni un segundo. El hombre que ahora tenía la pistola se había situado justo detrás de mí. La plaza estaba iluminada en su paseo central, pero los alrededores permanecían oscuros. Gabriel los revisó varias veces en rápidos vistazos. Estaban vacíos. De pronto, comenzó a caminar hacia su derecha, tirando de mi mano hacia él. Con su cambio de rumbo obligó a todo el grupo a desviar lentamente la trayectoria. Comprendí lo que iba a hacer al instante, igual que el hombre de la pistola:

—Ni lo intente. A ustedes tres los seguimos desde hace mucho tiempo, pero a ella —me señaló— no, de lo que infiero que es mortal. Y ahora deduzco de su gesto que le interesa mantenerla con vida. No dudaré en dispararle si continúa caminando hacia esa área en penumbra.

Gabriel se detuvo en seco, apretándome la mano con tanta fuerza que sus

nudillos se habían blanqueado. Rehicimos los apenas dos o tres metros que nos habíamos separado del paseo central y continuamos caminando por él. Al final, aparcado delante del Palacio Real, había una fila de cinco coches, grandes, negros, intimidatorios. Parecían coches oficiales. La puerta de uno de ellos se abrió y salió un chico con una cámara de vídeo al hombro. Caminó a nuestro encuentro mientras encendía la cámara. Aquello fue demasiado para Ulla, que se giró en redondo para enfrentarse al hombre de la pistola. Todos nos detuvimos.

—¿Qué es esto? ¿Qué estáis haciendo? ¿QUÉ QUERÉIS DE NOSOTROS?

Los que nos grababan con sus móviles se removieron inquietos. Solo el hombre de la pistola permaneció impasible. La había sacado de su chaqueta y me apuntaba directamente con ella.

—Llevamos tanto tiempo detrás de las sombras... —habló con una emoción intensa en su voz, mezclada con satisfacción, tal vez por haberlos capturado—, detrás de ustedes, solo nosotros convencidos de su existencia, guardándola en secreto hasta que no tuviéramos pruebas concluyentes que ofrecer al mundo y haciéndoles el juego mientras tanto, a nuestro pesar. Y, al fin, lo hemos obtenido. Los tenemos en la palma de la mano.

Ulla lo contempló fijamente con un rostro sin expresión y rompió a reír.

—Sois unos idiotas —dijo con un profundo desprecio—. Unos perfectos idiotas. ¿Puedo saber cuál será vuestro siguiente movimiento una vez hayáis hecho pública nuestra existencia? ¿De qué os servirá?

Ahora le tocó reír al hombrecillo:

—Veo que no lo entiende. No tenemos la más mínima intención de descubrirlos. Solo he hablado de tener pruebas concluyentes de su existencia.

No entendí nada. Pero creo que era la única en no captar el mensaje. Gabriel lo dejó claro:

—Quieren hacernos chantaje. Chantajearnos a cambio de no descubrirnos.

—Ustedes nos son de mayor utilidad si siguen existiendo —resumió el hombre. Vi de reojo que los brazos que portaban los móviles comenzaban a acusar el cansancio. El chico de la cámara estaba a unos pasos de distancia y solo le quedaba encender el foco. Ulla escupió su desprecio al hombre de la pistola:

—Sois la vergüenza de vuestro propio grupo. La verdadera Sociedad fue fundada con un sencillo ánimo de saber la verdad acerca de nosotros. ¿Y vosotros os llamáis sus herederos? Sois unos majaderos, eso es lo que sois.

—Lamento disentir —rebatía el hombre—. Aún no tenemos toda la información, pero sabemos de la increíble magnitud de sus posesiones, del conglomerado empresarial que han creado y de sus ingentes beneficios. Tan solo queremos participar. Una minucia en comparación con...

Lo siguiente ocurrió verdaderamente rápido. Mientras esperaba la réplica de Ulla, un gato negro apareció de la nada aullando y se enredó en las piernas de uno

de ellos. Un instante después, no era uno, sino más de una docena de gatos los que estaban correteando y persiguiéndose entre las piernas del grupo, lo que ocasionó el revuelo suficiente para que los móviles dejaran de apuntarnos durante una fracción de segundo, tiempo más que suficiente para que nosotros desapareciéramos...

A salvo en el palacio, en el comedor que tenía un impresionante mirador acristalado que daba al interior del jardín, Ulla bramaba colérica contra el atrevimiento, como decía ella, una y otra vez. ¿Cómo se habían atrevido?, repetía, con las manos crispadas. Habían roto las reglas del juego, y todo ¿para qué? ¿Para un vulgar chantaje? ¿Por eso me habían puesto una pistola y amenazado mi vida? Ese era el punto que más dolía a Gabriel. A mí, la zona donde aquella mujer me había hundido el cañón de la pistola.

Mirando hacia la oscuridad reinante en el jardín más allá de los cristales, recordé la fugaz visión que obtuve justo al tiempo en que migraba, media hora antes, en la plaza de Oriente: el mismo hombre alto vestido de blanco contemplaba la escena, con ambas manos apoyadas sobre un bastón, como el que utilizaba Mamá Blanca. Cuando lo conté en voz alta, Ulla dijo que seguramente la aparición proverbial de aquellos gatos había sido un gesto del Barón.

—Es posible que esto signifique se haya decantado por uno de los dos bandos. Al menos algo bueno habremos podido sacar de esa pandilla de..., de... ¡Cómo se han atrevido!

Y comenzó de nuevo su retahíla de improperios. No tardó mucho en decidir que irían esa misma noche a recuperar el cuerpo de Lyuba y el Espejo de Almas. Gabriel se mostró de acuerdo. No le gustaba la idea de que mantuvieran el cuerpo de Lyuba, y al fin y al cabo el Espejo era un arma que podían utilizar otra vez, en otra incursión más preparada, contra nosotros.

Enseguida se armó un cierto revuelo en los salones. Varios incorpóreos más se unieron a la decisión de atacar la sede de la Sociedad. Otros, los más cobardes, simplemente desaparecieron. Gabriel me pidió que no los acompañara esta vez, pero yo no tenía intención siquiera de insinuarlo. Me dijo que allí estaría a salvo. Estaban ya todas las vampiras en el palacio y tenían órdenes de protegerme por encima de todo. Me despedí de él en el vestíbulo de entrada. Al menos uno debía ir en coche, para traer el cuerpo malherido de Lyuba. Conducía Gabriel. Cuando subía las escaleras, de regreso a mi habitación, una lucecita se encendió en mi cabeza y recordé un pequeño detalle.

Bajé a toda prisa la escalera y logré alcanzar a Gabriel cuando ponía en marcha el coche. Se sobresaltó y bajó inmediatamente.

—¡El bolso! ¡Llevaba el móvil en el bolso y lo perdí en el ataque del baño! Puede que aquella mujer lo haya recogido.

—No creo, no la recuerdo con algo en la mano que no fuera la pistola, pero lo

tendré presente. No salgas de tu habitación. Y no me esperes despierta, tienes que descansar.

Cuando su coche desapareció de la vista, regresé dentro. El vestíbulo estaba en un silencio solemne. Algunas lámparas de pie, encendidas estratégicamente por aquí y por allá, arrinconaban la oscuridad a los espacios más recónditos, pero no lograban evitar la sensación desagradable que me embargaba, sabiéndome allí sola con un grupo de vampiras, escondidas en cualquier lugar tenebroso del enorme edificio. Como si hubieran escuchado mis pensamientos, algo sobrevoló mi cabeza y fue a ocultarse en la oscuridad que reinaba tras la escalera. Retiré el pie que había puesto en el primer peldaño y, lentamente, sin dar la espalda a la escalera, retrocedí asustada hasta dar con la primera puerta, que abrí sin más, para meterme dentro. Cerré rápidamente y apoyé la espalda, algo más aliviada. Había entrado en lo que llamaban la sala japonesa, una pequeña y coqueta habitación que había sido la gran atracción del palacio, más de cien años atrás. Enteramente decorada en rojo y negro, había figuras de pequeños pájaros y cerezos en flor en todas las esquinas, como si estuvieran atrapados en un ámbar brillante para siempre jamás. Los motivos japoneses se reproducían también en pinturas de delicados bambúes y ocasos con el monte Fuji de fondo. Ulla había dado orden, además de recuperar su aspecto original, de decorarla con mobiliario de la época. De esta forma, había convertido el palacio en un espectacular museo.

Pero la mayor sorpresa estaba dormitando en una chaise longue de madera de nogal y cuero rojo, en un extremo de la salita. Tenía un libro abierto sobre el pecho. El brazo derecho caía al suelo, la mano apoyada suavemente en la alfombra. La pequeña lamparita cercana seguía encendida.

Me acerqué muy despacio. Mi entrada no lo había despertado, así que la posibilidad de contemplarlo con total impunidad me provocó cosquillas en el estómago y ciertos nervios en las piernas. Llevaba una camisa blanca, desabotonada hasta la mitad del pecho, y unos pantalones de cuero marrón. Estaba descalzo. No vi sus botas por ninguna parte. El libro era de Charles Baudelaire, *Spleen en París*. Su pecho se movía pausadamente, al ritmo de un sueño profundo.

De cerca, sin que su mirada me provocase reacciones incómodas, lo observé con detenimiento. Su piel estaba siempre bronceada y sus ojos cerrados tenían pestañas espesas y largas. La mano que tenía apoyada junto al libro era fuerte, pero no era una mano de campesino. Reparé en una cicatriz que cruzaba su dorso. Era extraño que tuviera una, los incorpóreos tenían la facultad de sanar su cuerpo y no había visto nunca una en ninguno de ellos. Pero, sin duda, el punto fuerte de su atractivo, además de esa mirada tan intensa capaz de desarmar a cualquiera, era el triángulo de su boca y mentón.

Subía hasta mi cara un olor peculiar, agradable, pero que no lograba identificar, una mezcla de canela y hojas de tabaco, y me agaché un poco más para oler mejor.

En ese momento, justo en ese preciso instante, no antes, ni después, cuando tenía mi rostro a dos palmos de distancia del suyo, abrió los ojos.

Unos ojos grandes, almendrados, más negros que la noche, más misteriosos y peligrosos que la noche.

Enderecé la espalda rápidamente, como si en lugar de aquellos ojos tan bellos hubiese visto una serpiente a punto de atacar.

–Perdona, lo siento, no sabía que hubiera nadie... o que estuvieras aquí... No quería interrumpirte... estabas dormido...

Él se puso en pie lentamente, de la misma forma que lo haría una pantera negra salvaje desperezándose para el juego.

–No tienes que irte –dijo con una voz suave–. De hecho, me gustaría mucho que te quedaras.

Avanzó hacia mí.

–Si me prestas tu mano –dijo, tendiendo la suya, la palma hacia arriba–, te contaré cosas de mí. Quién soy, de dónde vengo...

–Ni hablar. Aquella vez me pillaste desprevenida. Pero no volverá a ocurrir.

Le di la espalda y fui hacia la salida de la sala, pero antes de que pudiera abrir, Kostya se colocó a mi lado, bloqueando la puerta con su hombro. Su olor me envolvió. Era tan agradable...

–Oh, vamos, no volverá a ocurrir. Tú ganas. No te tocaré. Aunque no sé cómo vas a poder evitarlo.

Levantó el índice de su mano derecha hacia la base de mi cuello, pero antes de que pudiera tocarlo, abrí la puerta de un empujón y salí. Cerré y sujeté el pomo. Incluso a través de la puerta percibí en su voz que se estaba divirtiendo. Sonreí.

–¿Qué haces? ¡Déjame salir! –rogó.

–Creo... creo que no.

La siguiente vez que escuché su voz fue a mi espalda y noté su respiración en mi cuello:

–Pues ya he salido. ¿Ahora qué vas a hacer?

Me giré. Estaba justo frente a mí, acercando su cara a la mía. Hice caso omiso de los escalofríos que me subieron por la espalda y tuve una reacción de chiquilla: volví a entrar en la sala, asegurando la puerta cerrada con mi espalda. Kostya se materializó un segundo después a mi lado, más cerca de mí que la vez anterior.

–Es un juego extraño..., pero me gusta. Lo que sea con tal de estar contigo... ¿Ahora qué toca? ¿Salir?

Solté una carcajada y abrí la puerta, pero esta vez no me quedé detrás esperando. Atravesé corriendo el vestíbulo y entré en el comedor, ahora desierto. Fuera, el jardín se había convertido en un telón negro. Las escasas luces encendidas se reflejaban en los cristales, como mi propia imagen..., y un instante después la de Kostya, sonriendo.

–Está bien, pongamos cierto orden –dijo–. Contaré hasta diez. No vale hacer trampas. Uno... dos...

–Sí –dije–, pero con los ojos cerrados.

Y se los tapé con mis manos. Kostya dejó de contar y se quedó inmóvil por espacio de varios segundos. Sorprendentemente, Kostya no utilizó ese ligero contacto físico conmigo para intentar traspasarme sus pensamientos. Cuando retiré las manos, me miró, ladeando la cabeza:

–Vas a acabar conmigo –y soltó un largo suspiro–. Está bien, cerraré los ojos –y comenzó a de nuevo, con los ojos cerrados–: uno... dos...

Antes de oírle llegar a cinco, yo subía ya escaleras arriba, con el corazón latiendo fuertemente. Escogí el pasillo de la derecha y me aventuré por él. La mayoría de las puertas estaban cerradas, así que me metí en la primera abierta, un dormitorio barroco cuya cama estaba oculta tras un dosel de telas vaporosas. Abrí el pesado portón del armario y entré dentro. Había solo un par de prendas colgadas, que aparté a un lado. Cerré luego con cuidado de no pillarme los dedos y aguardé.

Pasaron varios minutos antes de que la puerta del dormitorio se abriera. Quedaba una rendija de uno o dos centímetros por la que se filtraba la luz y, durante unos instantes, una sombra la bloqueó al pasar por delante del armario. Escuché el crujido de las tablas de madera del suelo. Contuve la respiración y las ganas de reír. Por espacio de algunos minutos, no volvió a escucharse sonido alguno, hasta que la voz de Kostya susurró en mi oído:

–Nueve... y diez. Te pillé.

Empujé las puertas del armario y encontré al otro lado, con un camisón que parecía sacado de una novela de Charles Dickens, a Dorian, mirándome con sorpresa. Estaba doblando sobre la cama algo que parecía una levita. Detuvo sus manos en el aire al verme aparecer. Lo comprendí enseguida y me giré hacia Kostya, que me contemplaba desde el interior del armario:

–Has estado ahí dentro todo el rato, no fue tu sombra la que vi pasar, sino la de *él* –exclamé, señalando de mala gana al atónito Dorian. Kostya sofocó una risa.

–Uno... dos... –comenzó de nuevo a contar.

Dudé si detener aquí el juego o seguir. Kostya se dio la vuelta y siguió contando con la cara apoyada en el antebrazo, reclinado sobre el armario.

Decidí seguir.

Corrí escaleras abajo, preguntándome cómo podía haber descubierto Kostya mi escondite. Era bueno, había que reconocerlo. Salí del palacio por la entrada principal y decidí esconderme en el vastísimo jardín. Lleno de recovecos, absolutamente a oscuras, no podría dar conmigo. Tanto si era mi olor como si eran mis pasos lo que me descubriría siempre, aquí estaba perdido. La vegetación amortiguaba los sonidos e inutilizaría su olfato. Perfecto.

Algo blanco en la esquina de mi campo de visión, moviéndose rápidamente,

llamó mi atención. Solo alcancé a ver una suave mancha clara del tamaño de una ardilla o un gato pequeño deslizándose entre el follaje de los arbustos, en dirección a la piscina. La seguí.

En la espesa oscuridad, la blancura que desprendía, como si fuera una sustancia radiactiva, brillante, me facilitaba seguirle el rastro. Un gato... ¿luminiscente? En un momento dado, la mancha blanca cambió de trayectoria y se dirigió al edificio. La perdí definitivamente de vista cuando caminaba pegada a uno de los muros. Delante de mí, una farola iluminaba aquella parte, pero la luz mortecina que emitía la convertía en más tenebrosa e inhóspita. Entonces algo me picó en el cuello y el dolor se extendió rápidamente. Me llevé la mano a la zona dolorida y entonces vi a Mamá Blanca, la bruja albina a cuya mansión me llevaron Rebeca y sus amigas. Mamá Blanca, la sacerdotisa de vudú que tenía esclavos zombies y una sirena en el sótano de su mansión. La misma que intentó atacarme una vez, estaba ahí delante de mí. Pequeña, sin su característico turbante blanco, su cabeza albina desnuda mostraba unos rizos de color amarillento. El cuello me ardía y comprobé que tenía restos de un extraño polvo oscuro. Ese mismo polvo comenzó a quemar también mis dedos. Me los limpié rápidamente en el pantalón. Mamá Blanca sonreía, como una aparición, con una boca en la que no pude ver ningún diente.

—¿Qué me has hecho, vieja bruja? —escupí con rabia.

—Es tierra de la Ciudad Roja... Un regalo... a cambio de mi sirena... —escupió saliva al hablar.

—¿Qué quieres decir con tu sirena? ¿Es que crees que la maté yo? ¡Necesitaba volver a verla! ¡Iba a contarme algo! ¡La mataste tú por ese motivo!

Extendí la mano sana hacia ella, con intención de agarrarla de la camisa y arrastrarla al interior de la casa, pero no llegué siquiera a rozarla. No estaba. Era como la imagen de un fantasma, no tenía cuerpo. Al pasar la mano, su imagen se desvaneció como las ondas en el agua. Grité de rabia.

No sé si primero sobrevino el mareo o fueron los retortijones en el estómago. No recuerdo si caí al suelo y gateé hasta desvanecerme o si, por el contrario, fui dando tumbos y me perdí en el interior del jardín, hasta caer redonda. De hecho, no recuerdo gran cosa, excepto las pesadillas. Incluso el atroz dolor se convirtió en un aspecto más de los delirios que sufrí. Probablemente la cabeza comenzó a dolerme como si fuera a estallarme en mil pedazos, convertida en una bomba de millones de fragmentos de hueso craneal que se iban a esparcir por los cuatro costados; o fue el hacha que me iba asestando golpe tras golpe en el abdomen, hasta chocar con mi espina dorsal, mientras uno de los monstruos que me asaltaron sin compasión hundía los dedos en mis cuencas orbitales. Las pesadillas se fueron intercalando, como un juego de transparencias a cual más aterradora, mientras yo gritaba e intentaba huir. Sobrevolé infiernos inhumanos repletos de agonía y dolor, visité mundos inexistentes donde la vida humana era torturada sin descanso,

producidos por las alucinaciones y las fiebres de la maldición que había vertido Mamá Blanca.

Si el tiempo no hubiera hecho que se desvaneciera la intensidad de aquellas pesadillas, no hubiera sobrevivido. Poco a poco, se convirtieron en un velo lejano que narraba historias como si las hubiera protagonizado otra persona, historias dementes y paranoicas, esquizofrénicas, el terror en estado puro.

Minutos antes de que amaneciera, y Constanza sabía que le quedaba muy poco tiempo, la vampira me halló, acurrucada bajo una pequeña palmera, como si buscara la protección de un útero materno, exhausta, semiinconsciente, devorada por las fiebres y con una gran herida en el cuello. Me cogió en sus brazos de murciélago y me llevó al interior del palacio, justo antes de que la luz solar la fulminara.

De esta última parte, y la que le siguió, supe por terceros. Pasé una semana menos un día postrada en una cama; las primeras veinticuatro horas delirando, con un Gabriel a mi lado que aguantaba la respiración con cada grito que yo soltaba, el corazón en un puño. Luego Solomon logró que me bajara la fiebre y entrara en una especie de sopor en el que, por fin, mi torturada mente pudo descansar. Los tres días siguientes estuvo administrándome medicamentos que tenían una doble función: lograr mi recuperación y ayudar a mi cerebro a enterrar las visiones provocadas por la bruja albina. El primer objetivo se logró; del segundo tuve que encargarme poco a poco en el transcurso de los siguientes meses.

Una de las veces que abrí los ojos, fui testigo involuntario de una escena que se desarrollaba en mi habitación: Kostya acababa de entrar en la habitación y Gabriel, que instantes antes estaba sentado al lado de mi cama, se lanzó a por él. Recuerdo que le gritó varias veces que le había encargado protegerme y que no había debido permitirlo. Que no era la primera vez que fallaba en el momento decisivo. Gabriel estaba furioso, sujetando a Kostya por el cuello de la camisa. Por el contrario, el estepario no intentó defenderse ni una sola vez. Tenía las manos contra el pecho de Gabriel, pero fue su expresión, de abatimiento sincero, lo que hizo que la tensión se relajara. Alguien, no recuerdo quién fue, le pidió a Gabriel que lo soltara, lo que obedeció de mala gana. Kostya tenía el rostro vuelto hacia el suelo; repitió varias veces que lo sentía y se desvaneció en el aire. Gabriel hizo un gesto con la mano como si quiera alejar el humo de un cigarrillo y regresó a mi lado. Cerré los ojos y me hice la dormida, al menos hasta que me dormí de verdad.

Durante cinco días, ni Solomon ni Gabriel me permitieron levantarme de la cama. Fue una convalecencia sencilla, de todos modos, porque la única molestia que permanecía y me recordaba lo sucedido, además de las pesadillas que seguían asaltándome, era una quemadura que tenía en el cuello, en el punto exacto donde Mamá Blanca había arrojado su polvo. Molestaba, pero de una manera latente, sin estridencias, como una nota grave mantenida en el tiempo. Al menos al principio.

13. Orlando no recuerda

La mañana soleada de mi último día de reposo, después de vestirme, entraron Ulla y Orlando a darnos noticias sobre la herida de mi cuello. Y no fueron buenas noticias:

–Eso que tienes ahí –señaló Ulla con su índice– te lo ha provocado tierra de la Ciudad Roja, como te ha dicho esa bruja. Ninguno de nosotros tiene autorización ni poder para extraerla de allí y traerla a este plano. Solo puede haberla conseguido de Iskender.

Me levanté y contemplé la herida en un espejo. Era una mancha rojiza, amoratada.

–Pues esto duele.

–Y dolerá más, con cada migración que hagas.

–Estoy segura de que Solomon tiene la cura para esto.

Ulla negó con la cabeza, pero fue Orlando quien habló, con su voz impúber:

–No existe cura que nosotros conozcamos.

Sus palabras flotaron en el aire de la misma forma que lo hizo, un rato antes, el polvillo rojizo antes de desaparecer.

–Ya lo veremos. ¿Qué querías decir con lo de las migraciones? –quiso saber Gabriel.

–Que esa quemadura es una manera de evitar que Pers continúe desarrollando su capacidad de migrar, porque cada vez que vaya a Pandemónium, la quemadura habrá empeorado al regresar.

Por la forma de tensar los hombros, supe que esa información estaba abatiendo a Gabriel, que se culpaba por lo ocurrido.

–Gabriel, no te tortures. Sabes que esa bruja habría encontrado cualquier forma de llegar hasta ella –dijo Ulla.

Gabriel asintió, pero no creía en las palabras de Ulla.

–Bueno, lo que se me ocurre –dijo la mujer, levantándose– es acudir al Barón. Que sepamos, es la mayor autoridad en materia de magia negra y brujería. Puede que haya visto antes algo así. Ya he hablado con él. Iremos a verle en cuanto estés repuesta.

–¿Sigue en la ciudad? –quiso saber Gabriel.

–Queridos –intervino Orlando–, esta ciudad está atrayendo como un imán a todo aquel que quiere saber algo o involucrarse en la batalla que se avecina. Dentro de poco será el ojo del huracán, el epicentro del universo de las especies que hemos permanecido invisibles a ojos de los humanos. Y una de nuestras tareas estos días

es cuidar de que sigamos siendo una mera ilusión, hasta que sepamos dónde será la batalla y nos traslademos allí.

Orlando se levantó para salir, pero antes nos dijo que estaba preocupado por Noah.

—No se encuentra bien. El alejamiento de su familia está siendo devastador. Él y tú necesitáis romper el último vínculo con vuestro pasado. Los dos pertenecéis ya por derecho propio al mundo de las sombras. Y nadie lo abandona.

En cuanto salió Orlando, Ulla se volvió a mirarme, suspicaz:

—¿Qué ha querido decir con eso? ¿Es que hay algo que no me estás contando?

Gabriel y yo negamos con la cabeza al mismo tiempo, lo que levantó inmediatamente las sospechas de Ulla:

—Escuchad los dos: no quiero pérdidas de tiempo. Espero que no estéis haciendo ninguna idiotez. Perséfone, estoy segura de que a estas alturas sabes perfectamente lo que se espera de ti. Tu pasado como humana está muerto y enterrado, ¿de acuerdo?

Clavó su mirada en mí, unos ojos fríos y autoritarios a los que solo pude asentir, y salió de la habitación. En cuanto estuvimos a solas, Gabriel me abrazó. Comenzó a susurrarme al oído que no hiciera caso, que era muy alarmista, y, más angustiado, cuánto sentía haberme dejado sola, pero entonces coloqué mi mano sobre su garganta para que pudiéramos hablar sin palabras y le dije nada de esto es tu culpa, no puedes protegerme a todas horas, soy yo quien tengo que estar alerta y no dejarme sorprender... Pero necesito protegerte, Pers, eres lo único que da sentido a mi vida y sabes que si algo te pasara a ti... Algo va a pasarme a mí, a ti, a todos, lo sabes, pero ninguno de nosotros conoce el desenlace, por eso estoy aquí, por eso estamos aquí los dos...

Gabriel se levantó bruscamente y fue a contemplar el paisaje. Me dio la espalda por espacio de un minuto, o tal vez de dos, y luego se giró para mirarme directamente a los ojos. Una de esas miradas francas tuyas que anunciaban tormenta.

—Tal vez... —dijo, como si hablar le dejara extenuado—, si existiera una posibilidad de vivir otra vida..., alejados de esta..., tú y yo podríamos...

No daba crédito a lo que estaba oyendo y me acerqué a él.

—¿Me estás preguntando si quiero huir?

Su respuesta fue lo tajante que esperaba de él:

—Nunca. Huir, nunca. Lo que quería decir es que, cuando todo esto acabe, Pers, podríamos descansar tú y yo. Vivir sin sobresaltos.

—Eso sí, siempre. Siempre contigo.

Gabriel me besó con tal intensidad que el corazón me dio un vuelco.

—A veces —susurró—, a veces quererte tanto me duele.

Debo de ser masoquista, porque en lugar de disfrutar a ciegas del momento,

recordé el extraño capítulo de La Sociedad:

–Por cierto, no es que quiera estropear el momento, pero no me has contado nada de vuestra incursión. ¿Qué ocurrió?

Gabriel me acarició el pelo y se dirigió al pasillo. Mientras sujetaba la puerta invitándome a salir, dijo:

–Ven, compruébalo tú misma.

Le seguí por los pasillos del palacio, en dirección al ala oriental, donde sabía que Solomon había instalado una avanzadilla de su clínica, un puesto médico y de investigación, tan repleto de máquinas y luces que parecía un laboratorio de ciencia ficción. El personal que se movía por allí, de manera intensa pero no alarmante, científicos y auxiliares de laboratorio, iban vestidos con batas blancas y algunos manejaban probetas y tubos de ensayo con unos guantes protectores que les llegaban hasta los codos. Todos eran humanos y se encontraban bajo el mismo sortilegio que el resto del personal del palacio, a excepción de los edecanes. No sabían dónde se habían metido.

Dejamos atrás aquella zona y entramos en otra más calmada, con una serie de habitaciones a medio camino entre una habitación de hospital y un quirófano. Se respiraba aire frío y desinfectante. Solo una de las habitaciones estaba ocupada:

–¡Lyuba! –me lancé hacia ella, pero no me atreví a tocarla, tan malo era el aspecto que tenía. Estaba tumbada boca arriba, con los brazos apoyados en paralelo al cuerpo por encima de una sábana que la cubría hasta el pecho. Su cabeza, el cuello y un hombro estaban vendados. Parecía sedada.

–¿Se recuperará?

–Estoy seguro. Costará tiempo, pero sí que lo hará. Solomon y su gente trabajan ahora mismo para encontrar la manera de acelerar su recuperación. Al menos, ella ha podido regresar a su cuerpo.

–¿Y el Espejo de Almas? ¿Lo tenéis también?

Negó con un gesto preocupado.

–No estaba allí.

–Puede que no hubiera estado nunca. O que, después del asalto en la ópera, os esperaran y lo hubieran sacado antes.

–No, ellos no lo sacaron. Alguien se nos adelantó. Estaban todos muertos cuando llegamos.

Reprimí un escalofrío.

–Fue una masacre, Pers. Los pillaron desprevenidos. Descubrí en un salón el cuerpo de uno. Estaba sentado viendo el televisor, pero la cabeza había rodado por el suelo. El aparato estaba todavía emitiendo una película. Ni siquiera debió de sospechar que estaban asesinándolo.

–Pero es... monstruoso.

–Gracias al cielo que no viniste con nosotros. Incluso el propio Solomon se ha

mostrado muy afectado.

Se detuvo en ese punto y no quise pedirle que continuara. Se dirigió a un cajón y de él extrajo un pequeño objeto:

–Encontramos esto en el suelo –dijo y me lo tendió.

Era un pequeño pendiente, con forma de espiral. Lo conocía perfectamente. Rebeca, la bruja que convivió por un tiempo en el piso con mi amiga Elisa, a la que estuvo sacando sangre secretamente para luego comerciar con las vampiras, llevaba siempre unos iguales. La misma espiral que tenía tatuado en un brazo.

Miré incrédula a Gabriel:

–¡No puede ser! ¿Crees que Rebeca pudo haber cometido los asesinatos?

Gabriel contempló el pendiente en mi mano. Uno de los extremos de la espiral estaba roto y me pinchó en la palma.

–No lo sé. Si fueron ella y sus amigas, sabían lo que querían. Cogieron el Espejo de Almas probablemente para entregárselo a Iskender.

–¿Y dejar atrás a Lyuba? ¿Por qué no se la llevaron o... o acabaron con su cuerpo?

–¿De qué les hubiera servido? La Sociedad quería atrapar a Lyuba en el espejo, pero eso a las brujas no les servía de nada. No pueden arrastrar el cuerpo con ellas, les retrasa la huida, así que simplemente la dejan.

Proyecté la teoría de Gabriel de lo ocurrido. Tenía sentido. Era escalofriante. Pero yo había estado conviviendo muchas horas con Rebeca. Había visto el monstruo en que podía convertirse, pero imaginarla cometiendo aquellas atrocidades que Gabriel no quiso revelarme fue brutal. Me mareé y tuve que agarrarme a la mesa. Era el primer día que me levantaba en casi una semana, y había sido demasiado para mí. Gabriel se lanzó a cogerme en brazos y me llevó de regreso a nuestra habitación.

Durante algunos días más, mi vida pasó a ser puramente contemplativa. No me encontraba bien, sentía cansancio y dolores que aparecían y desaparecían, así que reduje mi actividad al mínimo imprescindible. Paseaba, leía, comía los extraordinarios platos que preparaba Huan para mí hasta el punto de que engordé varios kilos, o contemplaba con inquietud los extraños dibujos que me regalaba Noah. Dibujos tenebrosos o tristes, que representaban siempre a una figura femenina alejándose hacia una esquina del papel, mientras un niño estiraba los brazos anormalmente largos hacia ella.

Una vez, en uno de aquellos largos paseos me llevó hasta una sala de la segunda planta en el ala oeste. Varios incorpóreos discutían, inclinados sobre lo que parecían mapas gigantes desplegados sobre una mesa alargada. Cuando el que estaba de cara a la puerta me descubrió, me miró con hostilidad. Los demás se giraron hacia mí. El menos antipático se limitó a fruncir el ceño. Uno de ellos se acercó a la puerta y la cerró con firmeza. Estaba claro que no era bienvenida. Me

alejé de allí lo más rápido que pude y regresé al jardín. Esta vez mis pasos me guiaron hacia el templete. Había pasado cerca en varias ocasiones, pero nunca entré, así que decidí hacerlo. Era un templo circular acristalado, con mesas y sillones de terciopelo en su interior. Lo rodeaba una estrecha terraza, también con mesas y sillas, de hierro forjado blanco. Había llovido recientemente y todas las superficies –suelo, mesa, sillas, alféizares de las cristalerías– brillaban bajo el cielo grisáceo y extrañamente caluroso. La humedad había llenado el aire de olores vegetales, a plantas y flores, a tierra húmeda.

Orlando estaba sentado en una de las mesas que daban al norte. Llevaba puesto un impermeable transparente que parecía una bolsa gigante con capucha. Debía de haber estado bajo la lluvia, sentado en el mismo sitio, porque toda la superficie del impermeable estaba perlada con diminutas gotitas que parecían tener vida propia, deslizándose plástico abajo en sinuosas carreras. Lo más curioso era el extraño atuendo que llevaba debajo: un bañador negro, de principios del siglo pasado, con gruesos tirantes y pernera hasta casi las rodillas. Cuando me descubrió a su lado, me invitó a probar un mejunje negro que había en una tetera de cristal, sobre la mesa.

–Salsa de soja, supongo.

Asintió, sonriendo.

–No sé cómo puedes beberte eso.

–¿Tú te has informado sobre la composición de los ingredientes de la mayoría de las comidas y bebidas que consumes? Esto al menos es soja y poco más.

Eliminé con la mano el agua estancada en el asiento de una silla a su lado y me senté. A los pocos segundos, la humedad traspasaba la espalda de mi jersey de punto y la tela de mi vaquero, pero no me moví. En el estado de asepsia emocional y física en que me encontraba, los escalofríos que me provocó la humedad eran refrescantes y repletos de realidad.

Permanecimos en silencio, sin la urgencia de formular diálogo alguno, durante bastante rato. Simplemente, mirando a lo lejos, escuchando los pájaros o contemplando cómo las nubes se había retirado para dar paso a un sol magnífico. Rompí ese estado de placidez con una pregunta que siempre me rondaba la cabeza:

–Orlando, ¿cuántos años tienes?

Enarcó las cejas con vaguedad.

–Últimamente me interesa más saber qué recorrido me queda.

Pensé preguntarle qué significaba eso, pero acallé la frase en mi cabeza, porque enseguida se sumió en un silencio ausente, como si estuviera viajando y hubiera dejado atrás su cuerpo, una carcasa hueca inmóvil y paralizada. Para mi sorpresa, regresó antes de lo que creía, disparando una pregunta que me cogió desprevenida:

–¿Cómo soportas tu vida?

Parpadeé varias veces.

–¿Cómo dices?

–Mírate. Estás aquí, ahora, y tal vez mañana. Pero no eres incorpórea, no eres de los nuestros. Deberías estar viviendo una de esas vidas plenas que desarrollan los seres humanos como tú, entre ellos. En lugar de eso, permaneces varada entre dos mundos, el mío y el tuyo. No eres una aquí, tampoco eres una allí.

Me sentí como si me hubiera soltado un bofetón, pero sabía que no tenía intención de herirme. Era simplemente que la diplomacia no iba con él. De todas formas, no tenía respuesta. Varios hilos de pensamientos murieron en mi boca, buscando las palabras que describieran lo acertado del análisis de Orlando, y lo que dolía. Me quedé callada. Escondí las manos bajo mis brazos; de pronto tenía frío.

–Entiendo –susurró Orlando.

–No he hablado –le corregí.

–Eso es lo que comprendo.

Pero no lo entendía. No era así, no podía estar tan varada en medio del desierto de nadie.

–Pero... yo formo más parte de vuestro mundo cada día que pasa. No vivo como antes, me he alejado de todo lo que conocía –al pronunciar estas palabras, fueron los ojos de Kumiko los que llenaron mi mente–. No me digas ahora tú que tampoco me aceptas.

Orlando me miró con una especie de compasión, extrañeza y algo más que no supe identificar.

–Yo no te rechazo. Solo constato que sigues perteneciendo a otro mundo.

–Te agradecería que no comentaras eso delante de Ulla o me ganaré una buena bronca.

Orlando se desperezó y se levantó. Las últimas gotas de lluvia cayeron desde el impermeable al suelo. Iba descalzo. Al moverse, sonaba como cuando alguien desenvuelve un caramelo. Se giró hacia mí:

–Creo que nací en el año mil ciento trece. Pero no recuerdo si nací hembra o varón.

Me sonrió y se marchó.

Permanecí en la silla un rato más, hasta que un crujido de ramas bastante cercano me asustó y decidí regresar al interior protector del palacio.

14. El Barón sabe de magia

Al atardecer del día siguiente, Ulla me anunció que iríamos en busca del Barón. Le pidió a Gabriel que nos esperara allí, era mejor que nos presentáramos nosotras dos solas. No le gustó la idea. Últimamente había desarrollado un sentido hiperbólico de protección conmigo, así que cuando entré en el coche negro de Ulla, que conducía un hombre de larga barba blanca, le descubrí observándonos desde una de las ventanas del primer piso. Me despedí con la mano, pero no me devolvió el saludo. Ni siquiera sonreía. Cuando el coche salía por el camino de gravilla, la sensación de que algo iba mal se apoderó de mi pecho.

El coche condujo con calma entre el caos circulatorio, pero fue un recorrido ridículamente breve: bajamos hasta el paseo del Prado, dimos la vuelta en Atocha y volvimos a remontar el paseo, bordeando los muros del Jardín Botánico, hasta que torcimos a la derecha para detenernos justo en la entrada del Jardín.

–Ulla, podíamos haber venido caminando.

–Lo sé, pero esto es puro atrezzo. Lo quería hacer así para avisar al Brujo. Mira.

Señaló hacia un niño, de no más de doce años, que echó a correr hacia la entrada del jardín y desapareció de nuestra vista.

–Vamos, ya sabrá que estamos aquí.

Bajamos del coche y atravesamos la ancha acera. Ulla se acercó a la taquilla y compró dos entradas. Luego franqueamos los tornos de entrada. El parque estaba bastante concurrido. Ulla me dijo que paseáramos primero, en lugar de ir directas a nuestra cita para no parecer ansiosas. Agradecí el paseo, porque estábamos en el mejor mes para visitar el jardín, con todas sus especies en flor. La rosaleda era un hervidero de colorido, una detonación sorda de magníficas especies, mejoradas generación tras generación. Me impresionaron los árboles más ancianos, con troncos tan nervudos y gruesos que no podían ser abarcados en un abrazo. Caminamos por el eje central del paseo, lleno de bancos de piedra ocupados por parejas y turistas, hasta el parterre del extremo más alejado de la entrada. Las fuertes raíces de los árboles más ancianos habían partido algunos escalones de piedra, gracias a una labor silenciosa, tenaz y prolongada en el tiempo.

Y los sonidos. Pájaros, risas lejanas, un manto alejado de sirenas y vehículos, las hojas frotándose unas contra otras cuando la brisa las agitaba... Ulla no hablaba mucho, pero yo necesitaba información. Y mucha.

–¿Cómo es el Barón? ¿Qué es el Espejo de Almas? Y ¿por qué me ha puesto esto Mamá Blanca en el cuello? ¿Se puede saber qué le he hecho yo? ¿De verdad se cree que he podido hacerle algo a su sirena?

—A veces —dijo suavemente Ulla, después de chistarmetu corta edad se manifiesta de una manera demasiado ruidosa. Hablas mucho. Preguntas mucho. Dime una cosa: ¿de qué te sirve tener ahora la respuesta a todas esas preguntas?

—¿Qué? ¡De mucho!

—Te equivocas. Mis respuestas generarían nuevas preguntas en tu cabeza. Y así, elaboraríamos una cadena infinita. Mira —se detuvo en mitad del paseo y me cogió las dos manos—, todo lo que necesitas saber, lo sabrás. El resto solo te llenará la cabeza de ruido.

—Ulla, no soy tan paciente como tú.

La mujer soltó una carcajada aliviada.

—Eso, ni que lo jures.

De todas formas, en un acto de extrema generosidad, aceptó darme unas pinceladas sobre el personaje que íbamos a ver. El Barón procedía de Haití, como Mamá Blanca. Nació y creció en el seno de una familia humilde que creía y practicaba la religión del vudú, como era costumbre entonces, pero no con afán destructivo, sino de una forma más natural, más relacionada con la tierra, con los espíritus a los que se solicitaban cosechas fértiles. El Barón aprendió enseguida los rudimentos de su religión y comenzó a controlarla con una precocidad digna de reconocimiento. Gracias a unos familiares adinerados, pudo cursar la carrera de Medicina. Fue allí, en la facultad, donde conoció a un tal François Duvalier, con quien trabó amistad, mucho antes de que pasara a la historia como el temido Papa Doc, el dictador que manejó los hilos de Haití durante muchos años. Ulla me narró cómo el Barón ayudó a Duvalier durante su periodo de clandestinidad y continuó haciéndolo mucho más tarde, cuando a partir de 1957 se alzó con el poder. De hecho, Ulla afirmaba que la perversa utilización de símbolos de vudú que ayudó a Papa Doc a extender su reino del terror nació de la influencia que ejerció el Barón sobre el dictador. Pero en la década de los sesenta, cuando el gobierno de Papa Doc ya daba amplias muestras de su corrupción y el dictador adoptó la vestimenta del famoso Barón Samedi, nuestro Barón comenzó a replegarse, reprobando en privado los desmanes de su otrora amigo, pero enseguida pasó a rechazarlo abiertamente, sin pudor, sin vigilar ante quién hablaba. Seguramente se sentía completamente a salvo de la poderosa guardia personal de Papa Doc, los Tonton Macoute.

Las desavenencias entre el Barón y Duvalier, totalmente públicas, abrieron una brecha insalvable entre ellos y llevaron al dictador a tomar una decisión fatídica: ordenó el asesinato del Barón y de su familia. Una noche, un grupo de Tonton Macoute asaltó el piso del Barón y, al mismo tiempo, otro hacía lo propio con la casa de pueblo en la que seguían viviendo los padres y hermanos del Barón. Nuestro amigo logró salvarse por los pelos, pero su familia corrió peor suerte. Fueron asesinados con tal saña que el Barón, desde su refugio en la República

Dominicana, casi enloqueció de dolor al conocer la noticia. Juró acabar entonces con la vida de Duvalier y, me aseguró Ulla, puso todos sus conocimientos de vudú a trabajar, con el objetivo de vencer el blindaje de magia negra que protegía al dictador.

Casualidades o no, un mes después, François «Papa Doc» Duvalier moría. Su hijo, de 19 años, ocupó automáticamente la Presidencia del Gobierno, pero eso ya no interesó al Barón que, una vez consumada su venganza, rompió con la Isla de la Hispaniola, dejando atrás su tierra, a su familia enterrada y su vida... pero no sus costumbres ni el absoluto control que siguió ejerciendo del vudú, allá donde fuera.

Cuando Ulla concluyó su relato, habíamos regresado a los tornos de acceso al Jardín. Sentía una mezcla de miedo y ansiedad por conocer al protagonista de la historia de Ulla. Un hombre que, calculé, debía rondar los cien años de edad, si fue contemporáneo de Duvalier. Pero el hombre que me había señalado Gabriel en el palco del Teatro Real no parecía tan anciano.

Echamos a andar en dirección al invernadero, una fea y enorme estructura de cristal y acero. Cuando entramos, nos asaltó una bocanada de aire caliente y húmedo. Ingresamos en una sala alargada, cubierta por paneles de cristal que se sujetaban gracias a unas nervaduras de acero. Atravesamos un ecosistema desértico, poblado de cactus de todas las formas imaginables, luego pasamos a otra subtropical, donde el calor y la humedad se hicieron más agobiantes, y al final ingresamos en el área tropical.

No lo descubrí al principio porque me quedé hipnotizada con los maceteros que colgaban del techo a distinta altura y por la exuberancia de plantas, hojas, flores y raíces que parecían querer apropiarse del aire y de cualquier rincón del invernadero. El calor y la humedad eran tan intensos que respirabas agua caliente. La frondosidad de esa zona ocultaba casi por completo las paredes del edificio. En el centro, en un estanque rectangular, diminutas plantas y grandes nenúfares flotaban en silencio. Estaba contemplando los puntos negros de unas hojas esbeltas y alargadas que caían del techo cuando reparé en una figura al fondo de la habitación. Ulla se dirigió hacia ella. Yo la seguí.

Era un hombre negro, de pelo blanco, alto, que estaba encorvado sobre unas plantas de un verde rabioso. Carnívoras, según pude leer en el letrero contiguo. Cuando Ulla se colocó a su lado, el hombre se giró y sonrió al verla. Tenía un aspecto pacífico, casi bondadoso, no mayor de setenta años, y llevaba un chándal blanco y un sombrero panameño. Ulla y él hablaron en francés y, aunque no los entendí, era evidente que se estaban saludando con el cariño de dos viejos conocidos. Cuando Ulla me nombró, el hombre se giró a mirarme. Una inmensa cicatriz le atravesaba el rostro, desde el mentón hasta la ceja izquierda, aplastando a su paso una de las aletas de la nariz. El ojo izquierdo, totalmente blanco, tenía el párpado también roto. El otro ojo, el sano, era de un azul intenso, casi violáceo.

Más tarde alguien me diría que una de las mejores técnicas del Barón era hipnotizar a sus interlocutores de una manera tan suave y sutil, utilizando su único ojo azul, que nadie se daba cuenta. Supongo que conmigo lo utilizó también el día que nos conocimos.

Me dirigió unas frases en francés al tiempo que ponía sus dos enormes manos sobre mis hombros y me daba dos besos. Olía a tabaco de pipa. Al instante, como si hubiera entrado en el radio de un hechizo mágico, me invadió una reconfortante sensación de protección y seguridad a su lado. Ulla me pidió que le mostrara la herida que me había provocado el polvo de Mamá Blanca. Cuando surgió su nombre en la conversación –aun en francés, lo reconocí perfectamente–, la sonrisa desapareció del rostro del hombre y su mirada azul se enfrió. Un instante después, el hechizo se rompió y dejé de sentir su aureola de poder. El hombre contempló con cierta compasión mi cuello, pero negó rotundamente. Ulla me miró de reojo. Tampoco sonreía. Los dos conversaron un minuto más, velozmente. Ulla insistía en algo y el hombre negaba con vehemencia. Entonces él extendió la mano y, surgido de la nada, apareció el niño que habíamos visto al acercarnos en coche. Traía un bastón de acero cuya empuñadura de madera envejecida representaba una figura repulsiva y monstruosa: dos hombrecillos atados de espaldas mediante unas cuerdas gruesas. Pero lo realmente escalofriante era la expresión de dolor, tan real, de los dos rostros diminutos. Por supuesto, me pregunté si habían sido en algún momento dos seres humanos, reducidos mediante vudú. Es decir, que no representaban sino que eran.

El hombre cogió su bastón y, tras una leve inclinación de la cabeza, se alejó de nosotras. Justo antes de salir, se giró y nos dijo algo que no comprendí. Cuando estuvimos a solas, Ulla miró alrededor, con cansancio. Luego se contempló las manos.

–Vamos. El Barón dice que investigará.

–Pero...

–Pero que no conoce remedio alguno.

Salimos en silencio del invernadero. Ninguna de las dos tenía ánimo para echar otra mirada a la magnífica exposición de vegetales que contenía el edificio.

Ya en el coche, Ulla fue algo más explícita. Según el Barón, la tierra de la ciudad de los muertos reclamaría mi carne cada vez que regresara allí. Eso significaba que, con cada migración, la herida empeoraría. Pero, y aquí radicaba la mayor efectividad de la maldición de la bruja, si existía una cura solo podía estar en la Ciudad Roja. Es decir, lo único que podía salvarme implicaría también un empeoramiento.

–Lo mejor –continuó Ulla– será que no viajes por un tiempo al otro lado.

–Ni hablar. Necesito encontrar a mi hermano Mateo y no voy a abandonar su búsqueda ahora.

Ulla se removió en el asiento, para enfrentarse a mi mirada con todo su cuerpo.

—¿Y por qué demonios tienes que ir a buscarlo precisamente ahora?

—Porque necesito saber que está bien, que no se encuentra en peligro. La última vez que estuve allí, esa cosa que se movió sobre la Ciudad Roja... no sé lo que fue, pero no era nada bueno. Y porque ahora estoy viva. Mañana, quién sabe...

Ulla contempló el paisaje a través de la ventanilla del coche unos minutos antes de hablar:

—Los cimientos de nuestros dos mundos se tambalean, como en un terremoto. Muchas de las cosas a las que nos enfrentamos son nuevas, otras no. Hemos de ser cautelosos. He decidido que a partir de ahora te acompañarán dos edecanes, para vigilar que...

—¿QUÉ? ¿Dos guardaespaldas?

Ulla no contestó.

—¡Ni hablar! No pienso aceptarlo. La respuesta es no.

—No era una pregunta, es una orden.

—¡Por favor! —bufé—. Ni hablar.

Noté cómo iba creciendo el enfado en mi interior, pero también el de Ulla. Me daba igual, no pensaba aceptarlo. Aproveché que el coche se había detenido en un semáforo, para abrir la puerta y salir como una exhalación del coche. Antes de cerrar, reté a Ulla:

—Si confías tan poco en mí, deberías buscarte otra Reina Azul.

Y cerré de un portazo. Ni siquiera escuché si Ulla había respondido algo. Sin girarme a ver si seguía detenido o no el coche, me alejé a paso rápido, enfurecida.

Atravesé el Paseo de la Castellana en dirección a Cibeles y subí por la Gran Vía. Había llamado a Gabriel para evitar que se preocupara por mí. Le dije que necesitaba caminar un rato a solas. Cuando pasé delante de Chicote, miré un segundo a través de su puerta abierta. Había poco público a esas horas en el bar. Pero reconocí al instante al que estaba más cercano, sentado en un taburete frente a la barra, que me miraba. Kostya me hizo una seña para que entrara. No pareció sorprendido de verme allí, pero sí que enarcó las cejas cuando me vio entrar sola.

—¿Cómo es posible que tu caballero de resplandeciente armadura no te acompañe?

—No he visto dragones por aquí.

—Tienes a uno justo delante... —replicó con una cómica reverencia—, pero este dragón nunca te atacaría. Me has domesticado.

—¿Yo? —contesté con un gesto.

Ocupé el taburete vacío a su lado y pedí una cerveza. Durante un rato estuvimos en silencio, aunque Kostya no dejaba de mirarme. Estaba preocupado, se removía inquieto. Un par de veces abrió la boca para decirme algo, pero siempre terminaba

callándoselo. Suponía de qué iba el asunto, pero le dejé sufriendo un rato más. Al final, no aguantó más y se giró en el taburete para enfrentarse a mí:

–Si llego a saber que la bruja albina iba a atreverse a entrar en el recinto, nunca hubiera permitido que...

–Jugáramos a ese juego estúpido –concluí la frase por él.

Asintió cabizbajo.

–No me creen. Tu caballero menos que nadie, claro, pero resultó muy doloroso verte sufrir de aquella manera. Soy el único culpable de que salieras. Soy...

Apoyé mi mano en su brazo y se calló al instante. Clavó la mirada en el suelo.

–Resulta paradójico que mi torpeza te haya dañado. A ti, precisamente. No sé si te has dado cuenta, pero llevaba mucho tiempo aislado, hasta que te vi, en aquella reunión megalómana de Ulla. Desde entonces, eres la única motivación que tengo para no regresar a enclaustrarme en mis montañas de nuevo. Regreso siempre a ti, una y otra vez, no dejo de buscarte, y cuando te encuentro, me desarmas. Yo... no sé qué hacer contigo.

Mi corazón quedó encogido en una esquina de mi pecho, mientras me asaltaba un fuerte deseo de besarlo. Me obligué a dejar de mirarlo y acallar así ese sentimiento traicionero. Creo que se percató de que algo no iba bien, porque se calló y apuró su bebida de un trago. Luego pidió otra al camarero. Cuando volvió a hablar, su voz había recuperado su tono juguetón de siempre, menos confidente, más casual.

–¿Qué te preocupa? –dijo al fin.

–Sería más rápido si te dijera qué no me preocupa. No me preocupa Gabriel. Punto final de la lista.

–Ulla está en los primeros puestos –dijo pensativo–, ¿no es así? Temes que no crea en ti.

–No es solo ella. Creo que no me aceptan. Nadie confía en mí. Me ven como a una incompetente, incapaz de encargarse de esto.

–Demuéstrales que se equivocan. Por si te sirve de algo, al menos yo sí creo en ti.

Rozó mi pelo con la punta de sus dedos. Me levanté de un salto. Kostya protestó y me pidió que me quedara, pero cuando comprendió que no daría marcha atrás, apoyó las manos sobre sus rodillas.

–Creerá en ti. Ulla. Y de los demás ni me preocuparía. Es su problema. El tuyo es que tú creas que eres la Reina de manera legítima, que no has sido un error.

–Pero ¿cómo lo sabes? ¡Mírame! No resulto amenazadora para nadie.

Kostya se echó a reír.

–No tienes que serlo. Ese no es tu papel. De todas formas, si lo que buscas son otras formas de terror sobrenatural, espera unos días. Pronto, estas calles serán más oscuras que nunca. Se acercan todos.

Eché un vistazo a través de la ventana. Había oscurecido. Todavía tenía que volver al palacio, así que me despedí de Kostya y salí a la calle, mirando con suspicacia alrededor.

15. La necesidad de salvar a Elisa

Llevaba varios días de retraso en el entrenamiento con mis sádicas profesoras de autoestima y defensa personal, así que acudí al atardecer, con la esperanza de que apareciera Luna en lugar de Amelia. No quería volar, no quería dolor, no quería pelear...

Me tocó Amelia, así que cuando me acosté esa noche, en mi cuerpo tenía dos cicatrices nuevas, a añadir a las del cuello, el pie y la mano. Cada una, formulada en distintas etapas de mi nueva vida, o de mi nueva no-vida. La del pie y la de la mano me las infligieron occisos, pero la del cuello, que escocía de una manera constante, como formulada en voz baja, me la había ocasionado una vieja chiflada que fabricaba zombies. Había confirmado que con cada migración que hacía, la superficie de la herida aumentaba ligeramente. No hacía falta ir a Pandemónium para empeorarla; o comenzaba a viajar con pasaporte y billete de avión como todo el mundo, o aquella cosa de mi cuello se me comería por completo. Y dolía, vaya si lo hacía.

En el bonito salón donde se servían los desayunos, me encontré con varios edecanes. Desconocía sus nombres, pero sus rostros me eran ya familiares. Nos saludábamos educadamente, ellos tal vez con cierta aprensión. Me había acostumbrado. Al principio no me gustaba la idea de que miraran de reojo cuando abandonaba una habitación; ahora ya no me molestaba. Y cuando, por sorpresa, volvía a irrumpir en la habitación y los rumores se acallaban, todas las miradas puestas en mí, ya no dolía. Sonreía y salía.

En una sala alargada contigua, de un barroquismo exuberante, Ulla había creado una especie de sala de mapas. En una mesa de roble oscuro y patas torneadas, había colocado un mapamundi gigantesco, cubierto por cientos de pequeñas fichas blancas y negras y en su mayoría arracimadas. Le pregunté una tarde quiénes éramos nosotros: si los blancos o los negros. Me miró enojada y contestó: «¡Todos!».

La casa se convirtió en un nido de ajetreo. Por los pasillos, en los comedores, en la entrada, incluso los paseos del jardín. Había algo de militar en todo aquello, por cuanto parecía que el ejército se estaba armando y preparando. No solo había revuelo de sombras o sus edecanes, sino de otras especies. Sabía que, por las noches, Constanza sobrevolaba el palacio y que ya no lo hacía sola, porque habían llegado sus hermanas. Pero, además de vampiros, me encontraba por los pasillos otras criaturas, cuando menos inquietantes. Por ejemplo, un grupo de cinco, a veces seis, chicas, extraordinariamente bellas, que no medirían más de ciento veinte

centímetros, con pelos largos y vaporosos y ropas sueltas y flotantes, como muselinas. Pero no era solo su aspecto físico, arrebatador, o que iban dejando tras de sí una estela de olor a flores. Era que, cuando estaban a menos de un metro de distancia, me embargaba una sensación de felicidad, de optimismo, de problemas resueltos, de fin de carreras. Era parecido a un enamoramiento arrebatador. Hasta tal punto, que era capaz de apoyarme en la pared y observarlas pasar, riéndose y susurrando, y quedarme allí inmóvil, hasta que se me pasaba el último cosquilleo de la piel. Me preguntaba cómo sería estar en una habitación un buen rato junto a ellas, abandonándose a ese placer tan indolente, sin mover un solo músculo, dejando que las cosquillas aflorasen a todos los centímetros de mi piel.

–Morirías –me explicó Orlando–. Ese tipo concreto de hadas que ha convocado Ulla tiene ese peligro para los mortales: sus encantos os seducen de tal manera que os olvidaríais de respirar y moriríais asfixiados. Son como una bonita flor venenosa para una abejita atareada como tú. Pero en tonto. Dudo que las pobres comprendan el alcance de su poder.

La risa de las hadas flotó hasta nosotros y desapareció después como el último rayo de sol de un atardecer arrebatador. Libre de su conjuro, miré a Orlando.

–Veo que no te caen bien.

Se encogió de hombros.

–Ulla cree que pueden lograr algo contra el ejército de Iskender.

–Pero... si son todos occisos, ¿qué poder tienen sobre ellos?

–No es por los occisos. Es por las brujas o cualquier otro humano que se haya unido a su causa. Las lanzará contra ellos.

–Me parece muy prudente.

–Siempre que Iskender no haya capturado alguna especie alada depredadora que devore haditas tontas...

Orlando me traía un móvil nuevo.

–Nadir te hizo una copia de la tarjeta.

Le di las gracias, y luego lo encendí. Había un mensaje de voz de Elisa. «Pers, tenemos que hablar. He dejado a Alberto. Tenías razón, no era la mejor idea. Quiero volver a ser como era antes. Estoy en Madrid y voy a nuestro antiguo piso. ¿Nos podemos ver esta tarde? Te quiero. E.»

Con un terrible presentimiento, busqué la fecha del mensaje. Lancé una palabrota cuando se confirmaron mis peores temores: el mensaje era de tres días atrás. Durante el periodo de mi convalecencia no había pensado en el móvil perdido en el Teatro Real, hasta que me lo había recordado Gabriel dos días antes. Y ahora ¡jesto! Por eso estaba tan extraña en sus últimos correos. Pero algo no me cuadraba: si Elisa había acudido a nuestra cita en el piso de la calle Cervantes, me habría llamado al descubrirlo abandonado, u ocupado, o a medida que

transcurriera la tarde, habría dejado algún mensaje. Pero no había nada más en el móvil. Ningún mensaje tipo «Dónde te has metido».

La única alternativa era ir al piso. Si seguía cerrado o abandonado, me habría dejado un mensaje. Si lo habían realquilado, tal vez Eli habría hablado con los nuevos inquilinos.

Subía corriendo las escaleras hacia mi habitación, sorteando las figuras que bajaban cuando una de ellas me rozó la muñeca. Era Kostya, un par de escalones más abajo. Sin apartar sus ojos de los míos, acortó la distancia. Sonreía.

–Te andaba buscando. ¿Has decidido abandonarle y venir conmigo?

Sonreí fingiendo indignarme con sus palabras.

–Pero ¿tú y yo no habíamos acordado una tregua?

–Sabes dónde firmaría esa tregua –susurró, pegándose a mí–: en la piel de tu espalda.

Le dije que no era buen momento y seguí subiendo, conteniendo las cosquillas que me provocaba su constante flirteo. Ahora que no me veía, podía sonreír. Gabriel no estaba en la habitación. Me pregunté cómo le hablaría tras un encuentro tan extraño con Kostya. ¿Por qué seguía despertando ese deseo soterrado en mí? Tenía claro que amaba a Gabriel, pero ¿por qué aquello?

Diez minutos después me había colado en el portal de la calle Cervantes y subía con prisa. Cuando diera con ella, tendría que explicarle que haber abandonado su fortaleza escondida en una pequeña aldea gallega no había sido una buena idea, aunque, claro, no podría explicarle por qué. Querida Elisa, le diría si pudiera, unas brujas, una que estuvo conviviendo contigo y otras que ocuparon mi estudio en el trastero, estuvieron sacándote sangre lentamente para vendérsela a una vampiresa a cambio de su piel. A consecuencia de eso, estuviste a punto de morir. De hecho, llegaste a hacerlo y viste, maldita suerte, a las sombras, esos seres del inframundo con los que ahora convivo. Aquello te condenó a muerte. Una sentencia que fue a ejecutar una niña de aspecto angelical. Gabriel y yo te salvamos in extremis. Pero no pueden saber que continúas con vida, que has vuelto, o vendrán a por ti, a terminar lo que no concluyeron aquella noche de infarto. ¿Lo entiendes?

Llegué a mi antiguo piso. Allí tampoco había luz. Encendí el móvil para iluminar. La puerta parecía cerrada, pero la toqué con la mano y se abrió perezosamente hacia la oscuridad. Mis latidos se dispararon. Me quedé inmóvil, para intentar captar algún sonido o movimiento. Nada. Llamé a Elisa en voz baja y esperé algún ruido de respuesta, pero del interior del piso no salía nada excepto aquella malsana oscuridad. Llamé varias veces a la puerta, pero el timbre no sonó. Probé con los nudillos, gritando «¿Hola? ¿Hay alguien ahí?». Justo entonces descubrí que había desaparecido la cerradura de la puerta. En su lugar, había un agujero. Más o menos como el agujero que se creó en el centro de mi pecho.

Con las orejas tan tíasas que me dolían, por si podía captar algún sonido, y

ayudándome de la pantalla iluminada del móvil, entré. Tenía que ir a las ventanas y subir una de las persianas, para dejar que el sol entrara. Sabía que lo que me encontraría sería desolador, pero necesitaba recorrer el piso para comprobar que Elisa no estaba en ninguna habitación, maniatada... o algo peor...

No había ningún mueble en el salón. Probablemente la dueña del piso se había deshecho de ellos. Había restos de bolsas y cartones de embalar tirados por el suelo. Llegué a la ventana y cogí la correa de la persiana, con intención de tirar de ella. Fue imposible. La habían cortado. Fui a la siguiente ventana para comprobar lo mismo. La doble puerta del balcón estaba, además, asegurada con un cerrojo y una cadena sucia de eslabones gruesos. Describí un arco con el móvil, para ver si había algo de interés en el salón, pero estaba desierto. Suspiré y fui a mirar en las habitaciones. En ese instante, escuché el portón de la calle y unas risas. Me quedé quieta, para intentar distinguir la voz de Elisa, pero enseguida una puerta se abrió y al cerrarse engulló las risas. Proseguí mi búsqueda.

La primera habitación estaba vacía y extraordinariamente sucia. La luz del móvil se reflejó en el cristal de una jeringuilla abandonada. La segunda habitación tenía la puerta atrancada. La tercera, la que fuera mía y, más tarde, de Rebeca, sí estaba abierta. Dentro había una maleta roja cerrada tumbada en el suelo. Sobre ella, un papel doblado.

Aun antes de leer la nota, reconocí la maleta de Elisa. Yo misma la ayudé a prepararla cuando nos fuimos Alberto, ella y yo, a su pueblo. Me quedé sin respiración cuando leí la nota y comprendí lo que había ocurrido:

Tu amiga está con nosotros. Él quiere verte. Reúnete conmigo junto al templo egipcio el jueves a las siete. Si se

lo dices a alguien, te devolveré a tu amiga, trozo a trozo.
Semanalmente.

R.

La letra era pulcra, para haber sido escrita por una bestia sin corazón. Me quedé bloqueada. Era jueves. Me invadieron sucesivamente oleadas de cansancio, de frío, de miedo, de lástima. Y todas giraban en torno a Elisa. Me eché a llorar, sentada sobre la maleta, hasta que se apagó el móvil y regresó la oscuridad. Justo un segundo antes de desaparecer, me pregunté si no debería llevarme su maleta, escaleras abajo, pero entonces escuché un crujido de las tablas del suelo del salón. Guardé la nota en el bolsillo de mi pantalón y migré.

Un rato después estaba comiendo en el palacio, sentada a una alargada y concurrida mesa. Gabriel a un lado, Nui al otro, Ulla frente a mí y, un poco más allá, Orlando. Éramos más de cincuenta comiendo, con el consiguiente ruido de conversaciones, cubiertos entrechocando, fuentes que se depositaban o retiraban de la mesa, sillas que se movían, líquidos que rellenaban copas, carcajadas

espontáneas, fragmentos del diálogo que mantenían Gabriel y Ulla y en el que, percibía de forma lejana, se esperaba que participara. Pero asistía a aquel circo pretencioso o sensato tan aislada como si me hubieran encerrado en una burbuja invisible, en la que solo reinaba el silencio y, como mucho, viejos ecos de la voz de Elisa. Mirara donde mirara, solo era capaz de ver su cara, como una imagen congelada y estática, y de recordar los detalles más insignificantes de su vida: la marca de champú que utilizaba, la forma en que cogía la escoba para barrer, la crema que utilizaba para la cicatriz de su pierna... Tenía el estómago del tamaño de una nuez, así que no podía ni beber agua. Porque a mi estado de nerviosismo se añadía el enorme peso de las dudas que me torturaban: había decidido obedecer y callar el asunto, pero cada vez que Gabriel me rozaba, me miraba, me decía algo, tenía que morderme la lengua y apretar con tanta fuerza el tenedor que temí doblarlo en más de una ocasión. Gabriel podría ayudarme, lo sabía, aconsejarme, proponerme un plan con más sensatez del que yo, aterrorizada, era capaz de fabricar. Pero entonces regresaba a mi decisión original de ocultárselo.

Porque si Mamá Blanca había podido penetrar una vez en la fortaleza de los incorpóreos, tal vez las brujas tenían ojos y oídos allí dentro; y si descubrían que revelaba el secuestro de Elisa, quién sabe qué barbaridades podían hacerle. Lo habían demostrado en la sede de La Sociedad. No podía permitirme una equivocación con esas bestias.

No, tenía que resolverlo sola. Pero era imposible estar sola en medio de aquel torbellino de voces y ruidos, que parecía haber subido de decibelios. Yo solo quería pensar tranquilamente, antes de dar mi siguiente paso, pero era imposible allí. Entonces me equivoqué. Ocurrió muy deprisa. Habían comenzado a interpelarme Ulla y Nui al mismo tiempo, y la mirada de Gabriel, esperando mi respuesta, fue demasiado acusadora, como si supiera que le ocultaba algo. Solo quise pedir silencio, pero pegué un puñetazo en la mesa y me levanté, de golpe, derribando mi silla. Creo que grité algo, pero no recuerdo si fue un «¡Basta!» o un rugido. Se hizo el silencio de manera instantánea. Todos me miraban. Noté como se me inflamaba el pecho y me ruborizaba. Musité un «Lo siento» y me marché.

Antes de abandonar el salón, escuché una silla moviéndose y supe que Gabriel me seguía.

Me alcanzó a mitad de la escalera e intentó abrazarme, pero lo aparté suavemente.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —no estaba enfadado.

Meneé la cabeza, más como un animal enjaulado que como una sencilla negativa

—Es solo... estoy cansada.... El ruido que había era insoportable, yo... solo quiero irme a dormir un poco, nada más —mentí. Y cuanto más mentía, más me dolía.

En ese momento, noté un tirón de la muñeca. Era Noah. Se había acercado sin

que me diera cuenta. Me incliné hacia él y le pregunté qué ocurría.

–¿Quién es «R»? –preguntó en inglés.

Estaba repitiéndome su pregunta cuando descubrí el borde de un papel arrugado que escondía en su puño.

–¿Qué dices, Noah? –quiso saber Gabriel.

–Dame eso –ordené al niño de una forma tan tajante que noté la mirada de Gabriel clavada en mi cuello.

–Te lo doy si me dices quién es «R». Y por qué trocea a la gente.

Me enderecé, fulminándolo con la mirada. Era evidente que había entrado en mi cuarto y encontrado la nota. La desconcertante idea de saberlo hurgando en los bolsillos de mis pantalones me enfureció.

–¿Cómo sabes lo que pone, si no hablas español? –le grité.

–¡Pers! Pero ¿qué te pasa? –Gabriel no entendía mi enfado, pero yo solo quería que el niño me devolviera la nota.

–Se lo pedí a Huan. Ella me la tradujo. No has contestado.

Exasperada, le arrebaté la nota de un manotazo y salí en estampida, dejando atrás a Gabriel, seguramente sorprendido por mi reacción, y a Noah, que me miraba ceñudo. Sabía que Gabriel vendría tras mis pasos para intentar averiguar qué ocurría, así que me encerré en el cuarto de baño. Efectivamente, dos minutos después sonaron unos nudillos en la puerta.

–Pers, cuéntame qué te ocurre. Por favor. No me hagas entrar.

Intenté alisar la nota. No podía engañarme. Estaba furiosa, no solo porque Noah hubiese registrado mis cosas, sino porque me había descubierto.

–¡Primero deberías hablar con ese niño, que entra en las habitaciones ajenas!

Gabriel tardó medio minuto en contestar:

–Sí, esa es una cuestión a solucionar. Pero primero quiero verte. Déjame verte. No voy a entrar. Sal, por favor.

Me apoyé en el borde de la bañera gigantesca y miré mi reflejo en el espejo barroco. Ese, y no otro, era el momento de abrir la puerta y explicarme. Gabriel me ayudaría a salvar a Elisa, estaba segura.

El momento salió aleteando por la ventana alargada.

–Hormonal. Es un problema hormonal, Gabriel, no te preocupes. Salgo en cinco minutos. En serio.

Incluso a través de la puerta le oí suspirar.

–¿Seguro? –insistió.

–Sí. Escucha, por eso quería subir a dormir. Tengo un mal día, eso es todo. Ahora te veo.

–Está bien. Te espero abajo.

–Vale.

Escuché sus pasos alejándose de la puerta del baño.

Bien, Pers, ¿siguiente paso racional y maduro? Consulté mi reloj. Faltaban dos horas y media para las siete. Pues mi siguiente decisión madura y competente fue convertirme en aire para irme al Templo de Debod.

16. La niebla que nos rodea

A las siete menos diez, el parque y los alrededores del Templo de Debod hervían de gente. El sol había comenzado a declinar tras las colinas y se había convertido en una bola anaranjada. No sabía dónde colocarme para esperar a Iskender, o a quien él enviara. De alguna forma, sentirme tan rodeada de extraños no me hacía sentir mejor. Dada la naturaleza de aquello a lo que me tenía que enfrentar, nadie podría ayudarme, en caso de que necesitara ayuda. El único en quien podía confiar estaba en nuestro dormitorio, ignorante de lo que me encontraba a punto de hacer. No paraba de repetirme que no era una traición, que era por su bien. Pero que me lo tuviera que repetir tantas veces, tan fuerte, como para convencerme, significaba que algo no encajaba, que estaba cometiendo una locura. Tenía un nudo en el estómago, me sudaban las manos. Tan pronto sentía frío como calor. Me quitaba la cazadora vaquera. Mis brazos se helaban y me la volvía a poner. Repetí ese movimiento varias veces, hasta que me di cuenta de que una chica de pelo corto y rizado que movía un cochecito de bebé me miraba sin disimulo desde el banco de enfrente. Decidí cambiar de sitio.

Fui hasta el mirador del parque. Muchos turistas fotografiaban la vista crepuscular, las colinas de la Casa de Campo y, tras ellas, Pozuelo. Di la espalda al sol para contemplar el templo. El templo también reflejaba la última luz anaranjada del día, pero sus piedras se habían vuelto melancólicas al virar al ocre, como si añoraran otros tiempos de brisas y melodías lejanas, de sombras frescas y dátiles. No sabía que se podía visitar el interior del templo, pero una cola de visitantes esperaba pacientemente su turno para entrar por uno de los costados del templo.

¿Sería idiota? ¿En qué estaría pensando? Llevaba varias semanas de entrenamiento duro y a veces despiadado para enfrentarme a ese monstruo y solo se me ocurría aceptar una invitación para verlo a solas. ¡Me destrozaría! Ganaría la batalla, antes incluso de haberla iniciado.

Consulté la hora. Llevaba más de veinte minutos esperando no sabía qué señal. Nerviosa, impaciente, asustada... decidí darle un minuto más y luego irme. Fue entonces cuando lo vi. No a Iskender, cuyo hedor y aspecto haría que la gente huyera de allí.

A Gabriel. Me quedé paralizada por la sorpresa. Estaba de pie, en mitad de un sendero arbolado que partía a mi derecha. Mirándome con aspecto furioso. Tenía que haberlo supuesto, yo lo habría hecho igual en su lugar: convencer a Noah o a Huan de que le contaran lo que había en la nota. Pero lo que menos entendí fue

que no pareciera enfadado, sino alarmado. Luego desvió la mirada a mi izquierda y me giré.

Pegué un salto cuando descubrí a la mujer a mi lado. Terriblemente anciana, desagradable, era tan enjuta y tenía la espalda tan doblada que su cabeza no me llegaba al hombro. Tenía unos pelos blancos, deshilachados, sucios, flotando por encima de su joroba. Y su ropa era un puro andrajo. Sin embargo, pese a parecer una mendiga, no olía mal. Al contrario, enseguida noté unas notas a vainilla...

—Él pensó que no vendrías —bisbiseó, con una vocecilla aguda—. Pero yo le dije que sí lo harías.

Sus manos huesudas me rozaron el brazo, como si hubiera querido tocarme y hubiese cambiado de idea en el último segundo.

La miré sin poder creer lo que estaba viendo. Rebeca... o lo que quedaba de ella. Ahora entendí el verdadero alcance del castigo que les impuso Ulla. Ya no tenían la materia prima para seguir fabricando lo que fuera que les había otorgado juventud eterna. Busqué algún rastro familiar de la persona que fue una vez, pero era imposible. Su cara era... era...

—¿Qué hace él aquí? —graznó—. Te dije en el mensaje que vinieras sola.

Estaba tan hipnotizada por su aspecto que no atiné a responder.

—Ya, ya —apremió, con una mueca que hizo su rostro más desagradable aún—, lo que sea, da igual. Date prisa. Síguelo.

Me señaló con un dedo huesudo y gris hacia el templo. Miré hacia allá, y Gabriel también se giró. A los dos nos separaba una distancia similar del templo. No vi nada extraño. La vieja debió de darse cuenta porque me dijo de mala gana:

—¿Es que no lo ves? ¡Busca el punto rojo!

Entonces caí en la cuenta. En lugar de mirar directamente hacia el templo, lo miré de reojo. Y vi un punto rojizo, pequeño, cerca de la entrada del monumento. Era un occiso y nadie parecía haberlo visto. Una ola de frío subió por mis piernas hasta la nuca.

La vieja me pellizcó en el brazo.

—¿Qué haces? —pregunté, molesta.

Se echó a reír, aunque parecían graznidos de cuervo.

—Tú no has cambiado nada. No vas a durar ni medio combate. Idiota, tenías que haberte unido a mí en su momento... ¡Adiós!

Se alejó de mí con una agilidad que no se correspondía con su edad. Entonces vi que Gabriel también había visto al occiso y, como si nos hubiéramos leído la mente, los dos echamos a correr al mismo tiempo, en dirección al templo, yo paseo arriba y él atravesando la explanada de césped para interceptarme antes de que llegara. Corrí con todas mis fuerzas, porque sabía que él era mucho más rápido. En un momento, cuando las piernas y los pulmones me ardían y los latidos me atronaban los oídos, miré a mi derecha y descubrí a Gabriel mucho más cerca de lo

que creía, así que aceleré el paso, respirando con furia. Ninguno de los dos podía hacer una migración delante de tanta gente y mi única salida era alcanzar al occiso y entrar en el templo, donde a oscuras podría migrar... si no me alcanzaba Gabriel antes.

Cuando estábamos a menos de cinco metros de la entrada del templo, noté cómo los dedos de Gabriel me rozaban el brazo. Sin embargo no pudo llegar a detenerme. Un cuervo negro se abalanzó sobre él, con las alas desplegadas y graznando con furia, y Gabriel tuvo que protegerse del ataque del pájaro. Estaba segura de que lo había enviado Rebeca. Aquello me dio los segundos que necesitaba para entrar tras el occiso en el templo, empujando a los sorprendidos visitantes. Me agaché justo a tiempo de evitar que un vigilante me cogiera y, al hacerlo, miré hacia atrás. Vi a Gabriel en el rectángulo de la luz proveniente del exterior. Me miraba alarmado y sus labios estaban formando mi nombre...

No vi más. El occiso se interpuso justo antes de desaparecer y yo también migré. Utilicé la técnica que me había enseñado Luna para seguir a los incorpóreos, solo que el rastro que iba dejando el occiso era una llamarada roja.

Cuando desapareció de mi vista, supe que habíamos llegado a nuestro destino. Me hice corpórea, física, otra vez. Al instante, el dolor del cuello se manifestó de una forma punzante, más aguda de lo que había sentido hasta entonces. Me apreté la herida con la mano, como si eso pudiera calmarla un poco, y miré alrededor. Mareada por el viaje tan repentino y rápido, tardé en darme cuenta de que me encontraba en mitad de un banco de niebla, tan espeso que no lograba distinguir nada. Hacía mucho frío y yo solo llevaba puesta una camiseta y una cazadora vaquera. Estaba en campo abierto, pisando barro y briznas de hierba húmeda, rodeada en todas direcciones por piedras y cascotes, como si se hubiera derribado una casa o un edificio...

No oía nada. La niebla parecía ser no solo visual, sino también auditiva, como si de alguna forma pudiera engullir los sonidos. Si estaba en el campo, no escuchaba pájaro alguno ni ningún otro sonido que me diera una pista de hacia dónde ir. Comencé a caminar a la deriva, con mucho cuidado, porque enseguida descubrí que el suelo era terriblemente irregular, lleno de socavones y cráteres gigantes y completamente recubierto de escombros. Llegué a un árbol, que solo distinguí cuando estaba a un metro de distancia. Era un árbol muerto, con el tronco leñoso y las ramas secas, sin una brizna de vida. Estaba junto a una casa. O debería decir los restos de lo que una vez fue una casa. La fachada principal había desaparecido, como la mayor parte de las dos plantas del edificio. Las paredes que aún permanecían en pie conservaban recuerdos de la antigua decoración, como en un diálogo sordo e interminable: una pared pintada de azul, otra con restos de azulejos... Era escalofriante. Las vigas de madera se pudrían lentamente caídas de manera aleatoria.

Completamente desorientada, no sabía hacia dónde caminar. No veía nada en ninguna dirección, salvo esa manta de niebla que todo lo engullía, y sabía que Iskender podía estar en cualquier parte.

En cuanto regresó su nombre a mi mente, se despertó en mí un odio terrible, un profundo sentimiento de repulsa que me empujaba hacia una dirección concreta. Una emoción atávica y poderosa, como si hubiera estado siempre allí, latente en mi interior, y solo ahora se hubiera despertado al fin. Por supuesto, me dejé llevar porque sabía que me guiarían hacia Iskender.

A medida que avanzaba, a ciegas, el terreno fue empeorando, los cráteres se hicieron más profundos. De pronto, la manta de niebla se aclaró un poco como si hubiera entrado un soplo de aire fresco y limpio. Eso me permitió descubrir que me encontraba en una especie de calle, flanqueada por edificios en idéntico estado ruinoso. Era un pueblo fantasma, totalmente destruido. Algunas viviendas conservaban parte de los tejados, tan agujereados que me hizo pensar en el escenario de una batalla. Entonces, frente a mí, comenzó a dibujarse de manera gradual el suave contorno de un edificio mayor que los que me rodeaban, con una torre que terminaba abruptamente en la nada. Solo descubrí lo que era cuando me hallaba ante su entrada desvencijada. Era una iglesia descomunal. Sobre algún gozne colgaban caídas las dos hojas de madera podrida y agujereada. Entré.

La nave principal no tenía bóveda, había desaparecido. Solo quedaban algunos arcos, casi suspendidos en el vacío, como un juego de magia. A mi izquierda, los arcos que debían haber comunicado la nave lateral con la central ahora conducían a la nada, se abrían como bocas hambrientas a la niebla. La nave lateral de la derecha se conservaba en mejor estado y aún permanecían en pie algunas capillas, por las que deambulé hipnotizada ante el espectáculo de destrucción y belleza marchita que danzaba ante mis ojos. En una de ellas, la bóveda mantenía bajorrelieves decorativos. En otra descubrí una pared horadada por pequeños agujeros como balas.

Iskender me aguardaba en el centro de la iglesia. Un fuego ancestral de enemistad y rivalidad del que no había sido consciente hasta ese momento me avisó incluso antes de verlo. Llevaba la cabeza, como siempre, oculta en la capucha de una sudadera color sangre seca.

Me coloqué yo también en el centro de la iglesia, a diez o doce metros de él. Sonó un disparo muy lejano. Probablemente un cazador. O tal vez estábamos en el centro de un escenario bélico y a poca distancia de allí había seres humanos matándose. El occiso podría haberme traído al ojo de cualquier huracán. Y yo me había dejado arrastrar.

Al fin, allí estábamos los dos, solos, cara a cara. Sin incorpóreos alrededor, a diferencia de nuestro anterior encuentro en la estación fantasma del Metro de Madrid. Antagonistas por diversas causas: él, por voluntad propia; yo, por

voluntad ajena. Iskender no se movió. No hizo ningún ruido. Me pregunté entonces si tendría cara o voz. Nunca lo había oído hablar. Como si leyera mis pensamientos (¿era posible? ¿era *eso* posible?), alzó los brazos y bajó la capucha de su sudadera.

¡Oh, Dios mío!

La cabeza que mostró ante mis ojos le daba pleno sentido. Explicaba aquello que había escuchado tantas veces sobre él: que era un parásito, que ocupaba un cuerpo humano hasta que quedaba inservible y entonces invadía otro. Que podía dotar de movimiento cuerpos muertos. Al fin y al cabo, *él* era la muerte en sí misma. Si no encontraba sus huéspedes muertos aún, los mataba él, desde dentro, lentamente, corrompiendo todos los tejidos.

Lo entendí perfectamente. El cuerpo que estaba poseyendo ahora mismo no estaba vivo. Hacía mucho tiempo que había dejado de estarlo. La cabeza que mostró estaba en un estado tan avanzado de putrefacción y descomposición que me hizo vomitar. Allí, justo donde me encontraba, me doblé a un lado y vomité sobre el suelo, agarrándome el estómago con las dos manos. Cuando acabé, me limpié con las mangas. El olor nauseabundo que desprendía era insoportable, me llenaba los ojos de lágrimas. Me tapé la nariz y la boca, pero el hedor traspasaba la tela.

Para mi horror, aquel ser caminó hacia mí. Solo podía mirarme con un ojo, el que quedaba sobre la cabeza desfigurada. Yo quería gritar, llorar, el dolor del cuello se agudizó y tenía contracciones en la boca del estómago. Retrocedí un par de pasos y eso le debió hacer mucha gracia, porque se detuvo y se echó a reír. El sonido que producían sus cuerdas vocales, o lo que quedaba de ellas, era aterrador, moribundo.

Hice acopio de fuerzas y decidí plantarle cara.

—Me tienes aquí. No me asustas. Me repugnas, que es bien distinto. Dime qué quieres de mí.

Me contempló con curiosidad. Una eternidad después se comunicó conmigo. Hablaba muy despacio y, antes de pronunciar cada palabra, tenía que inspirar aire para llenar los pulmones muertos. De otra forma, no habría podido producir sonido en sus cuerdas vocales. Pero el mero sonido que hacía el aire al entrar en su cuerpo era repugnante.

—Tú... de mí.

—¿Que qué quiero yo de ti? Lo sabes. Quiero que liberes a Elisa. Suéltala, bicho inmundo.

Movió lentamente la cabeza de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda. ¿Me estaba diciendo que no?

—¡Para qué la quieres! ¡Dímelo! ¡No te sirve de nada!

Me señaló. Claro, lo entendí: le había servido para atraerme a él. Elisa no era más que un cebo.

–Pues ya ves que he venido. Dime dónde está. Libérala tú o lo haré yo.

Volvió a negar y, al hacerlo, algo oscuro y denso resbaló de su cabeza y sonó amortiguado al chocar contra el suelo. Me obligué a no mirarlo. No necesitaba ampliar el catálogo de monstruosidades.

–Si esa es tu última respuesta, me voy. No voy a malgastar más tiempo.

Hice un amago de dar media vuelta pero me detuve al ver que extendía la mano hacia mí, pidiéndome que me quedara.

Se detuvo abruptamente, hinchó el pecho y llenó los pulmones de aire para hablar seguido. El efecto fue todavía peor.

–... no merece la pena que luches por ellos si ya estabas muerta antes de nacer y ese es el destino que os aguarda a todos estanoestuluchaabandona...

«Esta no es tu lucha, abandona» flotó hasta mí como un latigazo. Era mi turno.

–Deberías abandonar tú, apestoso. Yo no pienso desaparecer. No esperes de mí que haga como las dos anteriores.

Ladeó la cabeza para mirarme y soltó algo parecido a una risilla hueca.

–Así que ya sabes lo de las otras dos... Fue una lástima... que no me dejaran acabar con ellas.

–Fueron unas cobardes. Pero yo no huiré.

–Abandona tu alma, sal de ti y búscate otra donde puedas continuar viviendo. Yo podría ayudarte...

–He dicho que no lo haré.

–... a habitar otra alma, salir de ti para olvidarte en otro...

–¡Calla!

–... la Reina Azul es un engendro que ha nacido muerto y no deberías malgastar tu último aliento en eso...

–¡He dicho que te calles!

–... porque no habrá salida para ninguno de vosotros, ignorantes, sois legos en esta batalla...

–¡CÁLLATE!

–... y lo que más amas morirá también abrasado en mis llamas...

Se calló. Nos medimos los dos un instante con la mirada. La mía, viva; la de él, muerta.

–Si me has hecho venir hasta aquí para decirme que huya, nos has hecho perder el tiempo a los dos.

En ese momento, una de sus frases aleteó en mi recuerdo.

–Espera... ¿Por qué has dicho que la Reina Azul ha nacido muerta?

Sus ojos opacos no tenían párpados. Tardó en contestar.

–¿No sabes... qué implica ser... coronada?

Ahora le miré yo sin gesto alguno. No, no lo sabía, pero no lo iba a reconocer

ante él, porque me mentiría o aprovecharía la ocasión para provocarme o intentar herirme.

—Porque la Reina Azul es el paso... anterior a la transformación en... la Reina Negra...

La temperatura bajó varias décimas y comencé a temblar.

—... y su lugar está... junto a La Araña... a orillas del río inmortal... Esa eres tú... la reina del inframundo... serás la Reina Negra.

Por eso Gabriel había rechazado siempre que yo fuera la Reina Azul...

Levantó su ojo por encima de mi hombro para mirar algo tras de mí. Me giré, asustada, y vi, en el ábside de la iglesia, un enorme grupo de occisos. Estaba considerando la opción de llevarlos de regreso a Pandemónium, cuando noté un cierto revoloteo. Iskender se lanzó sobre mí, una masa blanda y fofa de carne podrida, todo hedor insoportable, y me aprisionó desde la espalda para arrastrarme hacia los occisos. Tenía una fuerza sobrehumana que comenzó a asfixiarme, por la presión que hacía sobre mi pecho. Mis pies arañaban la tierra, intentando buscar un punto de apoyo para ofrecer algo de resistencia, pero era imposible, me llevaba como si fuera una muñeca. Desesperada, cogí dos dedos de su mano izquierda. Eran resbaladizos y fríos y tiré con fuerza de ellos. Para mi sorpresa, se partieron. Le había arrancado dos dedos de cuajo. En lugar de sentir asco, sentí un alivio inmenso. Sería fuerte, pero su cuerpo se caía a pedazos. Agarré con fuerza su muñeca y tiré para alejarla. Se desprendió sin problemas. Iskender se quedó momentáneamente sorprendido y durante medio segundo aflojó su presión sobre mí. Eso me permitió coger aire y desintegrarme...

Aparecí unos metros por detrás de él. Lo vi sorprendido por mi reacción. Se giró en redondo y cuando me descubrió, dudó unos segundos. Luego se miró la muñeca amputada. Eso me hizo recordar que todavía sujetaba su mano. La tiré lejos de mí ahogando un grito. Cogió aire en sus pulmones y habló:

—Estás entrenándote bien, pero no será suficiente... No esperaré mucho más... Diles que la batalla tendrá lugar en el primer solsticio..., sabréis dónde... Ya destruí la ciudad una vez...

—¡Espera! Antes de que desaparezcas, dime dónde está Elisa.

Volvió a reír. El sonido crepitante y siseante que producía me daba escalofríos.

—No me iré yo..., huirás tú...

En ese momento percibí, en el extremo de mi campo visual, una multitud de puntos rojizos en movimiento. Sabía que, aunque mirara, no descubriría ningún occiso, pero estaban ahí y eran muchos. Tenía razón aquella rata apestosa. Era la hora de irme.

—Acabaré contigo, Iskender.

—Sería la primera vez —dijo tras inspirar aire.

Después, me desintegré.

17. A solas, de nuevo

Gabriel estaba esperándome furioso. En mi ausencia, su enfado había ido aumentando. Tuvimos una pelea absolutamente desagradable en nuestra habitación. Dudo que hubiera un solo habitante del palacio que no nos oyera discutir. Al menos, nadie intervino. Un par de veces estuve tentada de salir dando un portazo, pero me contuve. También percibí esa misma tensión reprimida en él. Me quería demasiado, y enloquecía al pensar en el riesgo que había asumido en mi entrevista con Iskender. Eran sus palabras y sus argumentos. Y yo insistía una y otra vez que no consentiría que nadie me dijera lo que tenía o no que hacer, que si ya era mayor para tomar mis propias decisiones... La intensidad de la discusión iba y venía por oleadas: cuando parecía que estaba a punto de concluir, uno de los dos saltaba de nuevo. En ningún momento nos perdimos el respeto, pero estábamos tan dolidos que arremetíamos hasta contra el aire. Cuando intentaba explicarle mi reunión con Iskender, su furia se reactivaba, colérico ante el peligro terrible que había corrido y las funestas consecuencias que podía haber tenido. No paraba de bramar que Ulla tenía razón en lo de ponerme un guardaespaldas, uno con la capacidad de seguirme a todas partes. Y ahí es donde explotaba yo, y gritaba que no quería una niñera. «¿Eso es lo que soy para ti, tu niñera?», respondía él, colérico. Y una parte de mí quería lanzarse a cogerlo suavemente de la cara y susurrarle «No, tú eres mi amor eterno», pero la otra parte de mí, la que gritaba más fuerte, era la que se imponía con más facilidad y echaba más gasolina al incendio de nuestra discusión.

Al cabo de un rato largo, que se nos hizo interminable, nos dimos cuenta de que la pelea nos estaba guiando hacia terrenos más oscuros y dañinos y que estábamos a punto de sobrepasar un punto de no retorno. En ese instante preciso, los dos nos dimos por vencidos. Nos sentamos en la cama, dándonos la espalda, en silencio. Estaba exhausta, al borde de mis fuerzas, y solo quería dormir. Pero, cuando me tumbé, vinieron a mi mente todos los recuerdos del encuentro anterior. Su olor, el tacto de su cuerpo muerto, sus dedos arrancados, y fui corriendo entre náuseas a meterme bajo la ducha. Dejé que el agua corriera sobre mí un buen rato. Cuando cerré el grifo, fue Gabriel quien me alcanzó la toalla. Luego esperó, cruzado de brazos, apoyado en el dintel de la puerta que separaba el cuarto de baño de nuestra habitación. Pero su rostro... estaba demasiado tenso, sombrío. Nunca le había visto mirarme de aquella forma y sentí como si un cuchillo se abriese paso en mi pecho. Entonces me dio la espalda y entró en nuestro cuarto. Lo seguí, con un mal presagio, dejando huellas de agua a mi paso. Se detuvo en el centro del dormitorio y se giró para mirarme de frente. Lloraba. Me eché a temblar.

Habló con la voz muy ronca, roto:

–Creo que mi amor hacia ti me está cegando. Me impide reaccionar a tiempo. No puedo continuar así. Desde este momento, te seguiré protegiendo pero a distancia. No volveré a acercarme a ti hasta que todo esto haya acabado o tú comprendas que no puedes seguir actuando como si solo estuvieras tú en el mundo.

Muy lentamente, se inclinó para recoger su chaqueta de la cama y salió del dormitorio. Cerró con cuidado, como si le hubiesen abandonado las fuerzas. En ningún momento se giró a mirarme.

La habitación comenzó a darme vueltas. Me costaba respirar, tenía un bulto gigantesco dentro de los pulmones que me impedía coger aire. La herida del cuello comenzó a arderme. Dejé resbalar la toalla al suelo y me metí en la cama, sin saber lo que estaba haciendo. Caí en una especie de duermevela, una ensoñación circular, como en espiral, con la cara de Gabriel girando sobre mí, alternándose con el rostro descompuesto de Iskender, y la vieja bruja en que se había convertido Rebeca, y la maleta de Elisa abandonada en aquella habitación, y todo giraba, las imágenes se abalanzaban sobre mí para después retroceder.

Estuve seis días y medio muy enferma, con temperaturas que llegaron a los cuarenta y dos grados. Solomon vino enseguida, acompañado por médicos de su corporación, que me trataron. Al parecer, no había ningún rastro de infección en mi cuerpo y no sabían qué provocaba mi estado alucinatorio, así que aceptaron por unanimidad que se trataba de una recaída. Llamaba a gritos a Elisa, a mi padre, a Helena, a Mateo, pero sobre todo a Gabriel, según me contó después Orlando. En dos ocasiones llegaron a meterme en la bañera llena de agua fría, con cubitos de hielo flotando. Aquella acción extrema logró hacer descender unos cuantos grados la fiebre, pero no me recuperaba.

Lo más curioso fue que durante el espacio de varios días convivieron en el mismo punto dos líneas de tratamiento radicalmente enfrentadas y opuestas. Por una parte, estaba el equipo médico que trajo Solomon. Me extrajeron sangre y la analizaron, observaron con atención la herida de mi cuello, probaron con un potente antibiótico que solo me provocó un vómito. Dos turnos de enfermeras me vigilaban a lo largo del día, midiendo constantemente mi temperatura y avisando a Solomon cuando esta se disparaba.

Pero por la noche, cuando la última enfermera se marchaba, tal había sido la decisión de Ulla, la otra línea terapéutica tomaba mi habitación al asalto. Los edecanes más sabios, los que más cosas habían visto, acompañados de algunos incorpóreos francamente preocupados, ponían en práctica otras medicinas. Prepararon una especie de jarabe con piel muerta de una de las hermanas de Constanza, que nos cedió rápidamente. El Barón intentó varias de sus magias más viejas, pero ninguna lograba hacerme mejorar. Las haditas tontas, como las llamaba

Orlando, se pasaban por mi dormitorio solo para hacerme descansar, pues cuando ellas estaban junto a mi cama, dejaba de gemir y gritar y caía en una plácida ensoñación.

Cuando al final de la noche se filtraban los primeros rayos de sol por el patio interior del palacete, todos, vampiros y occisos, hadas y edecanes, desaparecían, para dejar su lugar a la enfermera del primer turno, que sufría, me contaron, los efectos de las hadas todavía presentes en el aire.

Lentamente, la fiebre fue bajando hasta desaparecer, las pesadillas se espaciaron y dejé de gritar. Por fin, una mañana, sin previo aviso, abrí los ojos. Me había curado, pero me encontraba agotada, como si en lugar de tumbada hubiera estado corriendo un maratón. Durante los días siguientes, me cuidaron y mimaron. Huan me preparaba una sopa exquisita que escondía, entre sus ingredientes menos naturales, piel de vampiro, y que contribuyó sin duda a mi fortalecimiento a una velocidad de vértigo. Una tarde, el médico y las enfermeras ya no vinieron más. Dijeron que me había recuperado de cualquiera que hubiera sido mi enfermedad y que por lo tanto ya no se los necesitaba más allí. Mientras hablaba el médico, un hombre joven de ojos color caramelo, no paraba de mirar de reojo a Orlando, anñada, sentada a mi lado, que parecía una figura vaporosa de alabastro.

Cuando nos quedamos a solas, respiré aliviada.

—Orlando —quise saber—, ¿ha venido Gabriel alguna vez?

Orlando asintió distraído.

—Alguna, sí.

Hundí la cabeza en la almohada para llorar sin que me oyera. Inútil tarea. Orlando me escuchó sollozar y se tumbó a mi lado, para abrazarme. Sus brazos, su cuerpecito, se estaba volviendo tan frágil y delicado como el de una niña de menos de diez años.

—Se ha marchado. ¿He de preguntarte por qué o lo deduzco de tus lágrimas?

Lloré con más fuerza. Y ella me abrazó con más cariño.

—Oh, venga, estáis hechos el uno para el otro. Sabes que no existe fuerza alguna capaz de romper ese vínculo. Aunque esté unos días alejado de ti, no os moriréis ninguno de los dos. ¡Pers, venga! Si hasta la mismísima Araña se ablandaría ante vuestros sentimientos.

Intenté decirle «Sí, pero se ha ido y hemos roto», pero con los hipos y el llanto me salió algo parecido a «sip... ro... s... doy... mos... rott». De todos modos, creo que me entendió, porque dio por finalizada nuestra conversación dándome unas palmaditas en los antebrazos y saltó de la cama:

—Bueno, fin de las lamentaciones. No quiero volver a verte en estas condiciones, esto se está convirtiendo en un hábito deplorable. Esta noche te espera tu entrenadora donde siempre, así que haz el favor de lavarte la cara y bajar a comer.

Le he pedido a Huan que cocine expresamente para ti testículos de toro. Dicen que eso da vigorosidad y fuerza.

Levanté la cara de la almohada para mirarla con horror, pero estaba sonriendo.

—¿Lo ves? Nada es tan dramático. Arriba. Te espero en el comedor.

Cuando logré levantarme y llegar al cuarto de baño, el rostro que me mostró el espejo era una máscara de mal gusto, blanquecina, de ojos y nariz hinchados, graves ojeras, tan demacrada que, para mi sorpresa, me descubrí pensando que al menos Gabriel no me vería con ese aspecto.

Me duché casi sin fuerzas y recordé la última vez que lo había hecho. Me eché a llorar otra vez, pero logré recomponerme. Cuando salí del baño, afortunadamente envuelta en una toalla, había alguien esperándome en mi habitación. No tenía fuerzas para verle ahora.

—Kostya, déjame sola por favor. ¿O es que has venido como los chacales, buscando un cadáver en descomposición?

Kostya se levantó de un salto teatral, mirando alrededor:

—¿Cómo? ¿Dónde? Pers, ¿se esconde aquí ese chacal de Iskender?

Luego se detuvo para contemplar si había logrado arrancarme una sonrisa. No fue así.

—No sabía que tenías sentido del humor.

—Yo tampoco —me contestó.

Nos sentamos los dos al borde de la cama, frente a la ventana.

—Me envía Ulla, para que bajes a comer.

—Mentira.

—Mmmm... Pensaré otra mejor.

—Déjalo. Medio muerta y todo y te pillaría siempre.

Sonrió y bajó la mirada a sus manos.

—Hemos estado todos muy preocupados por ti...

—Lo sé, me lo dijo Orlando. Os lo agradezco de veras.

—... porque eres parte de nuestra familia, uno más de nosotros. Bueno, uno más, así sin más, no. Eres una de las mejores. Nadie te quiere perder. Yo menos. Pero no he venido a agobiarte con mis proposiciones. Solo quería comprobar eso que se decía por la planta baja acerca de que te habías recuperado por fin.

Me miró a los ojos. Los suyos, tan oscuros y almendrados, con esas pestañas negras brillantes, eran muy hermosos. Apoyé la cabeza en su hombro. Él no se movió ni un milímetro. De hecho, juraría que contenía la respiración.

—No le he podido contar a nadie cómo fue mi encuentro con esa bestia podrida.

—Puedes contármelo a mí. No seré yo quien te juzgue por saltarte las reglas si consideras que debes hacerlo.

Lo medité un momento y decidí contárselo. Le hablé del mensaje de Elisa, que, ahora estaba convencida, había sido falso. Las brujas me habían atraído hacia el

piso con el cebo del mensaje, pero seguramente ya la habían capturado. Le conté mi conversación con Iskender, lo que había dicho de la Reina Negra. Le pregunté si era cierto eso. No contestó, se limitó a mirarme en silencio.

–Vale, eso es que sí. ¡Mierda!

–¿Qué más ocurrió? –me apremió.

Luego le dije lo del solsticio y su extraño mensaje. Tampoco él lo comprendía.

–Tengo que encontrar a Elisa.

–Si es que no la han troceado ya –musitó.

Lo fulminé con la mirada y él se encogió de hombros.

–¿Qué? Estamos hablando de las brujas de Iskender. No son amables, precisamente.

–¿Y tú? Podías tener un poco más de cuidado.

–Disculpa. Supongo que tantos siglos aislado no se pueden recuperar en unos pocos meses. Por mucho que me interese para poder estar junto a cierta jovencita de ojos verdes –reafirmó su frase dándome un suave codazo.

Por unos momentos, su sinceridad alivió un poco la pesada carga que me aplastaba el corazón. Pero fue un instante fugaz. Luego regresó la sombría sensación de que lo estaba perdiendo todo. Me levanté de golpe y comencé a caminar dando vueltas por la habitación, teniendo mucho cuidado en sujetar bien la toalla.

–¿Por dónde podría empezar...? Veamos, puedo ir a su pueblo y hablar con Alberto, pero me temo que me dirá que no sabe nada porque se vino a Madrid. Por eso estaba su maleta allí. Es probable que las brujas la capturaran ya aquí. Allí estaba a salvo... ¡Oh, Kostya, qué idiota ha sido abandonando su refugio!

Kostya soltó una carcajada:

–¿Y tú me lo dices? ¿Tú, que te lanzas a la madriguera más oscura y peligrosa que ves?

Continué pensando vías de llegar a ella.

–No puedo buscarla a la manera tradicional. No serviría de nada.

–Entonces, nada de llamar a la policía.

–Descartado. ¿Alguna bruja buena?

–Podría ser, pero no sé si servirá.

–¿Entonces qué otro tipo de...?

Me detuve en seco y me giré a mirar a Kostya. ¡Eso era!

–¡Lyuba! ¡Ella es la única! Lyuba mantenía una conexión con ella. Me dijo una vez que podía caminar por sus sueños. ¡Ella es mi única esperanza!

Kostya se levantó con agilidad y dio una palmada.

–Entonces vamos a por ella.

Lyuba seguía recuperándose en el ala tecnológica y espacial del palacio. Mencione 2001. *Una odisea del espacio*, pero Kostya no comprendió mi chiste. La

niña seguía teniendo mal aspecto, pero abrió los ojos cuando nos acercamos a ella. Hablaba en un susurro. Nos dijo que sentía un dolor brutal en la cabeza y que prefería mantenerse alejada de su cuerpo hasta que este no hubiera dejado de doler. En un momento en que Lyuba cerró los ojos, Kostya me explicó que la primera vez que la niña regresó a habitar su cuerpo, comenzó a aullar y a revolverse como un animal enloquecido. No entendía lo que le estaba ocurriendo porque nunca antes había sentido dolor, era algo desconocido para ella. Y además, un dolor de una intensidad tan atroz... Tuvieron que sedar su cuerpecito para recuperar el control, tras lo cual se refugió en Pandemónium por un tiempo. Allí tuvieron que convencerla de que regresara, porque lo que le había ocurrido era infrecuente y Solomon no estaba seguro de las consecuencias que tendría sobre su sanación el hecho de que ella se alejase de su cuerpo. Ahora oscilaba entre el inframundo y su cuerpo humano, al que regresaba cuando los calmantes estaban haciendo su trabajo.

–¿Y cómo ha podido...? –susurré.

–¿Disociar su cuerpo humano? –completó Kostya mi pregunta–. No lo saben. El más entusiasmado es Solomon, porque dice que es la primera novedad que tiene para investigar de los incorpóreos desde hace varios siglos. A Ulla no le gusta. Dice que el equilibrio se está rompiendo. Ni idea de lo que significa.

Lyuba volvió a abrir los ojos. Un velo de distancia cubría sus pupilas, como si estuviese recién llegada de un viaje. Levantó su manita hacia mí y se la estreché con fuerza. Estaba preguntándome si era buena idea pedirle ayuda con Elisa, visto su estado, cuando Kostya se adelantó:

–Pequeña, ¿serías capaz de ayudarnos con uno de tus vínculos?

Lyuba le miró, sin responder. Un latigazo de dolor deformó su rostro por unos instantes. Se me encogió el corazón. Apreté con más fuerza su manita, que crispó los dedos. Luego relajó la mano y su cara. Ladeó la cara, los ojos cerrados, como si se hubiera desmayado.

–Vámonos –dijo Kostya–, ya no está aquí. Más adelante se lo preguntaremos de nuevo.

Rodeamos su cama y salimos de la habitación. Yo caminaba abatida.

Aquella noche, después de cenar, a solas en mi habitación, fue cuando apareció la primera señal de la preocupación por mi alma. Había estado buscando en vano a Gabriel, pero no estaba por allí. Kostya no insistió en entrar en mi habitación, simplemente me acompañó hasta la puerta. Pero cuando miró sin disimulo mi boca, me escurrí por el pequeño hueco abierto de la puerta y cerré tras de mí. Más tarde, con las manos cruzadas bajo mi cabeza en la almohada, viendo el reflejo de las farolas que se filtraban por la persiana y se proyectaban en el techo de mi habitación, intenté comprender en qué momento exacto me encontraba. Quería visualizar la ruta que tenía por delante y el camino ya recorrido. Tenía que ir

poniendo objetivos a corto plazo, como hitos en una carretera. Recuperar a Elisa. Continuar el entrenamiento. Enfrentarme a Iskender. Recuperar a Gabriel. ¿Recuperar mi alma?

Las funestas palabras de Iskender hicieron un agujero en mi cerebro y se instalaron allí, como si fueran termitas o polillas. La Reina Negra. Así que ser la Reina Azul no era lo peor que podía pasarme. Esto era... ¿Cómo decirlo?... ¿La parte amable de la historia? ¿Luego vendría la menos amable?

¿Y cómo saldría yo de esta?

18. La cueva de Raiña

—Hace tres mil quinientos años, los egipcios creían que el ser humano estaba formado por distintas piezas que, ensambladas, le permitían vivir. El *ka* era la fuerza vital de cada ser vivo, lo que distinguía la vida de la muerte. Precisamente, la muerte de un hombre sobrevenía cuando el *ka* abandonaba el cuerpo y viajaba al *duat*, donde sorteaba los múltiples peligros que allí le acechaban, porque tenía un objetivo: dar con el *ba*, el alma en el sentido más occidental de la palabra, y fundirse con él para crear el *akh*.

»Sin embargo, en aquellas ocasiones en que *ka* y *ba* no podían unirse, debido por ejemplo a que los parientes del difunto no habían observado las pertinentes reglas y normas de su enterramiento, el *ba* vagaba como alma en pena por el *duat* y en ocasiones por el mundo de los vivos, causándoles desgracias. Entonces se convertía en el *mut*. A veces, el *mut* era convocado para provocar aflicción o para proteger algún *ka* en su viaje iniciático. Incluso llegaron a desarrollar algunos ejercicios básicos para exorcizar cuerpos poseídos por *mut*s.

»Pero no hicieron solo eso. Para protegerse de los *mut*s, un faraón ordenó la construcción de un arma que les librara de esos espíritus. Solomon ha hallado evidencias de que los egipcios encontraron en la civilización sumeria algunas claves que los condujeron a la creación del Espejo de Almas.

»Básicamente consiste en una red, o en una tela de araña, que nos atrapa en su superficie de cristal. Como si fuera un atrapamoscas. También puede expulsarnos de este mundo y mantenernos recluidos en el inframundo de Pandemónium. Por eso conservaban el cuerpo de Lyuba expuesto ante el cristal; en el momento en que esa niña traviesa se acercara, quedaría atrapada en el espejo.

Ulla detuvo su relato para soplar el té que nos había preparado Huan. La madrugada había convertido en silencio la actividad habitual del palacio. Aquella tarde había reanudado mi entrenamiento con Luna. Intenté concentrarme, pero fue imposible. Como retener agua entre las manos. Luna había continuado con su jerga incomprensible, sin darse cuenta de que mi cabeza no estaba allí. Desde la partida de Gabriel, andaba errabunda, perdida, vagando por mis pensamientos. No era solo porque él no estuviera conmigo; había dejado bien claro que la separación sería temporal y que me amaba, y yo me agarraba a aquella idea como a un clavo ardiendo. Cuando me daba por pensar que sus palabras podían ser una excusa del tipo «No volveremos a estar juntos jamás, pero no puedo decírtelo ahora», se abría ante mí un abismo negro e insondable que me provocaba náuseas y mareos. Sabía que tenía que alejarme lo más rápido posible de aquella senda estéril de

elucubraciones, pero era complicado. Sin darme cuenta, cambié mis rutinas: me dormía casi al amanecer y despertaba al filo del mediodía, bajaba a desayunar cuando no quedaba nadie ni nada en el comedor, así que salía al jardín y me sentaba en un banco, con la mirada perdida. No me di cuenta de que mi ausencia de apetito me había hecho perder unos cuantos kilos hasta que Kostya me lo hizo ver. Un día me cogió de la mano, me guió hacia el recibidor del palacio y me situó delante de un espejo. Creo que aquella fue la primera vez que vi mi reflejo en los últimos días. Me costó unos minutos reconocermelo. Pero eso no fue lo peor. Que aquella chica enflaquecida, con el pelo sucio, en pijama, y absolutamente gris por dentro y por fuera, fuera yo y no me importase, eso sí que fue lo peor.

Orlando se sentó a mi lado un día. A su modo críptico y enigmático repitió lo que ya me había dicho, que Gabriel me amaba y yo le amaba a él, que estábamos hechos el uno para el otro. Así que, ¿qué sentido tenía flagelarme y herirme con esos pensamientos suicidas? Poco a poco su perspectiva del asunto fue haciendo mella en mí. Esto era *solo* una separación temporal, como un viaje, al cabo del cual las cosas volverían a ser como antes. Solo tenía que recordarlo. De esta forma, poco a poco la vida fue cobrando sentido, comencé a interesarme por lo que me rodeaba y a sentir el viento. Y a tener hambre. Y a preocuparme por otras cosas, aparte de la ausencia de Gabriel.

Estaba Elisa, y la urgencia por recuperarla; las malditas palabras de Iskender y esa idea de la Reina Negra, sobre la que no quería averiguar nada, al menos por ahora. Ese punto en concreto era tan terrible que solo lo había hablado una vez, con Kostya. Y había obtenido de él un silencio muy elocuente. Eso me llevaba al siguiente punto de mi escala cromática de ansiedades: aunque eligiera el camino del sacrificio, de la lucha hasta la extenuación, ¿qué pasaría después? ¿No habría salvación para mí? ¿La recompensa por luchar hasta la muerte sería negarme el acceso a la Ciudad Roja, la posibilidad de habitarla junto a la luz blanca de mi madre y de Mateo? ¿Y Mateo, dónde estaba? ¿Por qué no había podido dar con él en Pandemónium?

Así que el entrenamiento con Luna fue poco productivo. De suspenso, vamos. Luna, tan poco acostumbrada a la naturaleza humana, no se percató en ningún momento de mi falta de atención. Ella siguió y siguió hablando, desintegrándose para aparecer, como un suave hilo de plata iridiscente, a trescientos metros de distancia, brillando en la oscuridad, intangible, etérea... hasta el momento en que extendió su mano de madreperla en mi dirección y me dijo: «Te toca». No sabía ni de qué estaba hablando, así que me esfumé. Con mala conciencia, pero sin dar ninguna explicación.

Más tarde, sola en la cama, el sueño se evaporó. Por más vueltas que di, no logré dormir. Me levanté y bajé a la cocina. Un ruido esporádico de alas batiendo por

encima de mi cabeza me informó de que las vigilantes vampiras estaban cumpliendo su tarea, en medio del silencioso y tenebroso palacio.

La puerta de la cocina estaba cerrada, pero se filtraba luz por debajo. Justo cuando agarraba el pomo, mi corazón se encogió por si era Gabriel quien se encontraba allí. Pero no era él. Estaban Huan y Ulla, conversando, sentadas a la alargada mesa metálica central. Si hubiera dejado a un lado sus excéntricas ropas y aspectos, la escena podría haber sido de lo más doméstica. Ambas me invitaron a sentarme con ellas y Huan se levantó para traerme enseguida una taza de algún tipo de infusión que olía a rosas.

Le pregunté a Ulla qué había ocurrido en La Sociedad. Las atrocidades que nos contó a Huan y a mí estuvieron teñidas de una suave compasión. Más tarde, a solas, repasando el relato de Ulla, llegué a la conclusión de que para ella debió de ser decepcionante perder de aquella forma a un enemigo ancestral, a quien le habían unido muchos años de mutua persecución. Los miembros de La Sociedad se habían ido sucediendo, generación tras generación, con el único afán de capturar a los incorpóreos, y esa determinación había logrado que Ulla los observase desde lejos con algo parecido al respeto.

—Llegamos tarde. Fueron despiadados con ellos. Practicaron unas ejecuciones que no se merecían. Y los rastros de aquellas torturas... absolutamente desproporcionadas con el nivel de amenaza que representaba La Sociedad. Fue repugnante.

»Sabíamos que su principal sede estaba en una finca, en una meseta al sudoeste de la ciudad. Una bonita reserva de alcornoques y encinas que ya había visitado un par de ocasiones, para conocerlos bien. Era una propiedad que, bajo nombres falsos, había ido pasando de unos a otros, década tras década, para asegurar que La Sociedad tuviera siempre un lugar secreto de reuniones. La otra noche me llamó la atención no escuchar a los perros, cuando nos materializamos en la puerta. Había demasiado silencio, espeso y pesado, ¿me entendéis? —nos buscó con la mirada para que asintiéramos a sus palabras. Luego continuó—: Cuando el coche llegó hasta nosotros, Gabriel nos informó de que la garita de vigilancia estaba desierta. Siempre se habían rodeado de medidas extremas de seguridad, vigilantes, perros, alarmas, cancelas con un sofisticado sistema de apertura... estupideces, si era de nosotros de quienes se protegían. El caso es que, en aquel momento, mi única preocupación fue que hubiesen abandonado el lugar, en busca de otro más seguro, uno que nosotros no conociéramos aún. Ten en cuenta que La Sociedad y nosotros, los incorpóreos, nos hemos estado vigilando a distancia, a veces elíptica, pero siempre sin tocarnos ni interferir en nuestros caminos. Les permitíamos husmear a nuestro alrededor, como perros olfateando en círculos; hambrientos, sí, pero inofensivos también. Hemos permitido a varias generaciones rondarnos y, cuando

se acercaban demasiado o nos molestaban, simplemente nos convertíamos en niebla.

»Pero estas reglas no escritas del juego fueron quebrantadas de manera unilateral cuando secuestraron a Lyuba y la noche de la ópera, cuando nos asaltaron e intentaron chantajearnos utilizando esos métodos tan ofensivos y de mal gusto como grabarnos. ¡Buscaban banalizarnos mediante la grabación de imágenes! En este mundo de hoy día solo existe lo que se ve, la información que puede transmitirse principalmente por vía visual. Pero nosotros no queremos ser vistos, nosotros somos quienes contemplamos el mundo girar sobre su eje, día tras día, anochecer tras anochecer, no somos los monos de feria. ¡Era eso en lo que querían convertirnos! –Ulla fue alzando su voz a medida que se encolerizaba, hasta que, de pronto, enfrió de nuevo su rostro y su voz para continuar conversando en el mismo tono templado de antes–: Su actuación en la ópera supuso el fin de una tregua pactada, cruzaron la línea hacia un punto de no retorno, y eso motivó mi decisión de querer acabar con ellos. Impuse el objetivo de cercenar de una vez por todas la cabeza de ese molesto moscardón en que se había convertido La Sociedad. Pero cuando entramos en la casa y vi los cuerpos, tirados, desangrados, rotos de aquella forma... Supongo que fue un ataque sorpresa. Había uno, aún sentado en el cuarto de baño. Hubo escenas de auténtico mal gusto. Y los perros rabiosos que lo hicieron estaban buscando el Espejo de Almas con saña. No dejaron rincón sin mancillar, sin rastro de sangre. De hecho, fueron las propias huellas de sangre las que nos condujeron a través del patio interior a una trampilla camuflada. Allí mismo encontramos el último cuerpo decapitado. Supongo que guió a los chacales hasta allí a cambio de salvar su vida y la recompensa que obtuvo, tras revelarles la entrada secreta, fue su muerte.

»Descendimos varios de nosotros, mientras el resto permanecía en la casa en busca de supervivientes. Abajo, en un elaborado circuito de galerías subterráneas, habían construido una réplica del interior de una pirámide egipcia. Cuidaron todos los detalles, desde la decoración de las paredes hasta la forma de sellar cada una de las cámaras. Debo reconocer el mérito obsesivo de aquellos que siguieron fielmente los planos de la antigua civilización. Finalmente, en la última cámara mortuoria encontramos a Lyuba. Habían depositado su cuerpo frente a un altar vacío que, sin duda, debió haber albergado el Espejo de Almas, antes del saqueo. Ignoro el motivo por el que no se llevaron su cuerpo también, pero eso nos hace pensar que seguramente eran un número pequeño de atacantes y cargar con el cuerpo de la niña les habría obligado a hacer un segundo viaje, tras llevarse el Espejo de Almas. Y dado que ya tenían lo que querían, ¿por qué arriesgarse por Lyuba? En fin, tengo la sensación de estar asistiendo al cierre de demasiados capítulos de mi vida y me inquieta.

El silencio que siguió al relato de Ulla parecía construir en el aire todas y cada

una de las imágenes que había descrito. Las tres permanecimos pensativas un rato. Al final, fue la propia Ulla quien nos conminó a levantarnos y regresar a nuestros dormitorios. Nunca, tras aquella noche, la escuché añadir una sola palabra más a la historia del asalto a La Sociedad.

Camino a mi dormitorio, fui pensando que un aspecto de su relato me intrigaba especialmente. Por una parte, cómo era posible que Rebeca y Berenice hubieran podido cometer esas atrocidades, de esa forma fulgurante, rápida y tan mortal. La Rebeca que vi en el Templo de Debod era una anciana frágil y casi mortecina. Berenice tenía que estar peor. No era posible que lo hubieran hecho solas. ¿O sí? Lo hiciesen como lo hiciesen, los muertos se habían llevado el secreto a sus tumbas. Tumbas secretas, por cierto. Al día siguiente no había ni rastro en los periódicos de la masacre de la finca. Como si no hubiese ocurrido nunca. Últimamente, esa era la tónica de mi vida. Pronto ocurriría que yo tampoco habría existido nunca. Era una sensación desagradable que me erizaba el vello.

Antes de salir de la cocina, Ulla nos comentó que era vital para todos nosotros que el Espejo de Almas no cayera en manos de Iskender, si es que no lo tenía ya. El pendiente que hallamos en la Sociedad era mala señal, porque probaba que, al menos, Rebeca había estado allí, y esa pista era un sendero oscuro y profundo que se dirigía hacia los occisos.

Cuando a la mañana siguiente fui en busca de Ulla y le propuse mi plan, lo desechó con un gesto de la mano:

–Ni hablar. Necesitas concentrarte en tu entrenamiento. Y además es posible que la destrucción de La Sociedad levante ampollas y algunas personas se hagan preguntas. Vamos a recluirnos por un tiempo. Nos iremos de aquí.

Me crucé de brazos. Es una buena postura para plantar cara a alguien:

–No te he preguntado. Tú sabes dónde se esconden las brujas. Dime a qué hora nos vemos abajo. O las busco yo sola. Las brujas sabrán dónde se esconde Rebeca.

Ulla dejó de prestarme atención y se concentró en su desayuno. Muy bien, las buscaría sola. Sin embargo, antes de salir, Ulla me llamó.

–Con dos condiciones –pidió en una voz tan susurrante que me costó trabajo escucharla–: que después nos mudemos y que no sepa nadie adónde vamos tú y yo. Se pondrían muy nerviosos si se enteran de que vamos a la madriguera de las brujas. ¿De acuerdo?

Me encogí de hombros. No tenía a quién contarle ese tipo de cosas. Ahora no.

Más tarde, ya anocheciendo, cuando Ulla y yo estábamos a punto de salir por la puerta principal, descubrí en el otro extremo del salón a Gabriel. Mi corazón se contrajo dolorosamente. Me miraba en silencio y no daba muestras de querer acercarse a mí. Su inmovilidad ni siquiera daba la impresión de espera. Simplemente me miraba desde lejos, como a siglos de distancia, como a una historia pasada. Aquello me golpeó por dentro con una fuerza arrolladora. Y de

pronto se produjo el milagro que llenó mi pecho de fuego: dio un paso hacia mí, como si hubiera vencido alguna barrera invisible. En ese momento noté la ligera presión de los dedos de Ulla en mi brazo. Me giré a mirarla: me pidió silencio con un gesto. Yo solo quería hablar con él, tenerle cerca un segundo, pero tal vez tenía razón. De todas formas, nunca lo comprobé: Gabriel no se dirigía hacia mí, sino hacia la puerta de entrada al salón. Ni siquiera se volvió antes de entrar. No era el momento. Tensé los puños para frenar mi ansia por salir en su búsqueda y di media vuelta para salir como una exhalación de la casa.

El edecán de Ulla, del que desconocía el nombre o su voz, nos esperaba en la entrada con el coche favorito de Ulla. Un Bentley Continental negro del año 58. Era precioso, pero no llamaba tanto la atención como otros coches. Tenía el volante situado a la derecha.

Fuimos a la Gran Vía y el coche se detuvo ante una coctelería de moda, a la que se accedía por una puerta giratoria de aire retro. Era un local alargado, con la barra a un lado y pequeñas mesas redondas y sofás de terciopelo junto a la pared de enfrente. Reinaba una agitación contenida en el bar: risas o charlas, vasos y sillas, y otros ruidos a un nivel contenido. Todas las mesas estaban ocupadas. Dos o tres camareros de chaqueta blanca se movían entre las mesas y la barra, repitiendo los mismos movimientos de la noche anterior, y de la siguiente, y de las trescientas que las seguirían. Había grandes espejos alargados con marcos dorados y recargados colgados en oblicuo en la pared de las mesas. Con que el cliente levantara un poco la cabeza, veía todo el local reflejado en el espejo. Casi todas las mujeres se alzaban sobre tacones, y la práctica totalidad de hombres que me dio tiempo a ver estaban en actitud de conquista. A medida que pasábamos a su lado, todos nos echaban a Ulla y a mí una rápida ojeada antes de proseguir con sus asuntos. Entendí por qué me había pedido Ulla que me arreglara antes de salir. Mis vaqueros y mi sudadera no pasaban desapercibidos precisamente. Pero, tras la pelea con Gabriel, me contentaba con cumplir con los hábitos y rutinas de aseo. Por lo demás, ni siquiera la atenta mirada de Kostya lograba deshacer el nudo de mi alma y las ganas que tenía de convertirme en una piedra. O, mejor aún, en una máquina hueca de acero, perfectamente calibrada para luchar contra Iskender y para expulsar de mi cabeza y de mi cuerpo la humanidad dolorosa que había en mí, la misma humanidad que se ahogaba sin él. Y los veía reírse en aquel bar, y fingir atención y curiosidad, y me preguntaba cuánto sabrían ellos del verdadero amor, si habrían tenido alguna vez la oportunidad de acercarse al menos a esa clase de amor que no muere contigo, que arrastras con tu estela a la Ciudad Roja y que pervive contigo para siempre jamás. La clase de amor que Gabriel pareció decirme con la mirada que había perdido él también. Y al principio sentí compasión por todos aquellos ingenuos ignorantes que continuaban con sus rituales de apareamiento, pero luego me dije que ellos no tenían la culpa. Y que tenían tanto derecho como yo a buscar ese amor.

Cuando emergí de mis oscuras tinieblas, nos habíamos detenido delante del cuarto de baño de mujeres. Ulla empujó la puerta batiente y entramos. Tenía las paredes pintadas de color plateado y sendos lavabos de cerámica negra que se apoyaban únicamente en la pared. Frente a cada lavabo, un espejo redondo pequeño. Había dos puertas estrechas que daban a los retretes. Uno estaba ocupado, el otro vacío. Una chica, de más o menos mi edad, se pintaba los labios. Para mi gusto, llevaba un maquillaje demasiado recargado. Luego se estiró la tela del vestido por encima de las caderas y se atusó el pelo. Nos echó una mirada rápida a través del espejo y salió del baño. Ulla no hizo nada salvo esperar, cruzada de brazos. Entonces sonó la cisterna y se abrió la puerta del retrete que estaba ocupado. La chica que salió era un clon de la anterior. Tal vez con el pelo menos largo o más rubio, no sabría decir, pero cumpliendo al detalle los mismos requisitos estéticos de la otra. Se acercó al lavabo y sacó de su bolso diminuto varios productos de maquillaje. Esperamos pacientemente a que acabara y se fuera. Entonces Ulla entró en el excusado. Era bastante más grande que el vecino. Me apremió con un gesto para que entrara tras ella y cerrara la puerta. Entonces apoyó una mano en la pared de la derecha y sonó un chasquido, parecido al de un pestillo abriéndose. Se dibujó una línea fina en la pared, que trazaba una forma rectangular tan alta como nosotras. Ulla empujó y la trampilla secreta cedió hacia dentro, mostrando una entrada oscura de la que salía un fuerte olor a velas mezclado con flores o algo así. No era desagradable, pero no me gustaba.

–Tienen ese sentido del humor a veces tan grueso –protestó Ulla mientras entraba–. Para cerrar, solo tienes que atraerla hacia ti hasta que notes que encaja.

Ulla entró y comenzó a bajar por unas escaleras que ahora eran visibles. Entré, me di la vuelta y cerré la puerta tal y como me dijo Ulla. Luego descendí. Un cordón de bombillas desnudas que colgaba del techo alumbraba el camino. Cada pocos escalones, había velas aromáticas pegadas a la pared, con pequeñas llamas oscilantes. De ahí ese pesado olor.

Después de una bajada más bien prolongada, la escalera terminaba en un pasillo de piedra, como una gruta cuyas paredes rezumaban líquido pestilente y nauseabundo. Hasta allí abajo no llegaba el efecto de las velas aromáticas. Debíamos de estar en la red de alcantarillado de la ciudad. Por el suelo serpenteaba un hilillo de líquido aceitoso y de vez en cuando un par de ojillos rojos a ras de suelo nos contemplaban y luego se escondían en la oscuridad. Ratas.

El aire se hizo irrespirable enseguida. Me tapé la nariz y la boca con el pañuelo que llevaba al cuello –últimamente necesitaba uno para disimular la herida–, pero era insuficiente. Le grité a Ulla, que caminaba como si estuviera en mitad del campo, totalmente ajena a las condiciones apestosas de nuestro entorno, cuánto faltaba para llegar a donde fuera que íbamos, pero ni siquiera se giró.

Pronto llegamos a un cruce de caminos. Ulla no titubeó; giró por el túnel de la

izquierda y se detuvo enseguida ante una pequeña puerta metálica en la que yo no habría reparado de ir sola. Pero, claro, nunca habría venido aquí abajo sola. Cogió el pequeño picaporte oxidado de la puerta y abrió. Tras ella, pisamos una pequeña plataforma metálica cuadrada de la que partía una escalera metálica tan empinada que para bajar tenías que agarrarte con fuerza al pasamanos.

Lo que había al pie de aquella escalera congeló mi respiración.

Era, sin duda, el escondite de las brujas que buscábamos. Una cueva gigantesca, de más de treinta metros de altura desde la base hasta el punto más alto de la cúpula de piedra, que parecía sacada de un cuento de Alí Babá. Cientos de alfombras, tapices y otras telas cubrían paredes y suelo y colgaban del techo en sus puntos más bajos. La mayoría de color púrpura y dorado. Había varias docenas de sillones y sofás distribuidos aleatoriamente por la estancia, sin orden alguno, como no fuera fomentar los corrillos y grupos. Había camas con baldaquines de madera de los que colgaban vaporosas gasas que se mecían con la ligera brisa que se paseaba por la cueva, y que debía provenir de alguno de los respiraderos que veía en lo alto de la cúpula, como si fueran chimeneas naturales. Y sobre cualquier superficie, tirados o acumulados, había una cantidad tan descomunal y caótica de objetos diversos que era imposible posar la mirada en uno solo. Desde grandes pipas de agua de latón, hasta pequeñas lamparillas, algunas librerías desvencijadas repletas de libros, percheros antiguos, grandes candelabros cubiertos por cera derretida, cojines por todas partes.

Y el olor era acorde con el sitio; una poderosa mezcla de incienso, flores secas, humedad y otras cosas que no era capaz de identificar. Y gatos. Olor a gato, porque había, no sé, cientos de gatos en aquella estancia. La mayoría aburridos y perezosos, dormitando en los sofás, sobre cojines, en las camas, en las alfombras, moviéndose con parsimonia entre las patas de las mesas. Algunos nos miraban con los ojos entrecerrados.

La luz provenía de muchos focos distintos en color e intensidad, como lámparas de pie, un par de enormes arañas de cristal que colgaban a gran altura, y cuyas lágrimas lanzaban destellos violetas sobre los muebles, lamparitas de sobremesa, velones blancos y dorados.

Era increíble y, de tanto como había por descubrir, tardé un rato en darme cuenta de que éramos observadas. Y no por gatos.

Cuando me giré, Ulla ya no estaba a mi lado. Había ido a sentarse al lado de las dos únicas personas que había allí, además de nosotras. Bajé, poniendo suma atención en cada peldaño, y me uní al grupo. Eran dos chicas, una de ellas más joven que yo, de piel casi transparente, como si estuviera hecha de una de las gasas que colgaban de los baldaquines. Tenía el pelo rojizo recogido en una coleta tan larga que se enrollaba encima de su regazo. Por ropa llevaba únicamente una sudadera cinco o seis tallas más de la que necesitaba. Tenías las piernas desnudas y

los pies descalzos apoyados sobre la mesita redonda que había delante del sofá en el que estaba sentada. Pensé que sus uñas estaban pintadas de negro, pero cuando las vi de cerca comprobé que eran uñas muertas. La otra mujer, sentada en un curioso sillón de piel negra y reposabrazos de madera veteada de blanco, podría tener la edad de Ulla. Pero ya había aprendido que, en el submundo en el que me movía, las apariencias nunca eran reales. Aquella mujer tenía el pelo blanco cortado por debajo de la barbilla, y la piel tensa sobre los huesos de su cara. Tenía unos ojillos azules tan desconfiados como los de los gatos que nos miraban y la sonrisa más falsa que había visto en mi vida. Iba vestida con un extraño mono verde jade que dejaba sus brazos desnudos.

–Confiaba en hallaros aquí –les decía Ulla cuando llegué a su lado.

La pelirroja sonrió.

–Somos animales nocturnos, ya sabes.

–¿Y las demás?

–Oh, por ahí –y dibujó un arco con su mano que abarcaba toda la estancia–. Recolectando.

Ulla se sentó en una silla redonda de madera negra y solo tres patas, que parecía oriental. Yo elegí una butaca de tela blanca y patas torneadas. Las brujas nos contemplaron en silencio. Unos segundos después, tenían más de una docena de gatos sobre su regazo. Los acariciaban de manera mecánica.

–¿A qué debemos el placer de tu visita? –rompió el silencio la mujer mayor, con una voz masculina y aguardentosa.

–Queríamos hablar con dos de las vuestras: Rebeca y Berenice.

Las dos brujas clavaron sus ojos en mí, aunque no había abierto la boca aún.

–No están aquí...

–Sabes que están proscritas...

–... desde que las sombras las vetasteis...

–... y tienen prohibido el acceso a esta casa.

La pelirroja se levantó y fue hasta una mesa rectangular sobre la que se amontonaban platos sucios, botellas, copas, bandejas con comida, fruteros repletos y un sinfín de cosas. Era evidente que a estas mujeres les gustaba acumular cosas, pero no tanto mantenerlas limpias y ordenadas. Llenó una elegante copa con un líquido ambarino y cogió uvas de un frutero.

–¿Es que habéis decidido levantarles el castigo? –dijo desde allí y, pese a la distancia que nos separaba, su voz llegó hasta nosotras de manera nítida y diáfana. La cueva tenía una acústica maravillosa.

Regresó al sofá, comiendo con una delicadeza atípica las uvas. Me ofreció una, pero la rechacé con un gesto.

–No son granadas, no debes asustarte –me dijo de manera enigmática.

–Tampoco veo por aquí a Hades –contesté.

Ambas brujas se echaron a reír. Ulla se acomodó mejor:

–Bueno, todas las cartas están sobre la mesa. Ya habéis oído hablar de la Reina Azul –la forma en que las brujas me escutaron con la mirada fue muy incómoda–. No, continuarán proscritas, al igual que vosotras, si os negáis a ayudarnos. Tenemos que hablar con ellas para saber si se han llevado... algo que nos pertenece.

La pelirroja dejó de masticar y la miró fijamente, pero la de pelo blanco soltó una carcajada grave.

–¿Nos estás amenazando? ¿Y qué haríais vosotros contra todas nosotras? –nos desafió la pelirroja.

La de pelo blanco le puso una mano sobre la pierna, tranquilizándola.

–Oh, vamos –dijo–, sabéis que nos mantendremos neutrales en vuestra batalla con el reviniente. El pacto que hayan hecho esas dos con Iskender es asunto de ellas, no nos representan. Pero Raiña tiene razón: dime, ¿qué crees que podríais hacernos si nos negáramos a colaborar?

Lo que ocurrió a continuación fue muy rápido y, por inesperado, no pude hacer otra cosa que levantarme tan violentamente que derribé mi sillón. Ulla se había levantado, molesta con la osadía de las brujas, y en ese momento la pelirroja pegó un salto sobrehumano con las manos extendidas hacia su cuello. Ulla se desmaterializó en parte, de forma que cuando la bruja apresó su cuello en realidad no tocó más que humo, pero las manos de la incorpórea siguieron siendo físicas, así que la agarró de la cabellera roja, que llameaba, y la subió volando hasta la cúpula de la cueva. Los gritos que profería la bruja activaron algún mecanismo de defensa en la inmensa población de gatos, y todos, absolutamente todos, comenzaron a maullar, bufar y saltar como locos, intentando atacar a Ulla, que se encontraba, con la pelirroja, a más de veinte metros de altura. La bruja intentaba atacar a Ulla, pero ella se desvanecía por partes y luego reaparecía a una velocidad sorprendente.

La otra bruja, la de pelo blanco, había brincado de su silla y corría hacia un extremo de la estancia, donde había una especie de lanza con punta de madera. La agarró y la tiró con todas sus fuerzas hacia Ulla. Grité el nombre de Ulla justo a tiempo de que la viera venir y se convirtiera en humo completamente. Contra quien sí chocó la lanza fue contra la pelirroja, y la derribó como un saco. Afortunadamente, cayó sobre una de las camas con dosel y se incorporó con la lanza en la mano. Docenas y docenas de gatos se arremolinaron a su lado. Cuando comprobaron que estaba bien, perdieron el interés y cada uno fue a ocupar su antiguo lugar. Cuando me descubrió, me fulminó con la mirada. La de pelo blanco corrió hasta situarse a su lado. Le preguntó en un susurro si se encontraba bien y luego le dijo que se lanzaran a por mí, ahora que estaba sola. Pude escucharlo perfectamente, así que di un paso hacia delante y contesté con otro susurro que, estaba segura, oirían perfectamente:

–Si Ulla ha sido capaz de haceros eso, imaginaos lo que os haría yo. Os

arrastraré con mis propias manos a Pandemónium si no me decís dónde está Rebeca.

Tras unos instantes de consulta secreta, se acercaron midiendo las distancias.

–Tú –comenzó a decir la pelirroja–, sabíamos quién eras pero dudábamos de tu poder. ¿Sabes? No eres como ellos, tu sombra es distinta. La de ellos es más negra, cuando la tienen, como sus almas, pero la tuya es distinta. Mírala, es azul, ¿no la ves? Azul índigo.

–Eso es imposible –objeté.

La de pelo blanco abrió los brazos y bramó:

–¿Qué? ¿Qué es imposible aquí? ¡Dime!: ¿nosotras?, ¿tú?, ¿lo que acabas de hacer?, ¿que ella vuele?, ¿este sitio?

Admití que tenía razón. Tal vez veían mi sombra azul. Por mí, como si era rosa pálido.

–¿Dónde está Rebeca? O la siguiente vez no os depositaré sobre el suelo.

–¡Vale, vale! Rebeca está viviendo ahora en la tumba de sus padres. Berenice no lo sé, está desaparecida. Si no ha muerto ya.

–Era muy mayor –terció la pelirroja–. Solo sobrevivía a base de piel de vampiro, pero desde que les negasteis el acceso a ella no pudo detener su envejecimiento.

–Rebeca también lo es –dije, recordando mi encuentro fugaz con ella en el Templo de Debod–. Me impresionó verla así.

Las dos brujas rieron.

–Sí, ya, bueno –dijo la de pelo blanco–, eso les pasa también por negarse a admitir el paso del tiempo. Allá ellas. No a todas nos preocupa por igual.

–De todas formas –le cortó la pelirroja–, lo que fue devastador para ella fue tu traición.

–¿Mi qué?

La pelirroja tomó asiento y la de pelo blanco hizo lo mismo. Fue como si hubiéramos vuelto a los instantes previos a la tormenta, como si la pelea no hubiera ocurrido. Vi de reojo que Ulla había regresado y estaba a mi lado, ajustando su moño impecable.

–Tu traición. Lo que hiciste con Cala. Verás, Rebeca te idolatraba. Estaba obsesionada contigo. Cuando salió de aquí estaba convencida de que acabaría dando contigo. Ya andaba con Iskender, pero creo que intentaba jugar a dos barajas.

–¡No hice nada con Cala! ¡Fueron ellas mismas las que la lanzaron al abismo! ¡Intenté salvarla!

Como si no me hubiera escuchado, la pelirroja continuó:

–Tenías que haberla visto, cómo se vanagloriaba de haberte conocido al fin las dos o tres últimas veces que la vimos por aquí. Estaba insoportable. Crecidita. Impertinente. No nos gustaba su juego con Iskender y habíamos tomado la

decisión de echarla de esta casa, que se buscara otra, cuando nos llegó la noticia de que vosotros la habíais castigado. Eso nos sirvió de excusa para repudiarla cuando regresó pidiendo ayuda. Es cierto que algunas se pasaron humillándola, pero al fin y al cabo Rebeca había dejado de ser de las nuestras, así que poco me importaba ya. No la he vuelto a ver.

Ya tenía lo que había ido a buscar:

–Ulla, nos vamos.

Miré alrededor. Había provocado un desorden caótico en la cueva.

–Tenéis trabajo por delante. Espero que tengáis claras vuestras fidelidades.

La de pelo blanco se acercó a mí.

–Por supuesto. Seguiremos siendo neutrales, a no ser que las sombras requieran de nuestra ayuda.

Y me dedicó una sonrisa, tan gélida y falsa, que se me erizó el vello de la nuca. No quería seguir allí por nada del mundo, así que me desvanecí para reaparecer en la plataforma metálica. Un poco de teatralidad en la salida no vendría mal. Desde allí contemplé por última vez la extraña caverna.

Esa misma noche me acerqué al cementerio de La Almudena, pero lo hice con la sensación molesta de estar perdiendo el tiempo. Raiña había dicho que Rebeca se escondía en la tumba de sus padres. Recordaba el mausoleo, aquel en el que nos escondimos la noche en que me llevaron a ver a Constanza, la vampira. Recuerdo que las fechas de la muerte de los padres de Rebeca me llamaron la atención por lo alejado, unas muertes demasiado antiguas, pero no había vuelto a pensar en eso.

No estaba allí. El mausoleo estaba abandonado. No importaba. Ya les sacaría la verdad.

19. El secreto de Mateo

El refugio que había seleccionado Ulla para desaparecer durante un tiempo –lo de desaparecer era su peculiar sentido del humor– era, cómo no, un enclave mágico y estremecedor que, de haber seguido con mi vida anterior, probablemente no hubiera podido conocer nunca.

Al norte de Italia, entre el lago Como y el lago di Garda, en lo que parecía un valle excavado a mano entre las montañas, había un pequeño lago. Y cerca de una de las orillas, una pequeña isla, comunicada con tierra firme por un puente de madera que se elevaba en una sutil parábola para luego descender sobre la superficie rocosa y boscosa de la isla. En ella, algún loco visionario había construido un castillo neobarroco, rodeado, en su cara oeste, por un jardín renacentista.

Era, simplemente, una de las creaciones más hermosas e impactantes que había visto en mi vida. Nada, ninguna otra propiedad de los incorpóreos, podía igualar en belleza a aquel maravilloso edén al borde de un lago de agua cristalina en la que se reflejaban montañas salpicadas de enormes bosques oscuros. La primera vez que me asomé a su mirador de columnas enjaretadas de plantas trepadoras comprendí el síndrome de Stendhal, me rendí ante su belleza. La luz se reflejaba sobre su superficie de la misma manera que flotarían las notas melancólicas de un piano, colándose por una rendija de mi alma, más humana y mortal que nunca.

Y su ausencia cobró un peso imposible de digerir.

Ulla me pidió que ocupara una de las habitaciones del ala norte, una parte del castillo construida sobre el risco en que terminaba abruptamente la isla. Si me inclinaba por encima del alféizar de mi ventana, lo que esperaba tras una caída en picado eran las rocas sumergidas bajo el agua fría y oscura del lago. La habitación tenía forma redondeada y, ocupando justo el centro, una cama altísima con un dosel de madera labrada. Mientras deshacía mi maleta, me preguntaba cuánto tiempo estaría allí y qué ocupación tendría en aquellos momentos el castillo. Era gigantesco. Estaba segura de que podría albergar la totalidad de incorpóreos más sus edecanes. Eso sumaba varios cientos de personas. Más aquellos que no eran personas, como las hadas y los vampiros. ¿Estarían allí también?

Cuando abrí el armario para dejar mi ropa, encontré dentro, colgando de una percha, una funda de plástico transparente ocupada con lo que resultó ser un increíble vestidodjoya que estuve admirando un buen rato.

Luego salí a pasear. Los salones estaban vacíos. No había coches en el parking al pie del puente, ni ninguna barca amarrada en el maravilloso embarcadero de piedra.

Pude sentarme en la balaustrada del mirador sobre el lago. El sol del atardecer había ido moviéndose hacia mi izquierda y, en su trayecto, perdiendo fuerza para convertirse en una bola anaranjada, ya semioculta por los picos de las montañas. Sin luz, ahora el lago era una masa oscura, fría y amenazante.

Estaba tan ensimismada que no reparé en su presencia hasta que me rozó el antebrazo con el dorso de su mano. Pegué un salto y le reñí, pero eso solo le hizo sonreír.

—¿Has visto el vestido? —quiso saber Kostya—. Huan dice que es de tu talla. Estoy impaciente por verte con él.

—¿Para qué lo necesito?

—¿No te lo ha contado Ulla? Decidió organizar una fiesta de disfraces. Al parecer, la tensión entre algunas viejas sombras se está volviendo insoportable. Dentro de tres días, esto se volverá un carnaval. Un carnaval de fantasmas.

—Pues no me parece la mejor idea, con lo que se avecina.

—Oh, vamos —me dio un codazo simpático—, tú puedes con todo eso, ¿no?

Me senté de espaldas al lago, con un extraño presentimiento en el estómago.

—¿Qué habrá después, Kostya? Quiero decir: tras la batalla, ¿qué me esperará? Tanto si ganamos como si perdemos... ¿qué habrá ocurrido con mi alma? Yo no soy como vosotros. Pero tampoco pertenezco ya al otro mundo. Estoy en tierra de nadie. Y temo por mi alma.

Kostya dejó caer los hombros y clavó la mirada en el suelo adoquinado.

—No soy el idóneo para ese tipo de preguntas. No quiero saberlo. No busco esa clase de respuestas. Por eso vivo alejado de todos ellos. Si no hubiera sido por ti, nada de esto que está ocurriendo me habría afectado. Hubiera permanecido en mi desierto.

—¿Cuánto podrías haber aguantado al margen de todo? ¿Cien años más?

Se levantó de golpe.

—¡Lo que fuera! —habló con cierta nota de impaciencia en la voz—. No es mi problema. No me amedrenta ser como soy. Lo que soy. ¿Me preguntas por tu alma? Ni idea. Probablemente eso no exista. Tal vez sea un invento vuestro, para ayudaros a regular vuestra conciencia.

—Me recuerdas a Rebeca, hablando así. Ella tampoco creía.

—¡Pero yo sí he creído, Pers! He llevado guirnaldas de flores en el pelo —y se tocó el pelo negro, que, ahora me fijaba, era sedoso—, que trenzaba para mí una mujer bella. Y todo aquello que sentí, desapareció con el viento de la noche. Entre los cascos de los caballos. Una madrugada infame, repleta de fuego y muertes. Si alguna vez he tenido alma, murió entonces.

Apoyó las dos manos sobre la balaustrada y fijó la mirada en el lejano horizonte durante un buen rato. Luego habló con parsimonia, palabras lentas que tiraban del yugo de sus pesados recuerdos:

—¿Y sabes otra cosa? Que no ha tenido ninguna consecuencia aquella pérdida. Nada cambió. Así que no veo tan importante tener o no alma.

Pero, por mucha frialdad que intentara aparentar, aquello que acababa de recordar debía de seguir doliéndole, porque sin despedirse dio media vuelta y abandonó la terraza. Recordaba lo que me había contado Gabriel sobre su historia, la masacre del Siculicidium, y quería saber más, así que le seguí.

Entré en el pasillo, que tenía las paredes pintadas con trampantojos, y pasé delante de la biblioteca, con sus anaqueles de madera repletos de libros. Tampoco había nadie allí, pero en la mesita que tenía la única lamparita encendida había un libro abierto. El sillón orejero junto a la mesita tenía aún el asiento ahuecado, como si alguien lo hubiera ocupado instantes antes. Curioseé el libro. Era una versión en español de *Pequeños poemas en prosa (El Spleen de París)*, de Baudelaire, el mismo autor que leía Kostya en el palacio de Madrid. La página por la que estaba abierto tenía unas líneas subrayadas:

Me miró con unos ojos inconsolablemente apenados, que destilaban una insidiosa embriaguez, y me dijo con

cantarina voz: «Si quieres, si quieres te haré dueño de las almas y dominarás la materia viviente, más aún que el es cultor la arcilla; conocerás el placer, cada vez mayor, de salir de ti para olvidarte en otro, y de atraer a las demás almas hasta confundirlas con la tuya».

Miré el título de ese poema en prosa. *Las tentaciones o Eros, Pluto y La Gloria* (1).

Iba a dejarlo en su sitio cuando ocurrió algo. Al principio solo noté una extraña familiaridad con el texto. Tal vez lo había leído tiempo atrás y aleteaba perezosamente en mi memoria, solo que estaba segura de no haberlo leído nunca. Luego comenzó un suave cosquilleo, como si me acercara a una meta que no comprendía. Me senté en la butaca y releí el párrafo varias veces. Qué era, qué era lo que me sonaba tanto, cada vez más cerca pero aún difuso.

Mi corazón se paralizó en el preciso instante en que caí en la cuenta. Leerlo en voz alta fue lo que me dio la clave, una clave que heló mi espina dorsal. Me levanté tan rápido para encender las luces de la biblioteca que tiré el libro al suelo, porque necesitaba comprobar que estaba sola en aquella habitación. Que no había rincón oscuro donde se pudiera esconder aquel al que había escuchado pronunciar unas palabras similares...

... «Yo podría ayudarte a salir de ti y habitar otras almas», me había dicho

Iskender una vez. Me agaché a recoger el libro del suelo y repasé el poema de Baudelaire.

Sin duda, quien hubiera subrayado aquellas líneas me había dejado un mensaje. Un recordatorio de la oferta de Iskender.

Salí corriendo al pasillo, desesperada por encontrar a Ulla. A Gabriel, Nui, Huan, quien fuera. A Kostya... Frené en seco y estuve a punto de chocar contra una consola de madera. ¿Kostya? ¿Era posible que hubiera sido él? ¿Que me hubiera atraído hasta allí? ¡Mierda!, no podía ser.

Continué mi búsqueda, pero no había nadie. Los pasillos, los salones, las terrazas, no había nadie. El castillo estaba desierto. La cabeza me daba vueltas a causa de la terrible coincidencia.

Por fin, oí voces y me dirigí hacia ellas a toda velocidad. En el parking unos incorpóreos descendían de sus coches, más o menos estrafalarios, mientras sus edecanes se ocupaban de sus equipajes. Pero Ulla no estaba entre ellos. A quien sí vi fue a Dorian. Nos descubrimos al mismo tiempo y me llamó imperiosamente. Bajé a su encuentro para preguntarle por Ulla.

—¿Ulla? Viene detrás, en unos minutos habrá llegado.

Le di las gracias e iba a zafarme de él, cuando me agarró con firmeza, con demasiada firmeza, los dos brazos. Habló con urgencia:

—Escucha, tengo que decirte algo muy importante. Perséfone, te ruego que me escuches.

Recordé lo insistente que estaba últimamente con algo que quería contarme. No tenía sentido seguir rechazándole y debía aguardar la llegada de Ulla para contarle el hallazgo del libro (¡no, Kostya no!), así que abandoné toda resistencia.

—Dime.

—Coge mi mano, por favor.

—Dorian, que esto no sea uno de esos nauseabundos recuerdos de tu colección...

—¡Coge mi mano!

Lo tajante de su voz me pilló por sorpresa. Coloqué mis manos en las suyas y me apretó con fuerza...

...Me vi en otro plano temporal, como en un extraño juego de espejos. Gritando algo, enfurecida. Más joven. El pelo aún sin cortar. Encerrándome en mi habitación. Entonces él se quedó —¿desde qué ojos contemplaba esa escena?, ¿acaso no lo sabía ya?— desorientado, desconcertado, enfadado después, con una ira que se movía por oleadas que fluctuaban desde el desamparo a la irritación, pero no era la única bola que ardía en su pecho de chico joven. Había una sombra mayor, más profunda y amenazadora, la del miedo. Esa paralizaba sus movimientos. Bloqueaba su razonamiento. También podía ver proyectada en su cabeza una figura, la de un ángel de la muerte disfrazado de pobre idiota con la cara picada de viruela. El interventor venía a por él y no había podido decírselo a su hermana. Tenía que

ponerse a salvo antes de que llegara al piso. Por la maldita idea de llamar a esa chica. ¡Dios!, pensé, seguía siendo un niño. Entre las opciones que intentaba barajar estaba la de regresar a casa de sus padres. Pero no podía pensar con claridad, una espesura fría y con sabor metálico le cerraba las ideas. Si hubiera decidido regresar con María, su madre, si tan solo hubiera regresado con María, ahora seguiría vivo. Pero sentí como cogía a tientas algunas cosas y salía a trompicones del piso, mirando por encima de su hombro a cada paso, asustado, corriendo a tramos, resoplando, directo al Blue Bay. Un sorprendido Max le saludó, qué haces aquí tan pronto, hombre, no empieza tu turno hasta dentro de una hora y si tu hermana piensa que te estoy explotando me va a matar. Quédate a cenar, entra en la cocina y dile al Cocinero que te prepare algo de cenar, que para dar de beber y comer a los clientes tienes que tener el estómago lleno; pero qué te ocurre, tienes una cara de susto que tumba, tranquilo, hombre, tranquilo, siéntate ahí, espérame un segundo y me cuentas, dime, ya estoy contigo, y mi pobre hermano hablándole del interventor, que iba a la ciudad para buscarlo y abroncarlo o darle una paliza, que todo el mundo en su barrio sabía cómo era el interventor y cómo se las gastaba, y haberse acostado con su hermana había sido un error, solo comparable con decirle después que se había equivocado, que no quería saber nada de ella porque temía a su hermano, cómo había quedado llorando ella, y ahora el interventor venía a por él y no tenía dónde meterse. Y veo, a través de los ojos de Mateo, la mirada de Max, al principio velada de incertidumbre, luego oscura y profunda, sopesando el alcance de las palabras de Mateo, calibrando en una mano su miedo infantil y en la otra cuánto de verdad había en sus palabras. Y Max que llama al Cocinero y le pide que se siente a la mesa, para ayudarles a buscar una solución. Desfilan nombres extraños, arrítmicos, opciones irreales, hasta que se recorta la silueta de Hermi en la puerta del Blue Bay; Hermi, que escucha con atención maternal, que tiene el esmalte de las uñas comido, que se levanta para hacer una llamada y cuando regresa les dice tranquilos, está todo arreglado, toma Mateo, estas son las llaves de mi casa, bájate en esta estación de metro, esta es mi dirección, ya lo sabe mi marido; si me esperáis despiertos, vemos los tres cómo salir de esta, ¿vale? Y no hagas caso a mi niña, que tiene unos quince años muy tontos. La tarde transcurre lenta y espesa, repleta de sobresaltos cada vez que se abre la puerta. Y, al fin, el tiempo se descoagula cuando Max le dice que se vaya ya.

Y luego el abismo. Sentí a Mateo perdido por el barrio de Hermi, Mateo buscando a alguien a quien preguntar, Mateo deteniéndose ante un coche negro que le cierra el paso, Mateo congelando su vida al ver bajar del coche al interventor, Mateo corriendo, huyendo, resollando, gritando, pidiendo ayuda, siendo cazado como un perro, forcejeando, suspirando al dar la batalla por perdida, enfriándose tirado en la calle, mirando alucinado su mano ensangrentada...

... Mateo odiando a su hermana por no haberle prestado atención. Odiándola

justo cuando su aliento se convertía en un río helado que no fluiría ya más.

Lloraba tanto cuando retiré la mano de la de Dorian que este, indeciso y algo sobrecogido, solo atinó a darme un par de golpecitos en el hombro antes de dejarme sola, porque la verdad acababa de ser tan brutal y fría como el filo de metal de un cuchillo. Acababa de comprender el motivo por el que nunca encontraba a Mateo en Pandemónium. Por qué la única vez que me topé con su alma no fue dentro de las murallas, sino en el terreno descarnado y abierto en el que purgaban sus penas las almas malditas que habían cruzado el túnel con odio en su equipaje.

Mi hermano Mateo era un occiso. Algo imposible de concebir, tan lejano al niño que fue, al inmenso amor que seguía sintiendo por él, que estrellarme contra la verdad me desolló viva, hizo que la vida se me escapara un poco más. La herida del cuello comenzó a doler furiosamente. Eran tantos, y tan oscuros, los caminos derivados de aquel descubrimiento que, por unos instantes, también tuve la tentación de odiar con todas mis fuerzas a Dorian, antes de reconocer que él era solo un mensajero.

Había sido yo la culpable de que mi hermano pequeño se convirtiera en uno de aquellos abominables seres contra los que iba a luchar. ¿Había sido yo? ¿Era mi culpa? Era insoportable. Me derrumbaría.

Unas arcadas salvajes me doblaron por la mitad y tuve que sentarme en la escalera, agarrando mi estómago con todas mis fuerzas. Pensé que vomitaría, encima incluso de mis piernas, pero no salió nada. Solo un dolor brutal en mi pecho y en mi abdomen. El del cuello se fue imponiendo lentamente, pero apenas podía darme cuenta de mi estado, cegada por la furia y la rabia. La tortura de saber ahora qué era Mateo me lanzó a hacer una migración fulminante a la Ciudad Roja.

Anduve por sus callejuelas estrechas, entré y salí de sus casas y construcciones, algunas tan extrañas como sus habitantes, me llené de su tierra, con la percepción debilitada. Busqué a mi hermano en cada rincón, en cada luz que encontré, tras todas las puertas que pude abrir. Pronto me había llenado de tantas vidas pretéritas, de tantos recuerdos, de tantos nombres, que comencé a olvidar el mío propio. Y con el último resto de conciencia que me quedaba, me arrastré fuera de las murallas y comencé a deambular por el territorio de La Araña, por parajes desolados, caminé por la línea misma del horizonte, alejada toda esperanza de retornar a la vida de antes.

Entonces la gran oscuridad que reinaba a mi espalda tomó conciencia de sí misma y cobró la forma de La Araña y vino a por mí. Sucumbí al pánico y eso me hizo reaccionar, regresar.

Lo primero que vi al despertar fue el dosel de la cama en la que me encontraba. Tardé en recordar que era mi habitación en el castillo de la isla de como se llamara.

Salí de la habitación con los músculos doloridos, la cabeza aturdida y un sabor

metálico en la boca que no había logrado arrancarme con el cepillo de dientes. Enseguida descubrí que la actividad que reinaba en el palacio de Madrid se había trasladado por completo allí. Me mareé un poco y salí al exterior para respirar aire. Apoyada en una barandilla de piedra semienterrada por una hiedra color verde plateado, contemplé un bonito atardecer. Aquello calmó un poco mi dolor de cabeza. Debía de haber estado durmiendo casi un día entero. Mi estómago rugió de hambre. En ese momento me percaté de unos camareros vestidos de negro con largos delantales blancos anudados a su cintura, que acarreaban bandejas cubiertas con servilletas blancas, elaborados centros de flores que combinaban el violeta y el blanco, copas de cristal tallado y mil cosas más. Dos de ellos empujaban delicadamente un carrito de grandes ruedas doradas. Los seguí, ya que todos iban en la misma dirección.

Estaban terminando de preparar una fiesta en el increíble jardín de la parte trasera del palacio, que no había descubierto aún. El jardín tenía una composición geométrica alargada y sus divisiones estaban delimitadas por altísimos cipreses y dos aljibes que nacían casi al pie de la escalera en que me encontraba, y morían al final del extensísimo jardín. A intervalos regulares, fuentes, ligeras pasarelas de madera que cruzaban estanques donde grandes nenúfares ocultaban el agua, bancos circulares de piedra bajo arcos formados por bojs o junto a parterres cubiertos de rosales. La decoración del jardín, con motivo de la fiesta, no hacía sino resaltar la belleza del sitio, aunque, de alguna forma, también estorbaba un poco, porque las guirnaldas de bombillas diminutas prendidas en los bojs, y las hileras de velas a orillas de los dos aljibes, parecían romper el equilibrio del delicado edén que estaba contemplando.

Y, como ya venía siendo habitual en mi vida, cada vez que alguna emoción directa tocaba mi corazón, el espacio vacío de Gabriel me aplastaba como a una mosca en un cristal.

Alguien me dio un suave toque en el hombro. Ulla se apoyó a mi lado para contemplar la fiesta del jardín.

—Te parecerá una frivolidad —me confesó—. Y probablemente lo sea. Pero tampoco nos viene mal una distracción. Sobre todo a ti. ¿Dónde te has metido en los últimos tres días?

La miré boquiabierta. ¡Tres días! Antes de que hablara, tocó la punta del pañuelo naranja que cubría mi cuello completamente. La herida había empeorado mucho tras mi infructuoso intento de dar con Mateo y ahora la mancha descendía por la clavícula hacia el pecho y el hombro derechos.

—Tengo demasiados problemas para pensar ahora en una fiesta —intenté excusarme—. No es lo que más me apetece del mundo.

Ulla no se apresuró en contestarme.

—¿Sabes cuál es el verdadero motivo de una fiesta? No me refiero a una

celebración, una onomástica o una reunión espontánea. Hablo de una auténtica fiesta. Que no necesita ningún motivo para organizarse. La gente las utiliza para conocer a otros, cerrar acuerdos o negocios, alejarse por unos momentos de los límites cotidianos, perseguir al dragón..., cualquier excusa es válida. Todo sirve, porque en realidad una fiesta no ha de perseguir nada. Salvo una cosa: recordarnos que seguimos aquí. Y eso, para nosotros, en estos momentos, es la razón más poderosa que puedo encontrar.

Detuvo su monólogo el tiempo suficiente para retirar el chal de su cuello y colgarlo del brazo.

–Sí, hará bueno esta noche. Ponte guapa y disfruta esta noche. ¡Quién sabe! –y se giró a contemplar el color del agua del lago, que ahora parecía mercurio–, puede que sea el último remanso de paz que nos quede por delante.

Y me dejó sola.

20. De besos inesperados y deseados

La fiesta comenzó con una puntualidad exquisita. A las ocho, las notas armónicas del quinteto de cuerda contratado para la ocasión flotaron hasta mi balcón de piedra, se colaron a través de los visillos de seda color marfil y se enroscaron en las columnas del dosel de mi cama.

Yo seguía aún en mi dormitorio. Primero, tumbada con desgana, desmoralizada por lo de Mateo; luego autocompadeciéndome, a lo que siguió la fase de añoranza de Gabriel, las dudas que planeaban sobre Kostya y, cuando las notas musicales se volvieron alegres y danzarinas, espanté la desgana y la apatía, asumí el discurso de Ulla y me puse en pie de un salto, dispuesta a probarme el maravilloso vestido del armario. Me costó un mundo cerrar la cremallera sola, sin pedir auxilio. Luego me maquillé, recogí el pelo y me coloqué un tocado de plumas que venía con el vestido. Después, satisfecha, me contemplé en el espejo de cuerpo entero de mi habitación.

El vestido era de la década de los felices veinte; eso era, claro, aunque no sabría decir de qué modisto o qué año. Era auténtico, no un disfraz, porque el color dorado original había devenido en un color champán envejecido. Era de dos cuerpos superpuestos. El primero, exquisito y llamativo, era una especie de gasa, completamente cubierto por lentejuelas, alargadas y redondas, en colores azul turquesa, dorado, aguamarina, haciendo ondas. Esa capa nacía de mis hombros, con un escote en pico. La otra capa era un tul de color turquesa que nacía bajo la anterior y se movía en mil direcciones. Como una flor colocada boca abajo. La espalda iba al desnudo, ya que el vestido se cerraba justo bajo la zona lumbar, pero los dos tirantes iban unidos por una finísima cadena de oro a la altura de mis omoplatos. Era tan bonito y me sentía tan viva que no me preocupó la posibilidad de pasar frío a la intemperie.

Me gustó la imagen que me devolvió el espejo. Solo esperaba que Gabriel estuviera allí para verme.

Cuando salí a la terraza, la fiesta estaba ya muy concurrida. Descubrí con alivio que la noche era cálida, incluso a pesar de la ligera brisa del lago. El jardín parecía un exquisito decorado para un cuento de hadas. Estaba repleto de guirnaldas de diminutas lucecitas y de velas. Las luces proyectaban formas caprichosas sobre los altos bojs. Había por aquí y por allá altas mesas con copas y bandejas, con fruteros plateados y botellas de cristal tallado que lanzaban miles de destellos con todos los colores del arco iris. En cada botella, un líquido diferente: unas contenían líquido rojo sangre, otras una bebida de color ambarino, o de color índigo...

La mayoría de los incorpóreos estaban allí, disfrutando de una fiesta de disfraces, como si fueran los seres humanos más normales del mundo. Aquel pensamiento me hizo sonreír y me puso de buen humor. Bajé la escalinata y me acerqué a coger una copa. Era champán rosa. Un camarero pasó junto a mí y me ofreció su bandeja. Había bombones de chocolate blanco rellenos de caramelo. Sí, iba a ser una noche interesante.

Fui en pos de algún camarero que transportara comida y luego recorrí sola el jardín. Me crucé con otros incorpóreos, aunque no todos habían observado la regla del disfraz. Ranjiv y Chandrika hicieron gala de su humor peculiar: ella iba totalmente vestida y pintada de blanco, mientras su hermano hacía lo propio de negro. Su cuerpo común, tronco y piernas, llevaba un traje mitad blanco, mitad negro. Me pregunté si esa ropa tenía algo que ver con la que les obligaban a llevar en el circo con el que viajaron de niños. Me dijeron que habían pensado disfrazarse de «medio Brahma», porque era el dios hindú de cuatro cabezas, mientras que ellos solo tenían dos, pero habían rechazado la idea porque algunos edecanes eran hinduistas y podían ofenderse. También divisé a lo lejos a Isaak, disfrazado de vikingo, con su corte de aduladores alrededor. Repugnante. Más adelante me crucé con Dorian, aún afligido por el secreto que me había revelado. Se interesó por mi estado de salud y me confesó que se sentía culpable. Intenté tranquilizarlo, asegurando que aquella era una noche de diversión, no de complicaciones que, de todos modos, seguirían allí a la mañana siguiente. Dorian llevaba una levita inglesa de finales del siglo XVIII. No me atreví a felicitarlo por su disfraz porque no estaba segura de que lo fuera.

Al fondo del jardín, discretamente ocultos tras un falso muro de setos, se encontraban casi todos los edecanes. La mayoría había escogido distintas versiones del disfraz de pirata. Nadir llevaba incluso un parche en el ojo. Silbó cuando me vio llegar y me besó en la mejilla. No me atreví a preguntarle si Gabriel se encontraba allí. Él tampoco dijo nada.

Eché en falta a Solomon, pero no sabía si este tipo de reuniones eran lo suyo o simplemente tenía trabajo que hacer.

Cuando regresaba hacia la escalera, descubrí a Ulla junto a uno de los bancos de piedra del jardín, hablando con dos incorpóreos que no iban disfrazados. A medida que me acercaba a ellos, me di cuenta de que discutían. Cuando estaba a un par de metros, los tres repararon en mi presencia. Las dos sombras desaparecieron allí mismo. Ulla puso un gesto de fastidio al ver sus estelas de humo. Luego me sonrió. Me cogió de la mano y me hizo girar sobre mis talones para admirar el vestido:

—¡Bueno, bueno, bueno! Mira a quién tenemos aquí. El vestido te sienta como un guante. Sabía que lo haría. Estaba deseando que un cuerpo joven y bello como el tuyo lo volviera a lucir una vez más.

—Gracias. ¿De dónde lo has sacado?

—De mi colección privada. Me hice con él en París, allá por 1925. Sigue siendo bellísimo.

Se apoyó en mi brazo y avanzamos hacia la almendra central del jardín, donde se encontraba la mayoría de los invitados. Ella iba vestida con un elegante traje gris oscuro de mil rayas blancas, una camisa negra y una enorme flor blanca en el ojal. Además, llevaba un sombrero a juego, un borsalino de la misma tela que el traje, ladeado sobre la cabeza.

—¿Quiénes eran esos, Ulla? Parecían enfadados.

—Agoreros. Me reñían por haber organizado esto. Creen que deberíamos estar enterrados bajo tierra, trabajando sobre la batalla. Pero creo que todos nosotros necesitábamos un respiro. ¿No te parece, querida?

Orlando vino a nuestro encuentro y me dio un cariñoso beso en la mejilla. Orlando iba vestido de... Orlando. Con una túnica larga de satén blanco y unas alas enormes de plumas blancas. A solas de nuevo con Ulla, le conté lo del libro abandonado en la biblioteca. Prestó mucha atención a mi relato, sobre todo a los detalles. Le dije que me siguiera y fuimos a la biblioteca.

No había ninguna luz encendida en aquella sala, aunque entraba suavemente la de la fiesta a través de los ventanales. Encendí una lamparita y me dirigí hacia la mesa donde había dejado el libro, pero no estaba allí. De alguna forma, me lo esperaba. Me giré a Ulla y me encogí de hombros.

—¿Estás segura de que eran las palabras de Iskender?

—Sí, no tengo la menor duda.

—En tal caso, solo puede haber dos explicaciones: o bien el mismísimo Iskender se ha colado ante nuestras narices aquí, sentado en esa butaca y subrayado el libro para que tú lo vieras, o bien la sombra traidora hizo esa misma secuencia de hechos. Ninguna de las dos es alentadora.

Se acercó y me cogió por los hombros:

—Perséfone, querida, ten mucho cuidado y pon tus cinco sentidos en alerta. Si percibes alguna señal que te pueda indicar quién dejó ahí ese libro, tienes que decírmelo inmediatamente, ¿de acuerdo?

Asentí. Tal vez hubiera debido decirle entonces las extrañas coincidencias que vinculaban a Kostya con aquel libro, pero me callé. Me negaba a sospechar de él.

—Venga, regresemos a la fiesta.

Cuando regresamos a la terraza, vi a Gabriel antes de que él me descubriera a mí. Estaba al pie de la escalera. No iba disfrazado. Llevaba puesta una camisa de color claro, aunque no pude distinguir el color, y un pantalón oscuro. Estaba de espaldas a mí, cogiendo una copa de una bandeja. Mis constantes vitales se quedaron congeladas. Justo en ese momento, él se giró en mi dirección. Iba a dar un trago de su copa, pero cuando me vio, se quedó paralizado, observándome. Puede que cesara la actividad en el resto de la fiesta. O en el planeta entero. Después de unos

minutos, o tal vez horas, su mirada se desplazó por mi cuerpo, de abajo arriba, lentamente. Al cabo de una eternidad, bajó lentamente la mano y depositó la copa sobre una mesa a su lado, sin quitar sus ojos de los míos.

Y justo cuando comenzaba a tener esa reconfortante sensación de que nuestro vínculo estaba recomponiéndose de manera milagrosa, un acusado movimiento llamó mi atención: por el paseo central se acercaba a grandes zancadas Kostya, sus ojos clavados en mí de una forma salvaje. Iba vestido de negro de los pies a la cabeza, despidiendo un embrujo irresistible a su paso. Cuando por fin volví mis ojos hacia Gabriel, este había desaparecido.

Bajé la escalera todo lo rápido que me permitió el vestido y los zapatos de tacón. Lo busqué alrededor, pero no estaba a la vista. Algo me decía que no podía haber desaparecido sin más. Eso en él hubiera sido una grosería. Así que eché a correr sobre la gravilla hacia mi derecha, rodeando el palacio. Por allí se llegaba, según descubrí, al aparcamiento de coches. Pero fue en vano: justo en ese momento, un deportivo negro volaba en dirección al puente que comunicaba la isla con tierra firme, dejando volutas de polvo suspendido en el aire. Sin duda, Gabriel iba en él.

Al principio me invadió el desánimo y dejé caer los hombros, abatida. Pero enseguida, ese sentimiento fue reemplazado por otro más vivo, de enfado, y me enfurecí por momentos. ¿A qué estaba jugando?

Escuché mi nombre y me di la vuelta. Kostya me había seguido hasta allí. Me percaté de que iba vestido con una casaca, pantalones negros y botas altas de montar. Estaba muy atractivo, pero no fue solo eso lo que me decidió a hacerlo. La huida repentina y furiosa de Gabriel influyó y mucho.

Di dos pasos hacia Kostya, cogí su cara entre mis manos y, antes de arrepentirme, lo besé con fuerza. Olía muy bien, a aire frío y puro. Él tardó uno o dos segundos en sobreponerse a la sorpresa, y luego puso sus manos cálidas sobre mi espalda desnuda. Primero con suavidad, pero enseguida me acercó hasta pegar su cuerpo al mío. No pensé en nada más, simplemente dejé que me electrizará. Pronto apareció en mi piel –y en la suya– la señal que anunciaba un cambio de dirección: si seguíamos besándonos así, sabía dónde nos conduciría la situación. Me detuve. La luz que brillaba en sus ojos me mostró claramente que había algo más profundo además del deseo físico. Aquello me desconcertó un poco y comencé a sentirme mal. Dejé que mis manos resbalaran hasta el vacío. Kostya dio un paso hacia atrás, se separó de mí.

–Él sigue ocupando tus pensamientos, ¿verdad?

No supe qué contestarle. Sí, claro que sí, seguía ocupando mis pensamientos. Pensé que cualquier cosa que le dijera le heriría más. Clavó su mirada en el suelo y se frotó nervioso el cuello, donde momentos antes había puesto mi mano. Luego me miró, desafiante:

–No me importa esperar. Tengo toda la vida para esperar a que él desaparezca de

tu lado. Entonces me puedes buscar. Cuando ya no siga en tu cabeza, volveré a besarte. Necesito una copa –suspiró pesadamente y regresó a la fiesta.

Me quedé allí sola plantada, de cara a la pared, sin saber muy bien por qué le había dado un beso. ¿Qué sentido tenía?, ¿herir a Gabriel? ¡Menuda idiotez! Me había comportado de una manera infantil y no era justo para Kostya.

Noté que las piernas me flaqueaban, así que busqué un apoyo. Retrocedí hasta la pared y me dejé caer hasta quedarme sentada. Pensé fugazmente que la gravilla estropearía el vestido, pero no podía moverme. Las piernas me pesaban una tonelada. Escondí la cara entre las rodillas.

Entonces escuché unos pasos que se detuvieron, seguramente al descubrirme. Me daba igual quién fuera. Podía ser Kostya, que hubiera regresado; cualquier incorpóreo, que iría a escupirle a Ulla que no había sido buena idea la fiesta, Orlando...

Los pasos se acercaron más. Alguien se sentó a mi lado. Noté unos dedos ligeros sobre mi rodilla así que levanté la cara para ver quién era y mi corazón dio un vuelco. Gabriel me estaba mirando, serio, pero no mediaban cientos de kilómetros entre los dos, como la última vez que estuvimos a solas.

–Quería pedirte disculpas por mi comportamiento de antes –se excusó–. Sabía que estabas aquí y que nos encontraríamos en la fiesta, pero... cuando te he visto... no podía respirar. Dolía tanto verte que pensé que no podría soportarlo.

Cruzó las manos sobre sus rodillas.

–Por eso me he ido de esa manera tan abrupta. Necesitaba respirar. Cada día que paso alejado de ti es una tortura. No puedo seguir resistiéndome. Te lo dije una vez y no te mentía: vivir sin ti no tiene sentido alguno. Expandes los límites de mi existencia. Mi mundo está cerrado a cal y canto si no estás en él –dudó unos momentos, luego continuó–: Supongo que todo esto te sonará a chino. No me olvido de que soy algo mayor que tú. Por eso me sorprende todavía la fuerza con la que me arrasan los sentimientos cuando se trata de ti. Y siempre se trata de ti.

Gabriel se interrumpió cuando pasaron dos incorpóreos hablando. Nos saludaron con un breve gesto de la cabeza y continuaron su marcha. Cuando volvió a hablar, parecía escoger con tanto cuidado sus palabras, que el temor a que me dijera adiós de manera definitiva fue cobrando fuerza en mi pecho de una forma dolorosa.

–Así que, como puedes ver, me encuentro en una encrucijada. No puedo vivir sin ti pero no me permites que continúe a tu lado. Con cada una de las decisiones arriesgadas que tomas y que te exponen al peligro, me estás rechazando. Me relegas a un plano tan alejado de tu vida que no podría continuar viendo cómo te diriges al abismo. Por eso tuve que irme de tu lado. Pero he descubierto que no es una solución, solo un agravante del problema. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Negué con la cabeza, aunque, a decir verdad, sí lo comprendía. Pero él no se

enfadó por mi negativa. Tomó aire y prosiguió:

–Te estoy pidiendo que me devuelvas la vida. Que me dejes volver contigo. Que no me vuelvas a apartar de tu vida y de tus decisiones. Que confíes en mí.

Despacio, cogió mi mano y la besó. Una mezcla de amor puro y deseo físico apareció en mi cuerpo y en mi cabeza. Lo que dije a continuación lo hice impulsivamente, sin pensar:

–Tengo que contarte una cosa. Ha pasado algo.

Le dije que había besado a Kostya. Que no iba a buscar excusas en lo enfadada que me encontraba con él por haber desaparecido sin avisarme. La única verdad incuestionable era que lo había besado. Él me miró aterrado. Luego se levantó y dio algunos pasos, como un león enjaulado. Cuando volvió a hablar, intentaba que su voz sonara fría, pero nada más lejos de la realidad:

–Lo entiendo. Me alejaré de ti, no voy a estorbar, si es lo que quieres realmente...

Me levanté rápidamente y me lancé a coger sus manos:

–¡No, no! ¡No lo has entendido! Fue un error besarlo. Solo quería castigarte, ha sido una...

Sin dejarme terminar la frase, me besó.

21. Raiña vuela

Los días que siguieron a la fiesta fueron extraños, como los momentos que preceden a una tormenta. A todos los que estábamos en el castillo entonces nos envolvía una calma anómala, como una gasa transparente, algo que en cualquier momento podía ser rasgado para que surgiera del interior la verdadera realidad, la batalla que día a día se acercaba más. A mí me dio por pensar que los presagios que inundaban a todos los incorpóreos eran de lo más funesto, pero que era algo que todos se esforzaban por disimular, como si se pudiera ocultar.

Tanta información bullendo en mi cabeza, de mi entrenamiento, al que tendría que regresar tarde o temprano, de las anteriores reinas azules, de Iskender, de mi hermano Mateo...

Y también estaba la sombra de una idea terrible, formándose en mi cabeza, en el rincón más oscuro y tenebroso de mi cabeza, segundo a segundo, tomando cuerpo lentamente, invadiéndome como un parásito, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Desde luego, había dos verdades a las que no podía sustraerme: en primer lugar, Gabriel y yo volvíamos a estar juntos y el equilibrio que ello proporcionaba a mi alma superaba los malos momentos. Y en segundo lugar, entre aquellos extraños seres me encontraba cada vez más cómoda, en casa. Y ese sentimiento tenía bastante de inquietante.

Luego estaba Kostya. Cada vez que me cruzaba con él, agachaba la mirada, nerviosa. Intentaba saludarle aparentando normalidad, pero sabía que me había portado mal con él, que había actuado de forma egoísta. Y a él tampoco le gustaba la situación, porque o bien no levantaba los ojos del suelo, o bien me miraba con aquellos ojos suyos tan llenos de fuerza que eran capaces de atravesar un muro de hormigón. Nunca me devolvía el saludo. No volvería a hablarme, estaba segura.

El rostro de Lyuba fue volviendo a la normalidad lentamente también. El vendaje que había estado ocultando su cabeza había desaparecido, pero, al parecer, no los frecuentes dolores de cabeza que seguía teniendo. Solomon, que se había trasladado con ella al castillo para seguir su evolución de cerca, no atinaba a explicar por qué la sobrehumana capacidad de recuperación física que tenían los incorpóreos no había sido capaz de curarla del todo. Sospechaba que los humanos de La Sociedad habían hecho algo con el cuerpo de Lyuba mientras la tenían atrapada y esa posibilidad le tenía desconcertado. Además, para agravar la cosa, el humor de Lyuba había empeorado notablemente. Estaba arisca e irascible y no quería hablar con nadie, excepto algunas palabras que cruzaba conmigo. No permitía que

Solomon se le acercara, cuando este quería examinar de nuevo la herida o hacerle alguna nueva prueba diagnóstica, con alguno de los aparatos futuristas e increíbles que había hecho trasladar desde su instituto. La niña comenzaba a gritar, a tirar y destrozar cualquier objeto a su alcance y, al final, Solomon soltaba un bufido y se alejaba derrotado.

Por fin, una tarde nos trasladamos de regreso a Madrid. Otro de aquellos viajes tan extraños para los demás, que Gabriel y yo hicimos en un precioso descapotable blanco, atravesando Italia y después Francia, hasta llegar a España, sin prisa por recorrer la distancia, había demasiado que saborear. Cuando llegamos al palacio, la tensión había vuelto a materializarse. Mirara donde mirara, solo encontraba una corriente eléctrica de nervios, como si todo el mundo tuviera prisa por acabar con esto y abandonar la nave. Los grupos de incorpóreos habían vuelto a formarse y discutían posibles tácticas o acercamientos al enemigo. Ulla volvió a ocupar una de las salas alargadas con sus mapas y objetos de guerra. Había un curioso anacronismo entre aquella habitación y los tiempos en los que vivíamos, en los que los ejércitos se armaban de sofisticados avances tecnológicos, aparatos informáticos, satélites capaces de distinguir el sello de un anillo en el anular de una persona a cientos de miles de kilómetros de altitud y otras barbaridades impensables cuando los mapas que manejaba Ulla fueron creados. Ella no permitía ningún aparato electrónico. De todas formas, ¿para qué hubieran servido?

Y yo había comenzado a contemplar todos aquellos movimientos como si estuviera tras un cristal.

Lo mejor sin duda fue que Gabriel y yo volvíamos a pasear abrazados, con nuestras manos enlazadas, que me sorprendía con besos, que acariciaba mi pelo y mi cuello, que los atardeceres y los amaneceres nos encontraban juntos siempre. Pero había algo apremiante ya en la manera de querernos, como si se nos agotara el tiempo.

Hablábamos sobre la mejor manera de encontrar a Mateo, antes de que Iskender supiera quién era y lo utilizara en mi contra, si es que eso no había ocurrido ya. Y sobre el Espejo de Almas. Ambos estábamos de acuerdo en que era necesario localizar a Rebeca para arrebatarse el espejo. Ulla me anunció una tarde que al día siguiente debería retomar mi entrenamiento, así que esa noche decidimos él y yo lanzarnos a la búsqueda de la bruja.

La colisión entre las aguas mansas del lago y las agresivas luces multicolores de la Gran Vía madrileña fue perversa. Apreté fuerte la mano de Gabriel y no dejé que mis dudas tomaran cuerpo. Fuimos al bar donde se ocultaba la cueva de las brujas.

El interior estaba bastante más desocupado que la vez anterior. Apenas un par de mesas con clientes. Dos camareros charlaban aburridos en un extremo de la barra. La música se oía perfectamente, sin el ruido ambiental. Precisamente porque estaban poco atareados, esta vez sí se fijaron en nosotros.

–Espérame aquí. Voy a fingir que voy al cuarto de baño. Pide cualquier cosa para beber. Enseguida regreso.

–¿Vas a ir sola a la cueva?

Asentí. Él fue a añadir algo, pero lo repensó. En su lugar, me besó en la frente.

–Ten cuidado.

El baño estaba vacío. Entré, cerré a mi espalda, empujé la pared y la puerta mágica se abrió, todo exactamente igual que la otra vez. Los túneles estaban también exactamente igual de apestosos y llenos de ratas, así que me di prisa.

Reaparecí frente a la diminuta puerta y la abrí sin esfuerzo. Pero en esta ocasión, lo primero que noté fue el barullo que salía de detrás.

Estaban todas, seguro. No faltaba ni una sola bruja en la cueva. Había más de cien mujeres, tal vez doscientas. Hablando, comiendo, fumando, riendo, encendiendo velas, arrastrando sillones, bailando. La nube de humo era tan espesa que no se podía ver bien el techo de la cueva. Y gatos, había tantos gatos como humanas. Ni un solo hombre.

Tardaron en darse cuenta de que las estaba observando desde la plataforma metálica.

Cuando lo hicieron, una oleada de silencio recorrió la cueva a medida que me iban descubriendo. La mayoría de ellas no hizo el menor movimiento, salvo mirarme. Otras se levantaron, visiblemente nerviosas. La expectación fue pronto tan palpable y rígida que podría haberse cortado con un cuchillo. Yo no estaba nerviosa, tan solo alerta. Al menos hasta que recordé a Berenice colgando de la esquina de mi estudio-trastero, con los ojos rojos y un rostro que no era humano, y mi pulso cogió una velocidad tremenda. Si todas ellas escondían el mismo monstruo, mi incursión podría fracasar de manera impensable.

Y ese silencio, tan opresivo cuando tienes detrás cuatrocientos ojos mirándote...

Varias de ellas se apartaron para mostrar a la bruja pelirroja de mi visita anterior. Su pelo era reconocible aun a veinte metros de distancia. Parecía una llamarada de fuego. Esta vez lo tenía suelto, y le llegaba por las rodillas. Bajé las escaleras y me acerqué despacio a ella. A medida que caminaba, las demás me iban abriendo camino y luego cerrándolo a mi espalda. Cuando estuve frente a aquella chica, la observé. Llevaba un peto vaquero por toda ropa, arremangado a la altura de las tibias. Su piel, casi transparente en el resto del cuerpo, estaba sin embargo cubierto de tatuajes en los brazos, pecho y cuello. La anterior vez iba vestida con una sudadera y quedaban ocultos, aunque hubiera debido ver los del cuello, pero ahora brillaban en todo su esplendor. No parecían hechos por el mismo artista, tal era la profusión de estilos que decoraban su piel: mujeres desnudas, calaveras, hadas y unicornios con alas, dragones y demonios, y todos ellos convivían en un espacio tan angosto como su estrecho cuerpecito. Asintió complacida a mi escrutinio.

–¿Te gustan? –dijo sonriendo.

Entonces separó el brazo izquierdo del cuerpo. Tenía allí, entre otros dibujos, una serpiente que se enroscaba alrededor del brazo, desde el codo hasta la muñeca. Y de pronto ¡la serpiente se movió! Serpenteó hacia el dorso de la mano y se movió varios centímetros. Luego se quedó inmóvil de nuevo. Espié desconcertada el resto de tatuajes, pero ninguno más se movió. Así que el susto mortal me lo llevé cuando volví a mirarla a los ojos. Los de su cuello habían subido por su rostro, tapando cualquier centímetro de su antes blanca piel para dejar ante mí una especie de monstruo con rasgos apenas humanos.

Pese al horror que me provocó aquella máscara, no retrocedí ni un paso. Me mantuve en mi sitio, intentando controlar la respiración. Notaba el silencio pesado alrededor. Y cierta corriente de diversión en todas ellas, ante el número de la pelirroja. Bien.

Me crucé de brazos.

—No tengo tiempo que perder. Guárdate esos truquitos de atracción de feria para otra.

La risa soterrada cesó. La cosa que tenía ante mí frunció el ceño... creo.

—¿Qué quieres? —preguntó. Al menos, su voz no había cambiado. Un efecto dramático que me habría puesto los pelos de punta.

—Que me digas de una vez por todas dónde está Rebeca.

Un murmullo recorrió la sala.

—No lo sabemos. Y una cosa más, antes de que desaparezcas: aunque lo supiera, no te lo diría. Puede que estén proscritas, pero son de las nuestras. Y nosotras no traicionamos a las nuestras.

Esto iba a ser más complicado de lo que pensaba. En un segundo, descarté varias opciones y me decidí por una. Demostración de fuerza. O, como lo llamaba Max, tirar de galones.

Antes había movido objetos, cuando me entrenaba Amelia, pero lo que quería intentar a continuación era bastante más difícil. Me concentré en mi entrenamiento y me sitúe mentalmente en la frontera que dividía ambos mundos, de puntillas sobre la frágil línea bajo la cual corría el río Styx, al que reclamé el poder que me correspondía. Fue como si lanzara una piedra contra el río del inframundo, invisible e imposible, y de su superficie surgiera un torbellino furioso que arrastró muebles y brujas y gatos y aire y las llamas de las velas, todo girando sobre un eje que se alzó hasta el techo de la cueva, envolviendo lo que había en aquella habitación, con vida o inerte, en un huracán que solo yo podía controlar. Los gritos de las brujas se mezclaron con los aullidos salvajes de los gatos, crujidos y chasquidos de madera e incluso olor a quemado. Con cada vuelta, mi tormenta se apropiaba de más superficie de la cueva, partiendo muebles y convirtiendo en deshechos la comida que antes esperaba sobre las mesas. Hice que se rasgaran todas las telas y tapices y que saltara el relleno de colchones y sofás. Sabía que las brujas

se estaban golpeando contra los muebles en el frenesí de la fuerza del huracán, porque de entre todos los gritos pronto comenzaron a escucharse fuertes llantos y aullidos lastimeros.

La tormenta duró lo que quise que durara y luego la hice desaparecer. Los objetos, animales y personas cayeron al suelo en medio del caos. Los gatos corrieron a esconderse. La mayoría de las mujeres se quedaron quietas y durante un rato solo se oyeron sus lamentos. Solo cuando las telas se aquietaron, las que todavía podían moverse se arrastraron para ocultarse.

Había ocasionado la destrucción absoluta de la cueva. Incluso yo misma estaba sorprendida. No quedaba ni un solo objeto, tela o mueble intacto. Estaban todos destrozados y el caos que reinaba allí era desolador. Entonces, de un lateral reapareció la pelirroja, sujetándose el peto con las dos manos, porque los tirantes colgaban rotos a ambos lados de su cuerpo. No había rastro de los tatuajes de su piel. Me pregunté si el huracán se los habría arrancado también.

Cojeando de un tobillo, se acercó a mí. Tenía el rostro congestionado por la rabia, y habló entre dientes, con los labios tensos como dos correas:

—La has jodido. No queríamos inmiscuirnos en vuestra batalla, pero has decidido el signo bajo el que lucharán las brujas.

No me dejé impresionar.

—Eres una mentirosa. Sabes que no ibais a manteneros neutrales. No he conocido aún a una bruja que no sea una mentirosa patológica.

La pelirroja me miraba con tanto odio que parecía que sus globos oculares iban a estallar.

—¡Os lo merecéis! ¡Os merecéis todos morir aplastados bajo el poder de Iskender! ¡Desapareceréis calcinados y ahogados en vuestras propias cenizas!

Me sonó tan infantil que me eché a reír.

—Lo que tú quieras, guapa. Ahora dime dónde encontrar a Rebeca. Y no me vuelvas a decir eso de la fraternidad de las brujas.

—Y si no lo hago, ¿qué?

—Pues que entonces... ¿Ves esa puerta metálica de allí arriba? Que la haré saltar por los aires y organizaré tal estruendo aquí abajo que va a llamar la atención de todos los que están arriba y que no saben de vuestra existencia. Que van a bajar aquí y os van a descubrir. Y este bonito... lo que sea que tenéis aquí montado, va a salir a la luz pública. ¿Lo has entendido?

Sí, lo había entendido. Muchas de ellas, las que aún no se habían escondido, comenzaron a mirar hacia la puerta entre susurros, visiblemente asustadas. La pelirroja se había dado cuenta también, así que habló, muy rápido y en voz muy baja, pero habló. Me dijo:

—En el viejo teatro abandonado del centro de la ciudad.

Dicho lo cual, escupió al suelo y luego me dio la espalda. Entonces descubrí una

profunda herida que atravesaba su espalda y de la que manaba bastante sangre. ¿Cómo no me había fijado antes? Se alejó cojeando, sin dar muestras de que supiera que se había herido.

Bueno, yo había acabado allí abajo mi propia función teatral.

Pero primero tenía que hacer algo en Pandemónium. Antes de que Gabriel se diera cuenta de lo prolongado de mi ausencia.

22. Los asuntos pendientes de Cala

Reaparecí, tras mi fugaz visita a Pandemónium, directamente ante la puerta tabicada del viejo teatro abandonado. Solo había uno que reuniera esas condiciones en la ciudad, así que, aunque la bruja pelirroja no me hubiera dado nombres, sabía de cuál hablaba. El problema era que no podría migrar porque apenas lo recordaba de la única vez que estuve en él y prefería no caer en una trampa. Di un par de vueltas alrededor, observando la fachada. Los arcos que una vez cobijaron las puertas del teatro habían sido tabicados con ladrillo. Las sucesivas capas de carteles pegados habían creado un muro encima. La huella del viejo letrero, las siluetas ennegrecidas de las antiguas letras del nombre del teatro contribuían a darle un aspecto más cinematográfico. Pasó un coche de policía por delante, despacio, me observaron los dos hombres del interior, pero no se detuvieron. Se acercó un mendigo empujando un carrito metálico lleno de bolsas de basura, y me habló, pero no comprendí lo que decía. Despedía tal tufo a alcohol y a pis que no aguanté a su lado y me aparté. El viejo se alejó riendo a carcajadas de sus fantasmas.

Me la jugaría. Entré en el primer portal abierto que vi y migré. Como lo haría Superman.

Reaparecí en la oscuridad. Eché mano del móvil en mi bolso. Cuando lo encendí, un rectángulo muy débil de luz blanquecina se reflejó en el suelo. Su alcance era muy limitado, unos metros apenas. Me mostró bultos y esquinas en penumbra. Debía de estar en el recibidor del teatro, al otro lado de unas arcadas que conducían a la salida. Era fácil escuchar los ecos de voces pasadas, de aplausos fantasmas y pasos. Había grandes estatuas pegadas a las paredes. Algunas tenían rastros de telas cubriéndolas. Con el móvil enfoqué los antiguos letreros que conducían, escaleras arriba, a los palcos y al bar. Del techo colgaban en un par de puntos unos cables desnudos, amputados. Recordé las lámparas que una vez habían iluminado los estrenos, las despedidas, los entreactos. Fue con Max, años atrás. Me invitó a ver una obra de teatro. No recuerdo cuál fue, solo que no me gustó. Sin embargo, descubrí algo en el ambiente que no había sentido nunca antes en una sala de cine o un concierto, una suerte de emoción contenida que, durante el breve tiempo que duró la obra, nos unió a los actores, al resto del público. Un lazo invisible y emocional, una conexión que se desvaneció cuando salimos a la calle, acabada la representación.

Me dirigí a una de las puertas rojas que conducían a la platea. Así la barra y tiré con determinación de la puerta. Allí dentro me esperaba una oscuridad más espesa aún, con el aire tan viciado que costaba respirar. Cada gramo de oxígeno estaba

adherido a la moqueta o a la tapicería roja de las butacas y cubierto de polvo. Luego estaban los sonidos: maderas crujientes, animales royendo no sabía qué, cientos de sonidos sin identificar que presagiaban la ruina del teatro y narraban su decadencia. Aquí no había ecos pasados.

Y luego estaba la certeza de que alguien me observaba.

Por lo que alcancé a ver, me encontraba en el pasillo central de la platea. Por supuesto, la pantalla de mi móvil era insuficiente para iluminar la sala. Podía ser atacada en cualquier momento, por cualquier sitio, de improviso. Aun así no estaba preocupada. Bajé el asiento de una de las butacas y me senté. Al hacerlo, una espesa nube de polvo me rodeó.

No tardaron mucho en aparecer. Seguramente se aburrieron de esperar a que hiciera mi siguiente movimiento.

Las luces del techo de la sala se iluminaron de repente, con un sonido amortiguado, bastante teatral, muy adecuado. Cuando estás a oscuras en un sitio desconocido, tu cabeza tiende a reducir sus límites, para convertirlo en un espacio lo más reconfortante posible: mejor una habitación pequeña que un gran auditorio. Por eso, cuando descubrí el verdadero tamaño de la sala me llevé una sorpresa. Era enorme. Filas y filas de butacas rojas se inclinaban hacia el escenario, escondido tras una gran cortina roja con el logotipo del teatro bordado en letras doradas. Butacas como público enmudecido, observando y aguardando una señal desde el escenario. Pero se trataba de una quietud ficticia, no tanto de inmovilidad como de espera. Como si estuviera congelado en el tiempo, con los espectadores y los actores invisibles también congelados, esperando la fórmula mágica que los librase de su encantamiento. Y el tiempo, mientras tanto, pasando y dejando una estela de polvo y telarañas sobre sus cabezas invisibles y sus ojos abiertos fijos, mirando al frente. Ojos abiertos y sonrisas aletargadas, carcajadas interrumpidas, flotando aún en el aire.

Lo siguiente que escuché fueron unas poleas oxidadas y el gran telón se dividió en dos, para replegarse a ambos lados del escenario. Apareció una silueta, de una oscuridad más compacta que su alrededor. La había reconocido antes incluso de que hablara.

—Te esperaba hacía tiempo. ¿Por qué has tardado tanto?

La figura se adelantó hasta detenerse en el borde mismo del escenario, bajo la caída directa de la luz, que la mostró sin misericordia alguna. Era difícil encontrar algún rasgo en común entre la Rebeca que conocí, tan arrebatadora y seductora, y la anciana encorvada y cochambrosa que me contemplaba ahora.

—Acércate, apenas te veo —ordenó.

Lentamente, me puse en pie y bajé por el pasillo. Me senté en la primera fila de butacas, como un exigente director teatral. Ella me contemplaba desde lo alto. Calculó con la vista la posibilidad de salvar la distancia que nos separaba, pero

hubiera sido demasiado incluso para mí, varios decenios más joven que ella. Refunfuñando algo ininteligible, se dirigió a uno de los laterales del proscenio y bajó con una torpeza infinita los escalones que la separaban de la platea. Luego se acercó renqueante y se sentó en una butaca de la misma fila, pero al otro lado del pasillo. La observé fijamente y se removió incómoda.

—¡Sí! ¡Ya lo estás viendo! Esas ratas gigantes voladoras de las vampiras han acatado muy bien las órdenes de los incorpóreos. No hemos logrado encontrar piel en ninguna cueva. Se la han llevado toda con ellas. Han desaparecido. ¿Tú...? — extendió un dedo raquítrico de uña gris hacia mi cuello—... ¿Tú sigues llevando al cuello ese colgante? Me preguntaba si me lo venderías...

Con el índice y el pulgar me bajé el cuello del vestido para mostrarle mi cuello desnudo. Rebeca bufó al verlo y se cruzó de brazos y piernas.

—¡Está bien, está bien! ¿Qué quieres?, ¿qué has venido a hacer aquí?, ¿burlarte de nosotras? ¿Es eso?

Negué con la cabeza.

—Quiero a Elisa y el Espejo de Almas.

Rebeca me miró furtivamente y luego desvió los ojos, apenas un segundo, hacia un punto a mi espalda. No lo pasé por alto.

—No sé de qué hablas.

Su voz chirriaba estridente, aguda y oxidada como las poleas antiguas.

—Tus amigas de la cueva me dijeron dónde encontraros y que lo teníais aquí — mentí.

Rebeca descruzó las piernas y las volvió a cruzar.

—¿Esas? Esas desagradecidas no saben nada de nosotras.

—Te equivocas. Ellas pretendían mantener la comunidad al margen de la guerra entre incorpóreos y occisos, pero las habéis traicionado. Vendrán a por vosotras cuando yo haya acabado aquí.

La vieja bruja guiñó los ojos un segundo y luego rompió a reír. Un olor fétido a dientes podridos llegó hasta mí.

—¿Y qué van a hacernos? ¿Eh, Pers? ¿Me has mirado? Y tienes que ver a Berenice. Yo al menos aún me muevo. ¿Qué más nos van a poder hacer ellas? No pueden quitarnos nada más. ¡Tú fuiste la primera en arrebatarlos todo!

—¿Por eso os encargasteis de la sirena de Mamá Blanca?

Se quedó pensativa un momento, como hilvanando los recuerdos que le brindó el nombre de la vieja bruja albina.

—¡Ah, la sirena! Iskender nos había encargado que convenciéramos a Mamá Blanca para que se uniera a nuestra causa, pero esa estúpida no nos quiso escuchar. Luego Cala y yo dimos con su escondite, donde guardaba esos deshechos medio muertos, y con la sirena. ¡Menudo bicho más asqueroso! Le dijo a Cala que la había visto en sueños, la vio llorando por su madre. ¡La muy...! Para castigar a la

bruja albina abrimos las celdas y soltamos a sus animales. Y luego, cuando por tu culpa Cala ya no estaba entre nosotras, otro día regresamos Berenice y yo para darle a la sirena su merecido. Tenías que haber visto cómo se ahogó lentamente, al sol.

Cerré los puños con fuerza, para contener las ganas de abofetearla. Rebeca se levantó. Espasmos musculares recorrían su cuerpo, recuerdo de la antigua ira poderosa que podía embargarla. Ahora no era más que una pataleta de una anciana inútil, incapaz de amedrentar a nadie. Me levanté yo también. Meses atrás, Rebeca solía sacarme varios centímetros de altura. Ahora me llegaba al hombro. ¿Cómo era posible que un cuerpo humano se consumiera de esa forma?

—Dime dónde está Elisa. Porque sé que el Espejo está aquí, ¿verdad? Supongo que en algún sótano del teatro, bajo tierra, para mantenerlo fuera del alcance de los incorpóreos. Pero yo no soy incorpórea, Rebeca.

—¡No! —gritó, fuera de sí—. ¡No, lo que tú eres es una traidora! ¡La última persona a quien le ofrecí mi amistad y la tiró por el retrete! ¡Eres peor que una comadreja! ¡Nos quitaste a Cala!

Chasquéé la lengua con disgusto.

—¿Por qué sigues repitiendo esa historia?

—¡Porque es lo que ocurrió! Ella nos contó, le contó a Berenice aquella noche, que tú le habías mostrado un futuro alternativo, uno en el que podía seguir conviviendo con nosotras sin renunciar a su madre, y dijo que esa era la única manera de quedarse. Por eso tuve que encargarme de su madre. Si no, nunca hubiera entrado en razón. ¡Fue tu culpa! ¡Si no te hubieras entrometido con ella, no habría tenido que hacerle eso a su madre!

—Estás loca.

—¡No! ¿Sí? ¡Qué más da! Cuando supo lo de su madre, fue ella la que enloqueció. Se limitó a rodar pendiente abajo por el camino que tú habías abierto ante sus ojos. ¡Por eso te la llevaste!

—¡Y por eso tú te llevaste a Elisa!

Soltó una risa lunática y su boca se llenó de saliva y espuma.

—¡Sí...! ¡Se la llevé a él! ¿Y sabes qué me dijo? Que no le servía de nada. Que solo quería que tú acudieras a su encuentro, así que podíamos hacer con ella lo que quisiéramos. ¿Qué te parece?

Un brillo insano en sus ojillos oscuros de rata me hizo temblar. De furia, pero también de miedo y temor por Elisa.

—¡DIME QUÉ HAS HECHO CON ELLA!

Rebeca retrocedió por el pasillo, riendo. De pronto, detuvo su risa y comenzó a rascarse con furia en el cuello.

—¡Qué asco de piojos! Están por todas partes.

Me miró alelada, como si acabara de descubrirme.

–Sígueme, aunque has llegado tarde.

Subió por el pasillo hacia la puerta que conducía al vestíbulo y salió. Sus palabras me habían bloqueado, pero el golpe de la puerta al cerrarse me hizo salir corriendo tras ella. Desde el vestíbulo se dirigió a unas escaleras que bajaban. Llegamos a un pasillo al que daban, a uno y otro lado, las puertas de los antiguos camerinos, seis en total. Rebeca se dirigió a la última puerta, me miró por encima de su hombro y abrió la puerta despacio, como si temiera despertar a alguien que durmiera dentro. Me abalancé tras ella para abrir del todo la puerta y encender el interruptor. La habitación hacía las veces de almacén improvisado, con un par de mesas de despacho amontonadas en una esquina, y archivadores de cartón tirados por el suelo. Elisa estaba tumbada junto a las cajas. Estaba en posición fetal, la cara escondida bajo sus brazos, como si hubiera querido protegerse de algo. Le faltaba un zapato y tenía el vaquero roto por varios sitios a lo largo de las piernas. El pelo, enmarañado y sucio, le ocultaba la cara. Se lo aparté con cuidado. Tenía los ojos cerrados y una expresión de estar durmiendo.

Pero no respiraba.

Comencé a gritar, a insultar a Rebeca. Estaba fuera de mí y, si no hubiera sido porque no quería dejar de abrazar el cuerpo de Elisa, me habría abalanzado contra aquel animal y la habría despedazado con mis propias manos. No me habría costado nada, de tan frágil que parecía aquel monstruo de la naturaleza y el odio y la furia que sentía. Cuando apareció otra sombra junto a Rebeca, que seguía en el dintel de la puerta, sonriendo, supe que era Berenice. Ahora que estaban las dos, me tocaba a mí.

Dejé de gritar y me limpié la cara con la manga de la chaqueta. Deposité el cuerpo de Elisa con mucho cuidado en el suelo, en la misma posición que estaba antes. Le di un beso en la frente y me levanté. Las dos brujas retrocedieron por el pasillo. Apenas podía distinguir a Berenice, porque se mantenía oculta tras Rebeca, pero no necesitaba ver su cara de lechuza en descomposición.

–Ya no os necesito para nada más. Tengo todo lo que venía a buscar.

Se miraron las dos y en ese breve intercambio de miradas pude observar a Berenice. Dios mío, si Rebeca era un rastro miserable de lo que fue, Berenice ya no parecía ni siquiera humana. Era una especie de pliego de papel arrugado sobre una masa informe de huesos, parcialmente cubiertos por restos de pelo y ropa. Era repugnante.

Migré a la mayor velocidad que pude. Se trataba de un viaje fugaz de ida y vuelta a Pandemónium, al territorio de La Araña, a cierto recoveco donde había colocado un alma que encontré en mi anterior viaje para utilizarla ahora. Y como era el barquero Caronte, investida con el poder de trasladar almas de un lado al otro del río del inframundo, cumplí con mi destino.

Arrastré el alma de Cala de vuelta a la vida. La apresé como se agarra un sueño al

despertar, mitad humo, mitad conciencia. Tenía curiosidad por saber bajo qué aspecto se podría presentar en este plano un alma que había sido arrancada del otro lado. No estaba preocupada por la reacción de La Araña y además esto se lo debía a Elisa y a la propia Cala.

Así que regresé del mundo de los muertos con un muerto en mi mano, una transfiguración del alma de Cala, que adoptó borrosamente la figura humana que tuvo una vez. Cala, la pobre desdichada que, enfurecida y enloquecida por la pérdida de su madre, había cavado su propia tumba, había abierto su propio sendero hacia el corazón mismo del inframundo, del que yo la había rescatado al menos durante unos momentos, para que regresara a enfrentarse con Rebeca.

Las dos brujas se quedaron paralizadas de terror, mirando con los ojos desorbitados la forma nebulosa con el rostro vagamente parecido al de Cala. Esta no se hizo esperar: se lanzó sin previo aviso contra Berenice y la atravesó tan limpiamente como si fuera agua traspasando una gasa de puro algodón. Berenice, con los ojos en blanco y los labios tiesos en un rictus, cayó al suelo sin vida. Después, Cala se detuvo ante Rebeca. Esta había palidecido hasta un extremo imposible. No lograba articular palabra, aunque lo intentaba. De sus balbuceos solo comprendí que repetía el nombre de Cala una y otra vez, como en una letanía que pudiera alejar al fantasma. Nada más lejos de la realidad. Con Rebeca, Cala fue más inmisericorde. Entró en ella, pero sin arrebatarse la vida. Durante unos minutos, su cuerpo fue una envoltura de piel y huesos, tendones y órganos, que albergó dos almas enfrentadas. Su rostro se convulsionó de tal forma que perdió sus rasgos, como si alguien estuviera moldeando una masa de plastilina desde dentro. Por un momento fugaz volvió a ser la cara de la Rebeca que yo conocí. Luego se deformó. Enseguida aparecieron los rasgos de Cala, pero no de la chica que añoraba a su madre, sino del monstruo en que se había transformado al arrojarle a la grieta. Yo me pegué a la pared, asustada por lo que estaba viendo.

De pronto, la sombra de Cala abandonó el cuerpo de Rebeca y la contempló desde lo alto. La bruja, exhausta, se desplomó en el suelo y comenzó a lloriquear. Hilillos de sangre brotaban de su nariz y boca, y la piel comenzó a mostrar rápidamente hematomas y a hincharse en distintas zonas de su cuerpo y rostro. Del llanto pasó a los gritos, a la furia, y a tirarse del pelo, que se arrancaba por mechones. Gritaba al fantasma de Cala en una lengua que no pude reconocer.

Finalmente, la sombra de Cala, el monstruo que yo había traído desde el inframundo, se lanzó a por ella y la partió por la mitad. Como si fuera una pajita de una bebida, solo que sonó como si rompiera un lápiz. Me tapé la cara. Cuando me descubrí los ojos, aún seguía allí. Flotando unos centímetros por encima del cadáver de Rebeca. Esta tenía la cara vuelta hacia mí y los ojos abiertos, mirando con sorpresa. Se había mordido la lengua al cerrar las mandíbulas con fuerza, y

ahora colgaba inerte. Luego el fantasma de Cala desapareció. Creí ver su rostro antes de desvanecerse, pero puede que solo fuera un truco de mi mente.

Me quedé un rato allí, sentada en el suelo, contemplando los dos cuerpos sin vida. Tenía una sensación de suciedad interior bastante desagradable que no era capaz de racionalizar. Pero ahora no podía perder tiempo. Saqué mi móvil del bolso y llamé a Gabriel. Le pedí que viniera y me ayudara, porque además del cuerpo de Elisa, que teníamos que sacar de alguna forma física, había descubierto otra cosa que también necesitaba de un transporte ordinario. Nadir nos ayudaría con eso. Luego rebusqué un pañuelo para taparme la herida del cuello, que había crecido bastante con este último viaje. Dolía como si me hubieran quemado con un hierro al rojo vivo.

23. ¡Elisa, Elisa!

Sin importar qué hora fuera, de noche o de día, si estaba sola o acompañada, la idea reaparecía en mi cabeza, como si me la hubiera tatuado con fuego. A veces tenía miedo de que Gabriel la leyera, o en mi piel como un libro abierto, o en mi propia cabeza, cuando los dos estábamos juntos. Así que estar a solas con él se convirtió en un difícil ejercicio de equilibrista constante: para evitar que conociera el plan que estaba elaborando, levantaba alrededor de mis intenciones un muro, ladrillo a ladrillo, y luego le guiaba hacia otras regiones de mi pensamiento, más limpias, menos oscuras.

Pero la clave de mi proyecto era perturbadora. Era consciente de todo lo que implicaría, y había empezado a preguntarme por mi salvación. ¿Existía el alma humana? ¿En qué consistía? ¿Tendría la mía alguna posibilidad de redención o de salvación, después de lo que planeaba hacer?

No quería abrir ese tema de conversación delante de Gabriel, porque se alarmaría y era imprescindible que no supiera la verdad, o lucharía hasta el último aliento para quitármelo de la cabeza.

Mientras tanto, los días continuaban, bajo esa agitación subterránea pero imparable que se había convertido ya en la marca de la rutina. Cada vez éramos más los que albergaba el palacio, pero como no todas las especies vivíamos bajo el mismo reloj biológico, la convivencia se mantenía sin grandes problemas.

Yo había retomado mis entrenamientos, sobre todo con Amelia. Luna aparecía ya muy poco. Creo que sus estrategias, más metafísicas y paranormales, habían tocado a su fin. Por su parte, Amelia me entrenaba en un aspecto completamente físico. Tiro con arco, espada, rapidez a la hora de esquivar golpes... El jardín abandonado del viejo monasterio comenzaba a ser familiar y entrañable. Me preguntaba si sería tan bello al amanecer como lo era al atardecer.

Un día caminé sin prisa alguna hacia el ala norte del palacio, en la segunda planta, donde se encontraba todo el equipo médico de Solomon. Lyuba permanecía aún en una de las habitaciones, todavía bajo vigilancia, y en otra, completamente sedada y entubada, dormía mi amiga Elisa.

Con vida, aunque no estuviéramos muy seguros de en qué estado se despertaría.

Todo ocurrió gracias a Lyuba.

Con la ayuda de Nadir y otros edecanes, que se abrieron paso hacia el teatro a través de unos túneles secretos, anteriores a la Guerra Civil, que partían de un hotel también clausurado, habíamos logrado sacar de allí a Elisa. Luego los conduje hacia uno de los antiguos camerinos con la puerta entreabierta, cuyo interior pude

atisbar fugazmente cuando Rebeca me guiaba. Una fracción de segundo fue suficiente para distinguir una parte del marco que no había quedado oculto tras los muebles apilados en aquel camerino. Era un marco de madera policromada con imágenes en bajorrelieve de escenas del antiguo Egipto. La superficie del espejo no era de cristal, como los espejos actuales, sino también de bronce. Lo hubiera tomado por un elemento ornamental o de atrezzo del teatro, si no hubiera sido porque al pasar frente a él, su superficie no nos reflejó, sino que mostró un mundo terrorífico de ultratumba que conocía bien.

Gabriel me confirmó, algo sobrecogido, que se trataba del Espejo de Almas.

Se lo entregamos a Ulla y ella decidió dejárselo a Solomon, un producto preciado para realizar investigaciones. Como suponíamos, de la masacre de La Sociedad seguía sin aparecer una sola noticia. Eso solo podía significar que los supervivientes habían ocultado la existencia del espejo y podrían estar buscándolo. Estaría a buen recaudo en el instituto de Solomon en Suiza.

Pero yo tenía un problema más acuciante que devolver el espejo a los incorpóreos. Con Elisa inerte en mis brazos, había tomado la decisión de ir a recuperarla al inframundo, aun después de ver en lo que se había transformado Cala tras su regreso. Lo hablé con Gabriel. Me dijo que era una locura, que pensara que mi herida se agravaría, pero después reconoció que ni él mismo sabía hasta dónde podían llegar mis facultades como reina del inframundo.

—¿Y si lo que traes contigo de vuelta ya no es Elisa?

Problema número uno. ¿Número dos? Dónde encontrarla. Fue entonces cuando apareció Lyuba, con su carita de niña buena.

—Sé que fuiste la única que se empeñó en ir a buscar mi cuerpo. Estoy en deuda contigo. Yo te llevaré donde dejaron a tu amiga. Los vi hacerlo.

—¿A quiénes?

—A dos soldados de Iskender. La escondieron bien. Pero yo lo vi todo. Sígueme.

Lyuba hizo una migración. Justo antes de seguirla, Gabriel posó su mano sobre el pañuelo que cubría mi herida en el cuello.

La luz de Lyuba no titubeó un instante al otro lado del espejo. Me llevó a un rincón alejado de las murallas de la Ciudad Roja, donde nacían unos nichos gigantes en el suelo arcilloso, que tal vez eran nidos de arañas monstruosas. Se inclinó en uno de ellos, que desembocaba en un túnel oscuro que se retorció tierra adentro. Supe que allí estaba Elisa, así que descendí, antes de que regresaran los moradores de aquellas cavidades. Si es que no estaban allí.

Recogí el alma de Elisa de la misma forma que atrapamos una mirada o un gesto: me apropié de ella. Elisa no estaba en la Ciudad Roja ni transformada en un occiso porque no estaba realmente muerta, sino en una especie de limbo al que la habían conducido las brujas. Me costó mucho apresar su esencia y, una vez más, no fue una cuestión física sino espiritual, porque todo lo que allí era no existía en realidad.

No tuve ningún problema en atravesar el camino de vuelta con Elisa en el interior de mi corazón, como si fuera una débil llamita que proteger con mi cuerpo. Cuando reaparecimos Lyuba y yo, me dijo la niña que me diera prisa en soplar dentro de Elisa su alma. Así que corrí a su cama, le abrí la boca y soplé dentro. De una forma inversa a como había visto hacer a los incorpóreos cuando arrebatan una vida. Inmediatamente después, noté como el cuerpo de Elisa iba adquiriendo cierto calor y perdiendo rigidez. Su pecho comenzó a moverme rítmicamente, con poca fuerza al principio, pero consiguiendo confianza con cada respiración.

Me senté conmovida y asombrada junto a su puerta, dándome cuenta de lo que acababa de hacer, mientras en mi interior se formaba una bola gigantesca de calor que me trepó por la garganta hasta impedir que pudiera hablar. Salí al jardín a respirar aire fresco, pero me encontraba tan mareada que tuve que sentarme en uno de los bancos. Antes de que me diera cuenta, Gabriel se había reunido conmigo. Fue al verle, al notar su mano cálida en mi rostro, cuando di rienda suelta a la avalancha imparable de emociones que me estaban ahogando, de felicidad, temor, alivio, amor, horror, vértigo, preocupación, poder, responsabilidad, agobio, miedo...

Al cabo de un rato, cuando por fin logré calmarme, descubrí que muchos de los incorpóreos que habitaban el palacio por aquellos días de frenética actividad, aquellos seres fantasmales de carne y hueso que no podían tener cabida en un mundo como el nuestro, me estaban contemplando, a medio camino entre el asombro y la aceptación. Asomados a las ventanas, de pie frente a nosotros, formando un semicírculo, por primera vez me habían aceptado como su Reina Azul. Y lo más extraño fue que me resultó agradable.

Esa misma noche, Ulla, a quien le habían narrado lo sucedido con Elisa, vino a hablar conmigo. Estaba preocupada por si me daba por intentar recuperar a todos mis seres queridos y traerlos con vida del inframundo. No negué que, en el momento de mayor euforia, sí pasaron por mi cabeza preguntas como si lo podría repetir con, por ejemplo, mi madre. Pero yo misma había visto lo endeble de mi planteamiento. Ulla no necesitaba darme ahora una charla sobre los límites morales de mi habilidad. Paró de hablar, pero no de mirarme a los ojos con cierta preocupación. ¿O era temor? En un momento dado, me dio unos golpecitos supuestamente cariñosos en la mano.

—Aparte del hallazgo de esta habilidad tuya, hay nuevas noticias. Ya tenemos localizado el escenario donde ocurrirá la batalla.

Noté que Gabriel me apretaba la mano.

—Palmira. O al menos lo que queda de ella. La ciudad del desierto de Siria. Tardamos en comprender el significado del mensaje que te dio esa alimaña, pero al final logramos averiguar que se trataba de Palmira. Por eso las especies del

inframundo están huyendo hacia el desierto. Es allí donde está guarnecido el ejército de Iskender. Iremos pronto, me temo.

–¿Cuánto de pronto? –quise saber.

Ulla se detuvo en el umbral de la puerta y nos miró asombrada.

–¿No sabéis qué día es hoy?

Me encogí de hombros. Había perdido por completo la noción del tiempo.

–Hoy es once de junio.

No tuve que esperar a la aclaración: enseguida noté una corriente gélida de aire en la habitación, como si la temperatura se hubiese desplomado varios grados.

–Faltan diez días para el solsticio de verano.

Ulla asintió con pesadez y se observó las manos. Luego me miró, con una expresión tan cansada en los ojos que me preocupé:

–Dentro de seis días –dijo– nos iremos a Palmira. Pasado mañana será tu último día de entrenamiento. La suerte está echada.

Abrió la boca para añadir algo más, pero lo pensó mejor y se marchó. Gabriel se levantó despacio y cerró la puerta con suavidad. Luego vino a la cama. Nos tumbamos los dos, abrazados, con los ojos fijos en el techo. Estiré el brazo y apagué el interruptor, pero, como la persiana estaba subida, entraba bastante claridad desde las farolas del jardín. Ninguno de los dos habló en un buen rato. Más tarde, cuando ya pensaba que Gabriel se habría dormido, me llegó su voz en un susurro:

–¿Duermes?

Sonreí en la oscuridad.

–No.

–¿Estás nerviosa?

Llené los pulmones de aire y de palabras. Exhalé el aire lentamente pero las palabras se quedaron flotando en mi cabeza.

–Estoy extrañamente tranquila. Sin embargo, creo que de un momento a otro, ¡bum! –moví las manos en el aire–, saltaré hecha pedazos. Pero, mientras, se está bien. Estoy bien así. Me dormiré enseguida.

–Claro. Te invito a una cerveza.

–Hecho.

De no haber aceptado la invitación de Gabriel, me habría perdido la transformación de la ciudad. Fuimos a la azotea de un famoso hotel en la plaza de Santa Ana. Allí arriba había un bar frecuentado por probablemente la misma gente que en los demás bares de la ciudad. Siempre estaba bastante concurrido. Pero aquella noche éramos los únicos clientes del local. De hecho, apenas había camareros tampoco. Cuando nos acodamos en la barandilla blanca, corroboramos desde lo alto la sensación que habíamos percibido cuando nos encaminamos hacia el local: la plaza, siempre tan bulliciosa, repleta de sonidos y luces, como un

mosaico en movimiento de colores de piel y lenguas, estaba moribunda, desierta, como abandonada. Las mesas y sillas de las terrazas de los bares acumulaban silencio. El único sonido nos llegaba desde la azotea de un edificio vecino al hotel, donde un pequeño grupo de hombres y mujeres estaban cenando, bajo una hilera de bombillas de colores festivos. En el centro había una mesa alargada, con fuentes y botellas, y alineadas contra el muro, macetas de distinto tamaño. Pero, pese a todo, hablaban contenidamente. Lo que debía haber sido una reunión alegre y espontánea, parecía apagada. No era solo que hablaran temiendo despertar a alguien o algo. Era como si un funesto presagio hubiera tomado cuerpo en la cabeza de todos los asistentes a la cena. Los observé en la distancia, los convertí en mis actores privados de una obra de teatro, sintiéndome tan alejada de aquellas personas como podría estarlo un lobo de la Luna. Contemplé el resto de edificios que circundaban la plaza. Con el calor, muchos de los balcones estaban abiertos; en algunos, se asomaban fugazmente vecinos, que tampoco podían creer que la plaza estuviera tan silenciosa. Y, sin embargo, pese a lo anómalo de la situación, todos tenían algo en común: vivían. Estaban realizando un ejercicio de constante desarrollo vital al que yo había renunciado. Ellos habitaban un mundo y yo me encontraba en otro, alejado del suyo, viajando en paralelo por caminos que nunca se tocarían, pero sabiendo que sus vidas estaban en mis manos. En mis pequeñas y frágiles manos. Contemplé mis dedos, las llagas que me producía durante mis entrenamientos con Amelia, la pequeña mancha donde una vez estuvo la quemadura que me provocó el primer encuentro de mi vida con las sombras, tanto tiempo atrás...

Ya no pertenecía a su mundo, estaba solo de paso entre ellos. De visita.

Volví a contemplar el grupo de la cena. Alguien había sacado una botella de champán y llenado copas aflautadas con las que brindaban, estaban de celebración. Levanté mi vaso ligeramente y brindé con ellos en silencio. Luego, enseguida, como si obedecieran a una orden silenciosa, comenzaron a recoger platos y cubiertos. En un instante, habían vaciado la terraza y se replegaron al interior de la casa. Cerraron la ventana. Justo antes de bajar las persianas, uno de ellos observó atentamente el cielo. Luego desapareció.

Gabriel me observaba fijamente.

—Últimamente estás muy callada. Supongo que me ocultas algo, pero no es necesario que lo hagas.

Arqueé las cejas.

—No te entiendo.

—Quiero decir que no has de preocuparte porque fisgonee. Lo que no quieras contarme, no quiero saberlo.

—Mejor.

Mi respuesta le dejó momentáneamente perplejo, pero cambió de tema

enseguida. Estuvimos un rato más aún, y luego decidimos regresar a pie. La noche era calurosa, no corría ni una gota de brisa. De hecho, era un calor muy extraño, pegajoso, como si una sustancia invisible lo envolviera todo. En cuanto abandonamos la plaza de Santa Ana y nos adentramos por un callejón mal iluminado, Gabriel señaló el cielo.

—Había oído que las vampiras estaban abandonando el palacio por las noches. Ahora veo que es cierto.

Sus palabras me provocaron un malestar profundo, me pusieron el vello de punta. El cielo nocturno no reflejaba las luces de la ciudad, señal de que estaba despejado. Pero, sin embargo, no brillaba ni una sola estrella. Tan solo se veía una luna hueca, con unos contornos brillantes pero un interior espeso y sucio. Era como si hubieran echado una manta opaca y negra por encima de los rascacielos. Entonces percibí plenamente la corriente de malestar que inundaba las calles, sobre el suelo, pegada a las paredes de las viviendas, como un presentimiento de que algo oscuro se había apoderado de la ciudad. A una hora nocturna en que normalmente el centro de Madrid brillaba de actividad y festividad, Gabriel y yo éramos los únicos seres vivos caminando. Aunque me dio la sensación de que no éramos los únicos caminantes. En un par de ocasiones creí ver recortada una silueta contra el cielo negro, sobrevolando nuestras cabezas. Tal vez las vampiras habían salido en busca de alimento. Otras veces era una extraña sombra, una silueta que se movía a ras del suelo, ocultándose en los bajos de un coche, como un gato, pero con ojos rojos. Hasta la luna era amenazante. Un sonido cualquiera en un callejón producía un eco en las fachadas solitarias de ventanas cerradas hasta resultar atronador. Extraños olores iban y venían, como si pertenecieran a especies que hubieran abandonado el subsuelo y se movieran a nuestro paso, espiándonos, esperándonos. De pronto, el terreno conocido y familiar se había vuelto inhóspito. No se trataba de un peligro visible, sino de algo que se movía generando amenaza a su alrededor, como si de alguna forma el corazón supiera que algo espeluznante estaba ahí fuera, espiando los movimientos. Los nuevos habitantes habían tomado el control de la ciudad nocturna y, de una manera tácita, sin mediar palabra, sin que saliera en las noticias, los humanos se habían retirado a la profundidad de sus dormitorios, buscando la protección de su hogar.

Nosotros dos también podíamos percibirlo y, aunque pertenecíamos a su mundo, aquellos seres que nos rondaban me dieron miedo y emigramos a nuestra habitación. Nadie nos vio, aunque desaparecimos en mitad de una calle. Podríamos haber gritado, aullado o destrozado coches a nuestro paso. El terror había cobrado forma en las calles nocturnas y desiertas ahora.

24. El regalo del Tártaro

No oí acercarse a Luna. Estaba sentada bajo el arco, admirando el ocaso, sin siquiera meditar o preguntarme quién acudiría esa tarde al entrenamiento. Simplemente me dejé llenar por la luz dorada del sol, como si pudiese establecer una conexión con todos los seres vivos que me rodeaban en ese momento, desde las pequeñas flores de pétalos blancos junto a mis pies, hasta el abejorro que zumbaba entre la madreselva del muro del monasterio. Todo *era* al mismo tiempo y embriagaba mis sentidos como el más delicioso de los elixires. Esa frase no era mía; la había pronunciado Orlando horas antes, después de permanecer sumergido bajo el agua de la piscina durante más de cinco minutos. Cuando emergió, simplemente dio esa explicación. Luego me di cuenta de que seguía menguando. No era solo que su aspecto se asemejara más cada día que pasaba al de un ser sin sexo, sino que ya no parecía tener más de nueve años. Ahora era casi dos palmos más pequeño que yo. Y sus hombros, el cuello, los brazos, todo su cuerpo había enflaquecido y su piel se había vuelto más tersa y blanquecina. Sin embargo, sus ojos, aunque no estuvieran rodeados de arrugas, aunque tuviera los párpados y las pestañas de una niña, sí habían envejecido. Su mirada era ahora tan anciana y honda que había prescindido casi por completo de las palabras. Apenas hablaba ya. Tampoco le hacía falta. No se comunicaba con nadie, no aparecía por el comedor y probablemente había dejado de comer. Pasaba la mayor parte del tiempo en el agua, sumergido, o al borde de la piscina. Excepto alguna frase ocasional que cruzaba con Ulla o con Gabriel, era conmigo con quien más hablaba. Tampoco era que mantuviéramos conversaciones. Simplemente, a mí no me rehuía. A los demás, sí. Pero él y yo, o ella y yo, podíamos pasar horas sentados uno al lado del otro sin abrir la boca y sin sentir la urgencia de romper la monotonía del silencio. Creo que se estaba preparando para abandonarnos y así se lo hice saber a Gabriel.

—¿Quieres compartir algo conmigo? —me invitó Luna, después de sentarse a mi lado y romper el curso de mis pensamientos. Era la ocasión en que más cerca de mí había estado y la tentación de tocarla fue irresistible. Quise comprobar si su piel era cálida o fría, suave o metálica. Pero nunca llegué a saberlo. Los dedos que extendí, la atravesaron limpiamente.

Se rió ante la expresión de perplejidad que puse. Luego extendí los cinco dedos de la mano derecha y traté de apresar su brazo, pero era imposible. Era intangible. No tenía un cuerpo físico. Lo que su aspecto y presencia parecían sugerir siempre era cierto. Luna no era real.

La miré a los ojos, esos ojos de ámbar.

–¿Qué... eres?

Volvió a reír.

–¿Y tú?

–Yo soy un ser humano. Algo... excéntrica, si nos ponemos puntillosos, pero soy de carne y hueso.

–Yo –respondió finalmente a mi pregunta– soy la otra mitad de Amelia.

Cuando lo dijo, me encontraba pasando la mano al completo a través de su espalda sin que su apariencia se alterase lo más mínimo. No podía creerlo.

–¿Cómo? No he visto dos personas más diferentes en mi vida que Amelia... y... tú...

Claro que sí. Dos mitades de un mismo ente. No era más que otra de esas extrañas dualidades que habitaban el mundo extraño de los incorpóreos. Ahora entendía muchas cosas.

–Siempre he tenido una única entrenadora, ¿no es así?

Luna asintió.

–Pensamos que sería más fácil para ti.

–Pues que sepas que te prefiero a ti. Quiero decir esta mitad tuya. La otra es antipática y fea.

–Todo es uno.

Tras unos instantes de silencio, volvió a preguntarme:

–¿Quieres compartir algo conmigo?

Sí, sí que quería. Ya había tomado la decisión días atrás de que si a alguien podía revelarle mi plan era únicamente a Luna. Pero ahora me resistía a decírselo. Temía que si lo transformaba en palabras, se volvería estúpido, irrisorio o totalmente inútil. Y era lo único que tenía para luchar contra Iskender.

Luna esperó pacientemente a que lo quisiera decir. Cuando el último rayo de sol se ocultó y ella comenzó a brillar en la semipenumbra, me armé de valor y lo revelé. La idea era sencilla; las dudas, profundas y atroces. Tan fácil que aparecía en mi cabeza una y otra vez, y tanto que me costó darle coherencia para expresarlo verbalmente.

Cuando acabé mi exposición torpe y repleta de lagunas de silencio, Luna asintió. Parecía satisfecha.

–Has escogido el camino adecuado. De los dos que hemos abierto ante ti, has elegido sabiamente.

Algo era algo, pero seguía sin aclararme las dudas.

–Gracias, está bien saber que cuento con tu aprobación, pero ¿qué hay de todo lo demás? ¿Tiene algún sentido lo que acabo de contarte? ¿Qué puedo hacer?

Me miró enarcando las cejas.

–Quiero decir que si tienes algún otro consejo que darme.

–Ah, entiendo. No, no lo hay.

Se levantó, estiró los bajos de su vestido luminiscente y levantó la mano a modo de despedida. Me dedicó una fugaz sonrisa y echó a andar hacia la salida del monasterio. Después de todo lo que le había contado, de todo lo que habíamos vivido, ¿se iba así, sin más?

Me levanté y caminé tras ella.

—¿Eso es todo? ¿No puedes decirme al menos si mañana tendré entrenamiento o si acaba todo aquí?

Sin girarse ni detenerse, me contestó:

—Así es. Aquí acaba todo.

Rodeó la antigua casa de legos y la seguí. En lugar de subir hacia la ermita abandonada, bajamos por un sendero que no había visto nunca antes. Casi tan escarpado como la subida, el camino serpenteaba hacia abajo, con una pendiente bastante pronunciada, rodeando árboles y arbustos. Pasamos junto a una charca natural y llegamos a un enorme lago que se abría en medio de un claro, rodeado por encinas. Nubes de mosquitos zumbaban por encima de la superficie del agua y en mis oídos. Ranas, grillos, junto al agua los sonidos se multiplicaban. Luna no se detuvo en la orilla del lago, sino que se metió en él.

—¡Espera!

Al oír mi grito, se detuvo y se giró.

—¿Qué haces aquí? —parecía realmente sorprendida de verme.

—No puede ser que todo haya terminado ya. ¿No queda nada que puedas enseñarme?

Ella pareció sopesar un momento mi pregunta y luego negó con la cabeza.

—Has tomado tu decisión. Nada de lo que podamos decirte Amelia o yo será de ayuda con tu tarea. Solo quedas tú frente al espejo. Deberás ser valiente y afrontar las consecuencias de tu decisión. De lo contrario, nada de esto habrá servido.

Hundí los hombros, apesadumbrada.

—Entiendo. Bueno, pues encantada de haberte conocido. ¿Volveremos a vernos alguna otra vez?

—Nunca.

Con la punta de sus dedos trazó un círculo sobre el agua a su alrededor. Luego me miró fijamente:

—Una última cosa. En el reino no gustó nada lo que hizo la bruja blanca. Esa venganza absurda con su sirena. El daño que te hizo será compensado. Los guardianes del Tártaro tienen una ofrenda para ti. Acógela. Será de utilidad.

Dio media vuelta y continuó adentrándose en el lago.

Cuando el nivel del agua le llegó a la cintura, su ropaje extraño flotó a su alrededor como un círculo iridiscente.

Y se sumergió. Pero el reflejo brillante que despedía no se apagó en las oscuras aguas del lago, más bien al contrario: su luz brilló con más fuerza que nunca y con

una forma que se hizo más nítida a cada segundo, hasta que se convirtió en un perfecto reflejo de la luna llena, blanca y exuberante que descubrí en el cielo, pero a tan corta distancia de la tierra que parecía suspendida justo por encima de las copas de las encinas, como si se asomara al lago. Hubiera jurado que no había luna momentos antes.

–Rebeca. Esa zorra.

–¿Y para qué? ¿Con qué motivo la destruyó? –se preguntó Gabriel en voz alta.

Me encogí de hombros:

–Era anárquica. Probablemente no existía motivo alguno, más allá de la venganza.

–O porque estaba compitiendo con Mamá Blanca para ganarse la atención de Iskender –reflexionó Ulla en voz alta.

Gabriel y yo contestamos al unísono:

–¿Tú crees?

En ese momento llamaron a la puerta de la sala de mapas, donde estábamos conversando Gabriel y yo con Ulla. Entró uno de los asistentes de Solomon: necesitaba hablar con Ulla urgentemente y convenía que estuviera también Gabriel. Luego salió, seguido de Ulla.

–¿Vienes?

–Os espero aquí.

Gabriel asintió y salió. Yo me quedé sentada, masticando despacio, mirando por la ventana el porche exterior. Los jardineros habían terminado de colocar la iluminación del jardín y ahora la noche se había convertido, dentro de los muros de aquel oasis, en un juego nada sutil de luces y sombras, más parecido a un resort caribeño que a un jardín, pero aun así la vistosidad del conjunto lo hacía entretenido.

Entonces se apagó la luz en la habitación y me quedé en penumbra, a salvo de la oscuridad absoluta gracias al fuerte resplandor del jardín. Un ruido muy sutil junto a la puerta me indicó que no estaba sola. Me puse alerta. No creía que Mamá Blanca hubiera atravesado de nuevo los muros de la fortaleza, pero todo era posible en aquel mundo. Dejé el sándwich en el plato y me concentré en vislumbrar algún movimiento. Estaba sentada en un taburete alto, al fondo de la sala alargada. A mi izquierda tenía los amplios ventanales. La puerta estaba al otro extremo. Entre la puerta y mi posición, la pared estaba cubierta en su totalidad por una inmensa colección de armas blancas que pertenecían a Ulla: espadas, estiletes, cimitarras, puñales, picas, hachas, mazas y un llamativo juego de ballestas. Las visualicé en el preciso instante en que un sonido metálico me hizo comprender que el invitado no deseado había descolgado una de las armas de su soporte. No había tiempo que

perder. Supuse que mi figura recortada contra la iluminación exterior me convertía en un blanco fácil, así que me desintegré en el aire y reaparecí medio segundo después justo al lado de la puerta. Un pinchazo en la herida del cuello me recordó que las migraciones dolían. Pero eso no fue nada en comparación con lo que sentí a continuación: algo penetró en mi antebrazo, cortando mi piel como si fuera mantequilla. Noté, por este orden, calor, dolor y humedad. Lancé un grito y me tiré hacia delante para liberar mi brazo del cuchillo o lo que fuera. Al hacerlo perdí el equilibrio y aterricé sobre varios muebles y objetos, a los que arrastré conmigo en la caída. El estrépito rebotó en las paredes de la sala oscura. Inmediatamente después, se hizo la luz. Al principio tuve que cerrar los ojos, cegada por el resplandor inesperado, pero en cuanto los abrí y divisé la figura que estaba ante mí, me llené de ira.

—¡Tú!

Isaak me miraba sonriente, complacido. Tenía en la mano uno de los puñales de la colección, uno pequeño con la hoja curva. Cerraba el puño con fuerza sobre la empuñadura. La hoja estaba manchada con sangre. Miré mi brazo. Una mancha roja, como una flor, se extendía lentamente sobre la manga de mi camisa celeste. Me apreté la herida con la otra mano. Isaak soltó una carcajada y se dirigió a la pared donde colgaba la colección de Ulla. Había un hueco entre las armas.

La puerta se abrió de golpe y apareció Gabriel, creo que alertado por el ruido. Primero reparó en los muebles derribados, luego en mí, aún sentada en el suelo, y luego en Isaak, que colocaba el puñal en su soporte. Hilvanó los acontecimientos enseguida.

—¿Qué has hecho? —gritó a Isaak.

—Un ejercicio sencillo de demostración —contestó con calma.

—¿Qué ocurre aquí? —tronó la voz de Ulla, que había entrado tras Gabriel, seguida de Nui y algunos otros.

Me levanté con cuidado de no mover el brazo herido. Todos nos miraban alternativamente a Isaak y a mí. Él se plantó en medio de la sala, regocijándose en la atención que atraía, y se cruzó de brazos.

—Como decía antes, quería mostraros —cambió su voz a una mucho más dura— por qué esa mujer de ahí no puede guiarnos en la batalla. ¡No es lo suficientemente buena! ¡Miradla! ¡Cualquiera de nosotros, hasta un niño, puede atacarla! ¡No sirve!

Sus palabras congelaron el ambiente. Sé que hubiera debido reaccionar, pero la verdad es que me quedé bloqueada. Gabriel, mucho más rápido que yo, replicó en mi lugar:

—¿Qué le has hecho, monstruo? ¡No te acerques a ella! ¿Cómo te atreves a atacarla? ¡Es nuestra Reina Azul, por mucho que te pese!

—¡No está preparada! —exclamó Isaak.

—¡SÍ LO ESTÁ! —gritó Gabriel, enfurecido.

–¿Ah, sí? ¿Entonces por qué en cualquier momento del día o de la noche puedo acercarme a ella y acabar con su vida? ¿No os dais cuenta de que es un suicidio que nos dirijamos a la batalla con ella al frente? ¿Qué sabe ella de batallas?, ¿de luchas?

Ulla avanzó hasta interponerse entre ellos dos, que amenazaban con iniciar una pelea.

–Me has atacado de improviso, de la misma manera que lo haría una alimaña –a medida que hablaba, notaba que iba llenándose de rabia.

–¡Ah!, en tal caso te pido perdón por no haberte avisado primero –dijo cínicamente Isaak–. ¿Me dirás cuándo estás preparada? ¿Se lo dirás a los occisos? ¿Les dirás cuándo te viene bien? –hizo un gesto de desprecio.

No sé si fue el tono de su voz o la burla de sus palabras, pero aquello colmó el vaso de mi paciencia. Me costó solo un segundo concentrarme en crear una corriente de fuerza que levantó en vilo su enorme cuerpo y lo estrelló contra la pared del fondo de la habitación. Todos se quedaron sorprendidos, incluso Gabriel. Pero el primero en reaccionar fue Isaak, que se levantó tan rápido que apenas lo vi y se lanzó hacia mí, soltando un grito animal. Me habría alcanzado si Ulla no se hubiera interpuesto. Isaak frenó un centímetro antes de chocar contra ella. Sus ojos ardían al mirarme y sus labios se habían contraído en una mueca de perro rabioso. No me dio miedo. Estaba dispuesta a volver a estrellarlo contra el muro más grueso, y lo hubiera hecho si Ulla no me hubiera pedido calma.

–Isaak –intervino Ulla–, eso que has hecho es una trampa. Aquí estamos protegidos, ninguno de nosotros está preparado para un ataque a traición de uno de los nuestros. Si lo que querías demostrar es que su naturaleza humana corre en su contra, llegas tarde. Lo sabemos desde hace mucho. Pero es la Reina Azul que nos ha dado La Araña y yo creo en ella. ¿Entendido?

Isaak desvió su mirada hacia mí y me fulminó con ella.

–Estáis locos. No pinta nada en esta guerra. Es una aprendiz. No tiene ningún poder.

–¿Es que necesitas más pruebas? No tienes ni idea de lo que puedo hacer –le escupí con todo el desprecio que pude acumular.

–Oh, sí, sí que la tengo. Puedes sangrar –dijo, señalando mi brazo–. ¿Puedes también parar esa hemorragia?

No parecía que la herida fuera tan profunda, pero la sangre, que ahora manchaba hasta el puño de la manga, resaltaba sobre la tela como si fuera fluorescente, una llamada de atención sobre mis limitaciones como Reina Azul. Estaba furiosa. Y dolida.

–¡Eres un...!

En ese momento, un leve temblor recorrió el suelo de la sala, haciendo que los cientos de objetos de la habitación tintineasen. Sonaron como si fueran campanillas en medio de la noche silenciosa. Gabriel me interrogó con los ojos para saber si

estaba causando yo aquello, pero lo negué con un gesto. Enseguida paró y regresó el silencio. Cuando íbamos a reanudar la conversación, el temblor se reinició, pero esta vez fue aumentando de intensidad en cuestión de segundos. Era un terremoto. La mesa alargada, las sillas, los planos, el plato que contenía mi cena a medio comer, todo cayó al suelo. Los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos. A trompicones, salimos todos al pasillo, menos Isaak, que migró. Muchos incorpóreos bajaban ya por la escalera, agarrados al pasamanos. Las enormes lámparas oscilaban peligrosamente, dibujando arcos cada vez mayores. De todos los rincones surgieron más incorpóreos, mirando alrededor. Muchos de ellos se desintegraron en el acto. Otros, como Kostya, al que vi un segundo en lo alto de la escalera, simplemente observaban, sin mostrar ningún signo de alarma.

Por encima del ruido, Gabriel nos pidió que saliéramos al jardín. Fuera, el espectáculo era más impresionante aún: las altas palmeras y los cipreses doblaban sus troncos elásticamente. Por todas partes, nos cubría una tormenta de hojas y ramas rotas. Pequeños cascotes de piedra comenzaron a caer de los aleros del palacio. Los macizos de flores perdían sus pétalos, y las luces de las farolas se apagaban y encendían intermitentemente.

Para consternación mía, el terremoto parecía amplificarse en el jardín. Ahora sentía bajo mis pies claramente como si algo estuviera hurgando en la tierra con un taladro, en dirección a la superficie. Delante de nosotros comenzó a formarse un montón de tierra parecido a un hormiguero gigante. Al principio solo salía tierra polvorienta, pero después aparecieron escombros y capas de alquitrán en el epicentro de esa especie de volcán..., cables y restos de tuberías. Casi inmediatamente después, en el otro extremo del jardín surgió un chorro de agua disparado hacia el cielo. Varias farolas se apagaron definitivamente. Todos retrocedimos hacia la escalera del palacio, pero yo no tenía intención de ocultarme, tenía curiosidad por saber qué aparecería del interior de la tierra. El único foco de luz que permaneció sin apagarse a nuestro alrededor era el que alumbraba la pirámide de tierra que seguía levantándose.

Súbitamente, todo ruido y movimiento cesó. Una extraña quietud se apoderó del aire, en el que flotaba una rara mezcla de olores. Estábamos expectantes, porque aquella repentina parálisis no podía significar nada bueno. Puede que el terremoto diese comienzo otra vez, ahora de manera devastadora. En medio del silencio me di cuenta de que del exterior del palacio, de las calles que nos rodeaban, no provenía ningún sonido. No había alarmas, ni sirenas, ni voces. Todo estaba en calma, como si la devastación hubiera ocurrido solo del muro hacia dentro.

Sin más aviso, del inmenso agujero abierto en el suelo surgieron tres figuras. Eran tres hombres gigantes, de un extraño color rojizo. Descendieron por las faldas del volcán de tierra hasta quedar frente a nosotros. Más cerca, pude observarlos bien. Sus rostros eran extremadamente desagradables, con unos ojos minúsculos y

oblicuos que mantenían cerrados y facciones duras y severas. Sus pieles, incluidos los cráneos desnudos, parecían de bronce pulido. Sus hombros eran fuertes y sus brazos larguísimos. Iban con los torsos desnudos, y llevaban atado a la cintura un mandil que parecía de cuero y que les cubría las piernas por completo. En el pecho había unos dibujos geométricos, como tatuados. Más tarde supe que no se trataba de tatuajes sino que los dibujos estaban cincelados en sus torsos.

Uno de ellos, el que caminaba en avanzadilla, se detuvo a un par de metros de mí. Me provocó una repulsión inmediata y retrocedí de manera instintiva. Entonces abrió los ojos y me miró. Eran de fuego. Dos ríos de lava ardiente corrían dentro de ellos. Estuve tentada de taparme la cara con las manos, porque sentí que podría arder si me miraba mucho tiempo. Sin embargo no lo hice. El hombre de bronce extendió los brazos hacia mí y de ellos surgió una tela, algo que caía casi hasta el suelo. Me lo estaba ofreciendo. Las otras dos figuras permanecían detrás, con los ojos cerrados, en actitud de espera.

Ni siquiera estaba considerando la opción de recoger de sus brazos aquello cuando mis manos, como si tuvieran vida propia, se adelantaron y recogieron la ofrenda. No era más que una tela, de color gris.

Cuando el regalo hubo llegado a su destino, que era yo, aquellas apariciones se dieron por satisfechas y los tres nos dieron la espalda. Los mismos dibujos que recorrían su torso se multiplicaban por su espalda. Y el mandil, el extraño delantal que llevaban anudado a la cintura, parecía mucho más ligero que el cuero.

Entonces, una nueva tormenta de explosiones y temblores sacudió toda la casa, desde los cimientos hasta el altísimo tejado. Los árboles se doblaron por la mitad, el mundo entero pareció estar a punto de desgajarse en mil pedazos. Gabriel y yo, todos los que permanecíamos allí, nos agachamos para protegernos de los cascotes que comenzarían a caer de un momento a otro... pero ese momento nunca llegó. El suelo dejó de temblar, las sacudidas desaparecieron bruscamente, el aire se despejó de polvo y la luz de las farolas y del interior del vestíbulo volvió a iluminarnos. Con precaución, nos levantamos todos. Nada había ocurrido. El jardín, la escalera, la lámpara inmóvil pendiendo del techo, los árboles indemnes, el suelo firme con la gravilla intacta, los adoquines de los paseos, las flores exuberantes... El único rastro que quedaba de lo ocurrido colgaba de mis manos. Entonces reparé en lo mucho que dolía el corte del brazo.

25. Preparando equipaje

Supe más cosas de los guardianes del Tártaro durante los días siguientes. Para mi sorpresa, era la primera vez que se dejaban ver ante los incorpóreos. Y no digamos ante una humana como yo. El Tártaro, la profunda región del inframundo al que ninguna sombra tenía acceso, donde se rumoreaba que vivía La Araña, estaba custodiado por esos tres seres que, decían, estaban forjados en hierro, provocaban que sus víctimas se consumieran en fuego con solo mirarlas y utilizaban pieles humanas para vestir. Según la mitología griega, el Tártaro era el último lugar del mundo en el que querías estar. Desde luego, aquellos visitantes estaban en la cima de mi escala de seres desagradables, justo al lado de Iskender. Se habían dejado ver por muchísimos incorpóreos solo para traer un regalo a la humana, escuché murmurar muchas veces después de aquello. Por supuesto, la expectación era máxima para saber qué habían subido a la superficie, así que no les hice esperar.

Desplegamos la tela sobre la alfombra del salón. Tenía forma de vestido, con dos mangas anchas y largas. La tela parecía suave como la seda, pero de un color que recordaba al hierro oxidado. No era elegante, precisamente.

–Es una cota de malla –dijo Orlando, cuando pasaba a mi lado.

–No puede ser. Esto parece papel.

–Póntelo –me sugirió Gabriel– y descubrámoslo.

–Me niego a ponérmelo. ¿Aquello que llevaban era piel humana? ¡Puaj! ¡A saber qué es esto!

–Orlando puede tener razón. Es una cota de malla. Deberías ponértela.

Negué con la cabeza. Gabriel la recogió del suelo y la tanteó con los dedos.

–No tiene nada extraño, Pers. Pero te la han traído a ti. Apuesto a que si nos vestimos cualquiera de nosotros con ella no sucederá nada. Seguirá siendo una tela insustancial. Pero es una ofrenda para ti. ¿No te lo dijo Luna?

Tenía razón. Murmuré una palabrota y accedí a regañadientes a ponérmela. La tela estaba fría y algo en su tacto me recordó la piel de la sirena. Como si estuviera húmeda. Me la puse rápidamente. Era al menos veinte tallas mayor de lo que necesitaba. En cuanto metí la cabeza por el cuello y los brazos por las mangas, observé mi reflejo en el ventanal del salón. La extraña tela me llegaba por los tobillos y las manos quedaban enterradas en las mangas larguísimas. Era evidente que los guardianes del Tártaro esperaban una Reina Azul que midiera por lo menos un metro ochenta... O no...

La tela comenzó a menguar, como si tuviera vida propia. No solo de largo, también de ancho; comenzó a ajustarse a mi cuerpo, a los brazos; el cuello, antes

ancho, se cerró por completo, pero sin ahogarme. El largo quedó por encima de las rodillas, y la cintura de esa extraña tela se amoldó totalmente a la mía. Las mangas retrocedieron hasta la palma de mi mano y se cerraron en torno a ella, como una especie de mitón. Y, cuando ya estaba tan pegada a mi cuerpo que parecía una segunda piel, la tela se transformó definitivamente. En menos de un segundo se endureció hasta convertirse en una plancha de hierro. Despareció el color óxido y en su lugar se volvió plateada y brillante, como hierro pulido. Pero lo más asombroso fue que se movía al compás de mi cuerpo, como si en lugar de una pesada cota de hierro fuera una membrana delicada. Golpeé con cuidado la cota con los nudillos y comprobé que era rígida y dura. Pero yo me podía mover dentro de ella como si estuviera desnuda y no llevara nada puesto.

Todos contemplaron asombrados la transformación. Me adelanté hasta la alargada mesa del comedor, ya preparada para los desayunos que tendrían lugar pocas horas después, y cogí el primer tenedor de plata que vi. Con él golpeé mi nueva armadura. Los golpes sonaron metálicos y yo ni siquiera los noté.

–Golpea con más fuerza –le pedí a Gabriel y le tendí el tenedor. Luego extendí el brazo.

Gabriel dudó un segundo, pero luego levantó la mano con el tenedor y lo descargó con fuerza sobre mi brazo. Fue asombroso ver cómo mi brazo repelió el golpe con tanta fuerza que derribó a Gabriel. El tenedor salió volando por los aires. Y yo seguí sin notar siquiera el impacto.

Maravillada, paseé los dedos sobre la superficie metálica del traje.

–Y ahora ¿cómo me quito esto?

Ulla enarcó las cejas. Orlando se acercó e intentó levantar los faldones de la cota, pero eran rígidos, tan rígidos como una auténtica armadura de hierro. Sin embargo, cuando yo repetí ese movimiento e intenté levantar los faldones, la tela me obedeció al instante y se dejó doblar como la más delicada de las telas. Me quité la armadura como quien se quita un camisón. Una vez sobre mis manos, volvió a ser la tela fea que era antes.

–¿Te importa que pruebe una cosa? –escuché a Kostya desde el fondo del salón.

Se acercó y se puso la tela con un movimiento ágil. A él también le estaba grande pero no se produjo ningún cambio en el extraño vestido. Estaba claro. Era un regalo de los guardianes del Tártaro para mí.

–Bien –dijo Ulla, dando unas palmadas para aclarar el jaleo que se había levantado entre los curiosos incorpóreos–, mañana saldrán los edecanes hacia el lugar de la batalla. Todos tendréis preparativos que hacer.

–¿Mañana? ¿Ya? –pregunté ansiosa.

–Claro, querida. Tú ya tienes tu equipaje. De todas formas, los edecanes llevan instrucciones precisas para montar el campamento mañana al anochecer. Yo migraré al día siguiente. Tú puedes venir conmigo si lo deseas.

Asentí. Un día más. Tenía que hacer algunas cosas antes de marcharme.

Recogí la tela de los brazos de Kostya sin mirarle siquiera a los ojos, agobiada por lo que se avecinaba. Notaba un peso en el pecho y la cabeza había comenzado a dolerme. Subí las escaleras sin escuchar siquiera las voces alrededor. Oí a Orlando contarnos que Noah había desaparecido del palacio. No había rastro del niño. Cuando Gabriel apagó la luz y se tumbó a mi lado, me abrazó, pero eso ni siquiera logró consolarme. Mi corazón latía como loco, pero no eran los nervios agradables que preceden a un viaje largamente ansiado. Eran más bien los presagios funestos de un condenado a muerte. Un par de veces, Gabriel llamó con los nudillos a las puertas de mi conciencia, para hablar sin palabras, pero no le permití entrar. Lejos de enfadarse, me abrazó con más fuerza. Su fe ciega en mí me debilitó y acabé llorando.

No dormí esa noche. Cuando el alba rompió y las copas de los árboles más altos fueron haciéndose más nítidas contra el cielo, me levanté y me apoyé en el banco que había bajo la ventana, para contemplar el amanecer. Gabriel se había dormido poco antes. Estaba boca abajo, con la cara vuelta hacia mí. La sábana le cubría desde la cintura para abajo. Su espalda se movía al ritmo pausado de su respiración. El brazo derecho estaba extendido hacia el lugar que yo había ocupado momentos antes en la cama. Lo observé con una ternura infinita y dolorosa, sabiendo que se acercaba el probable momento de una separación que me partiría en dos, pero a él también.

Entonces las paredes comenzaron a aprisionarme, a agobiarme, a quitarme el aire para respirar. Salí de nuestro dormitorio. Descalza, mis pasos eran silenciosos. Caminé sin prisa, curioseando el interior de las habitaciones cuyas puertas estaban abiertas. La mayoría de los cuartos estaban vacíos. Más que vacíos, desocupados. Huecos, con grandes ausencias en su interior. El gran éxodo hacia el lugar de la batalla había comenzado. Me pregunté cuántos de nosotros quedábamos en el palacio, pero no necesitaba que me dieran la respuesta, la sabía. Solo Gabriel y yo.

Estaba equivocada. Al pie de las escaleras estaba sentado en un escalón Kostya. Jugaba con un cuchillo en la mano, lanzándolo al aire y recogéndolo entre sus dedos incluso por el filo, sin que se cortara ni una vez. Miró hacia arriba y me descubrió.

—No quería irme sin que supieras mi historia. Déjame contártela.

26. Kostya lleva flores en el pelo

En la madrugada del 7 de enero de 1764, en Madéfalva, una aldea pobre de cultivos en una planicie extendida justo ante los ojos de la madre Cárpatos, ninguna casa emitía aún columnas de humo que significasen un fuego ya encendido para preparar desayunos. Todos dormían. Aquel día, el alba parecía no decidirse a salir nunca, como si el sol se mantuviese escondido tras una neblina que podía ser hielo en suspensión. Sin embargo, era un día especial, atípico, porque los dirigentes de todos los asentamientos de pueblos székelys que habitaban el sudeste de la actual Rumania, en la región de Transilvania, llevaban algunos días allí reunidos en asamblea extraordinaria, discutiendo si acatar las instrucciones de la reina húngara María Teresa, una monarca que, aunque no los gobernase, amenazaba con seguir eliminando los pocos privilegios que aún tenía el pueblo székely. Ellos, independientes, orgullosos, un pueblo guerrero que había luchado con los magiares y contra el imperio otomano, que había visto pasar a los voivodas uno tras otro, inmersos en las luchas intestinas, como aquel que sembró el reino del terror en el voivodato de Valaquia, y cuyo nombre pasaría a la posteridad de una forma que ningún székely podría imaginar; ellos, el orgulloso pueblo que dominaba a los caballos de tal forma que todos los monarcas lo querían a su lado, pero que habían visto cómo su tradicional modo de vida se corrompía gradualmente cuando el mundo exterior se inmiscuyó en su sociedad, otorgando derechos y privilegios a unos, y servidumbres a otros. Ahora habían sido reclamados por la aspirante al trono austrohúngaro para pelear en su nombre por el reino. Pero ya los habían apretado demasiado. Habían pasado de ofrecer libremente como tributo al monarca un buey, en ocasiones distinguidas, a tener la obligación de enviar un guerrero székely por cada diez habitantes cuando se trataba de incursiones hacia el oeste, o de enviar un guerrero por cada dos ciudadanos székely cuando la incursión era a este lado de los Cárpatos. Eran conminados siempre a abrir camino en las incursiones de guerra y a marchar en retaguardia cuando se retiraban los soldados húngaros.

Pero habían contestado al general de la archiduquesa que se negaban a seguir luchando en su nombre. En breve, la reunión de Madéfalva se disolvería y cada príncipe székely regresaría a su asentamiento. Los hombres volverían a los campos y las mujeres a criar hijos y a decorar bonitos muebles de madera.

Aquel 7 de enero acababa de comenzar. El viajero estepario había aparecido el otoño anterior. El pueblo székely no era más que otra etapa en su ruta a través de los montes Cárpatos, pero aquella gente sencilla le había acogido sin preguntas y

ahora, meses después de su llegada, dormía en el granero de una de las casas. No lo hacía solo. El principal motivo por el que había decidido quedarse un tiempo más entre aquella gente llevaba las largas trenzas deshechas y dormía a su lado. Al principio le fascinó algunas de las formas de montar a caballo que utilizaba aquel pueblo y él les mostró a cambio sus propias técnicas. Aun sin entender su lenguaje, algunas palabras comunes traspasaron fronteras. Pero ninguna lo hizo mejor que el bello rostro de piel blanca y ojos morenos que apareció una tarde en la pradera.

La bella joven y el viajero se enamoraron al instante. Una joven székely no tenía permiso para emparentar con un joven que no perteneciera a la comunidad, así que trasladaron su flirteo en secreto al granero en el que dormía el viajero. Pasaron las semanas y el viajero, que ayudaba en la recogida de trigo y de maíz, que mostraba una excelente disposición a aprender las técnicas de policromado de la madera que le enseñaban, fue introduciéndose lentamente entre aquella alegre comunidad. Le gustó desde el primer día en particular el escudo de armas de aquella extraña gente: un sol y una luna, uno junto al otro. El día y la noche, una compleja dualidad que el viajero estepario conocía perfectamente. Manejaba el cuchillo con destreza y montaba su caballo árabe con igual maestría que los guerreros más aventajados del pueblo. Su pelo era oscuro y demasiado largo para un hombre, pero lo tomaron por una rareza de otras culturas. No quiso saber nada de la reunión que trajo a los demás príncipes székely al pueblo, ni de sus requerimientos. Su joven enamorada le regaló una mañana una delicada corona hecha de pequeñas flores blancas que había recogido de la nieve, y el viajero se la colocó en el pelo. Tal vez para el deshielo, cuando las nieves se replegaran a lo alto de las montañas y regresara la primavera, el padre de la joven querría escucharle. Por primera vez, tras muchos viajes solitarios, el estepario quería asentarse, formar un hogar, al menos durante un tiempo, hasta que su aspecto inmortal lo delatase y tuviera que salir huyendo. Pero hasta que llegase aquel momento, tenía por delante diez o doce años que podrían ser de felicidad conyugal... si el padre de la joven aceptaba su requerimiento.

La primera señal que tuvo de la reunión de príncipes székelys fue la falda de lana roja bordada que se puso su enamorada. Enseguida se dio cuenta de que el resto de mujeres de la aldea habían sacado sus mejores trajes de los cestos. Y que las compotas, las carnes saladas y parte del trigo almacenado habían regresado a las cocinas, para agasajar a los invitados. Las cocinas de las casas de techos puntiagudos echaban humo desde el alba y se respiraba quehaceres domésticos apresurados por los cuatro costados. El estepario deliberó consigo mismo y acordó que si el padre de la joven demandaba de él que participara en cualesquiera que fueran los resultados de la reunión, aceptaría. Tan solo la certeza de saber que no podría tener descendencia y la decepción que eso provocaría en su futura mujer empañaba el futuro que ansiaba.

Como muchas noches antes, desde hacía varias semanas, su enamorada había

salido secretamente de su casa y cruzado la calle, envuelta en pieles blancas, para entrar en el granero y acostarse junto al viajero, piel contra piel, bajo gruesas capas de lana. Gracias a un sexto sentido que siempre maravillaba a la joven, su viajero la despertaría un rato antes del alba para que regresara a casa sin ser descubierta. Hubo una noche terrorífica en que una tormenta la despertó, y descubrió entonces que se encontraba sola, que el viajero había desaparecido de su lado. Regresó atemorizada y llorosa a su propio lecho. Y a la mañana siguiente, cuando, camino al pozo, él la alcanzó, le explicó que había salido para comprobar que su caballo se encontraba bien, porque sabía que los truenos lo asustaban. Pero ella sabía que en las anteriores tormentas, y en aquella época del año el cielo rugía muchas veces, solo eran silenciosas las nevadas, él nunca había sentido esa necesidad. Una punzada de temor se clavó en su corazón, pero lo ocultó. A las afueras del pueblo, a salvo de miradas indiscretas, se besaron. La vida podía ser tan bella para ellos dos...

En la madrugada del 7 de enero, los diez mil hombres de la archiduquesa austriaca, más su caballería, más los dos cañones que arrastraban con gruesas ruedas, no fueron descubiertos en su aproximación al pueblo debido principalmente a que la gruesa nevada que cubría campos y caminos silenció su entrada. Llegaron al pueblo sin que un solo perro los delatara. Hacía demasiado frío incluso para los animales callejeros.

A la orden del general húngaro, la destrucción comenzó al unísono y cayó como una tormenta de fuego y caos sobre las familias que dormían. Con la ayuda de los cañones, las casas saltaron por los aires, arrancando cabezas y brazos de sus habitantes. Los niños murieron masacrados a manos de los soldados, al igual que sus madres. Sobre todo aquel que intentaba defenderse caía una decena de soldados armados. Los graneros envueltos en llamas, los bueyes ardiendo que mugían despavoridos por la llanura, los supervivientes que buscaban refugio por calles cubiertas de nieve manchada de sangre y barro... El ataque fue fulminante y certero. La orden era dejar los supervivientes necesarios exclusivamente para que corriera la voz a las aldeas contiguas y al resto de asentamientos székelys: la reina no toleraría ningún otro pulso.

Casi toda la población de Madéfalva, mujeres, hombres, niños y animales, murieron en apenas unas horas. Más de cuatrocientas personas cuyo único delito había sido rechazar el enrolamiento forzoso de sus guerreros en una batalla que no tenía nada que ver con el pueblo székely.

El viajero estepario también perdió la vida aquella mañana.

Por primera vez en las últimas semanas, el olor del alba no lo había despertado. Continuó durmiendo al lado de su enamorada, totalmente ajeno al despliegue de fuerzas que estaba teniendo lugar en aquellos precisos instantes casi junto a su lecho. Uno de los primeros cañonazos derribó el granero, lo hizo estallar e

incendiarse. El viajero y la joven se despertaron de la misma forma que el resto del pueblo. A través del fuego que estaba devorando su propia piel, el estepario pudo ver cómo ardía el pelo de la joven y, olvidándose de sí mismo, se lanzó a salvar la vida de su enamorada. Logró apagar las llamas de ambos y protegerla de los restos incendiados del techo, que caían sobre ellos como una lluvia infernal. La cogió en brazos y salió del granero, sin saber que lo peor les esperaba fuera. Los animales de los establos corrían aterrorizados y ciegos por las calles, mientras la avalancha de soldados húngaros se les venía encima para entrar en todas las casas y consumir la masacre. El estepario pudo derribar a los dos primeros que se lanzaron a por ellos, luego apoyar a la joven inconsciente contra un árbol, y entonces descargar su furia y rabia contra los demás soldados que se abalanzaron sobre él. Era más fuerte, más poderoso, las heridas de los sables no parecían causarle dolor. Pero aquella resistencia sobrehumana solo tuvo un efecto: llamar la atención de cada vez más soldados, que se unieron, en número creciente, a sus compañeros. Cuando tenía a más de cincuenta soldados encima, creando una montaña humana, el viajero se deshizo en el aire. Antes de que ninguno de ellos se diera cuenta, apareció junto al lugar donde había dejado a la joven..., pero ella había desaparecido. Enloquecido por el delirio de la sangre, la buscó, pero allá donde la vista alcanzaba solo veía sufrimiento y la desintegración de la aldea. En ese momento tuvo una revelación. Corrió hacia la casa de la joven, quitando en su camino a cuanto soldado se encontraba. Pero llegó demasiado tarde.

La joven era una *székely*: esto significaba una condición guerrera y luchadora innata en ella. Cuando despertó junto al árbol a causa de los dolores provocados por las quemaduras en casi todo su cuerpo, había visto al viajero luchando contra más de una docena de soldados y a otros tantos dirigirse hacia la pelea. Sabía que no sobreviviría, así que había decidido salvar la vida de sus padres y su hermana pequeña. Cuando entró en la casa, antes de que los tres soldados que había allí la descubrieran, logró agarrar la espada de su padre, tirada en el suelo, y atacar mortalmente a uno de ellos, pero los otros dos la redujeron fácilmente. Lo último que pudo ver en vida fueron los cadáveres del resto de su familia, mientras los dos soldados rompían su camisa y sacaban el corazón de su pecho.

Esta fue la escena que halló Kostya al atravesar el umbral de la casa de Irina. La furia lo dominó por completo y lo transformó en un animal que decapitó a los asesinos de su enamorada con sus propias manos y dientes. Consumada su inútil venganza, se evaporó, para seguir las estelas de almas que se movían en esos momentos hacia el inframundo, buscando desesperadamente de entre todas ellas la de su amada.

Tras aquel suceso, Kostya se refugió en el ostracismo de las estepas solitarias, odiándose por haber fallado a Irina y por no haber sido mortal como ella y perecer también en la masacre, en lugar de tener que sufrir eternamente su pérdida. Tal vez

si se hubiera despertado antes del alba y los hubiera descubierto, hubiera podido dar la voz de alarma, llevarse a Irina de allí y ponerla a salvo. Eso era al menos lo que pensaba al principio, durante las décadas posteriores a la masacre de Madéfalva. Tiempo más tarde, cuando leyó en los libros lo sucedido, y supo de la magnitud de las fuerzas que había enviado la reina, comprendió que no habría podido hacer mucho.

—Siempre que regreso a Madéfalva, o como lo llaman ahora, Siculeni, me sorprende la estela de piedra que hay colocada en la base del monumento funerario que recuerda la matanza. En ella hay una extraña correlación entre las letras de la palabra latina Siculicidium, que es el nombre que la historia ha otorgado a la masacre, y los números romanos. A excepción de la «s», las demás letras tenían un significado en la numeración romana: la «i» era el uno, la «c» el cien... Si sumas todos los números que significan la palabra siculicidium, te da una cifra de cuatro dígitos, una fecha. Mil setecientos sesenta y cuatro.

—El año de la masacre.

Kostya sonrió apenado.

—Durante todos estos años —continuó tras una pausa—, hay una cosa que no he podido alejar de mi memoria sobre Irina. La forma en que olía su pelo. Se untaba una mezcla de aceites para que brillara más y oliera a flores. Casi todas las jóvenes de la aldea lo hacían, pero solo olí su cabello. Hubiera preferido mil veces morir en aquella emboscada. Nunca se lo perdonaré a La Araña.

—¿La Araña tiene algo que ver?

—La Araña ordenó a Gabriel meses antes que me localizara. Dio conmigo a finales de diciembre. Yo me negué a regresar. La siguiente vez que nos vimos, después de la masacre, me acusó de cobarde. Dijo que yo había huido de la aldea.

—¿Por qué no lo corregiste? ¿Por qué no les explicaste a todos lo que ocurrió?

—Porque no me importan, ni ellos ni las apestosas opiniones que tengan sobre mí. Solo quería regresar junto a Irina. Pero estoy seguro de que La Araña lo sabía. Podía haber avisado a Gabriel y permitir que este me lo dijera. Se calló, como una puerca. Prefiere que no tengamos ataduras. Algunos como Ulla lo acatan bien. Otros, aunque quisieran, no podrían tenerlas nunca. ¿Te imaginas a los siameses buscando novio y novia a la vez? ¿O a algún otro de los más repulsivos?

Los dos nos echamos a reír. Al rato me sinceré con él:

—Te agradezco que me lo hayas contado. Gabriel está equivocado contigo.

Kostya se encogió de hombros.

—Nunca hubiera permitido que la Bruja Blanca te tocara un pelo, de haber estado a tu lado.

—Lo sé. Me lo has repetido varias veces.

–Y estaré a tu lado cuando te enfrentes a Iskender.

–Y eso será de gran ayuda, te lo aseguro.

Los dos observamos el horizonte lejano y anaranjado a través de la doble puerta de entrada del palacio. No rompimos el silencio en un buen rato.

–Pasado mañana es el gran día –dijo al despedirse.

–O el último –añadí yo, una vez a solas.

De nuevo, ese peso tan familiar en el centro de mi esternón.

27. Noah se reúne con su madre

Noah había desaparecido durante unos cuantos días y, a su regreso, se había encerrado en una habitación, negándose a hablar ni ver a nadie. Para Ulla, que necesitaba tener la situación absolutamente bajo control, tan cerca de la batalla como estábamos, no saber qué había hecho el niño durante su desaparición era intolerable.

Pero no había que ser un genio para imaginarse dónde había estado Noah. La separación abrupta, sin solución, de sus padres, era un peso que le ahogaba lentamente, pese a todos los esfuerzos de los incorpóreos para que asimilara cuanto antes su nueva naturaleza y evitar así un caos parecido al que vivió Lyuba.

Todas las veces que había intentado acercarme al niño para tantear su estado de ánimo, lo que había encontrado era la misma criatura perdida y recelosa, desamparada, que seguía necesitando a su madre tanto o más que cuando lo recogimos del cementerio de Lavender Hill. Recordaba perfectamente la fachada de su casa, el barrio en el que vivía, incluso el rostro de su madre, del segundo fugaz que pude verla cuando abrió la puerta. El torbellino de frustración y dolor que sentiría Noah a todas horas del día, rodeado de extraños, experimentando las pesadillas de vivir a mitad de camino entre este mundo y el inframundo, sería insoportable.

Así que cuando Ulla se acercó a mí después del desayuno y me pidió que hablara con Noah, para hacerle entender que no podía volver a desaparecer, ya que tal vez me escuchara porque no era incorpórea, acudí enseguida a donde estaba el niño.

Lo encontré encerrado en uno de los cuartos de baño del segundo piso. A través de la puerta podía escuchar su llanto, bajito, quedo, inconsolable. Había algo de soledad tremendamente adulta en su lloro.

Primero llamé suavemente a la puerta, le pregunté si quería hablar conmigo. Pero Noah actuó como si no me hubiera escuchado. Seguí llamándole, cada vez más convencida de que no serviría de nada. Al final, me senté en el suelo, pegando la espalda a la puerta. Pensé en irme, pero por algún motivo no me moví del sitio. Tampoco me decidí a hacer algo. Pasó un rato sin que ninguno de los dos moviéramos ficha.

Al final, el valiente fue él, que decidió quitar el seguro de la puerta y dejarla entreabierta. Aproveché el resquicio de la oportunidad y me colé dentro. El niño estaba aovillado dentro de la bañera blanca. Tenía la cara hinchada y enrojecida por el llanto, y el pelo sucio y despeinado. Se abrazaba las rodillas como si estas fueran

el último reducto de lealtad en el mundo. Me senté en el borde de la bañera. No quería mirarlo de frente, ni él a mí, pero nos observábamos de reojo.

–Supongo que no te puedo tentar con uno de los pasteles de Huan.

El niño negó suavemente con la cabeza.

–También supongo que es inútil preguntarte qué ha ocurrido. Porque los niños no les cuentan sus secretos a los mayores. Pero ¿sabes qué? Tú ya no eres un niño. Creo que ya eres mayor.

Noah enterró la cara entre sus rodillas y murmuró algo inaudible.

–¿Qué dices?

Volvió a hablar, pero en un susurro.

–No te entiendo, necesito que levantes la cara.

Entonces toda la rabia y dolor acumulados estallaron: se levantó de un golpe y gritó de una manera violenta:

–¡QUE NO SOY UN NIÑO, SOY UN DEMONIO!

Entonces comenzó a golpear con los puños las paredes, con toda su fuerza infantil asombrosamente adulta. Enseguida combinó los golpes con patadas, que lanzaba a diestro y siniestro. Antes de que me cayera alguna de propina, me levanté y me alejé de él. Enseguida, el niño se detuvo y se quedó mirándome, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, de pie dentro de la bañera.

–¿Por qué te alejas tú también de mí? ¿Crees que soy un demonio?

Lo miré sorprendida.

–¿Estás loco? Por supuesto que no. Me alejo de ti porque con tus patadas he creído entender que me querías lejos. No quería que me hicieras daño.

Se volvió a sentar en la bañera.

–Bueno, escucha, Ulla me pidió que entrara a hablar contigo, pero veo que no estás por la labor, así que voy a marcharme. Ulla está esperando fuera a que salga, para entrar ella y preguntarte qué ha ocurrido. Me marchó.

Hice un ademán de abrir la puerta, pero el niño se puso en pie de un salto.

–¡Espera! No quiero que entre ella. Ni ella ni los otros. No quiero ver a ninguno.

–Está bien, hagamos un trato: tú me cuentas qué ha ocurrido y yo me quedo contigo aquí para que no entre nadie más. ¿Trato hecho?

Con la barbilla hundida en el pecho, y los surcos de lágrimas como ríos sucios corriendo por la cara, asintió. Salió de la bañera y se sentó en el suelo, bajo la ventana.

–Fui a casa y cuando mamá me vio, dijo que era un demonio. Luego gritaba y no quiso que me acercara a ella.

¿Qué otra cosa podría haber pasado? Lo abracé y apoyó la cara en mi pecho. Pensé que se echaría a llorar, pero no lo hizo.

–Noah, lo siento muchísimo.

Levanté la mano por encima de mi cabeza y tiré de una de las toallas para limpiarle un poco el rostro y la pena.

–Sabías que esto ocurriría. Por eso te habían dicho que no...

–¡Quería ver a mi madre! –me interrumpió al borde del llanto de nuevo.

–Te entiendo. Yo también quiero ver a la mía.

El niño me miró desde abajo.

–¿Cómo se llama?

–Helena.

–Y ¿por qué no vas?

–Porque murió hace mucho.

–La mía está viva y no quiere que vaya a verla.

Suspiré.

–Ellos creen que tú..., que tú... –Dios, ¡qué difícil!–, estás... bueno, ellos creen que han perdido a su hijo y es mejor así.

–No quiero ser así, no quiero esto –se separó de mí y movió la cabeza con energía–, quiero ser como antes, no sé por qué tengo que ser así, por qué yo...

–Supongo que todos vosotros os preguntáis lo mismo al principio. Pero ¿sabes qué?

Negó, con los ojos llenos de lágrimas.

–Que da igual lo enfadados que estéis al principio. Sois así. Tú siempre serás Noah, y dentro de cien años seguirás siendo Noah, pero para entonces ya habrás encontrado algo divertido que hacer con tu extraña vida y seguramente te lo pases bien. Y entonces no estarás enfadado con ser como eres. Será divertido, ya lo verás.

Noah se quedó con un detalle de mi frase:

–¿Podré ser lo que quiera? ¿Como jugador de fútbol?

No era el momento de decirle lo opaca que tendría que ser su longeva vida.

–O astronauta.

Abrió unos ojos como platos y la infancia volvió a brillar en su rostro:

–¿Astronauta? ¡Astronauta! ¿En serio?, ¿montar en un cohete e ir a la Luna?, ¿a Marte?

Asentí. Ulla había tenido razón al ir a buscarme. Ellos eran incorpóreos. Ninguno recordaba lo que era ser niño. Yo sin embargo lo tenía más reciente. Solo tenían que haber protegido más la faceta infantil de Noah en detrimento de su faceta incorpórea. Noah era una sombra, sí, pero antes que eso era un niño.

–Y fuera de la Vía Láctea.

Guiñó los ojos y me miró con recelo. Temí haberme excedido en mi propuesta y haberlo fastidiado todo.

–¿La vía qué?

Me eché a reír:

–Déjalo, no tiene importancia. Bueno, ¿me prometes que no volverás a intentar

ver a tu madre? No es una prohibición, como te dijo Ulla, es una promesa que te pido. Tuya, para mí. ¿Me lo prometes?

Su rostro se volvió serio y sombrío de nuevo.

—¿Te quedarás conmigo si te lo prometo?

Mentí con todo el convencimiento que logré reunir:

—Sí. En cuanto resuelva un asuntillo que tengo que hacer en un par de días, nos iremos de viaje.

Asintió y extendió la mano derecha. Yo extendí la mía y las chocamos, sellando un trato que yo sabía que traicionaría.

—¿Puedo pedirte otra cosa?

—Claro.

—¿Puedes acompañarme por última vez?

Ladeé la cabeza.

—Noah, creía que me habías prometido que...

—No, no, no —movió las manos para dar más honestidad a sus palabras—, solo quiero ver mi casa. Desde lejos. No me acercaré. Luego nos vamos tú y yo y ya no volveré más. Te lo he prometido. Solo una última vez, por favor.

Claro que fuimos. Afortunadamente, llovía mucho cuando reaparecimos, detrás de un coche aparcado en la calle, frente a su casa. En muchas casas había luces encendidas, pero la casa de Noah parecía deshabitada. Las persianas echadas, las luces apagadas, ningún coche aparcado en la puerta. Fue Noah el primero en ver el cartel de venta de la casa, en un lateral de la extensión de césped que conducía a la entrada. Vista así, la puerta principal parecía sellada, como en un cuento, para siempre jamás. La miró con una extraña gravedad, como si comprendiera de golpe un montón de cosas, y luego me pidió que regresáramos.

De vuelta, mientras le secaba el pelo con la misma toalla que habíamos dejado tirada en el suelo del cuarto de baño, me preguntó si yo había tenido que despedirme de alguien.

—Lo haré muy pronto.

—¿Y saben que estás viva o también gritarán que eres un demonio?

—Gritarían si lo supieran —aunque, pensé, no todos lo harían. Kumiko no lo haría—. ¿Quieres un vaso de leche?

—Sí, por favor.

Kumiko corrió por el pasillo para abrazarme en cuanto me descubrió. En los pocos días que habían transcurrido desde la última vez que los vi, habían progresado notablemente en sus relaciones de nueva familia. La pequeña correteaba por la casa, descubriendo rincones secretos y objetos que admiraba con la precisión de una cazatesoros. Su habitación era una réplica en miniatura del País de Nunca

Jamás, y la niña había comenzado a brillar con luz propia, inundando el hogar de mi padre y María de una felicidad que parecía estarles vedada. Atraía de tal forma su atención, que apenas me preguntaron cómo había decidido tan repentinamente ir a verlos, o qué medio de transporte había utilizado, o si me quedaría a dormir en su casa, o si por el contrario me iría a un hotel. También hallé en mi padre algunos tímidos esfuerzos para que olvidara el enfado con el que me alejé de él la última vez. Por mi parte no puse ninguna objeción; me quedaba poco tiempo para malgastarlo en viejos rencores.

Fue uno de los momentos más intensos de mi vida. Parecía que el tiempo había ahuecado su palma para nosotros. Pero si yo echaba la vista un poco hacia delante o hacia atrás, recordando el verdadero motivo de mi visita, entonces la estabilidad de mis emociones se desvanecía en el aire. El abismo que se abriría ante mí en apenas cuarenta y ocho horas me impedía concentrarme en el momento y me daba la sensación de vivirlo hipócritamente, como si fuera un espejismo, pero sabiendo que no habría una segunda oportunidad.

Veía a mi padre y a María moverse tras un grueso cristal, saludarme con la mano como si fueran una grabación de cine casero. Yo les respondía pero sin saber si realmente me estarían viendo. Y entonces ocurría el milagro, en medio de la niebla que me rodeaba surgía una luz pequeña y pura: Kumiko extendía la mano para acariciarme la cara, ante la mirada atónita de sus padres adoptivos. Y nos sonreíamos. Entonces le preguntaba si quería un pastel y la magia se desvanecía y regresaba la normalidad, la vida falsa, mientras la verdadera se replegaba de nuevo tras la cortina de terciopelo negro de sus ojos.

—Estamos pensando —dijeron, pisándose las palabras el uno a la otra, con cierto pudor en la mirada— en cambiar el nombre de Kumiko por el de Blanca. ¿Qué te parece?

Les sonreí. Enseguida entró Kumiko a la carrera para mostrarme unas preciosas alas de mariposa que se colocaban en la espalda. Mientras se las ponía, le susurré al oído que no se dejara cambiar el nombre. Para mi sorpresa, asintió rápidamente antes de irse veloz como el viento.

Prolongamos esa escena de merienda cotidiana hasta que la noche se cerró sobre la ciudad. Aquello me hizo recordar cómo los seres de la noche se habían apropiado de las calles de Madrid. Me removí inquieta. Mi padre recordó algo y fue hasta su cuarto. Cuando regresó, me ofreció una pequeña bolsa de tela que contenía algo cuadrado. La abrí mientras Kumiko posaba sus manos en mis rodillas y ante las sonrisas complacidas de mi padre y María. Era un pequeño cuaderno, de tapas humildes y hojas envejecidas. Lo hojeé. Todas las páginas estaban escritas con letra menuda y prieta. En polaco.

—Es el diario de tu abuela.

—¡Bogdana!

Mi padre y Helena cruzaron una mirada.

–Sí. No recordaba que lo tenía. Lo guardaba con las cosas de tu madre.

Vi como se cogían de la mano. A María no le importaba que mi padre protegiera retazos de su vida con su anterior mujer. Me gustó.

–Llévatelo.

–Pero no entiendo el polaco.

–Siempre puedes buscar un traductor. Y si me haces llegar la traducción, te lo agradecería. Siempre he tenido curiosidad por saber qué pone en ese cuaderno.

«Pero no hay tiempo, papá, no queda tiempo para respirar siquiera. En cuanto exhale el aire estaré en el desierto y habrá acabado todo», pensé.

–De acuerdo, así lo haré. Hablaré con la embajada polaca cuando llegué a Madrid. Buscaré a alguien que nos quiera contar lo que pone aquí.

Y con aquella ligera mentira complaciente, se rompió el hilo definitivamente de mi vida como Perséfone. Me despedí de ellos tres, de mí misma, de la certeza de que la vida fluía siempre en un único sentido. Dinamité el último de los puentes que me unían con la orilla de mi vida anterior. Y desde la orilla en la que me encontraba ahora, la del inframundo, asistí al derrumbamiento de los restos del puente, grandes piedras que se desplomaron sobre el río Styx, levantando olas titánicas de espuma al chocar contra el agua. Mi otra familia se veía ahora más lejana, saludando en la distancia.

Pero no sabían que Perséfone en realidad se había quedado con ellos. La que caminó calle abajo era la Reina Azul. No sabía si alguna vez podría regresar a por ella.

28. Elisa regresa a casa

–Pers, tienes que ver esto.

Me acerqué a Orlando, que estaba sentado delante de un ordenador. No parecía ni remotamente posible que supiera encender un aparato del siglo XXI, pero allí estaba, con la espalda erguida y los dedos corriendo veloces sobre un teclado. Dedos de crisálida, cuerpo de crisálida.

–Está en Youtube. El vídeo de lo que ocurrió en casa de Noah.

–¿Cómo es posible?

–Se corrió la voz rápidamente por internet. La primera vez que se graba a un fantasma.

–¿Un fant...? ¡Oh, Dios mío!, pobre Noah.

Se abrió una pantalla negra en actitud de espera. Después de cargarlo, comenzó el vídeo. Las imágenes eran poco nítidas. Orlando me explicó que procedían de la cámara del sistema de seguridad que tenían en la casa. Una cámara situada en un ángulo alto, sobre la puerta principal, enfocando hacia el recibidor. Al fondo se veía una doble puerta abierta y lo que podría ser un comedor o un salón. No se distinguían figuras, pero sí sombras moviéndose en la habitación del fondo, pasando de un lado a otro.

De pronto, una mujer de pelo oscuro recogido en la nuca surgía en el campo de visión de la cámara. Parecía torpe, mirando fijamente algo ante ella que nosotros no podíamos ver aún. Se llevó una mano al cuello y otra a la boca. Gesticulaba como si estuviera a punto de echarse a llorar o de gritar. Entonces, la figura de un niño apareció en el ángulo inferior de la cámara. Era a esa figura hacia quien miraba la mujer. Aun de espaldas, Noah era claramente reconocible. La mujer tropezó al retroceder y el niño se abalanzó sobre ella. En ese momento, pese a que no había grabación de audio, se comprendía perfectamente que la mujer comenzó a gritar. Señalando con el dedo al niño, que intentó acercarse a la mujer y luego desapareció. Como si hubiera sido un truco de magia, tan limpio y sencillo que costaba creerlo. Al instante, varias personas se precipitaron en el campo de visión de la cámara, auxiliando a la mujer, que se había desmayado. Uno de los hombres, el que se arrodilló inmediatamente sobre la mujer, parecía el más desesperado y se echó a llorar. Otros lo cogieron de los hombros y se lo llevaron a la habitación del fondo. Una mujer hablaba por el móvil. Hubo mucho revuelo en esos últimos segundos. La grabación se interrumpía en este punto.

–Hay otro vídeo en el que se ve lo que ocurre a continuación, pero no tiene

ninguna importancia. Vienen unos médicos, la cargan sobre una camilla y se la llevan.

–¡Oh! Noah, ahora entiendo su estado de ánimo.

Nos quedamos los dos en silencio tras la reproducción.

–¿Cómo se lo ha tomado Ulla?

–La calidad es tan mala y la migración de Noah es tan fulminante que invalidan el vídeo. No se lo he contado.

Menos mal, pensé.

Orlando se levantaba para marcharse cuando sufrió un mareo y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla.

–¿Qué te ocurre?

–Ven, ayúdame a llegar a la piscina, por favor.

Se colgó de mi brazo, con el peso de una libélula, y caminamos lentamente bajo la densa bóveda vegetal que habían creado los árboles que estaban allí antes y seguirían allí después de nuestra marcha, mientras el atardecer rojizo nos alejaba de la protectora luz diurna para acercarnos a la noche oscura y prolija en ruidos desconocidos. A nuestro paso, Orlando iba señalando las flores más espectaculares. Se sabía los nombres de la mayoría de ellas y luego parecía reparar en pequeños detalles, como una tímida salamandra que no huyó de nosotros, la base de una pequeña figura de piedra escondida tras un acebo salvaje, una de las hadas diminutas que nos espiaba tras un arce, una mancha de humedad en una losa a nuestros pies que asemejaba un bebé gateando. Con Orlando, estaba el jardín visible, el que cualquiera de nosotros percibíamos, pero también el invisible, uno en el que cada recodo del jardín escondía un tesoro o una presencia. Me había dado cuenta un rato antes de que el brazo de Orlando pesaba menos a cada paso, aunque aparentemente no menguaba ni alteraba su aspecto físico. Pero cuando llegamos al borde de la piscina, ante los arcos escrutadores y silenciosos, había perdido por lo menos un palmo de altura y sus brazos habían enflaquecido tanto que pertenecían a los de un niño de cinco o seis años. El pelo blanco llegaba ahora por la parte baja de su espalda.

Se había convertido en una ninfa de corta edad. Solo sus ojos permanecían viejos, hondos y fuera de alcance.

–Bajo esa agua existe una gruta con paredes de cristal. ¿Quieres que te la muestre?

Por muy tentadora que pareciera la oferta, la rechacé. Él aceptó mi negativa con una lenta inclinación de cabeza y luego se sentó con dificultad en una silla de mimbre con un extraño respaldo. Cerró los ojos. Cuando me iba sin hacer ruido, me llamó:

–¿Recuerdas cómo nos conocimos? Me parecía apropiado elegir el mismo elemento para despedirnos.

–No me digas que te vas, ahora te necesito a mi lado.

–Llevar tanta vida sobre mis hombros me ha dejado exhausto. He cumplido mi tiempo a este lado del espejo. Lo cierto es que lo dejé atrás hace mucho y La Araña me reclama. Antes de ir a su lado, me sumergiré un tiempo, para estar a tu lado en el desierto. Si no descanso ahora, no tendré fuerzas para emerger después.

Respiré aliviada.

–Entonces te veré en unos días.

–¡Espera! Otra cosa: recuérdale a Gabriel que la clave te la ofreció la vampira. Allí está tu futuro. El suyo también. Adiós.

Reclinó la cabeza y cerró los ojos. Un instante después parecía más muerto que dormido. Me asusté tanto que tuve que tocar su cara. Estaba tibia. Apoyé una mano en el pecho y noté una lejana respiración. Cuando iba a agacharme para darle un beso en la frente, sus manos se levantaron rápidamente para agarrarme la cara y me besó fugazmente en los labios. Luego me guiñó un ojo y volvió a caer en ese sopor profundo. Esta vez sí que se convirtió en un niño de otra época, de un tiempo de dragones y profecías.

La clave está en la vampira, recordé. Tenía que decírselo a Gabriel.

Lo encontré dando órdenes a varios edecanes. Había una actividad frenética en el palacio. Ulla supervisaba el embalaje de los objetos que se almacenaban en la sala de mapas. Camiones y coches salían en una caravana casi incesante del palacio. No podría haber imaginado esa evacuación tan inmediata. Probablemente porque me había perdido el anterior traslado masivo al castillo del lago, no esperaba tal movimiento. Como una montaña de naipes que se desmorona en el aire de manera metódica y ordenada, dejando detrás la sensación de que ha sido un espejismo, algo no real. Un extraño sueño. Eso parecía el palacio al caer la noche, cuando paseé por los pasillos y salones del palacio, ya desierto. Era un vacío mucho más hueco de lo normal. Ausencias más pesadas, como si las habitaciones fueran capítulos ya cerrados de un libro, uno que ardía en una hoguera.

Solomon también era presa de una agitación enorme. No era solo que supervisar el traslado de su laboratorio fuera una tarea complicada, había algo más, que traduje como miedo. Recordé que, los días anteriores a la aparición del Tártaro, se había mostrado esquivo conmigo cuando intentaba preguntarle por el estado de Elisa o de Lyuba. Me evitaba. No quería mirarme a los ojos, me daba respuestas vagas y aprovechaba cualquier excusa para alejarse de mí. Este no era el mismo occiso al que vi defender con tanto aplomo la necesidad de lograr el equilibrio para mantener el rumbo de la vida, en su castillo inglés. El occiso al que le gustaba tanto comer y beber, disfrutar de las cosas bellas de la vida, como siempre pregonaba, había dejado de comer con nosotros. Siempre caminaba taciturno y malhumorado. Presenció una discusión que mantuvo con Ulla, por un asunto trivial, acerca de la mejor ubicación de nuestro campamento en el campo de batalla. Lo que más me

llamó la atención fue la sorpresa que se dibujó en el rostro de Ulla y sus palabras: «Solomon, nos conocemos desde hace muchos siglos, ¿cómo puedes decirme *eso*?», y la huida precipitada de Solomon del despacho al descubrirme. Solo pareció tranquilizarse un poco cuando el Tártaro me entregó el regalo. Así que decidí que su extraño cambio de humor se debía a que él tampoco creía que yo cumpliría con mi deber como Reina Azul.

Ensimismada en mis pensamientos, llegué sin darme cuenta hasta el ala del laboratorio, ahora vacío y desnudo. Ya era aséptico, no tenía interés. En la habitación donde había pasado Elisa los días anteriores no quedaba nada tampoco, excepto una hoja doblada junto a una de las esquinas. La recogí mecánicamente. Era un dibujo hecho a lápiz, bastante desagradable. Formas oscuras, sombreadas diagonalmente, parecían asediar a una niña, hecha con trazos rápidos pero expertos, que contemplaba con horror lo que la rodeaba. La niña llevaba un vestido largo con el que se cubría las piernas y parecía gritar. Alrededor, integrando las sombras, pares de ojos.

Tenía que ser de Elisa. No me habían dicho que había recuperado la conciencia. Días atrás, Solomon me había pedido permiso para evacuarla del palacio, ahora que su estado se había normalizado, y llevarla a un hospital común. Primero le dije que sí, pero enseguida cambié de opinión y le pregunté si podrían arreglar una situación, un escenario que explicase su desaparición y ausencia. Le expliqué la idea que se me había ocurrido y le pareció bien. Me dijo que él se encargaría de todo. Antes de despedirse, le pregunté si había trasladado el Espejo de Almas. Me pareció más viejo y cansado cuando me contestó que estaba a buen resguardo.

Mi plan era sencillo de plantear, pero bastante más complicado de realizar para cualquiera, excepto para una sombra.

Nos habíamos trasladado Elisa, Nui, Nadir y yo a los montes de Lugo, no lejos de la casa de los padres de Elisa. Nadir conducía el coche en el que viajaba Elisa totalmente sedada. Yo conducía otro coche, uno bastante viejo muy similar al que tuvo Elisa años atrás. Anduvimos por una carretera peligrosa, llena de curvas que ascendían y descendían casi sin previo aviso, bordeada por bosques espesos y cumbres lejanas. Cuando al fin localizamos el tramo que nos pareció perfecto, el sol estaba a punto de desaparecer tras un cerro a nuestra espalda. Nui me preguntó hasta la saciedad si no prefería dejárselo a él, pero me negué en rotundo. Solo podíamos encargarnos él y yo, pero quería a Elisa con todas mis fuerzas y me sentía tan responsable de su vida que no podía mantenerme al margen, aunque me obligaran. Claro que nadie me obligó. Había notado en las últimas horas un cierto movimiento de aquiescencia a mi alrededor, a cualquiera de mis palabras, como un murmullo sordo de aprobación a todo lo que yo decía o pedía.

Nadir orilló el otro coche y apagó el motor y las luces. Yo situé el mío al inicio de la recta. Pisé el acelerador tanto como pude y luego quité el freno de mano. Las

ruedas volaron, el motor rugió y salí despedida hacia delante. Metí las cinco marchas en muy poco tiempo y, cuando había alcanzado la velocidad de ciento veinte kilómetros por hora, los faros me mostraron que la carretera giraba bruscamente a la derecha, en una curva con cierta rasante. Aunque no lo veía aún, sabía que la curva salvaba una pendiente, al final de la cual corría un pequeño riachuelo, nada profundo, pero con agua, perfecto. Agarré el volante con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos y mantuve la dirección incluso cuando el coche alcanzó la curva. Al salir impulsada, el coche aprovechó la rasante para elevarse en una ágil parábola. Durante esos segundos, las ruedas giraron frenéticamente en el suelo y el motor rugió en el vacío.

Hubo un cordón umbilical que unió en mi alma aquel momento de vértigo, de ausencia, de incertidumbre, con otro que no podía recordar, pero que había vivido. Tenía el nombre y la cara de las fotografías de Helena presentes en mi cabeza, como un letrero de neón que brillara en la oscuridad flotando delante de mí. De alguna forma, el salto al vacío me conectó con el otro salto que protagonizó mi madre muchos años atrás. Así lo sentí.

Estar pensando en ella me distrajo unos segundos y, cuando regresé a la realidad, el coche caía a tal velocidad hacia el riachuelo que el morro había comenzado a aplastarse contra las piedras justo cuando migré. Noté el latigazo en el cuello y una fuerte opresión en el pecho, aplastado contra el volante por la fuerza de la caída, mientras desaparecía del coche.

Reaparecí en la carretera, unos metros después de la curva. Me costaba respirar y la cabeza me dolía fuertemente, amén de la maldita quemadura del cuello, que latía con vida propia. Tardé un momento en centrarme, saber dónde me encontraba y descubrir a Nadir y Nui corriendo hacia mí. Me ayudaron a levantarme y luego pude contemplar la brecha que había abierto el coche en su caída a través de los arbustos y la maleza que rodeaban la carretera. Desde lo alto de la curva, se veía claramente el coche aplastado allí abajo, como un elemento desordenado, un desperdicio más grande de lo normal, la prueba acusatoria de un error fatal. No había ardido y, según me dijo Nui, después de bajar a verlo, no parecía probable que fuera a hacerlo.

El siguiente paso en mi plan, macabro, ahora lo comprendo, fue sacar a Elisa con cuidado y depositarla en un punto a salvo, a medio camino entre la curva rota y el coche estrellado. Un lugar visible desde lo alto, para que no pasara desapercibida. Regresamos junto al coche. Nadir hizo una llamada al servicio de emergencias, anunciando que había visto el accidente. Después, él y Nui se marcharon, pero yo me empeñé en quedarme. Me senté junto a Elisa, comprobé que seguía tranquilamente dormida. El cielo se había vuelto de color metálico y el aire era fresco. Del mosaico de sonidos desconocidos, ninguno me inquietaba. Escuché a un lobo aullar, pero no había luna en el cielo que pudiera ver desde nuestra

posición. Como sabía que me quedaban pocos minutos hasta que aparecieran los de emergencias, hablé con Elisa, en voz bajita, para que me escuchara en su sueño. Le dije lo mucho que la echaría de menos y el gran apoyo que había sido en mi vida de los últimos años. Que era mi única amiga, mi hermana. Que nada volvería a ser igual. De hecho, nuestra vida había cambiado de rumbo trágicamente dos años atrás, aunque entonces no lo supimos. Pero ella tenía que seguir siendo libre. Le aseguré que ningún incorpóreo o bruja la volvería a molestar jamás. Y que la rara de su amiga, que tanto la quería, le deseaba lo mejor de esta vida. Esos minutos que tuvimos ella y yo a solas fue un tiempo precioso y valioso que nunca olvidaré.

Luego vi los primeros reflejos de unos rotativos azules y blancos que subían por la carretera. Le di un beso y un abrazo a mi querida Elisa y la dejé allí. Me oculté en una arboleda cercana y esperé muy poco tiempo, hasta que un coche de policía y una ambulancia pasaron lentamente por delante. En la curva, el coche se detuvo y se apeó un policía con una linterna en la mano. No tardó en descubrir a Elisa y al coche.

Entonces me marché.

Aquella fue la última vez que vi a Elisa. Ahora, en el laboratorio vacío, con el dibujo en la mano y la idea rondándome la cabeza de que Elisa sí hubiera despertado de su letargo y descubierto dónde estaba, sentí la urgencia de ir a verla. Necesitaba saber qué sabía, si recordaba algo de lo sucedido. Los trazos tan oscuros en ese dibujo tan amenazante... Me pregunté si le habrían dicho que estaba en un hospital. Y si ella habría preguntado por sus padres.

Llamé a Nadir y le pregunté por Solomon. Dos minutos después, Nadir me contestó que se encontraba en su instituto suizo. Le había hecho saber a Ulla que no iría al desierto a la batalla, que debía quedarse para velar por los intereses del instituto y asegurarse de que nuestra cobertura, la manta que nos volvía invisibles, seguía intacta.

—¿Y qué ha contestado Ulla a eso?

—Bueno, no se lo ha tomado muy bien. Cree que es un cobarde.

—Entiendo.

—Sí, eso mismo pienso yo.

Me despedí de Nadir. Y del palacio. Antes de evaporarme en el aire como un sueño, llamé a un taxi y le pedí que diera una vuelta por las calles del centro, sin rumbo fijo, como si fuera un *tour* privado para una turista. El taxista no se opuso, de hecho pareció encantado por la idea. Fue un viaje repleto de melancolía y añoranzas cada vez que pasaba por un sitio en el que recordaba haber estado. Aquel parque, aquel paseo, aquella barandilla... No llegamos a pasar por Cervantes, hubiera sido demasiado doloroso, probablemente mi corazón hubiera explotado de nostalgia y recuerdos. Pero, sin duda, el golpe más duro fue cuando, de manera improvisada porque no vi que nos acercábamos, pasamos delante del bar

de Max. Estaba cerrado y un miserable cartel de traspaso de local colgaba del cierre metálico. Había ido viendo muchos de esos por las calles, pero aquel en concreto fue muy difícil de asimilar. Seguía guardando su número en mi móvil y, durante un segundo, me sentí tentada de llamarle para saber qué había ocurrido. Pero no tenía sentido. Con la desaparición del bar, de Max, desaparecía también mi vida como humana.

Me despedí de todo y de todos en silencio, desde el interior sombrío de mi cabeza, que proyectaba ya unas carreteras polvorientas en el desierto de Siria.

PARTE SEGUNDA

MAÑANA FUE AYER

El sol del mediodía en el desierto se convierte en muchas cosas a la vez. Es la luz que abrasa ojos, el aire que quema pulmones, arena hirviente sobre tu piel. En una extraña reciprocidad, tú mismo te conviertes en desierto, como si este reclamara las partes perdidas de su anatomía que han decidido independizarse y vivir alejadas de él, pero que regresan tarde o temprano a la madre. Como si todos lleváramos dentro esa forma estéril de vida, esa expresión extrema de superioridad de la madre Naturaleza que es el desierto, en una información impresa en las células que no han sido capaces de analizar ni descubrir, pero que está allí, desde los orígenes del hombre, y que se libera con fuerza brutal en el momento en que pisas el desierto, momento en que regresas a casa.

Polvo eres. Y en polvo te convertirás. Pero no polvo, sino arena del desierto.

Me arrodillo y recojo un puñado de arena, que vuela hacia el perfil montañoso y quebrado del horizonte. Creo que si fijara mejor mi vista, sería capaz de ver cómo mis propios dedos comienzan a transformarse en polvo también. Estoy en un desierto rocoso, poblado de ecos que susurran en lenguas muertas. Pero hay algo en el silencio que transporta el viento que anuncia la batalla, y que ha hecho enmudecer los sonidos de la ciudad cercana para permanecer alerta, preparada, que hace que tense los músculos.

Palmira. El lugar escogido para la batalla que borraré de la faz de la tierra a los occisos, que hará regresar a Iskender para siempre al inframundo del que no debió salir nunca. Aunque él crea exactamente lo contrario. Es curiosa esa contradicción. No me detengo a pensar sobre ella mucho tiempo. Sería malgastarlo y pronto necesitaré ponerme a salvo del sol abrasador en la sombra del castillo árabe, con agua fresca.

Me encuentro entre las ruinas de la ciudad. Ulla y todos los demás están arriba, en el castillo, donde han asentado el campamento. Como enclave bélico es óptimo, domina varios cientos de kilómetros alrededor, con las montañas y el desierto a sus pies. Cualquier movimiento de Iskender será descubierto rápidamente. Y circula el aire en lo alto del promontorio, lo que es una bendición ahora que nos acercamos a la época de los cuarenta grados. Allí, entre los pasadizos y sombras de las ruinas del castillo, los incorpóreos han montado un campamento, tan complejo y milimétrico como lo fueron los de las centurias romanas. En el lugar más protegido del sol, más enterrado, las especies oscuras alérgicas a la luz que nos han seguido hasta aquí permanecen a la espera, aletargadas. Pero se trata de un campamento a la antigua, nada de tecnología moderna. No hay antena parabólica que nos ayude a

espiar el terreno desde el cielo, porque Ulla no quiere que un reflejo metálico delate nuestra posición a los habitantes de la vecina ciudad moderna de Tadmor. No obstante, las sombras han movido bien sus hilos: han pagado al gobierno para cercar el enclave turístico de Palmira y que durante tres días no se acerque ningún ser humano que no esté invitado a la batalla.

Pero yo quería bajar aquí, a la arena, pasear entre las columnas y restos de la grandiosa capital del mundo que creó una mujer, tanto tiempo atrás.

Es temprano y la superficie a lo lejos está cubierta de una neblina que parece emanar de la propia tierra. Aquí y allá, como peines rotos, veo columnatas esparcidas, una ciudad más perdida que nunca. Más tarde, bajo el sol ardiente, Palmira se deshace de sus propios fantasmas para aparecer abandonada y rojiza, carne de turistas. Pero a estas horas, el vínculo que nos une a la ciudad y a mí es más fuerte que nunca. Las dos somos una carcasa hueca, las dos tendremos que encontrar la fuerza necesaria para expulsar de nuestra tierra a los indeseables. Palmira, la ciudad indómita. Su reina Zenobia combatió a los romanos durante seis años. Yo no creo que aguante seis horas combatiendo las huestes de Iskender. Veremos.

La tierra del desierto que me rodea es de color rojizo. Es la piel quemada del desierto. Y al atardecer, a medida que el sol danza sobre nosotros, las sombras se alargan y bailan sobre ella, proyectando alargados ecos de las cordilleras que parecen no tener fin. Es una piel infinita, llena de colores y sonidos que arrastra el viento y deposita a mis pies, como una ofrenda.

Desde la privilegiada vista del castillo, las ruinas de Palmira emergen como un coloso diminuto ante la exuberancia del oasis. Las dos vías principales de las ruinas convergen como una «y» griega en el templo de Baal. El sol, a punto de desaparecer, las ha dotado de una belleza inmensa, lánguida, que te inunda el corazón y te coloca al borde de las lágrimas. Creo que jamás conoceré otro sitio más bello que este, y esa certeza hace que contemplarlo sea doloroso y, a la vez, esté lleno de felicidad. Tan complejo como la prolongada piel del desierto. Habré de volver, me digo, arrancando un suspiro de mi alma, algún día volveré.

El peligro es tan palpable que no puedo fabricar un solo latido de corazón que no me avise de lo que se acerca. Es el mayor vacío que he sentido en mi cuerpo jamás. No me da vergüenza admitir que es miedo. El terror impregna la respiración, cada gota de sudor, cada cabello, cada escalofrío, cada pensamiento, todas y cada una de mis palabras.

No sé si ha existido alguna vez esa posibilidad, pero no hay vuelta atrás.

El castillo de Qala'at ibn Maan que ocupamos es una mole semiderruida que se alza sobre una colina, a la que rodea un foso. Una carretera asfaltada y estrecha sube serpenteando hasta el castillo. Durante toda la mañana un tráfico incesante de modernas furgonetas negras la ha recorrido para desembarcar el equipo bélico. En una de las cajas viaja la cota de malla que me regaló el Tártaro. Sé que en otra viaja la colección de espadas de Ulla.

En el sótano del castillo, en un inexplicable laberinto de túneles excavados en el interior de la colina, habitaremos estos dos días que faltan para el solsticio de verano. Es una fecha que no he comprendido muy bien: por qué ha escogido Iskender el día más largo del año, la noche más corta, para presentar batalla. Siendo un elemento de la oscuridad, o la oscuridad misma, hubiera sido mejor idea para él batallar en la noche más larga. Nui dice que se debe a que Iskender está tan seguro de ganar la batalla que no necesita facilidad alguna. A eso, antes, con mis amigos de la otra vida, lo hubiera llamado chulería.

Desde las almenas maltrechas del castillo alcanzo a ver varios cientos de kilómetros a la redonda. Hacia el este descubro la ciudad de Tadmor. Casi en línea recta, atravesando la cuadrícula de calles y edificios que la conforman, me toparía con la prisión, tan tristemente célebre. Vimos sus muros desde la carretera, la única vez que hemos pasado por la ciudad, en dirección a Palmira. Al sur de Tadmor se encuentra el oasis. Ahora es solo un elemento casi ornamental del paisaje, pero en los días de Septimia Bathzabbai Zainib, que pasaría a la posteridad con el nombre de Zenobia, y que nació un día antes de la Nochebuena del año 245, los oasis eran la línea que separaba la supervivencia de la muerte.

Recuerdo un cuadro que me mostró Lila de un pintor británico. Se titulaba *La última mirada de Zenobia a Palmira*. Muestra a una mujer de increíble belleza y porte guerrero, con las manos encadenadas por una larga cadena dorada. Cierra los puños con fuerza y tiene un pie adelantado, como si quisiera dilatar el último momento que pasará en su ciudad, echar una última mirada a Palmira. Contempla un paisaje crepuscular, cansada, vencida pero orgullosa. Triste. Unos escalones más abajo, un soldado romano la contempla en silencio. Tal vez su intención fuera apremiarla pero en el último segundo se callara, rendido ante la belleza de la reina y la poderosa tristeza del momento. Zenobia luchó contra los romanos, se alió con ellos, conspiró, intrigó, durante seis largos años, para preservar la independencia de su diminuto reino junto al oasis. Después de que fuera apresada y llevada a Roma, su historia desaparece en la bruma, como haría su amada ciudad años después.

Decapitada, enferma o matrona en una villa a la afueras de Roma, Zenobia pertenece a una estirpe de mujeres luchadoras.

En dirección sudeste, dejando la ciudad a la izquierda, está el oasis, cuyas palmeras tienen las hojas llenas de polvo. En una cuña de este bosque casi bíblico está el extraño templo de Baal, que no pertenece a este mundo, como si una raza de prohombres de otro planeta hubiera descendido a este, muchos siglos atrás, para dejarnos una pista de su existencia. Es sobrecogedor, con sus muros repletos de relieves, sus piedras derruidas y acumuladas en el suelo. Hay algo en él que me recuerda a la ciudad de los muertos, solo que Pandemónium es de color rojo enfermizo, y el templo de Baal es blanco e inofensivo. Aunque en ambos reinan distintos signos de la misma emoción humana: melancolía, el lamento por lo que ya no será más.

Le pregunté a Nui quién fue Baal. Me contó que era un joven dios cananeo, hijo del dios El, al que representaban con la figura de un toro. Lo adoraban, me explicó, porque traía las lluvias y las cosechas. Él mismo, o su hermana Anat, vencían al dios de la muerte, Mot, y en consecuencia Baal regresaba a la vida, trayendo la tan preciada agua del cielo. Ahí tienes, concluyó Nui, la explicación al hecho de que Iskender haya escogido este sitio. Él también quiere regresar a la vida. Pero si es la reencarnación de un dios, rebatí a Nui, es entonces la del dios Mot, el dios de la muerte. Tal vez, me concedió. Y tal vez tú seas Anat. Tu misión es vencerlo. ¿Y traer la lluvia? Nui sonrió. Tal vez. El agua sigue siendo preciada por estas latitudes.

Desde el templo, la vista regresa por el Decumano, el paseo de columnas que parecen espinas clavadas en el suelo, o frágiles varillas de cristal que una mano todopoderosa ha ido clavando en el camino, como hitos de una historia que se puede repetir. Más allá, se puede ver el templo funerario, del que apenas queda en pie más que un muro y un conjunto de frágiles columnas. Desde allí, la visión que se contempla del castillo es bellísima. No parece más que otro accidente del terreno, la cúspide quebrada de la cima en que se encuentra. Veo el templo funerario desde el castillo, igual que esta mañana he contemplado el castillo desde el muro. Me veo contemplarme. ¿El desierto susurrante conduce a la locura?

Desde el Templo de Allat y el Campo de Diocleciano, trazando una línea recta en dirección a poniente, uno descubre unas extrañas torres, la mayoría derruidas.

—Ahí es donde se esconderán Iskender y sus occisos antes de atacar —me explica Gabriel, señalando con desprecio hacia las torres.

Son unos túmulos funerarios, enterramientos tan antiguos como la ciudad de Palmira, pero situados a las afueras de la ciudad: un cementerio extramuros. Miro a través de unos prismáticos y contemplo una torre, de mediana altura, pero cuyos sillares están tan contrahechos que parece que en cualquier momento se van a desplomar. Están apoyados unos contra otros, en ángulos imposibles. Me recordó

tanto al caminar vacilante de Iskender, ocupando un cuerpo en putrefacción, que tuve que apartar la mirada inmediatamente de las lentes. Claro, no podría ser de otra forma. Iskender aparecería allí, estaba segura.

Bueno, este es el tablero de ajedrez. Las piezas blancas están colocadas. Solo hace falta que aparezca el contrincante. El manojito de nervios que me estrangula por dentro me impide probar comida alguna. Solo logro beber pequeños sorbos de agua fresca. Miro el trasiego a mi alrededor y me entran ganas de gritarles a todos «¡Dejadlo! ¡No perdáis el tiempo!», pero tengo que aguantarme, serenarme. Perder los nervios no conduce a nada.

De todas formas, si hay algo que me sigue maravillando en este escenario de locura y caos es el aplomo de Gabriel, la seguridad que sale de cada una de sus órdenes, de sus movimientos. Ha nacido para esto, pienso, este es su terreno natural, en el que se desenvuelve con la mayor seguridad. Se ha convertido en pocas horas en un referente para todos los que estamos aquí, sombras, edecanes o cualquier otra especie. Lo buscan, aguardan con paciencia su turno para preguntarle, atienden sus respuestas, ejecutan sus órdenes. Todo se hace con una precisión milimétrica.

Mientras tanto, intento no estorbar demasiado. Si este castillo está repleto de voces del pasado, de ecos de otro tiempo, yo no escucho ninguno. Echo de menos a Orlando, su calma, con quien podría pasear ahora, en estas horas de intensa espera, de angustia a veces insoportable. He visto fugazmente a Kostya, tan ajetreado como los demás, y a la pequeña Lila, que ha aparecido envuelta en una pámela que oculta su cara, más preparada para un pase de modelos en la gran ciudad que para habitar este castillo derruido en mitad del desierto.

Los edecanes, los jóvenes y los mayores, circulan velozmente por los pasillos y los subterráneos, se cruzan con los grupos de hadas sin que parezcan alterados por su influencia mágica. Oigo los aleteos de las vampiras en las oscuras profundidades del castillo y, de alguna forma, me tranquilizan. Hay bastante ruido en todas partes, sonidos metálicos, de cajas pesadas que son arrastradas, piedras contra piedras, voces, motores de coches.

Atardece. Busco un mirador privilegiado, ajeno al ruido y movimiento, y me concentro en admirar el paisaje a los pies del castillo. Se ha desatado una bruma de color acero que devora el desierto y se infiltra entre las ruinas de Palmira. Ha logrado hasta teñir la luz del color de la nada. De la masa algodonosa que reina a ras del suelo solo sobresalen los capiteles de las columnas, que parecen flotar en un éter sólido. Y con la bruma viene también un olor a podrido, a carne muerta. Tal vez signifique que Iskender ha llegado a la zona. Comienzo a temblar de los pies a la cabeza, hasta que Gabriel me cubre con una manta que huele a especias y me abraza fuerte para conducirme dentro del castillo.

Nunca lo hubiera pensado, pero esta noche he descansado y dormido perfectamente. No recuerdo haber soñado. Ha sido una noche negra, profunda. Tal vez me han ocultado alguna medicina para lograr que durmiera. Si lo han hecho, o ha sido la certeza absoluta de que se me ha acabado el tiempo, nunca lo sabré.

Para proteger a los durmientes se han creado turnos de guardia que vigilan los alrededores del castillo, pero somos muchos los que pensamos que Iskender no haría ahora un movimiento inesperado para asaltarlo. No creo que busque una victoria basada en la sorpresa; lo que él realmente quiere es aplastarnos, destrozarnos, ganar la guerra de forma contundente, sobre el terreno. El solsticio de verano ocurrirá esta noche. Hoy es el día más largo. Más horas de sol para el último día.

Hemos dormido sobre jergones militares, mantas beduinas y cojines rellenos de pelo de camello, acurrucados por los rincones de los subterráneos del castillo. «Esto no es un hotel», me avisó Gabriel anoche. No hacía falta que lo dijera. Creo que le contesté demasiado arisca, porque me miró algo herido. Lo lamenté. Se alejó en silencio. Quise correr tras él, pero mis pies se anclaron al suelo.

–Nos está convocando Ulla a todos en la sala de armas –me anuncia Huan.

Sus palabras me hacen caer en la cuenta de que solo me dirigen la palabra las sombras. Ningún edecán se acerca. Me miran de reojo, pero no dicen nada.

La sala de armas no es sino una gruta nacida tras el desplome de buena parte de la cara norte del castillo. Grandes piedras y tierra por todas partes. Se llega a ella descendiendo con cuidado entre los bloques. Si alguna vez hubo armas caídas entre los escombros, el pillaje las ha hecho desaparecer. Ya han llegado todos, agrupados en pequeños gremios, desperdigados por el sótano. Ulla es, como siempre, el centro de atención. Sobre el pedestal de una gran columna derribada, un haz de luz cae sobre ella de manera profética. Pienso que ha elegido esa ubicación demasiado teatral adrede, pero, para mi sorpresa, mira con evidente molestia hacia el agujero del que procede la luz y se aparta. Yo me siento en una zona en penumbra, al fondo de la sala.

Los susurros y los movimientos cesan, se hace el silencio. Se puede oír hasta una mota de polvo posarse sobre el suelo. Ulla carraspea y se dirige a la extraña audiencia:

–Esta noche se producirá el mayor enfrentamiento que ninguno de nosotros ha vivido jamás. No os engañaré. No creo que todos podamos ver el siguiente amanecer. Me contentaré con que lo haga uno solo. Eso significará que los muertos

de Iskender no reinan sobre la tierra. Porque mientras quede uno de nosotros aquí, nuestro deber es seguir combatiendo –sus palabras provocan malestar, sobre todo entre los humanos.

»Para alivio de muchos de nosotros, esta será una batalla de línea de fuego. Iskender es demasiado viejo para concebir otro tipo de ataque. Eso nos ofrece una posibilidad de vencerle, puesto que nosotros también somos legión. Aun así, nos superarán en número. Además, no sabemos qué otras especies se habrán unido a ellos –se calla un momento y me mira directamente. Muchos siguen su mirada.

»Solo La Araña conoce el final. Ella lo ha dispuesto así y también nos ha otorgado el arma que decidirá el signo de la guerra: la Reina Negra.

Me señala con la mano abierta. Parece más una invitación a unirme a ella en el estrado. Siento el calor que provocan cientos de miradas sobre mí. Pero no muevo ni un músculo. De reojo veo a Gabriel marcharse. La herida que nació en mi cuello comienza a latir, como si respondiera al oír su nombre.

Ulla baja la mano y finaliza su charla:

–Quiero que descanséis mientras dure esta luz ambigua. Antes de que venga la tarde deberéis tener vuestras armas dispuestas. Ya sabéis cuáles son las órdenes y vuestros lugares. Resistid. Resistid todo lo que podáis y cuando creáis que ya no hay más vida en vosotros, seguid luchando.

Cae el silencio sobre nuestras cabezas como el polvo del desierto. Todos aguardamos una última palabra de aliento de Ulla que no llega jamás: la mujer baja del pedestal y se aleja de nosotros. Lenta y perezosamente, la reunión se disuelve. Los grupúsculos se alejan murmurando. Yo no me muevo del sitio. Hago un ejercicio de memoria, para recordar quién estaba allí y quién no. Todos mis amigos estaban, excepto Solomon, pero no me extraña su ausencia. Por supuesto, Isaak no estaba allí. El libro en el castillo del lago, sus continuos ataques..., es el traidor. Gabriel comparte mi sospecha. El hecho de que haga tiempo que no lo veamos subraya nuestra teoría. Es él. Ulla no lo ha afirmado aún, pero creo que piensa igual que nosotros. Lo que no entiendo es por qué hace esto. Él no es un occiso, es una sombra. No sé qué ganará si se alinea con Iskender, qué le habrá prometido ese desecho.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que no escucho los pasos de Gabriel. Cuando levanto la mirada, lo descubro observándome en silencio.

«Por qué he tenido que enamorarme de ti. De todas las mujeres del mundo, de todos los tiempos del mundo, por qué eres tú. Por qué te amo con tanto dolor. No puedo aceptar que seas la Reina Negra. Sin ti en este plano no regresaré jamás. Me dejaré arrancar la cabeza si no regresas de esta batalla con vida.»

Está abatido, no hay necesidad de seguir fingiendo. Nos hemos quedado a solas en la sala. Me levanto de la piedra y me saco el caftán morado por la cabeza. Camino lentamente hasta colocarme bajo uno de los haces de luz que caen desde el

techo derruido. Abro los brazos en cruz y giro lentamente para que Gabriel observe mi piel. Lo está haciendo, con horror. Se tapa la mano con la boca, para impedir que el grito salga. Ahora entiende por qué los últimos días no me he desnudado ante él si no estábamos a oscuras. La quemadura que provocó en mi cuello la bruja blanca ha devorado casi completamente mi cuerpo. Todo el lado derecho es parte de la maldición. Se detiene en la muñeca y el tobillo, pero en cambio en las últimas horas ha avanzado hacia el corazón. La superficie de la piel herida es suave, no se nota nada desagradable a oscuras. Por eso Gabriel no se había dado cuenta. Ahora que lo ha descubierto, llora, los ojos desorbitados ante la realidad más cruda de lo que él había podido imaginar.

«Soy ya la Reina Negra, Gabriel. Por mucho que desees dar marcha atrás, solo puedo huir hacia delante. Esta noche habrá acabado todo. Te necesito a mi lado. En esta vida y en todas las demás. ¿Me lo prometes? ¿Me prometes que te quedarás conmigo siempre?»

Gabriel se limpia la cara con el dorso de la mano, se levanta y se acerca. Me abraza con tanta fuerza que me hace daño, pero es un dolor placentero. Cada uno hunde la cara en el cuello del otro. Este sería el equilibrio perfecto de la vida. ¿Por qué tiene que alterarse, por qué no podemos permanecer así hasta el fin de los días?

Luego dejo que él me vista, me coloca el caftán con delicadeza, acaricia mi brazo herido, el cuello, la piel roja del vientre. A través del tacto, me susurra «Tuyo, para siempre».

El sol cae como un cuchillo sobre el castillo y toda la arena ardiente que nos rodea. Alguien ha colocado unas mesas de madera ajada y patas torneadas y, encima, una serie de fuentes con alimentos de diversa procedencia. Ulla nos insta a comer, sobre todo a los humanos. Hay muchos edecanes refugiados en las sombras comiendo. El aire silba de una forma melancólica, como una sonata de Haydn. No, espera, alguien está tocando el piano, pero los sonidos son tan inverosímiles que me parece coherente escuchar esas notas pausadas. ¿Habrás regresado Orlando?

Cojo un puñado de dátiles y me alejo de los demás. Subo a una de las almenas y me apoyo en la piedra, pero está demasiado caliente, así que me siento en un cuadrado diminuto de sombra. Hace demasiado calor, la cabeza me arde, la sangre sube a las sienes, va a ser imposible continuar aquí. Cuando me pongo en pie, veo un pequeño reflejo blanco en la lejanía. Parece que viene del Decumano. Pienso en la basura tirada por los turistas. ¡A saber! Cuando voy a dar media vuelta, el reflejo me sorprende, parece haber cobrado vida. Comienza a titilar, como una estrella, como si estuviera lanzando un mensaje en morse. Parece que alguien se está comunicando desde las ruinas con un interlocutor en el castillo. ¡El traidor! Tiro los dátiles al suelo y desaparezco...

... Para reaparecer en medio del paseo de columnas. El calor inhumano levanta espirales de fuego del suelo, así que corro a colocarme a la exigua sombra del capitel de una de las columnas. Casi no puedo respirar, no hay aire, pero me asomo para comprobar que desde uno de los huecos alargados del castillo sale una serie intermitente de reflejos. ¿Dónde está el interlocutor? Rápido, rápido, Pers, no sobrevivirás mucho aquí. Mi frecuencia cardíaca ha aumentado rápidamente y siento una presión dolorosa en las sienes. Busco el origen de los reflejos, al que suponía en este paseo. Pero ha enmudecido. He de volver. No, ¡espera! ¡Está ahí delante! Parece que viene del tetrápilo; no, está detrás, más allá, porque se mueve tras una de las columnas. Hago un esfuerzo por recordar qué hay más allá, mientras muero de sed... ¡El teatro!

Migro a la construcción de la media luna, el antiguo teatro. Hay multitud de espacios sombreados en el antiguo escenario, para mi alivio. Está repleto de conjuntos de columnas sobre pedestales, así que me refugio en uno en el que parece correr una ligera brisa, apenas lo suficiente para que la piel respire. Estoy intentando serenarme, controlar mi respiración para que los latidos de mi corazón no retumben, sobreponerme a la insolación, cuando percibo un ruido. No es un ruido aislado, sino una secuencia de ellos. Alguien o algo se está moviendo a mi

derecha. Me asomo con cuidado. Logro encontrar un hueco desde el que veo a lo lejos el castillo, que parece evaporarse en medio de un lago de agua, un espejismo evocador. Pero a través de las volutas compruebo que continúan los reflejos. Dos, tres, silencio, uno más y entonces enmudece. Aguardo.

Mi espera es recompensada: una figura pequeña, real, se mueve velozmente entre las columnas. Viene en mi dirección, probablemente tiene intención de atravesar el escenario porque es la única vía a salvo del sol. Eso me hace pensar que debe ser humano, no occiso. No muevo ni un músculo, como si la propia respiración pudiera delatarme. La figura es un bulto pequeño, envuelto en un rebozo de color arena, no puedo ver su rostro. Se acerca con rapidez, sorteando las columnas. La oscuridad me salva de ser vista. Pasa junto a mí, separados por unos escasos dos metros. Yo rodeo la columna para situarme a su espalda. Sobresaliendo de la capucha o lo que sea que protege su cabeza, veo algo que reconozco.

Abandono la protección que me ofrece la columna y la llamo. Raiña. Se gira con un brinco, pero se queda inmóvil al verme. Endereza la espalda lentamente; por eso parecía una figura más pequeña, porque caminaba algo agachada, encorvada. Repite en voz alta mi nombre varias veces. Mira a los lados con recelo. No sé si teme encontrar a alguien más o desea encontrarlo. Algo más.

—Supongo que eres el enlace entre Iskender y el traidor que hay entre nosotros.

Pierde su compostura, el recelo se evapora y ríe de una forma cristalina, evocando la antigua Palmira y su trasiego de caravanas y comerciantes. Se retira la capucha y su larga melena queda completamente al descubierto. Ha envejecido notablemente desde la última vez que nos vimos, en su cueva. O será que, a la implacable luz del sol, no puede disimular.

—Mira que le digo a Iskender que, por mucho que puedas mover cosas o desordenar la casa de las brujas, no entiendo por qué te han escogido a ti para esta tarea. De todas formas, aunque estuviese la mismísima Kali, no haríais falta ninguna de las dos. Esta guerra comenzó antes de que tú nacieras, y te viene grande.

Le pregunto por el estado de la cueva, si han podido recuperar algo. Me fulmina con la mirada. Luego me intereso por la herida que provoqué en su espalda.

—Aún duele —contesta—, pero he decidido tapármela con un tatuaje. ¿Quieres verlo? —su respuesta debe parecerle muy graciosa, porque se ríe a carcajadas.

Le pregunto quién es el traidor, por intentarlo. Sé que no me lo daría, pero no tiene nada más de provecho que pueda servirme. Para mi sorpresa, me lo da. Pronuncia un nombre. Uno. Mi corazón deja de latir por un momento y un escalofrío de hielo recorre mi espina dorsal.

Cómo es posible que sea ese nombre. Lo repito varias veces para mí, cuadrando círculos en una geometría imposible que me hace comprender muchas cosas. La única alegría en ese extraño desierto es no haber confiado mi plan a nadie.

La bruja ríe más alto aún y el eco de su risa rebota en las hornacinas vacías, en las altas columnas, en sus volutas, como si de pronto hubiera allí cien mujeres locas con nosotras.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Porque ya no hay nada que perder. Ha servido a nuestro propósito, ya no es necesario seguir fingiendo. No sé si te has dado cuenta, pero esta noche, en la noche más corta del año, se acabará el mundo.

Antes de que comience a reír desquiciada de nuevo, desaparezco. Ya he oído demasiado.

De regreso al castillo, bebo desesperadamente de la única jarra con agua que queda sobre la mesa. Luego busco al traidor entre los subterráneos y laberintos parcialmente hundidos. En la sala de armas no hay nadie, en la superficie no veo a nadie tampoco. Me sorprende el silencio. Me cruzo para mi sorpresa con un perro huesudo que me mira con apatía. No ha huido. Normalmente, los perros huyen de los incorpóreos, supongo que presintiendo su origen inhumano, pero este pobre animal se mueve entre las sombras, arrastrando una de las patas traseras. Prosigue su camino hasta que lo pierdo de vista.

El tiempo se ha detenido, como congelado. Pierdo momentáneamente la lucidez, me deslizo con placidez por una pista algodonosa hacia el vacío, apoyo mi cabeza en el suelo, me recuesto contra una gran roca blanda y receptiva, maternal y afable, que me acoge en su seno para dormir...

... Bailo, danzo, hago piruetas, mis hombros se agitan al compás de un ritmo que de pronto dejo de escuchar, se agitan con demasiada fuerza; ya no bailo, no soy yo quien mueve mis hombros. Hago el esfuerzo de abrir los ojos y veo el rostro de Gabriel, sus ojos pegados a los míos. Lo siguiente que percibo es su voz, alarmado, cobrando fuerza por momentos, hasta convertirse en un grito, mientras sus manos me zarandean vigorosamente. Dice algo del agua que he bebido. Pienso en el perro sarnoso y enfermo que se alejaba. Se me revuelve el estómago y el vómito sube como una ola hasta mi garganta y de ahí al suelo en un giro fugaz.

Más tarde me explica Ranjiv que han envenenado el agua, no lo suficiente para matarnos pero sí para dejar a la mayoría de los edecanes fuera de combate. O dormidos o con fuertes retortijones. No saben si servirán de algo esta noche. ¡Lo que faltaba! Me encojo de hombros, intentando aparentar naturalidad. Total, para lo que nos espera... Ranjiv y Chandrika me observan con los ojos espantados y luego se miran en silencio.

—*Alea jacta est* —les digo—. Llevadme donde Ulla. Tengo algo importante que deciros.

Buscamos a Ulla, que está inclinada sobre un gran mapa, rodeada por muchos incorpóreos, que atienden a lo que dice. Veo a Kostya, que me clava los ojos

cuando entro; a Nui, concentrado en lo que dice Ulla; a Lila, que la escucha desde una lejana silla otomana; a la enorme Huan, a algunos otros.

Salvo Kostya, no se han percatado de mi presencia, así que coloco la mano en el centro del mapa para interrumpir la reunión. Cuando todos me miran, pronuncio el nombre que me ha dado la bruja un rato antes. La primera en comprender es Ulla:

–¡Es imposible! –pero en sus ojos veo que me ha creído.

Lo que comienza como un murmullo de exclamaciones, enseguida se convierte en un altercado ruidoso que divide a aquellos que me creen de aquellos que lo siguen negando.

–No hay ninguna duda.

–Eso cambia muchas cosas –adelanta Gabriel.

Ulla se frota los ojos con el pulgar y el índice. Parece muy cansada.

–Traédmelo –ordena.

–No es necesario –truenan una voz a la entrada de la sala–, vengo por mi propio pie.

Verlo ahí, de pie en el umbral, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, pero con el rostro sereno, me desarma, inutiliza todas las teorías que he estado imaginando desde que lo supe.

–Necesito –apremia Ulla, rotunda– que nos digas que estamos equivocados y que la bruja solo perseguía verter inquina entre nosotros.

El recién llegado camina en silencio y se apoya en una gran piedra pulida por el viento. Apoya las manos en su regazo:

–Es tarde. Tarde para todo. Para explicaros por qué lo hice y para que sepáis en qué momento supe que me había equivocado. Es tarde para retirarnos. Para hablar siquiera.

Espío un movimiento en mi campo periférico de visión. Nui y otros, con los puños cerrados y los ojos echando chispas se han lanzado hacia él, pero Gabriel y algunos otros los sujetan. Kostya también parece suspendido en el aire, como si estuviera a punto de realizar un movimiento fugaz. Solo Ulla parece mantener la calma, aunque si mi aspecto es de abatimiento, el suyo es de absoluta derrota.

–No es tarde al menos para una explicación. Nos la debes.

Asiente cabizbajo:

–Solo quería preservar el equilibrio. La Araña me convocó hace mucho tiempo. Tenía una misión para mí. Me encomendó crear un tablero de ajedrez. Pero la partida estaba desequilibrada. Cuando supe que os había dado a vuestra reina, tenía que crear el otro ejército, darle peones al otro rey. No hubiera sido una batalla justa, de otro modo.

–¡Estás loco! –me sorprende mi propia voz al gritar, suena más hueca de lo que pretendo–. ¡Soy la maldita Reina Negra porque Iskender está aquí! ¡Porque ha

declarado la guerra con sus occisos! ¡Y tú has estado infiltrando esos occisos aquí! ¡Tú eres el culpable de esta situación!

Ahora soy yo quien quiere estrangularlo con mis propias manos. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme, aprieto los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos, pero cuando su voz tranquila, la voz de alguien en quien puedes confiar, no la voz de un traidor, llega hasta mí, ya no tengo claro qué quiero hacer:

–No, querida niña, me temo que no hay culpables en esto, solo peones de una voluntad superior a la nuestra, más compleja que todos nosotros, que crea y deshace los hilos del tiempo del que estamos todos fabricados. Estamos aquí porque esa voluntad lo ha designado así.

–Entonces, ¿a qué te referías con tu arrepentimiento? Si es algo ajeno a tu voluntad, tu actitud al respecto sobra –quiere saber Ulla.

–Quería decir que, si me hubiese rebelado contra la orden de infiltrar occisos, estoy seguro de que La Araña ya lo habría previsto. Ve, de todas las decisiones que tomamos y sus infinitas consecuencias, todas las intersecciones nuevas que se crean y destruyen con cada paso que damos, cada vez que optamos por respirar en lugar de hablar, por caminar en lugar de golpear, controla los efectos y los mueve a su antojo. Mi decisión de ayudar a Iskender, así como mi decisión de no haberle ayudado, estaban ya previstas –explicó.

–Entonces eres un cobarde. Solo la cobardía explica tu inacción –le escupe Ulla, que ha pasado del abatimiento a la ira.

El hombre asiente con pesadez:

–Asumo todas las consecuencias de lo que he hecho. Intentaba preservar el equilibrio, no romperlo. Y lo he destruido. Pero no me llames cobarde. Cuando pensé que aún estaba a tiempo de corregir mi error, ellos me arrebataron lo que más quería proteger de este mundo. No tuve más remedio que dárselo todo. Intenté avisaros, dejaros pistas, pero ya era tarde.

Eso colma el vaso de mi paciencia. Me acerco a él y le estampo una sonora bofetada en la cara. La palma de la mano me va a escocer durante un buen rato. Pero me hace sentir bien.

Solomon se lleva la mano a la cara dolorida y me mira. Durante un segundo, hay sorpresa en sus ojos, luego una aflicción infinita. Me da igual lo que sienta.

–Estamos metidos en esto por tu culpa. Vete a la mierda –salgo de la sala y los dejo atrás.

Que ellos decidan qué hacer con el traidor. Me da igual la suerte que corra, porque, si dependiera de mí, lo cortaría a pedazos.

Durante cuatro horas deambulo, contemplo rostros y actividad, manos y objetos, escucho fragmentos de conversaciones, ruidos ajenos a mí, miro el desierto con la sensación de haber regresado a casa.

También migro en dos ocasiones a Pandemónium. En la primera, busco la casa con el pomo en forma de caracola, pero está vacía. Dónde se esconden las almas que temen a los muertos, no lo sé, pero allí no están. Las calles están vacías, si es que son calles y si es que existe el vacío en ese lugar. Me siento en los escalones de una torre que me resulta familiar para imaginar cómo sería entrar en los muros de Pandemónium convertida en uno de ellos.

La segunda migración tiene por objeto hallar a Mateo. Todavía no he aceptado el hecho de que se haya convertido en un occiso, por mucho que sintiera que lo había traicionado al morir. ¡Traicionado! Me embarga tal pena y dolor, tanto odio por mí misma, que me arrancaría la vida con mis propias manos. Me doy cuenta de que estoy vagando por el territorio de La Araña y que esos sentimientos no son míos, sino de ella. Siento que deberíamos tener una última conversación, pero cuando hace acto de aparición no quiere que yo esté allí. Me empuja al borde de mi resistencia en Pandemónium, me sitúa en la frontera del mundo conocido y señala hacia la profundidad de una sima que ha aparecido ante mí. Me dice: «Abajo viven los guardianes del Tártaro, hicieron un largo viaje para llevarte un presente que equilibrase la balanza», y sus múltiples voces resuenan dentro y fuera de mí, «así que no me exijas más por ahora». El dolor que produce estar en su presencia cristaliza de una forma magistral. Me marcho del inframundo.

Cuando reaparezco en el castillo, el sol, el último rayo de sol que tal vez vea en mi vida, se está desintegrando en el aire tras la más alta de las montañas. Subo deprisa a una almena y veo que todos los que habitamos el castillo estamos observando el crepúsculo, enmudecidos, sobrecogidos, muertos de miedo. El cielo es de color rojo, las nubes se deshilachan en gris hacia occidente, la intensidad del momento nos golpea a todos duramente. Contemplo hipnotizada el paisaje hasta que escucho un leve movimiento a mi espalda y me giro. Es Gabriel. Me abraza. Voy a llorar, voy a vivir, voy a luchar por ti.

Palmira es ahora una ciudad incandescente, de ruinas rojas y bellas, que sostiene entre sus columnas hilos que amarran el pasado y el presente, como un telar del tiempo.

—Aquí está el portal que ha estado utilizando Iskender para traer occisos —revelo en voz alta mis pensamientos.

Gabriel no dice nada durante un rato. Luego me gira con suavidad y me obliga a enfrentarme a sus ojos:

—Hay demasiadas cosas que tengo que decirte, que necesito que sepas de mí, mi pasado —habla con urgencia y desesperación—. No pueden separarnos, no es justo. No puede ser este el final —al pronunciar la última palabra, se rompe, su fortaleza se quiebra y salta hecha añicos.

Me impresiona verle así. Le explico que mi amor arrasará con todo para liberarnos. Gracias al cielo, no comprende el verdadero sentido de mis palabras.

Seguimos en silencio, aferrados el uno al otro, hasta que Ulla nos anuncia que comienza la batalla.

Una mancha en el horizonte es lo primero que percibo. Como si un niño hubiera hecho un borrón en un dibujo que, de todas formas, comienza a perder sus trazos porque la oscuridad avanza. Pero esa mancha es distinta y parece tener vida propia, porque va devorando el perfil de las montañas lejanas. Tal vez es una gigantesca nube de moscas, una plaga bíblica de langostas, una explosión de humo y cenizas que se extiende como una enfermedad.

Viene en dirección al castillo, desde el lugar donde duerme el mar. Podría ser una tormenta de arena, pero no es tan silenciosa: un murmullo chirriante acompaña la nube, monocorde, desagradable. Y el olor, el mismo que ya habíamos notado antes, que significa la llegada de los occisos, se acentúa por minutos. Si los olores tuvieran color, este sería rojo sangre. Sangre espesa y muerta.

Todos estamos paralizados en la contemplación de lo que se avecina. Congelados por dentro y por fuera, carecemos de movimiento, pequeños autómatas hipnotizados que contemplan el horror y aguardan el momento de despertar.

Y ese despertar cae cuando una voz masculina poderosa comienza a gritar palabras en un lenguaje desconocido, atronando cada piedra del castillo y sacudiéndonos del letargo, de forma brusca y definitiva, provocando que una actividad frenética y ruidosa nos contagie a todos. Corro hacia el ala sur del castillo, bajando escaleras a trompicones, chocando con quienes suben o bajan, cargando objetos; corriendo, salto por encima de los escombros, trepo por los bloques, en medio de una marabunta humana. En el aparente desorden percibo cierta metodología en la formación de grupo; presumo que todos tienen instrucciones de colocación, en formación bélica. Llevan sus armas características y trajes negros que parecen de un metal duro. En la salida del castillo me doy de bruces contra el camión más grande que he visto en mi vida, un tráiler gigantesco. El portón trasero es una rampa por la que van entrando, para mi asombro, edecanes humanos y sombras, mientras una bandada de vampiros sobrevuela el camión y baja hacia la explanada de tierra que separa el castillo de las ruinas de Palmira. Tras el último incorpóreo, aparece una manada de animales, una mezcla de lobos y osos, pero con pelaje mucho más negro y ojos rojos, que entran rugiendo en el camión. No me gustaría estar ahí encerrada con esos seres, pero nadie más parece sentir temor ante ellos.

Con un ruido eficaz, el portón del tráiler se cierra, y el camión, negro como la noche, comienza a descender por la carretera, demasiado deprisa. En una de las primeras curvas, sus ruedas traseras derrapan y se salen del camino, giran

frenéticamente en el aire unos segundos y luego regresan a tierra firme. Pero el conductor no afloja su marcha veloz.

Oigo gritar mi nombre. Es Gabriel que, desde el interior, me hace señas para que entre. Antes de hacerlo, veo que el camión se ha detenido junto a más de una docena de camiones idénticos, una fila de hormigas gigantes, elefantiásicas, desproporcionadas. Todos los portones abiertos escupen gente y monstruos. No sabía que éramos tantos.

Entro a la carrera. Gabriel me pide con un gesto que le siga y nos internamos por los pasillos a medio derruir y ahora solitarios. Sé adónde vamos. En una sala contigua a la que ha tomado Ulla como base –Ulla, que no está a la vista– hay un baúl metálico con un cierre de seguridad, cuya combinación solo yo conozco. Es la fecha de nacimiento de Helena.

Abro el baúl y recojo la malla, el regalo de los tártaros. Un segundo antes de ponérmela, dudo si cambiarme de ropa. Durante ese segundo fugaz, mi preocupación ha consistido en saber si iba vestida adecuadamente para la ocasión; una preocupación absurda, anómala, seguramente fruto de la tensión nerviosa. La malla se desliza sobre mis hombros como si fuera agua, se ajusta a mi cuerpo y se convierte en la armadura más extraña que ha existido. Gabriel se arrodilla ante otro baúl metálico, pero más alargado, y extrae de él una espada. La conozco, porque en mis últimos entrenamientos con Amelia tuve que utilizarla. Es una espada nazarí, de casi un metro de largo. Tiene una empuñadura muy decorada, en oro y plata, y una hoja afilada y pesada. Gabriel me la ofrece, pero no tiene sentido cargar con un arma tan pesada. La dejo en el baúl y salgo a toda prisa hacia la colección de armas de Ulla, donde está lo que busco: es una falcata ibera, mucho más pequeña. Mide aproximadamente lo que mi brazo, y con una empuñadura cerrada que protege mi mano algo más. Pese a que es de hierro, me parece más manejable que la otra. Gabriel suspira y me besa en la frente. Luego me apremia. Hago otra cosa más, antes de seguirle. Extraigo de un bolsillo el colgante de ónice que me regaló en Nueva York. Aunque no puede protegerme, de todos los objetos que hemos compartido él y yo, este es mi favorito, mi talismán protector. No podía dejarlo atrás. Lo coloco en mi cuello y lo meto debajo de la ropa para no perderlo durante la batalla.

Cuando emerjo de las profundidades del castillo en una de las almenas, el panorama es tan apocalíptico que no sé si he muerto ya y estoy a las puertas del infierno o si Iskender ha vencido y ha desatado el Averno sobre la superficie de la tierra. También me invade cierta sensación de *déjà-vu*. No sé...

A lo lejos y por encima de nuestras cabezas, el cielo se ha transformado en asfalto, gris oscuro, y tan pesado que podría llover plomo derretido. La tierra, por el contrario, y las ruinas de Palmira se han blanqueado; sus columnas parecen huesos brillantes.

Entre el cielo de plomo y nosotros veo volar en círculos concéntricos un elevado número de especies que no reconozco; distingo vagamente las siluetas de las vampiras, pero hay más.

A un kilómetro de distancia, nuestros soldados han tomado posiciones. Están distribuidos en cuatro líneas paralelas que tienen la misma longitud que el castillo. Desde aquí arriba no logro distinguir qué o quiénes forman cada línea. Van todos vestidos de oscuro. Lo único claro es que en la primera fila, inquietos, revolviéndose, están los animales que vi entrar en el camión.

La perspectiva es óptima desde mi almena, que parece un farallón ante un mar embravecido. Enfrente, las ruinas blancas y brillantes de Palmira. A mi izquierda, formando el tercer vértice del triángulo, veo nítidamente la pequeña ciudad romana de los muertos que se alza a medio camino entre el castillo y la cordillera que rodea el valle de Palmira por el este.

Ya no me cabe ninguna duda de que es el ejército de Iskender lo que se acerca en esa nube negra que ha trepado por la cordillera y la oculta ahora por completo.

Como si fuera un derrame de sangre viscosa y oscura que ha inundado el otro valle y ahora se desborda por este, la mancha negra, que al principio eran puntos aislados sobre la cresta, ahora es un frente de más de un kilómetro de largo, que avanza colina abajo y no parece acabarse nunca.

Son cientos de miles.

Cientos de miles de occisos.

No tenemos ninguna oportunidad.

Gabriel coge mi mano en silencio. Está contemplando el avance de la debacle. Somos los últimos en abandonar el castillo. Extrañamente, pensar que la batalla va a ser mucho peor de lo que hubiera podido imaginar ninguno de nosotros, me infunde una fuerza inesperada, una ira loca contra todos ellos, por habernos situado en esta encrucijada. Por saber que uno de esos miles de puntos negros es probablemente mi hermano Mateo. Con cada metro de terreno que avanzan las huestes de Iskender, produzco más furia, más poder, más ganas de acabar con todo esto cuanto antes.

Agarro a Gabriel del cuello y le obligo a mirarme. Tengo que hablar a gritos para hacerme entender por encima del ruido. Le ordeno que se quede en la segunda fila y no se mueva hasta que yo haya hecho mi jugada. Él grita, quiere saber cuál es. Iré a por Iskender. Contra él solo, tendré más posibilidades y, cuando lo haya vencido, será más fácil que cunda el pánico entre los occisos, sin líder a quien seguir, y por tanto acabaremos con este horror. Me mira un segundo, a miles de kilómetros de distancia de aquí, pero conmigo, en otro lugar y otro momento. Aunque calla.

Beso a Gabriel. Tal vez el último beso. Uno suicida, desesperado, que intenta recoger todos los millones de besos que nos hubiera traído otro futuro menos desolador.

Y salto por encima del borde de la almena, hacia el suelo, para caer exactamente donde quiero, junto a una Ulla irreconocible, vestida con una túnica negra y con una armadura de samurái, roja, negra y dorada, que la hace parecer una titán de otro tiempo. Me saluda brevemente y vuelve a concentrarse en el horizonte. Mi cuerpo es un manojo de nervios que me impide quedarme quieta. Echo a andar hacia las filas de nuestros soldados. En la retaguardia, la línea discontinua está formada por los edecanes. Todos van fuertemente armados y protegidos. Han puesto una rodilla en tierra, como si aguardaran una señal. Me muevo entre los huecos libres. En la siguiente fila están los edecanes de mayor edad. Algunos llevan armaduras futuristas, como exoesqueletos de un material que parece, a la escasa luz que proviene de los reflectores del castillo, fibra de carbono. Otros llevan unas protecciones similares a los samuráis. Unos pocos llevan un tipo de coraza metálica que les cubre solamente el torso.

Al pasar entre los huecos que deja la tercera fila, reconozco a todos los incorpóreos que están alineados allí. Los voy saludando. En esa parte de la formación, el movimiento es mucho más inquieto e inquietante, porque la mayoría de ellos están en plena transformación, como si bulleran, a medias gaseosos, a medias sólidos. Ranjiv y Chandrika han pintado sus rostros de azul, con extraños dibujos. Nui ha repasado con tinta negra todos los tatuajes de su cara. Lleva el pelo tirante, atado en la nuca, y se ha puesto sobre el torso desnudo una especie de collar de grandes pinchos que pasa por debajo de sus brazos y ha atado en la espalda. Está en posición de ataque.

Algo roza mi pierna. Son las hadas que juegan entre las figuras, como si esto fuera un parque. Detengo a la última cuando pasa a mi lado y me encaro con ella, diciéndole que tienen que prepararse para la batalla. Me doy cuenta, mientras hablo, de que no están transmitiendo esa sensación de placidez y abandono. O tal vez la inminencia del desastre anula cualquier otra emoción. El hada me mira con su cara de niña de cuento, pero en un instante sufre una transformación brutal, convirtiéndose en una máscara monstruosa de encías y colmillos desproporcionados. Retrocedo y el pequeño monstruo se da por satisfecho. Relaja sus facciones y se aleja, para continuar el juego con sus hermanas.

Según observo sin acercarme demasiado, en la primera fila están esos perros lobo que vi. Muy nerviosos, se mueven en círculos, con los ojos fijos en la cordillera por la que avanzan los occisos. Gruñen, con las comisuras de sus fauces retraídas para mostrar los dientes.

Retrocedo hasta la posición de Ulla. Gabriel ha llegado. Lleva uno de esos exoesqueletos de fibra de carbono. Entonces ocurre lo inesperado: en cuanto veo a Gabriel con esa protección tan absurda, me doy cuenta de lo vulnerable que es. De lo vulnerables que somos todos. Y despierto a una suerte de conciencia que me hace ver la verdadera magnitud de lo que va a ocurrir y los efectos desastrosos de

esta contienda, me hace ser capaz de presagiar que las siguientes horas van a ser las más importantes de mi vida, donde nos lo vamos a jugar todo, donde perderán la vida muchos... de los nuestros...

Contemplo entre escalofríos lo ancha que es la banda de occisos, que continúan avanzando por la ladera de la cordillera. Si muevo la cabeza como me han enseñado y dejo el área de los túmulos funerarios en el perímetro de mi visión, lo que antes era una mancha negra se convierte en un inmenso punto rojo; me recuerda a un incendio brutal y descarnado. Un corazón de fuego por cada uno de los occisos que descenden la ladera. Compruebo, con un renovado horror, que no hay solo occisos, que tienen un movimiento uniforme, una velocidad programada, sino que hay otros puntos, más densos, que tienen otro tipo de movimiento, más errático. Eso sin contar las manchas que sobrevuelan el avance enemigo. Ellos también traen animales voladores, como nuestras vampiras, que están volando en círculos por encima de nosotros.

Después de lo que parece un lapso interminable de tiempo, el ejército de Iskender termina de ocupar su posición, formando una franja ancha y alargada, que es al menos cinco veces más grande que la nuestra. A su espalda queda la cordillera, a la nuestra el castillo. A nuestra izquierda, el campo abandonado de Palmira, ya destruido en ocasiones anteriores. Por detrás de las ruinas, una población está viviendo ahora mismo ajena a lo que va a ocurrir. Me pregunto cómo se la va a proteger.

La única iluminación procede de los potentes reflectores del castillo y los reflejos de la decoración nocturna de Palmira. Probablemente, si hubiera un testigo entre las columnas de la ciudad romana y mirara en nuestra dirección, no distinguiría nada de la extensa mancha oscura que debemos ser la tierra, el cielo y los dos ejércitos a punto de atacar en estos momentos.

Si mi miedo fuera una antorcha, nos guiaría a todos en el campo de batalla. Pero con miedo o sin él, con o sin La Araña, el destino o las señales que ignoramos en el camino, todo nos ha conducido hasta aquí. Y tengo prisa por salir de este infierno.

–Te abriremos camino hacia Iskender –grita Gabriel a mi lado. El aire que nos rodea se ha vuelto irrespirable, una atmósfera cargada de polvo y pestilencia–. Síguenos.

–¡A MI SEÑAL! –truen la voz de Ulla.

El tiempo se detiene. La Tierra deja de girar sobre sus ejes y aguarda, expectante. El mar se repliega hacia dentro, convirtiendo las playas en lenguas kilométricas de tierra seca. Los niños que están a punto de nacer en cualquier punto del planeta se refugian de nuevo en el seno de sus madres, porque saben muchas cosas que luego olvidarán. Los humanos que están atravesando en este momento el túnel de luz se detienen, porque no están seguros de adónde ir. Las plantas, especies arbóreas, animales e insectos, mamíferos marinos, plagas, fallas, volcanes submarinos,

tornados, hasta los polos magnéticos se contienen, se retuercen, gritan, modifican sus hábitos, alteran sus comportamientos, interrumpen o explodian... la vida aguarda el resultado de esta batalla. La propia Pandemónium y toda la Ciudad Roja se contraen sobre sí mismas. La frontera entre los dos mundos se borra un poco.

La Araña detiene por un momento infinitesimal el tejido de su red, que somos todos los que hemos vivido y todos los que vivirán hasta la eternidad, para atisbar, en lo que para ella es un leve fragmento en su concepción del tiempo, lo que va a ocurrir hoy, aquí y ahora.

Entonces Ulla grita «¡AHORA!» y su voz se transmite en todas las lenguas del mundo, muertas o vivas, a todas las capas posibles de vida y da comienzo la batalla.

«¡AHORA!»

El ruido se eleva por encima de nuestras cabezas hasta alcanzar el efecto de un tornado. El suelo comienza a temblar cuando nos ponemos en movimiento hacia la franja oscura del ejército de Iskender, que también se ha puesto en marcha hacia nosotros.

Yo corro, gritando, enarbolando la falcata, rodeada por los que corren y gritan alrededor. Comprendo poco de lo que está pasando, pero tengo la vaga sensación de que nuestra formación no se altera lo más mínimo mientras corremos. Es decir, que no avanzamos en desorden, sino guardando las posiciones. Estoy rodeada por Gabriel, Nui, Ranjiv y Chandrika, y otro incorpóreo que avanza en estado gaseoso, así que no puedo distinguir quién es. Todos ellos forman un cuadrilátero protector. Nui y los siameses avanzan delante, y a través de ellos solo veo las cabezas y hombros de los edecanes que corren delante y detrás, pero no sé a qué altura estoy del campo, si nos separan kilómetros o metros de los occisos. El alboroto que mezcla los pasos sobre la tierra, los choques metálicos de las armas y un silbido agudo que procede del cielo, van aumentando de nivel. Miro hacia arriba, sin detener la carrera, y veo a las vampiras volar sobre nuestras cabezas. Juraría que una de ellas lleva a alguien en sus garras, y eso me da una idea. No soporto desconocer en qué momento chocaremos contra las filas de los occisos, así que guardo mi falcata en la manga de la malla. Para mi sorpresa, una de las sombras cae en picado sobre mí. Contraigo los hombros en un acto reflejo y luego noto unos dedos engarfiados que me cogen por debajo de los brazos, fuertemente y hacia arriba. Tira de mí y dejo de notar el suelo bajo los pies. Me levanta en vuelo, ante la mirada sorprendida de Gabriel. Aunque no sé quién me ha cogido, la vampira agacha la cabeza hacia mí en ese momento y reconozco, o creo reconocer, los rasgos de Constanza. Con una fuerza inusitada, el recuerdo de cómo la conocí ocupa mi cabeza durante unos segundos: aquel laberinto subterráneo bajo el cementerio de La Almudena que era su hogar, el extraño momento en que mordió mi dedo y me habló de una visión, una que ya no ocurrirá nunca, en la que Gabriel sostenía a una niña con mis ojos, a nuestra hija...

Agita las alas con fuerza y remonta el vuelo. A cada batir de alas, el esfuerzo que hace se transmite por su cuerpo entero, incluidos sus pies-garras con los que me mantiene sujeta. Por debajo de mí, la tierra se aleja cada vez más. No sé a qué altura estaremos, pero ahora puedo ver todo el campo de batalla. Mi gente avanza a la carrera, en esa extraña formación que había visto antes, mientras los occisos se

mueven hacia ellos de manera desordenada. Los que van en la avanzadilla de Iskender no son occisos, porque tienen figuras claramente recortadas. Son muchas también, probablemente, las brujas y otras especies. De ahí las protecciones físicas que llevamos contra heridas que un occiso no podría infligir. Todos esos exoesqueletos, escudos, armaduras, espadas, tenían un motivo.

Las distancias se acortan a la velocidad del rayo. Mi corazón golpea como un tambor de guerra. Constanza lanza un chillido sibilante ensordecedor, respondido enseguida por sus hermanas. El aire se llena de ruidos extraños y desagradables, a medida que les responden otras sombras que vuelan por encima de los occisos y que se dirigen hacia nosotros. No sé qué pueden ser, pero me temo que nada bueno.

Allí abajo, los dos frentes se aproximan: menos separación, menos separación, menos..., menos..., hasta que se encuentran, como dos manchas de distinta densidad que se funden y, una fracción de segundo después, nos alcanza la onda sonora de la explosión, una detonación grave pero rica en matices metálicos. Desde la altura, veo que el ataque de Iskender parece seguir también una estrategia, porque las figuras que ahora distingo claramente como humanas son las que van a la cabeza, mientras los occisos avanzan en retaguardia. Maldito Iskender, ha preferido sacrificar a las brujas y a sus aliados humanos.

El fragor del choque nos envuelve ahora, un ensordecedor rastro de la batalla que se está librando allí abajo.

En ese momento, una sombra enorme se abalanza sobre nosotras y Constanza la esquivo en el último segundo. Me da tiempo a ver qué nos ha atacado: un monstruo infernal, con cola parecida a la de un dragón, negro y rojo, y con dientes blancos que han brillado por un segundo junto a mis piernas, justo antes de cerrar sus fauces. Constanza lanza otro chillido agudo mientras hace un giro en el cielo que me coloca por un momento boca abajo. Siento la velocidad y el vértigo, el aire que choca contra mi rostro, cayendo en picado hacia el suelo y luego enderezando el vuelo. Está volando deprisa, muy deprisa, alejándose de la batalla, montaña arriba. Logro girar la cabeza y veo sobre mi hombro que la sombra nos persigue y que se está librando otra guerra en el cielo, puesto que hay muchos animales voladores que están persiguiendo a las vampiras.

Constanza aprieta aún más sus garras alrededor de mis brazos, para evitar perderme en el vuelo, pero oprime demasiado, comienza a doler. Suelto un silbido agudo que llama su atención y le hago una seña. Me entiende perfectamente y abre las garras, con lo que caigo al vacío. Es una sensación agradable, casi hasta relajante. Me dejo atraer por la gravedad unos segundos más, soy una piedra, la piedra que lanzó Amelia, con los brazos abiertos en cruz, como un ángel, y luego migro.

Aterrizo en medio del caos de la batalla, una confusión de movimientos

demasiado rápidos, ruidos ensordecedores, voces y rugidos que pugnan por reinar en el ambiente. De forma inexplicable, ninguno de los brazos que blanden armas a mi alrededor, de los golpes y la sangre que vuela, de las bestias enzarzadas para desgarrarse, me alcanzan. Giro en redondo, estoy como en una burbuja.

Necesito concentrarme de prisa, aislar mi cabeza del terremoto. Mis pulsaciones van a mil latidos por segundo, tengo los puños crispados, los nervios a flor de piel, mis ojos perciben demasiadas cosas a la vez. De nuevo descubro a Gabriel en una ondulación del terreno, no muy lejos de mí, luchando contra una bestia a la que al principio tomo por un oso enorme, aunque luego me doy cuenta de mi error: tiene brazos y cara de ser humano. Triplica el tamaño de Gabriel, pero este le derriba con facilidad. Con el monstruo en el suelo, se gira buscando algo..., me descubre y me hace una señal para que espere.

Un golpe en el hombro atrae mi atención: acaba de golpearme esa bruja maldita de la cueva. Tiene una maza en una mano, que debe pesar al menos tres veces más que ella, y un puñal curvo en la otra. Me mira sorprendida. Supongo que ha debido descargar la maza con toda su fuerza, pero la malla ha absorbido el impacto, protegiéndome. ¡Bendito regalo del Tártaro! Su pelo flota en el aire recortado contra un muro de sombras y cuerpos que se retuercen y pelean, una nube de polvo y occisos desintegrándose a toda velocidad. Tiene cara de loca: desenchaja la mandíbula para chillar y se lanza contra mí. Su puñal describe un arco veloz hacia mi rostro, que logro esquivar en el último momento. Me grita algo, pero con el ruido ensordecedor que hay no la entiendo. Durante una fracción de segundo, me doy cuenta de que estoy combatiendo; al fin, el largo trayecto de estos dos últimos años ha llegado a su meta. Estoy haciendo lo que se supone que debía hacer desde que nací. Me quedo bloqueada un momento, el suficiente para que esa furia dé unos pasos a una velocidad increíble y caiga sobre mí. Antes de poder sacar la falcata de mi manga, donde la llevo protegida, rodamos por el suelo. La agarro por las muñecas pero tiene una fuerza endiablada. Se coloca a horcajadas sobre mí. Junto a nosotras, pelean dos monstruos; uno de ellos aplasta el suelo con su pezuña negra a unos centímetros de mi cara y el polvo que levanta se mete en mis ojos, mi boca, mi garganta. Aflojo la presión sobre la bruja y me desvanezco en el aire. Aparezco a su espalda, necesito limpiar mis ojos y ver bien lo antes posible. Ella tarda unos segundos en descubrirme y se lanza al ataque de nuevo, recogiendo la maza del suelo (¿de dónde la habrá sacado!), y la blande en el aire, con la boca abierta como una psicópata. Pega un salto y cae sobre mi falcata, ya desenvainada, que la atraviesa a la altura del pecho y le parte el corazón, quedando su cuerpo inerte ensartado hasta la empuñadura de la espada. La empujo al suelo y se desprende de mi espada. Miro entonces mi mano: es su sangre lo que me ha mojado. Por un acto reflejo, comienzo a limpiarme en la malla, pero me detengo. Miro la espada, mi puño, la manga de la cota, oscurecida por su sangre, su cuerpo

en el suelo, caído en una postura difícil, y me llama la atención el gesto bobo de su cara. Lo siento, le digo, yo no hubiera querido esto nunca, me habéis empujado todos vosotros.

Algo roza mi espalda y muevo la mano veloz hacia el objeto, pero es un occiso, al que mi espada atraviesa sin provocar ningún daño. El occiso no se detiene ni un segundo y me cuesta mucho visualizarlo. Ladeo la cabeza y, al quedar en mi campo de visión, con su corazón de fuego al descubierto, extendiendo el brazo como un autómeta, con toda la fuerza que tengo, y lo descargo sobre él. Logro lanzarlo lejos. No conocía esa ventaja de mi malla.

Gabriel está ahora a mi lado. Descubrimos a la vez un grupo de diez o doce esclavos de Mamá Blanca, que vienen a por nosotros, con los ojos en blanco, las manos extendidas, los pies desnudos arrastrándose por el suelo como animales hambrientos en busca de su alimento humano. Al más cercano lo derriba una flecha que le atraviesa la cabeza. Es Lila, la pequeña Lila, que va montada sobre uno de esos perros lobo y ya tensa otra flecha sobre el arco. Cuando alzo la mirada, descubro mi error: no son diez o doce, sino cientos de esclavos los que se abalanzan sobre nosotros dos. Por entre sus brazos y cuellos descubro no muy lejos, junto a uno de los túmulos funerarios romanos, un pequeño bulto blanco. ¡Claro!, no podían estar muy lejos de su hacedora. ¡Tú serás la siguiente!, me digo. Gabriel golpea con la espada a varios de ellos, pero la mía es muy corta para quitarme de encima a tantos a la vez, así que corto por lo sano: con un poco de concentración por mi parte, los levanto en el aire hasta la altura en que Constanza y sus hermanas luchan contra las otras fieras. Vampiras y otras especies se echan encima de los esclavos de la bruja albina y los despedazan con sus garras, lanzando los restos a los cuatro vientos. ¡Ahora te toca a ti, vieja bruja!

Migro hasta donde está ella, que refulge en la oscuridad como si fuera una de esas luces que atraen a las polillas. Sé que ella también puede desvanecerse en el aire, la he visto hacerlo una vez. Pero, en lugar de escapar, se enfrenta a mí. Primero sopla sobre su puño cerrado y me echa polvo, pero lo estaba esperando, así que lo esquivo sin problema. Entonces alza su bastón, convertido en un estilete, e intenta ensartarme con él. Aunque es vieja, está hecha de un material inhumano y su velocidad es extraordinaria. Esquivo sus ataques e intento atacarla yo. No existe clase de esgrima que me hubiera podido preparar para luchar contra este demonio. De salto en salto, trepa por las paredes de la torre más cercana y se lanza. Nos vamos desplazando a medida que luchamos, pero no soy consciente de la dirección que tomamos, solo de que comienzo a tropezar con cuerpos derribados. Al estruendo de los múltiples choques simultáneos ahora se suma una letanía, como de cientos de aullidos, por el cielo y a ras del suelo. Cuando me doy cuenta de que son lamentos de heridos, se me eriza la piel. Muchos provienen de los cuerpos que nos rodean.

La bruja continúa con sus embestidas, sin cansarse, pero yo estoy ya al límite de mis fuerzas. Uno de sus ataques da en el blanco: me hubiera atravesado el centro del pecho si no llega a ser por la malla, que repele la punta de su estilete como si fuera el dedo de un niño indefenso. A las dos nos sorprende un momento, pero reanudamos pronto nuestra lucha. De la nada en que se ha convertido la noche, aparece una de las pequeñas hadas, con la cara convertida en una mueca monstruosa de fauces ensangrentadas. Se lanza a por la vieja bruja y clava en su rostro sus colmillos afilados, logrando derribarla, pero entonces la bruja le arroja algo que la convierte en una llamarada azul y, por un instante, ilumina el campo de batalla. Lo que me da tiempo a ver es aterrador, tan irreal como las caras y los cuerpos que luchan y caen en un radio de varias decenas de kilómetros. Cuando Mamá Blanca se levanta para encararse conmigo de nuevo, su rostro es una masa irreconocible de la que cuelgan jirones de piel y pelo. Antes de morir, al hada le ha dado tiempo a destrozarle la cabeza. Su camisa blanca es ahora una mancha de sangre y arena. Resopla como un toro a punto de embestir y se lanza sobre mí. Me preparo para recibirla pero de la nada aparece delante de mí una figura, interponiéndose entre las dos. Solo puedo ver la alta espalda de una túnica blanca con dibujos. La bruja no puede frenar a tiempo para evitar el choque y cae, casi plácidamente, en las manos del recién llegado. Se detiene todo movimiento. Rodeo las dos figuras. Es el Barón y retiene la cabeza de mi atacante entre sus manos. Los dos parecen figuras de hielo, congeladas en una mirada eterna, inmovilizados en mitad del fragor que nos envuelve. Pero al verlo más de cerca me doy cuenta de que sus labios se mueven, como si rezara. Su ojo ciego, el del párpado roto y la pupila blanca, está brillando. La bruja, con la cabeza aprisionada entre las enormes manos del Barón, intenta liberarse pero es en vano. Entonces la cabeza de la bruja explota, convertida en polvo, un polvillo gris claro, y el cuerpo cae descabezado como un muñeco inservible, saciado ya el apetito destructor del hombre. La contemplamos un momento y luego el Barón me muestra algo que tiene en la mano: es la cabeza diminuta de la bruja. Me pregunto si la colocará en la empuñadura de su bastón, junto a las figuras de, ahora lo comprendo, los otros dos seres que la decoran. Me guiña el ojo sano y desaparece.

Muchas cosas están desapareciendo esta noche.

Veo un cuerpo caído, a unos cuantos metros a mi derecha, como de un caballo enorme. Sea el animal que sea, la grupa es tan grande que desde arriba podré ver el desarrollo de la batalla. Solo un vistazo para comprender en qué situación estamos. Cuando estoy trepando por el lomo, veo que es uno de los dragones que vuelan atacando a las vampiras. Este tiene una corte brutal en el cuello y la cabeza casi desgajada.

Pese a que la luz procedente de los reflectores del castillo es insuficiente, logro ver lo que está ocurriendo alrededor. Y es escalofriante, demoledor: el campo de

batalla lo forman varios círculos concéntricos, a medida que la línea defensiva de Ulla, el famoso tríplex de las centurias romanas, ha ido rompiéndose y las formaciones cayendo tras el acoso de las bestias que ha lanzado Iskender. No sé si Ulla no se lo había imaginado, si no había pensado que sería una batalla tan cruenta, pero lo que estoy viendo es la demostración de que hemos fracasado en la manera de plantear esta batalla. Ha excedido nuestras previsiones. Iskender ha logrado reunir más especies demoledoras que nosotros. Y, además, distingo dos nuevos detalles en la falda de la cordillera que hacen que se multiplique el horror que siento: hay un reflejo que devuelve las luces del castillo. Solomon, el traidor, les ha entregado el Espejo de Almas. A eso se refería cuando nos dijo que se lo había entregado todo. Y, como una iluminación, regresa un nombre a mi cabeza: Asmina, la joven sudanesa que había rescatado, de la que hablaba embelesado. ¿Así que el traidor nos había vendido solo porque Iskender, o sus brujas, le habían arrebatado a la chica sudanesa? ¿Y a los demás? ¿Qué nos han arrebatado? Justo entonces veo que la gran nube de occisos rodea el Espejo de Almas en la cordillera, como un volcán en erupción, aguardando a que las especies sacrificadas por Iskender nos diezmen lo suficiente para atacar.

Se acabó el tiempo, no puedo esperar más. He de llevar a cabo mi plan.

La distancia que me separa del reflejo es considerable, pero sé que ahí, junto al espejo, está Iskender. Cualquier incorpóreo que se atreva a atacarle, será atrapado en él. La balanza está mucho más inclinada de lo que temía. ¡Maldito Solomon!, ¿cómo ha podido vendernos? Noto como la desesperación trepa por mi garganta, quiero gritar, dar marcha atrás, regresar al momento en que le dimos el arma para que la custodiara; no, aún más atrás, al momento en que comencé mi entrenamiento con Luna... Más aún, al instante preciso de mi vida en que vi por primera vez a Gabriel en aquel patio de piedra refinada y hierros brillantemente pulidos a la luz de la luna...

Un golpe en mi hombro me saca de mi ensoñación. Me limpio la cara de un manotazo. Es Kostya, que me señala un punto. No entiendo qué quiere. Veo a Nui peleando contra una especie de fauno, un hombre con patas de cabra, y alrededor cuerpos caídos sobre el suelo, amontonados de manera grotesca. La mayoría pertenecen a los edecanes.

Entonces descubro a Nadir. Entre los cuerpos amontonados. ¡Oh, Dios!, vacío el aire de mis pulmones y voy hacia él. Dos animales o dos cosas intentan embestirme en mi camino, pero soy niebla, soy humo para ellos, y cuando llego donde está Nadir, me arrodillo a su lado. Tiene los ojos abiertos, fijos, pero no miran nada, ya no mirarán más. Al cogerla, su cabeza se dobla de una forma extraña, como si tuviera el cuello partido. Abriéndose camino entre el dolor por su pérdida, aparece una nueva emoción: el miedo. Apenas distingo figuras borrosas a través de las lágrimas. Sé que ahora estoy indefensa, soy un blanco fácil, pero no me importa.

Oigo la voz de Dorian, junto a mi oído, diciéndome que quedan muy pocos incorpóreos y que él migrará a Pandemónium, que ninguno de nosotros podrá cambiar el signo de la batalla, así que se quita de en medio. Lo agarro de la solapa y comienzo a gritarle, a volcar sobre él la furia y la rabia, y mi indignación y el temor a que todo esté perdido. Pero Dorian me contempla con algo parecido a la compasión y migra. Me quedo con los puños levantados en el aire unos momentos.

Regreso al lomo del dragón muerto. Gabriel está atacando a un grupo muy numeroso de occisos, apareciendo y desapareciendo a una velocidad de vértigo para arrastrarlos al otro lado del espejo. Kostya se enfrenta con un mazo a los seres que parecen faunos, cuyas poderosas mandíbulas podrían tragarse una cabeza como la mía de un solo mordisco. También veo a Ulla, aún cabalgando, que se va abriendo paso a golpes con su espada. Lila parece seguir la misma trayectoria, pero es como si intentaran abrir el mar Muerto. A los edecanes apenas se les ve ya. Han sido superados en número y engendros. ¡Nadir! ¡Oh, no, pobre Nadir! Mi cabeza intenta recordar a su mujer y a su hijo, pero me niego a seguir esa senda, porque me hundiría.

Un estruendo superior al normal, al que parece que mis oídos se han habituado, nos asalta por nuestra derecha, como si viniera de Palmira. En aquella dirección, el cielo ha cambiado de color, ha ido abandonando la negrura de momentos antes y se está volviendo rojizo, como el reflejo de un incendio. No sé si está relacionado con nosotros o no, pero descubro un gran bulto blanco que se acerca a toda velocidad por la tierra y penetra en la masa de occisos, destruyendo todo a su paso. Me preparo para lo peor. Agarro con fuerza mi falcata. Cuando está a menos de un kilómetro y descubro en qué consiste el bulto blanco, me invade la euforia, tengo ganas de gritar de júbilo. Son Orlando y Lyuba, la niña a hombros de Orlando, que vuelan arrancando cabezas y corazones. Es una visión apocalíptica, solo que con su regreso tal vez tengamos una oportunidad de vencer.

Gabriel y Kostya los han descubierto y los saludan. El camino de estas dos criaturas ha dejado una brecha en el campo enemigo. Con su llegada, puede que no tenga que emplear mi último recurso.

Con las energías renovadas, redoblo mi asalto con más fuerza y velocidad que nunca. A medida que peleo con seres físicos, veo cómo se acumulan cuerpos en varias capas. De vez en cuando descubro un edecán o un hada, o uno de los perros lobo. Allí cuerpos de esclavos de la Bruja Blanca, juraría que asoma un ala quebrada de vampira.

Orlando y Lyuba atacan por separado. No me convence esa decisión, Lyuba es tan solo una niña. Salvaje, pero una niña. Estoy observando cómo se defiende cuando algo que brilla en el cielo llama mi atención. Allí arriba, la guerra de especies aladas parece haber tocado a su fin, porque apenas veo nada que vuela. Por fin descubro el origen del brillo: un objeto que ha sido lanzado y que devuelve

reflejos de luz viene hacia nosotros, dibujando una parábola en el cielo. Aún está a una altitud considerable, pero ya cae. Calculo el punto donde impactará y descubro allí a la niña salvaje. Unos metros más allá está Orlando. Sea lo que sea, caerá sobre ellas dos, y no parece que lo hayan visto. Grito con todas mis fuerzas, para avisarles, pero es inútil. Kostya también se ha dado cuenta de lo que va a ocurrir. Noto una presencia que se abalanza hacia mí y me agacho por instinto. Gracias a eso, las garras del águila o dragón o lo que sea no me cogen. Su chillido apaga mis gritos.

Todo ocurre muy rápido; me levanto y veo que el objeto está a punto de tocar tierra. Tiene forma definida, y lo conozco bien: es el Espejo de Almas. No he formulado aún el deseo de migrar cuando veo que Kostya aparece junto a Lyuba y la agarra de la cintura para llevársela, medio fragmento de segundo antes de que el Espejo se precipite sobre ambos. Los atrapa de la misma forma que una ola apaga una hoguera. Y, según los devora, cae al suelo y se parte en mil pedazos. No entiendo las consecuencias de lo que acabo de ver hasta que observo la reacción de Orlando, que se detiene abruptamente al ver los restos del Espejo. Se lleva las manos a la cabeza, se tapa el rostro, parece llorar, o algo así. Y de pronto se agacha, se arrodilla y se cubre con la túnica. Cuando se le echan encima más de una decena de bestias, sé que Orlando ya no sigue allí.

Kostya, Lyuba, Nadir, Orlando... La cabeza me zumba, me duele el cuerpo, y el hombro y el brazo me pesan tanto que apenas puedo levantarlos. El cielo rojo se ha ido acercando y comprendo que se trata de la puerta del inframundo, que Iskender ha convocado y abrirá con todo su poder cuando no quedemos aquí ninguno de nosotros.

Con la nueva luz que tiñe el aire y la tierra de color ocre, puedo ver mejor la posición de Iskender y las faldas de la cordillera repletas de occisos. A la luz roja de este extraño cielo también puedo ver que, tras la cordillera, en una lengua de tierra tan ancha que mi vista apenas la abarca, hay más occisos, una masa negra con corazones de fuego, esperado.

Por primera vez, una profunda apatía, la desidia, una sinrazón para continuar peleando, o para continuar viviendo, me gana. Para qué voy a seguir luchando, si está todo perdido... Una ráfaga de aire caliente tan potente que arranca los árboles del palmeral me golpea el rostro y las manos. Dejo caer mi falcata. El mundo se está preparando para el advenimiento de Iskender. Bajo mis pies, el suelo comienza a temblar. No como un terremoto, o como la visita de los tártaros, sino como si sufriera un escalofrío.

Un puño se cierra en torno a mi cuello, no me deja respirar. Subo las manos para tocar una mano peluda de garras puntiagudas. Mi atacante me gira para contemplarme cara a cara. Es una de esas bestias de mandíbulas desproporcionadas. Entre sus varias filas de dientes cuelgan restos de piel y tela, hilillos de sangre. Me

cuesta respirar. He de migrar, pero por alguna razón no lo hago, me dejo llevar, he tirado la toalla, me rindo.

He fracasado. No soy la Reina Azul que todos esperaban que fuera. La vergüenza me obliga a quedarme inmóvil, para aguardar mi castigo.

Contemplo el rostro demoniaco del animal y veo reflejada mi angustia por el fracaso. La bestia sufre un espasmo e inmediatamente después afloja su presión en el cuello. Ahora el que tiene una mirada alucinada es el monstruo, no yo. Cae de rodillas, su mano resbala por mi pecho. Detrás está Gabriel, retirando su espada del cuerpo de la bestia. Pasa por encima de él para levantarme entre sus brazos. Dice, elevando la voz, que van a atacar todos a la vez a Iskender, que es su última oportunidad. Apenas puedo hablar. Le digo que lo siento y él me mira sin comprender. Entonces mira más adentro de mis ojos que nunca. Coloca mi mano sobre su cuello y me habla piel a piel, donde no existe ruido ambiental que devore nuestras voces:

«Estamos aquí por un motivo. Nuestros pasos nos han traído hasta aquí. No me asusta la muerte, porque ya te he conocido. Si esto es lo que ha de pasar, que venga, sé que yo he vivido mucho más que tú y que es injusto que tu corta vida se trunque en este desierto, pero somos lo que somos. No dejes que otros tomen por ti tu última decisión. Haz lo que debes hacer. Te quiero, nada podrá cambiar eso.»

Me mira como si no quisiera marcharse, abandonarme, o tal vez soy yo quien se siente ya abandonada.

«Mañana nos reiremos de esto», me asegura. Muevo la cabeza con el peso de varios siglos sobre mis hombros. «Mañana fue ayer.» En sus ojos leo una interrogación.

Libero sus manos de mi piel con suavidad, como si temiera que se fuera a romper el vínculo de cristal sagrado que nos une. Es delicado y frágil, pero también inmortal.

Pego un salto, un triple salto mortal, hacia Iskender. En el vuelo, a medias corpórea, a medias sombra, veo cómo los supervivientes se dirigen, desde distintos puntos del campo de batalla, a converger en un único vértice del tiempo. El cielo parece escupir fuego y la tierra tiembla y se agrieta bajo los cuerpos amontonados.

Iskender está rodeado por la aglomeración protectora de occisos. Nosotros nos lanzamos hacia ese muro, sin posibilidad de vuelta atrás; no queda tiempo, hemos rebasado nuestras posibilidades de supervivencia. Cuando estoy ya tan cerca de él que podría soplarle, compruebo que ha cambiado de cuerpo y el nuevo envoltorio que utiliza me parte las entrañas en dos, me llena de odio y horror. Freno en seco mi avance y caigo a unos metros de él. Extrañamente, la marea negra se abre dócilmente para recibirme, sin tocarme, como una jauría de perros asesinos ladrando y aguardando la señal para lanzarse a despedazarme. Iskender y yo nos contemplamos.

Su cara picada de viruela, un mono de presidiario, la mueca de media sonrisa que conocí. Está ocupando el cuerpo del Interventor. O ha muerto en la cárcel o está a punto de hacerlo. Ese rostro repugnante que he visto dos veces en los últimos años a través de los recuerdos de mi hermano sigue manteniendo intacta su mueca de desprecio, incluso en un rostro que ha comenzando a descomponerse. Hace una señal a un occiso que se detiene a su lado. Sin tocarlo, sin ver su corazón rojo, sé que ese occiso es mi hermano Mateo. Víctima y verdugo. Lo demás ocurre al mismo tiempo.

A una señal de Iskender, el occiso se tira sobre mí, mientras los últimos incorpóreos se lanzan a atacar a la gran masa. A ellos los devora la superioridad numérica de los occisos, y yo me dejo arrastrar por ese ser único. En cuanto me roza, haciendo que mi piel arda, comprendo que tenía razón. Se trata de Mateo.

Mi hermano pequeño, el pobre Mateo.

Cierro los ojos.

Veo ante mí la senda de la furia y camino por ella con todo el potencial de destrucción que logro reunir. Aparto a Mateo de mi lado, lo lanzo lejos y entro en el cuerpo que ocupa Iskender. Allí dentro, como en una habitación oculta, se encuentra el mayor occiso de todos los que han existido, el único que ha mantenido intacto un objetivo a través de los siglos, el único capaz de convocar a los demás y liderarlos en pos de una búsqueda. Su maldad es más fuerte que ninguna otra que haya visto jamás, su odio actúa como un agujero negro que me atrae con fuerza y por un momento siento que voy a ser devorada por él, en un plano que no comprendo, puesto que no estoy ni en la tierra ni en Pandemónium. Tira de mí hacia un abismo sin final y luchamos como dos titanes. Enseguida el cuerpo del Interventor se desgarrar desde dentro, salta hecho pedazos, y yo siento no haber hecho eso antes de que hubiera matado a Mateo.

Ahora, libre de un cuerpo humano que colonizar, Iskender se muestra ante todos nosotros en su esplendor. Me observa. Ya no necesito mover mi campo de visión para descubrir su corazón de fuego, porque él no lo tiene, sino una oscuridad más oscura y densa que ningún otro.

Se mueve velozmente hacia mí y me aparto, pero giro para atraparlo. Logro sujetarlo con ambos brazos y con todas las técnicas que he podido aprender de Luna y de Amelia. Sus intentos por liberarse son demoledores, los golpes que me asesta comienzan a agrietar la malla del Tártaro. Y, bajo ella, mi piel comienza a arder, pero continúo luchando, desatendiendo las llamadas desesperadas de dolor que lanza mi cuerpo.

Ha llegado el momento. En el preciso instante en que Iskender me libera lo suficiente para migrar y trasladarme varios metros más allá, junto a Mateo, abrazo el espíritu de mi hermano con todas mis fuerzas, lleno de aire mis pulmones, tal vez... en la última frontera de mi capacidad mental, al borde del abismo oscuro e

insondable de la locura, de lo que soy y de lo que ya no seré más, extraigo de mí ser el alma que me ha dado luz y vida y movimiento y capacidad de amar y perdonar, rodeo ese milagro de la vida que nos convierte en mortales y poderosos, la pequeña fuente de calor con las manos que ya no son manos, y la lanzo lo más lejos que puedo, alejándola de mí, me arranco el alma y la alejo de mí...

... Que ya no soy Perséfone nunca más...

... Como había planeado, y en la oscuridad y negación de toda vida en que me he convertido, abro los brazos para acoger en mi seno a todos los muertos extraviados y a aquel que los dirige. No me rechazan, todos acuden a rendir pleitesía a la Reina Negra...

... Y con ellos regreso a la tierra roja, con todos ellos, sin dejar ninguno atrás. Me siguen, como cachorros a su madre, regresando al unísono al río del olvido. Y uno a uno los voy ahogando en el Styx, de donde no saldrán jamás, ni siquiera ese último occiso que lucha para no separarse de mí... Ahora soy el río del olvido...

Todos somos la Reina Negra.

INICIO

Adorada Perséfone mía, ¿por qué lo hiciste?...

A través de océanos de tiempo había oído tu voz, en los ansiados detalles que el paso de los días me había ido ofreciendo, siempre una promesa lejana, siempre presente, solo un paso más para alcanzarte, tan esquivada, tan deseada, tan añorada...

Perséfone, no pudiste sobrevivir a la batalla. Perséfone, mi dulce Pers, mi querida niña, mi amor, mi luz y mi calor, mi razón. Nada puede seguir narrando ya mi vida sin tu voz. Te sacrificaste por todos nosotros, alejaste de ti lo que te daba vida, tu luz interior, y los occisos, hipnotizados por el abismo negro que quedó en su lugar, te siguieron, todos, incluido Iskender, sumisos, sin posibilidad de negarse.

Sin ti está todo perdido. Tu gesta acabó con el levantamiento de los traidores y retornó la paz a este lado de la superficie. Lo que debía permanecer abajo, permanecerá abajo; mientras aquí arriba, a este lado del espejo, los millones de seres vivos que pueblan el planeta continúan sus vidas inalteradas, ignorantes de que estuvieron a punto de sucumbir. Sin saber que una joven, la mujer más valiente que he conocido, salvó el destino de todos ellos.

Por muchos años más que viva, por mucho que La Araña quisiera condenarme a otra vida, o a otras más, largas y estériles todas sin ti, siempre me preguntaré por qué lo hiciste, por qué te convenciste de que no había alternativa a tu sacrificio.

La primera vez que vi tus ojos, esa mirada tuya de comprender secretos escondidos, que despertaba en mí el deber de la protección y el sentido común de amarte por encima de todas las cosas, fue en las brumas de un sueño atemporal, uno que comenzó a asaltar mi conciencia muchos años antes de que nacieses.

Había recibido la orden de La Araña de vigilar y proteger a una humana que debía nacer pronto. Supe, de sus propias palabras, que probablemente irían a atacarla. Quiénes, quise saber. La Araña, en sí misma una cuestión, un interrogante sin solución posible, no respondió. Nunca esperé que lo hiciera. Me limité a obedecer sus órdenes. Soy un guerrero, defendiendo nuestros límites, si bien en ocasiones admito no estar de acuerdo con ellos.

Todos nosotros, la mayor comunidad de incorpóreos que había pisado jamás la tierra, habíamos logrado crear un mundo a nuestra medida, una sociedad traslúcida a ojos de cualquier curioso, pero que si bien nos abastecía de todo aquello que deseáramos, no dejaba de estar vedada a cualquier otra especie que no fuera nocturna, como nosotros.

Durante toda mi vida de adulto, desde que conocí y acepté mi naturaleza incorpórea, he vivido entre seres de la más lóbrega y tenebrosa naturaleza, siempre maravillándome de que pudiéramos pasar desapercibidos. He combatido contra

aquellos que deseaban nuestro fin, a este y al otro lado, desde los sótanos de la conciencia colectiva e individual. Y he caminado también entre las estructuras arcaicas y quebradizas que levantaban los seres humanos una y otra vez, con el correr de los tiempos y de las generaciones. Quebradizas, sí, pero también gráciles en su esplendor fugaz. De ellas, de la inmensa posibilidad de atisbar la evolución de las sociedades a través de las décadas sin ser visto, obtuve una fuente inagotable de dichas y satisfacciones.

Pero eran siempre satisfacciones parciales, limitadas, superficiales, reemplazables...

En los periodos de guerras es donde más efímeras se demuestran las necesidades humanas que no sea la supervivencia misma. Debían vivir aprisa, porque tal vez mañana no saliera el sol para ellos... Y nosotros asentíamos en silencio, como si compartiéramos el destino mortal de nuestros interlocutores, que exprimían el tiempo antes de la muerte. Entonces se produjo el sueño.

Perséfone, ayer paseé por tu jardín al borde del lago. Deambulaba sin rumbo, con el único objetivo de dejar que el tiempo hiciera su trabajo. Como si atravesara una capa invisible e ingrátida, de manera imprevista me envolvió una fragancia, un cambio sutil en el aire, y este nuevo olor me recordó tanto a ti que el sufrimiento fue insoportable y tuve que detenerme, sin fuerzas para proseguir. Necesitaba espantar el hueco sombrío que vive en mi pecho desde que te marchaste de mi lado.

En aquel sueño atemporal, yo aguardaba a oscuras la última frase que debía pronunciar La Araña, con respecto a una tarea encomendada que no lograba recordar y me concentraba en ello. Una línea de luz dibujaba la silueta de una puerta y me daba cuenta de que alguien se disponía a entrar. Pero, con esa pasmosa ductilidad que adquiere la conciencia en los sueños, de esa forma intangible en que manejamos las reglas, supe que esa persona no debía adentrarse en el reino oscuro del terror en el que yo habitaba. Un impulso me lanzó hacia la puerta...

... En el momento en que tú, Perséfone de mi vida, la abrías. Buscabas algo y tardaste en percatarte de mi presencia. Era tarde: caí fascinado, embrujado, y tú clavaste tus ojos en mí. Me invadió la ira al pensar lo cerca que estabas de precipitarte en el abismo al que yo pertenecía y me apremió la urgencia de mantenerte a salvo, así que cerré la puerta de un golpe, demasiado brusco, demasiado irascible. Durante el segundo fugaz que intermedió entre el cierre de la puerta y el regreso de la oscuridad, atisé tu gesto de incompreensión. Y de algo más, había algo más en tu rostro. Una emoción que no supe descifrar entonces.

En su diario, tu abuela Bogdana lamenta la soledad incurable que atormentaba su alma. Recogí la traducción que encargaste tú misma horas antes de partir hacia Palmira. Ella decía que esa enfermedad era congénita entre las mujeres de su estirpe, todas habíais nacido para estar solas. La soledad como una condición superior de espíritu, infranqueable por nada ni por nadie. Un estado pleno en sí

mismo, capaz de oscilar desde la más lúgubres de las agonías hasta el más brillante y productivo de los aislamientos posibles; un puente sólido tendido entre dos orillas: en una, vosotras; en la otra, el resto del mundo. Y vosotras como únicas gobernantas del puente. Sé de ese tipo de soledad, pues yo mismo la he sufrido, conforme a mi naturaleza incorpórea y la de mis hermanos. Pero cuando estábamos tú y yo juntos, el puente unía tu orilla a la mía, y por las aguas bravas que discurrían bajo él se deslizaba la vida, sin que nos importunara o alterara nada de lo que existiera fuera de nosotros dos y los dos nos convertíamos en uno.

¡Éramos uno!

Conocí a Helena una fría tarde de mayo. Llevaba una falda naranja que el viento se empeñaba en agitar. Tú no habías nacido aún ni en sus pensamientos. Tu madre fue una mujer inteligente, pero tuve la intuición de que nunca conseguiría desarrollar esa inteligencia innata, de llevarla a sus límites. Era solo una herramienta que utilizar para alcanzar otros objetivos, no el objetivo en sí. Un error, a mi juicio.

No volvimos a vernos hasta mucho después, cuando me cercioré de que ya habías nacido. Tu madre me recordaba perfectamente y yo a ella, pero no estaba preparado para encontrarte a ti. En realidad no fue tu pequeña persona lo que despertó mi curiosidad, sino el vínculo hondo y fascinante que os unía: una suerte de coraza intangible que os envolvía y aislaba del mundo, protegiéndoos de cualesquiera que fuese la amenaza. Entendí por qué La Araña te había escogido y me pregunté entonces cuánto de su elección radicaba en ese lazo inaccesible. Probablemente, la fuerza de una naciera de la otra. Comprendí que tu madre había sido Deméter en otra vida, muy lejana ya.

Por aquel entonces, comenzaron los disturbios en la sede de nuestra sociedad: pequeños movimientos convulsos, que latían de vez en cuando, y lo que yo tomé en un principio por una nueva contracción, tan inocua como las demás, se tornó un acto de rebeldía definitivo. Lo establecido eras tú. Algunos, ahora ya sabes quiénes, podría hablarte de personajes por su simple nombre y comprenderías los intrincados pliegues de las personalidades que se esconderían tras cada uno de esos nombres...; algunos, como te decía, ocuparon una postura contraria a tu existencia. Aquella reacción visceral nos dejó perplejos a muchos. No era capaz de comprender por qué no querían que continuases con vida, a qué obedecía esa obsesiva necesidad de enviarte de regreso a Pandemónium, recién aterrizada a este lado del espejo.

No fue solo por el mandato de La Araña por lo que me propuse protegerte. De hecho, no se trataba solo de manteneros con vida a ti y a tu madre, sino de preservar ese hilo de cristal que era vuestra relación.

Sí, conocí a tu padre, y creo que sintió un instantáneo recelo hacia mí. Tal vez pensó que... bueno, eso ya lo hemos hablado tú y yo.

Los hechos se precipitaron. Seguías siendo una niña y algunos decidieron que te habías constituido en el mayor peligro para nuestra sociedad. Ahora comprendo que Iskender ya estaba moviendo hilos, desde mucho tiempo atrás. ¿Sabías que se reunió con Solomon por entonces? Nos lo confesó antes de que su cuerpo fuese desmembrado en el castillo del desierto. No lo hice yo, y no era la tortura el afán de quienes lo hicieron, sino solo evitar que pudiese regresar a este lado del espejo, querían convertir en irreversible su confinamiento en Pandemónium. Iskender le pidió a Solomon el nombre de la que nacería como Reina Azul. Ignoro si Solomon lo sabía ya, parece acertado pensar que sí, pero se negó a dárselo. ¡Esas ideas tuyas tan manipulables acerca del equilibrio! Le negó el nombre pero, a cambio, le aseguró que contribuiría a su causa de otra forma. Ya conoces cómo lo hizo.

Os habían localizado a Helena y a ti. Habían estrechado el círculo, os seguían. De día y de noche, os acechaban. Era cuestión de días, tal vez de horas, que decidieran atacaros, tan vulnerables erais las dos. Apremiado por la situación, decidí que tenía que ponerlos a salvo, así que una tarde le revelé a Helena quiénes éramos. Voy a ahorrarte el arco de transformación de la postura de tu madre, desde la incredulidad más férrea hasta el horror más profundo cuando me creyó sin reservas. Mi error, o tal vez el acierto, fue dejarla esa noche en vuestra casa. Sola, acosada en un laberinto de monstruos acechantes, su raciocinio herido halló solo una forma de escapar. Si hubiera reflexionado sobre ello de una manera más serena, probablemente habría encontrado una salida menos cobarde.

No me costó dar con vosotras a la mañana siguiente, cuando os alejabais por aquella pequeña carretera de costa. ¿Sabías que ya no existe ese camino? Fue devorado por el trazado de una autopista más veloz y segura.

Te puse a ti a salvo. No necesito repetirte lo mucho que sentí no poder salvar también a Helena. Pero la elección no fue difícil. Eras tú. Siempre has sido tú.

Después de aquello, y con la fortuna de que tu padre te mandara a casa de la tía de tu madre, con lo que desapareciste sin dejar rastro para tus perseguidores, comenzó el rastreo en Pandemónium. Dieron con el alma de tu madre y los confusos recuerdos de su muerte, el coche elaborando una parábola aérea por encima de arbustos y rocas, y la certeza que ocupó su cabeza en sus últimos segundos de que no podríais sobrevivir ninguna de las dos al accidente. Eso fue lo que calmó a las fieras, aplacó su sed de búsqueda. Las convenció de que habías cruzado tú también.

Tras eso vino un periodo de relativa calma. Años en lo que parecía que nada de lo que te he relatado había ocurrido, tan tupida fue la cobertura de tu desaparición. Algunos, como Isaak, que supieron que La Araña me había encomendado protegerte, convencido de que había fallado en mi misión, no desaprovecharon el momento para calumniarme. Supongo que, por mucho que pretendiera que no me afectara, se debió a una debilidad mía que le narrara la verdad a la pequeña Lila,

una noche, en lo alto de un rascacielos de una ciudad iluminada como un juego de espejos. Lila quería saber si era cierto que habías cruzado al otro lado. Dijo que me consideraba mejor guerrero que todo aquello y que no creía la versión que circulaba. Y yo, vanidoso y aliviado, le revelé la verdad. Era como si lo esperase. No supuso ninguna sorpresa para ella, tan solo cierta euforia contenida. Desapareció antes de que pudiera preguntarle a qué venían las preguntas y el regocijo con que acogió mi respuesta. No me contó entonces, sino mucho más tarde, que se topó con el alma de tu tía y que le narró los días que viviste con ella, tras la muerte de Helena. ¡Cómo descubrió mi mentira! ¡Y cómo manipuló después los acontecimientos para que tú y yo nos encontrásemos!

Fui a esa fiesta de Nueva York solo porque Lila me lo pidió. Me imploró que la acompañara, si bien no estaba en mi ánimo. De todas formas, habían regresado Isaak, Ulla y muchos otros al piso de Park Avenue, así que tampoco quería permanecer allí. Me temo, querida Pers, que reparé en ti del mismo modo en que reparamos todos los asistentes a la fiesta: cuando dejase patente tu inconformidad con la pirámide de copas de champán. Cierto es que a mí también me pareció un elemento de un gusto un tanto superlativo, pero no lo habría destruido con tanto empeño como hiciste tú. Y entonces, sumida en el bochorno más absoluto, te giraste.

Y te vi.

El rostro de mi sueño. El rostro de la niña a la que salvé la vida. Muchos de los rasgos de Helena repetidos en ti. Un hallazgo que alteró mi tranquilidad y que, ahora, varios años después, me impide recobrarla. Con tu rostro, con tu mirada, mi vida cambió para siempre.

Un comentario fortuito de Nadir al día siguiente de vuestro encuentro en el concierto de jazz, concierto al que habría acudido de no encontrarme tan agitado por tu presencia, me hizo comprender que no podría evitarte. En realidad, me hizo ver que no *quería* evitarte. Asistí a la cena en el restaurante de Brooklyn sabiendo que estarías allí. Pero si el encuentro fortuito no hubiese sido en aquel restaurante a orillas del río, habría sido en otro lugar, otro punto, todas las coordenadas del mundo para encontrarnos.

De alguna forma, la distancia que separaba nuestras dos naturalezas se hizo más agravante que nunca durante la cena. Pese a ello, cuando te dejé esa noche en el hotel, supe, sin ningún género de duda, que me había enamorado de ti.

Había contemplado el cuadro de Rossetti abstraído durante muchas horas, antes de conocerte, preguntándome cuánto de verdad habría tras sus pinceladas. Cuando los conocí, a Rossetti y a Jane, su musa, sus pinturas ya eran célebres. Le pedí una nueva versión de su Proserpina, solo para mí. Accedió serenamente.

Ahora contemplo el cuadro y tus rasgos son distintos de los de Jane Morris, pero aún no sé de dónde surgió el impulso que me llevó a pedir a Rossetti que esta

nueva Proserpina tuviera el mismo color de ojos que encontraría tiempo después en tu mirada.

¡Tus ojos! Cambiaron cuando llegamos al desierto de Siria. No fue solo la luz que habitaba en ellos, entonces endurecida, perdido ya todo rastro de candidez. Habías asumido las competencias y obligaciones de quien eras y transmitías, en silencio, a tu paso, como una aureola, un rasgo de complicada definición que te hacía inalcanzable para cualquiera de nosotros. Te habías convertido, no ya en el puente que unía nuestras dos orillas, sino en el mismo río que fluía bajo él. Si nos hubieras pedido que detuviésemos la batalla, nadie en el castillo se habría opuesto a tus órdenes. Aquellas últimas horas que vivimos juntos deberían haber transcurrido de otro modo, sublime, perfecto, lleno de amor y dicha, pero, ¡ay!, ¿cómo se puede lograr esa dicha cuando conocemos el precipicio que nos espera al final del camino? Esa es la paradoja: si hubiese sabido que te perdería, te hubiera amado durante las últimas horas, pero ¿cómo hubiera podido amarte sabiendo que iba a perderte?

Ni siquiera quedó un cuerpo que poder enviar a tu familia para calmar su dolor. Yo mismo le di la noticia a tu padre. No hubo conversación, solo una serie intermitente de silencios helados. Continúa bloqueado, en estado de shock. Hay un vacío enorme alrededor de tu padre. La suya es una vida injusta.

¿Y qué quedó de mí tras tu partida? Durante mucho tiempo no quedó nada, ningún resto, ningún naufragio, no había océanos, ni tempestades, norte o sur. No sobreviví. Estaba desolado. Apenas tengo recuerdos de ese tiempo perdido, solo sé que me recliné en la tierra roja, al principio buscándote y, luego, cuando te encontré, ya no quise moverme de tu lado. Rompí cualquier vínculo que tuviera con esta otra vida, me anclé a ti, en lo que ahora formaba tu presente, repitiéndome sin cesar «Mañana fue ayer, mañana fue ayer», de forma tal que decidí vivir en el pasado, en cada uno de los momentos que pasamos juntos, cuando fuiste la vida para mí. Mi hoy y mi mañana, todo se convirtió en las cenizas de un tiempo pasado. Es tan difícil continuar adelante cuando ha sido arrebatado de tu lado todo aquello por lo que has luchado, lo que más amas...

La batalla había diezmado a los incorpóreos. Los pocos que sobrevivieron, incluida Ulla, estuvieron reuniendo los restos de la batalla, haciendo desaparecer cualquier rastro del enfrentamiento con los occisos. La región quedó devastada tras el huracán que vimos aproximarse cuando luchábamos, ¿recuerdas? El mundo entero culpó a la tormenta de la nueva destrucción de Palmira y sus alrededores. No quedó nada en pie. Fue como si los polos magnéticos se hubiesen desplazado, porque fueron muchos los lugares de la tierra que quedaron reducidos a ruinas por

distintos fenómenos naturales. Al fin y al cabo, la naturaleza es también una creación de La Araña y la usó para encubrir la batalla.

Nui fue de los pocos que sobrevivieron. Vino a buscarme a Pandemónium. Si en algún momento esperé que lo hiciera, cuando finalmente me halló, era tarde. Luego vinieron otros, viejos espectros que hicieron el viaje con la vana esperanza de hacerme regresar a este lado el espejo. No tenía oídos ni ojos para ninguno de ellos, solo para ti. Para ti, para ver cómo, de todos los espacios de la Ciudad Roja, elegiste el único que se abría con la caracola blanca, donde estaba tu madre, para descansar junto a ella. Las dos reunidas, al fin.

¿Qué más te puedo contar?

Que, finalmente, una idea se abrió paso a través de mí, de la misma forma en que un haz de luz despedaza la oscuridad en pequeños fragmentos, los disuelve. Un proyecto que repararía todo el daño causado por la forma de manejar los hilos de La Araña, una petición que le planteé, que por supuesto rechazó de plano. Pero no tenía nada más que perder. Hablé, discutí, me enfrenté a ella. Le imploré. Me rechazó una y otra vez, a veces de manera violenta, a veces sin verme siquiera. Pero mi único propósito en la vida fue lograr mi objetivo, nada más importaba. No paré de importunarla. Pasaron eones del tiempo de Pandemónium y comencé a sentirme cansado, los continuos rechazos me estaban devastando y la desidia fue ganando terreno. Y justo cuando empezaba a dudar de mi idea, a considerar la opción de refugiarme junto a ti y olvidarme de todo lo demás de forma permanente, de convertirme en el mismo polvo que te rodeaba, La Araña se giró hacia mí y me contestó.

Dijo que sí.

Y aquí estás, pequeña. Jugando en este parque infantil, lleno de colores de una infancia dichosa, de una vida nueva, alejada de lo que fuiste en la anterior, borrado todo rastro de tu memoria; lejanos los sufrimientos, sí, aunque también las alegrías. Un nuevo nacimiento en un nuevo entorno. Pero hallarás la dicha, respirarás una existencia normal, sin alteraciones, sin irrupciones de ese otro mundo que tan bien conociste en tu vida anterior. Te esperan miles de amaneceres, de estrellas brillando en un cielo nocturno que contemplarás con sueños, esperanzas, amores, retos, peleas, enfados, reconciliaciones, lecturas y artes. Florecerás en una existencia larga, llena de nombres y rostros, una bahía infinita de atardeceres. Querría que viajaras por este mundo, y por esta vida, libre de los pesados anclajes que se te concedieron antes de que nacieras en tu anterior ser. Nadie te importunará. Ni siquiera yo. Solo quería despedirme, querida niña. Veo que sigues teniendo la misma mirada, los

mismos ojos. Ahora sé que fue a ti a quien vio la vampira, en su vaticinio, aquella visión que te hizo creer que algún día formaríamos una familia. No vio a tu hija, te vio a ti, renacida. Recuerdo sus palabras: «El guerrero con una niña con tus ojos», te dijo. Esa niña eras tú. Sé que, aunque roce tu mano, mi contacto no te dirá nada. Has olvidado nuestro lenguaje. Como también has olvidado a todos los que anduvimos una vez por tus días. Entiendo el profundo dolor que supondría para tu padre cruzarse contigo por la calle y saber que no lo reconocerías; eso no ocurrirá jamás. Tan solo podrías reconocerte en los sabios ojos de una hermana que tienes. Que era una pequeña niña de ojos rasgados cuando la conociste, pero han pasado demasiados otoños desde entonces...

Tengo todos los fragmentos de tu historia pasada. Me los diste tú misma, cuando aún vivías con tu anterior madre, en una casa cuya puerta tiene un pomo que parece una caracola blanca. Permanecí mucho tiempo contigo allí, aprehendiendo retazos y esquinas de tu historia, que luego he ido completando con los recuerdos de otros. Podría escribírtelo en un libro, uno que tal vez caiga en tus manos alguna vez. Uno que, si llegas a leerlo, te haga preguntarte si esa historia que lees no podría ser la tuya propia, una vida pasada.

Se acerca tu madre. Hola, tenga, creo que este juguete es de su hija, ha venido a parar junto a mi banco, cómo se llama la niña, si no la importuno. ¿Aino? Curioso nombre; sí, sé lo que significa, creo que es un nombre adecuado para una personita tan especial. Usted también tiene aspecto de llamarse de una forma atípica... Laine, claro, cómo no. Bueno, no las molesto más, he de marcharme. Ha sido un placer. Que tengan un buen día.

Que tengas una vida feliz, mi niña.

Edición en formato digital: noviembre de 2013

© Ana Ripoll Arrojo, 2013

© De la ilustración de cubierta y contracubierta, Volker Straeter/Agencia bdmdesign

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-82-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Prefacio	6
Parte primera. Fin	8
1. La Sociedad	11
2. Luna aparece	14
3. Soy Amelia	22
4. Apariciones y desapariciones	29
5. Kumiko presente	35
6. El laberinto de Luna	40
7. Laine sueña con ella	44
8. Lyuba señala el Espejo	46
9. Las piedras no vuelan	51
10. Busca a Wozniak	62
11. Nibieski królowej	73
12. Juego con Kostya	80
13. Orlando no recuerda	93
14. El Barón sabe de magia	99
15. La necesidad de salvar a Elisa	106
16. La niebla que nos rodea	113
17. A solas, de nuevo	121
18. La cueva de Raiña	128
19. El secreto de Mateo	140
20. De besos inesperados y deseados	148
21. Raiña vuela	154
22. Los asuntos pendientes de Cala	160
23. ¡Elisa, Elisa!	167
24. El regalo del Tártaro	173
25. Preparando equipaje	181
26. Kostya lleva flores en el pelo	184
27. Noah se reúne con su madre	190
28. Elisa regresa a casa	196
Parte segunda. Mañana fue ayer	203

1	205
2	207
3	211
4	214
5	221
6	227
Inicio	238
Créditos	247